

Traducción de Salvador Abascal

TRADICIÓN. MÉXICO. 1986

Derechos reservados

Primera Edición Julio 1986 - 2,000 ejemplares

EDITORIAL TRADICIÓN, S. A. Av. Sur 22 Nb 14 (Entre Oriente 259 y Canal de San Juan) Col Agrícola Oriental 08500 Iztacalco, México, D. F.

Tel. 558-22-49

Miembro de la Cámara Nacional de la Industria Editorial. Registro Nb 840.

**1**

## PROLOGO DE SANTO TOMAS

Se os llamará ministros de nuestro Dios (Is 16, ). En estas palabras tenemos en verdad la materia de esta Segunda Epístola a los Corintios. Porque en la Primera trata el Apóstol de los sacramentos; pero en esta segunda, de los ministros de esos mismos sacramentos, tanto de los ministros buenos como de los malos. Y la razón de escribir esta Epístola fue que después de la predicación del Apóstol admitieran los Corintios a pseudoapóstoles, prefiriéndolos a él. Por eso les escribe esta Epístola, en la cual encomia a los Apóstoles, y muestra la dignidad de los verdaderos Apóstoles; descubre también y condena la falsedad de los falsos apóstoles, a la vez que exalta la dignidad de los verdaderos Apóstoles por el hecho de que son ministros de Dios. Ministros de Dios se os llamará, a vosotros, Apóstoles, a quienes se les llama ministros en cuanto a tres cosas. La primera» en cuanto a la dispensación de los sacramentos. Así es preciso que los hombres nos miren: como ministros, etc. Porque Cristo fue quien instituyó los sacramentos; pero los Apóstoles y sus sucesores los administran; y por eso agrega allí mismo el Apóstol: y dispensadores de los ministerios de Dios. La segunda en cuanto a la gobernación, por cuanto gobiernan al pueblo de Dios. Porque siendo vosotros ministros de su reino, no juzgastes cort rectitud (Sg 6,5). Porque todo lo gobierna Dios con prudencia. De aquí que a cualquiera que algo gobierna se le llama ministro de Dios. La tercera en cuanto a la realización de la humana salud, en cuanto por su ministerio y predicación se convierten los hombres para su salvación: salvación de la cual es Dios el único autor, porque fue El mismo quien vino a hacer salvo lo que había perecido: los Apóstoles son, pues, sus ministros. ¿Qué es Apolo? Y ¿qué es Pablo? Ministros de El, por medio de los cuales creísteis (1Co 3,4).

## Capítulo 1

**2**

(+2Co 1,1-2)

## LECTIO 1: 2 Corintios 1,1-2

Saluda conforme a su costumbre, pidiendo para ellos gracia y paz.

1. Pablo, Apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, a la Iglesia de Dios que está en Corinto, con todos los santos que hay en toda la Acaya:
2. gracia a vosotros y paz de parte de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo.

Así es que de estos ministros trata aquí el Apóstol, mostrando en esta Epístola su dignidad escribiéndola también a los Corintios. En la cual pone por delante ciertas cosas: primero, un saludo; y luego prosigue así la Epístola: Bendito sea el Dios, etc. Ahora bien, en el saludo hay tres cosas: porque primero dice quiénes son las personas que saludan; lo segundo, las personas saludadas: a la Iglesia que está en Corinto; lo tercero, los bienes que se les desean: gracia a vosotros, etc. Acerca de lo primero, identifica primero a la principal persona que saluda, la cual es Pablo; luego, a la persona acompañante, la cual es Timoteo. La persona que saluda se pinta por su humildad, porque Pablo (que en latín quiere decir módico, moderado) es aquel módico del cual se dice en Is 60,22: El menor de ellos valdrá por mil, etc. O bien se pinta por la doctrina, porque Paulus quiere decir palabra de trompeta, y esta es aquella trompeta de la cual dice Zacarías 9,14: Tocaré el Señor Dios la trompeta, etc. Y le corresponde lo que dice Is 58,1: Como una trompeta haz resonar tu voz, etc. Por la autoridad de la dignidad, porque el Apóstol, etc. Donde se ponen tres cosas. La primera que es enviado. Por lo cual se llama Apóstol, esto es, principalmente enviado. Porque solos los doce Apóstoles elegidos son enviados por Cristo. Y habiendo convocado a los doce Apóstoles, etc. (Lc 9,1). Pues los demás discípulos no son enviados de manera principal sino secundaria. Y por eso a los Apóstoles les suceden los Obispos, que tienen un especial cuidado de la grey del Señor. Y los demás sacerdotes suceden a los setenta y dos discípulos, que cuidan, a su vez, de las cosas que se les encomiendan por los Obispos. Así es que la dignidad de Pedro está en ser Apóstol. Si para otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo soy, etc. (1Co 9,2). Pues el que actuó en Pedro para el apostolado, etc. (Galat. 2,8). Pero ¿por qué se llama aquí Apóstol, diciendo: Pablo, Apóstol, habiéndose presentado como siervo en la Epístola a los Romanos? La razón de ello es que reprende a los Romanos por sus disensiones y soberbia, la cual es la madre de la disensión porque entre los soberbios siempre hay querellas. Por lo cual, para apartarlos de la disensión los induce a la humildad llamándose siervo a sí mismo. Los Corintios eran ciertamente pertinaces y rebeldes, y por eso, para reprimirles su insolencia, habla aquí en nombre de la dignidad que tiene llamándose Apóstol. Lo segundo es indicar de quién es enviado, pues ¡o es de Jesucristo. Dice adelante (2Co 5,20): Somos embajadores de Cristo. Lo tercero que indica es el modo como alcanzó tai misión, porque no se introdujo como pseudoapóstol. Yo no los enviaba, y ellos de suyo corrían (Jerem. 23,21). Y no le fue dado al pueblo por cólera de Dios conforme a Job 34,3: El hace que entre a reinar un hipócrita, etc. Y Oseas 13,1 dice: Te daré un rey, pero en medio de mi cólera.

Entró en el Apostolado por la voluntad de Dios y con su beneplácito. Este me es un instrumento de elección (Ac 9,15). Y por eso dice: por la voluntad de Dios.

Y su coadjutor es Timoteo. Por lo cual dice: y el hermano Timoteo. Hermano, digo, en virtud de la fe (Vosotros sois todos hermanos (Mt 23,8), y en virtud de la dignidad, por ser Obispo; y por esto el Papa llama hermanos a todos los obispos. Y menciona consigo a Timoteo, porque como con éste pasaría por Corinto, como dijo en la Primera Epístola (16,16), podrían creer que d& mala fe daría cuenta al Apóstol de las cosas sobre las que él mismo les escribe.

En seguida vienen las personas a las que se saluda, y primero las principales; luego, las que acompañan a las principales, con estas palabras: a la Iglesia de Dios, la cual es todo el pueblo fiel, tanto los clérigos como los laicos. Para que sepas cómo debes portarte (1Tm 3,15). - Que está en Corinto, porque Corinto era la capital de la Acaya. Pero las personas adjuntas son todos los santos, que han renacido en la gracia de un mismo Espíritu Santo. Mas habéis sido lavados, mas habéis sido santificados (1Co 6,11). - Que hay en toda la Acaya, cuya capital es Corinto. Pues bien, a estas

personas saludadas les desea bienes el Apóstol. Por lo cual dice: Gracia a vosotros, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica los bienes mismos; luego, su autor: de parte de Dios nuestro Padre, etc. E indica estos dos bienes extremos para que en ellos se comprendan los de en medio. Porque el primer bien es la gracia, la cual es el principio de todos los bienes. Porque en comparación con la gracia todo es en nosotros insignificante. Y el último de todos los bienes es la paz, porque la paz es el fin universal de la mente. Pues de cualquier manera que se entienda la paz, tiene razón de fin, y tanto en la gloria eterna como en el gobierno como en la sociedad el fin es la paz. Ha establecido la paz en tu territorio (Ps 147,14). Y quién sea el autor de tales bienes lo muestra agregando: de parte de Dios nuestro Padre, etc. Y estas dos cosas se pueden entender doblemente, porque las palabras de parte de Dios Padre se pueden aplicar a toda la Trinidad. Porque aun cuando se dice que la Persona del Padre es el Padre de Cristo por naturaleza, sin embargo toda la Trinidad es nuestro Padre por la creación y por el gobierno. Y ahora, Señor, Tú eres nuestro Padre (Is 63,16). Me llamaréis Padre (Jerem. 3,4). Luego de Dios nuestro Padre, esto es, de toda la Trinidad, provienen los bienes. Sí, pues, vosotros, que sois malos, etc. (Mt 7,1 !). Pero si por Dios nuestro Padre se entiende toda la Trinidad, ¿por qué se agrega la persona del Hijo al decir: y de nuestro Señor Jesucristo? ¿Acaso es El otra persona distinta de la Trinidad?

Débase decir que eso se agrega no porque sea otra persona, sino por su otra naturaleza, la de la humanidad asunta por el Hijo en la persona divina: la menciona juntamente con la Trinidad porque todos los bienes provienen para nosotros de la Trinidad por medio de la encarnación de Cristo. Y primero la gracia (La gracia y la verdad, etc.: Juan 1,17); segundo, la paz (Ej es nuestra paz, etc.: Ep 2,14). Además, cuando dice: de parte de Dios nuestro Padre, se puede entender tan sólo de la Persona del Padre; y aunque toda la Trinidad sea nuestro Padre, como se ha dicho, sin embargo la Persona del Padre es Padre nuestro por apropiación, y

-así las palabras y de nuestro Señor Jesucristo se entienden de la persona del Hijo. De la Persona del Espíritu Santo no se hace aquí mención, porque, como dice Agustín, por ser el nexo del Padre y del Hijo, cuantas veces se hable de la Persona del Padre y de la Persona del Hijo, se trata también de la Persona del Espíritu Santo.

### 3

(+2Co 1,3-5)

#### LECTIO 2: 2 Corintios 1,3-5

Da gracias a Dios Padre, con cuyo don se consuelan las tristes y los oprimidos por los males.

3. Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios dé toda consolación.

4. El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que se hallan en cualquier trabajo, con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios.

5. Porque a medida que abundan los padecimientos de Cristo en nosotros, también por Cristo abunda nuestra consolación.

Empieza el Apóstol la Epístola por hacer dos cosas. La primera, excusarse de que no fuera a visitarlos como lo prometiera; la segunda, desenvolver su intención: ¿Empezamos ya otra vez a alabarnos a nosotros mismos? (2 Ps 3,1). Acerca de lo primero hace dos cosas. Desde luego se excusa por la demora; y luego indica su causa: He resuelto para conmigo, etc. (2Co 2,1). Todavía

hace dos cosas respecto de lo primero. La primera, hacerlos benévolos; la segunda, dar su excusa: En esta confianza, etc. Todavía dos cosas hace en cuanto a lo primero: Consigue la benevolencia de ellos diciendo algunas cosas en general; y luego algunas otras en especial: Pues no, etc. (I,13). Ahora bien, obtiene su benevolencia el Apóstol haciendo ver que cuanto hace es para el bien de ellos. Y aún dos cosas, hace acerca de esto. Lo primero es indicar la utilidad que de él mismo proviene para los demás; y lo segundo es dar la razón de todo ello: Porque a medida que abundan, etc. En cuanto a lo primero hace tres cosas. Porque primero pone una acción de gracias; segundo, el modo de la acción de gracias: E¡ cua! nos consuele, etc.; tercero, la causa: para que podamos también nosotros consolar. Así es que da gracias a la Trinidad toda, de ía cual todo bien proviene. Y por eso dice: Bendito sea el Dios, o sea, toda la Trinidad. Igualmente a la Persona del Padre, diciendo: y Padre de nuestro Señor Jesucristo, por el cual, por Cristo, el Padre nos ío ha dado todo. Pero débese saber que nosotros bendecimos a Dios, y Dios nos bendice a nosotros, pero son dos cosas distintas. Porque el decir de Dios es hacer. Dijo, y así se hizo (Sen. 1,9 y 22,18). De aquí que el bendecir Dios es hacer el bien e infundir el bien, y así tiene razón de causalidad. Yo le bendije, y bendito será\* (Gen. 27,33).

En cambio nuestro decir no es causal sino de reconocimiento o expresivo. De aquí que nuestro bendecir es lo mismo que reconocer lo bueno. Así es que cuando damos gracias a Dios, lo bendecimos, esto es, lo reconocemos como bueno y dador de todos los bienes. Bendecid, cielos, a Dios, etc. (Tb 12,6). Obras todas del Señor, bendecid al Señor (Daniel 3,57). Así es que con razón da gracias al Padre porque es misericordioso, por lo cual dice: el Padre de las misericordias. Y porque consuela, por lo cual dice: y Dios de toda consolación. Y da gracias de dos cosas, de las cuales los hombres necesitan al máximo. Porque primero necesitan que se les libre de los males, y esto lo hace la misericordia, que quita la miseria; y el tener misericordia es lo propio del Padre. Como un padre se compadece de sus hijos (Ps 102,13). Y también necesitan que se les conforte en los males que les sobrevengan. Y esto es propiamente el consolar, porque si el hombre no tuviere algo en que descansar su corazón cuando lo agobian los males, no resistiría. Así es que alguien consuela a otro cuando le proporciona algún sostén en el que descansa de las aflicciones. Y aun cuando en algunos males pueda el hombre ser consolado por otro y descansar y resistir, sin embargo el único que en todos los males nos consuela es Dios, y por eso dice: Dios de toda consolación; porque si pecas, Dios te consolaré, porque es la misericordia misma. Si te afliges, te consolará, o sacándote de tu aflicción por su poder, o juzgando con justicia. Y si trabajas, te consolará remunerándote: Yo ?oy tu galardón, etc. (Gen. 15,1). Por lo cual se dice en Mateo 5,5: Bienaventurados los que lloran, porque eños serán consolados. Y agrega la materia de la acción de gracias, diciendo: El nos consuele, etc.; como si dijera: Bendito sea porque nos consuela en toda tribulación. Y adelante dice (7,6): El que consuela a los humildes. La causa de ello la indica diciendo: para que podamos también nosotros consolar. En esto se debe observar que en los dones divinos hay un orden. Porque Dios da a algunos especiales dones para que ellos mismos los difundan en provecho de los demás. Pues no le da la luz al sol para que luzca para el solo sol, sino para todo el mundo. Por lo cual quiere que de todos nuestros bienes, ora sean riquezas, ora poder, ora ciencia, ora sabiduría, se acreciente algún provecho para los demás. Sirva cada uno a los demás con el don que haya recibido, etc. (1P 4,10).

Esto lo dice así el Apóstol: El cua! nos consuela en todas nuestras tribulaciones. Pero ¿por qué razón? No sólo para que esto sea para nuestro bien, sino para que también a los demás les aproveche. Por lo cual dice: para que podamos también nosotros consolar a los que se hallan en cualquier trabajo. Porque podemos consolar a los demás con el ejemplo de nuestra consolación. Porque el que no está consolado no sabe consolar. El que no ha sido tentado ¿qué cosas puede saber en una aflicción? (Eccli. 34,2). El Espíritu del Señor me ha enviado, etc., para que yo consuele a todos los que lloran (Is 61,1-2). Consoló a los que lloraban en Sión (Eccli. 48,27). Podemos, digo, consolar mediante la exhortación a la paciencia en las tribulaciones, prometiendo premios eternos,

porque os exhortamos mediante las Escrituras e internas inspiraciones para que pacientemente aguantemos, y exhortemos a los demás con nuestro ejemplo y con las mismas Escrituras. Porque yo he recibido del Señor, etc. (1Co 1 1,23). Lo que oí del Señor, etc. (Is 21,10). Indicada ya la utilidad que de los Apóstoles proviene para los demás, en seguida da la razón de todo lo dicho, diciendo: Porque a medida que abunden, etc. Y habiendo dicho dos cosas: que Dios nos consuela en toda tribulación y que podemos también nosotros consolar, etc., aquí expone la razón de ambas; y primero muestra cómo nos consuela Dios en toda tribulación; y luego, cómo nuestra consolación se convierte en consuelo de los demás: Si sufrimos, es para nuestra consolación, etc. Así es que dice: Con razón digo que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, porque a medida que abunden los padecimientos de Cristo en nosotros, etc.; y dice que de Cristo, esto es, incoados por Cristo. Comenzaréis por mi Santuario (Ezeq. 9,6). Porque en Cristo empezaron los sufrimientos por nuestros pecados, porque El mismo soportó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (! Pedro 2,24); en seguida por los Apóstoles, que decían: Estamos todos los días destinados a la muerte (Ps 43,22); en seguida por los mártires, que son hechos pedazos, que son tentados, etc. (Hebr. | 1,36-38); y finalmente los propios pecadores por sus pecados pacientemente soportaron la cólera de Dios por haber pecado contra EL O bien los padecimientos de Cristo, esto es, los que soportamos por Cristo. Mas los Apóstoles iban gozosos (Ac 5,41). Por amor de Ti estamos todos los días destinados a la muerte (Ps 43,22). Así es que, a medida que tales padecimientos abunden, así por Cristo abunda nuestra consolación. A proporción de los muchos dolores que atormentaron mi corazón, tus consuelos llenaron de alegría mi alma (Ps. 93,19).

4

(+2Co 1,6-11 )

### LECTIO 3: 2 Corintios 1,6-11

Dice que los padecimientos de los Apóstoles son para si bien de los Corintios, y les propone como ejemplo la paciencia con que son soportados.

6. Si sufrimos es para vuestra exhortación y salud; si somos consolados, es para vuestra consolación y salud; si somos exhortados es por vuestra exhortación y salud, que es eficaz por la paciencia con que sufrís los mismos padecimientos que sufrimos nosotros.

7. De suerte que nuestra esperanza es ¡irme por lo tocante a vosotros, sabiendo que así como sois compañeros en los padecimientos, así Lo seréis también en la consolación.

8. Pues no queremos que ignoréis, hermanos, nuestra aflicción que nos sobrevino en Asia, porque de manera excesiva fuimos abrumados sobre nuestras fuerzas, tanto que se nos hacía pesada la misma vida.

9. Pero si tuvimos en nuestro interior esa respuesta de la muerte fue para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en el Dios que resucita a los muertos.

10. El cual de tantos peligros nos libró y nos libra; en quien confiamos que todavía nos ha de librar.

11. Ayudándonos vosotros también con vuestras oraciones, para que vuestro don que nos fue concedido por intervención de muchas maneras de personas sea ocasión para que muchos agradezcan en nuestro nombre.

Habiendo mostrado el Apóstol que Dios consuela a sus siervos en las tribulaciones, o sea, a los ministros de Ja fe y predicadores, aquí consecuentemente enseña que su consolación es para el bien de otros. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero manifiesta de qué clase es la consolación de ellos para el provecho y salud de los demás; luego, indica el orden de tal consolación y salud: que es eficaz por la paciencia, etc.

Acerca de lo primero se debe advertir que son tres las cosas que dice el Apóstol haber recibido: tribulación, diciendo: en todas nuestras tribulaciones; consolación, diciendo: El cual nos consuela; exhortación, al agregar: para que podamos también nosotros, etc. Así es que recibiendo pasivamente estas tres cosas, decimos que los Apóstoles son consolados, atribulados y exhortados. Por lo cual muestra el Apóstol también que estas tres cosas son para la consolación de los demás, y esto dentro de cierto orden. Y primero es la tribulación de ellos, diciendo: Si sufrimos, etc. Como si dijera: verdaderamente cuanto recibimos es para vuestro bien. Porque si sufrimos es para vuestra exhortación y salud, porque con nuestro ejemplo os exhorta Dios a la aceptación de los padecimientos, de lo cual proviene para vosotros la salvación eterna. Por lo cual se lee en ! Macab. 6,34 que mostraron a los elefantes vino tinto y zumo de moras a fin de incitarlos a la batalla. Lo cual ocurre cuando a los indolentes y perezosos se les presentan como ejemplo los sufrimientos de los santos. Lo segundo que enseña es que la consolación de ellos es para provecho de los demás, diciendo: si somos consolados. Como si dijera: Nuestra propia consolación, con la que nos consolamos por la esperanza del premio, es para vuestra consolación, por cuanto con nuestro ejemplo también vosotros con la misma esperanza del premio os alegráis. Lo tercero que muestra es que la exhortación pasiva de ellos es para el bien de los demás, diciendo: Si somos exhortados, mediante una interna inspiración o por azotes, esto ocurre por vuestra exhortación, esto es, para que os animéis para cosas mayores y esperéis la salvación. Por lo cual se dice en 2 (viacabeos 15,7-11, que exhortados con los discursos de Judas, se inflamaron los ánimos de sus oyentes. Ayudándoos vosotros también, etc. Y el orden de tal consolación y salud lo indica diciendo: que es eficaz por la paciencia con que sufrís, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero muestra la paciencia tenida en las adversidades; segundo, indica el fruto que de la paciencia proviene: De suerte que nuestra esperanza es firme. Así es que dice: Digo que estas cosas son para vuestra salud, porque la salvación para vosotros está en esto, por cuanto con nuestro ejemplo os fortalecéis para soportar los padecimientos, y para que pacientemente soportéis las mismas pruebas que nosotros padecemos. En vuestra paciencia salvaréis vuestras almas (Luc. 21, i 9). Tomad ejemplo, hermanos, en las pruebas (Sant. 5, !). De la cual paciencia proviene para vosotros el fruto, porque es firme nuestra esperanza de que así os hagáis herederos de la vida eterna. La tribulación obra la paciencia; y la paciencia, esperanza (Rm 5,3). Dice Gregorio: Tanto más sólida surge la esperanza en Dios cuanto mas abrumador sea lo que se soporte en su nombre. Porque de los padecimientos que ios santos de Dios soportan por Cristo brota para ellos la esperanza de la vida eterna. Y la causa de tal esperanza es que sabemos que en cuanto seáis compañeros nuestros en los sufrimientos, seréis también compañeros en la consolación, esto es, en la vida eterna. Fiel es esta palabra: Si hemos muerto con El, también con El viviremos (2Tm 2,2). Alegraos en cuanto sois participantes de los padecimientos en Cristo (1P 4,13).

Consiguientemente cuando dice: Pues no queremos que ignoréis, obtiene la benevolencia de ellos diciéndoles algo en especial. Y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero habla de la persecución que sufrió en Asia; luego, de la especial consolación que le resultó: Ei cual de tantos peligros, etc.; tercero, de la causa de la consolación: Porque nuestra gloria es, etc. (2Co 1,12). Así es que primero dice: No sólo es bueno que sepáis lo que se ha dicho de las tribulaciones en general, sino que no queremos que ignoréis, porque os es útil el saberlo, cuanto por nuestro ejemplo seáis más pacientes. Pues no queremos, digo, que ignoréis nuestra aflicción, etc. (Acuérdate de mi miseria, etc.: Trenos 3,19). Esta es la persecución aquella de la que se lee en Hechos 19,24-39 que contra Pablo promovió cierto platero en Asia concitando a la plebe, persecución que el Apóstol hace resaltar por tres cosas. Por el lugar, pues fue en Asia, lo que expresa así: que nos sobrevino en Asia, esto es, en Efeso, que está en Asia, donde más se le debería honrar y consolar. Por su acerbidad, porque fue algo por encima de lo ordinario de las pasiones humanas, por lo cual dice: porque de manera excesiva. También sobre lo llevadero, por lo cual dice: sobre nuestras fuerzas.

Objeción. Pero en contra está 1Co 10,13: Dios es fiel y no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas.

Respuesta. Débese decir que padecer por encima de las fuerzas se puede entender de dos maneras. O bien por encima de las fuerzas naturales, y de éstas se había aquí, por encima de las cuales permite a veces Dios que sean tentados los santos; o bien por encima de la fuerza de la gracia, a lo cual se refiere el texto de 1Co 10,13: Dios es fiel, etc., sobre la cual no permite Dios que alguien sea tentado. Y que el Apóstol habla aquí de las fuerzas naturales se ve claro por esto que dice: tanto que se nos hacía pesada la misma vida. Porque es indudable que lo que más se desea es vivir. Así es que cuando tan grave es la persecución que la misma vida se vuelve pesada, es innegable que excede a las fuerzas naturales. Y esto lo dice así: tanto que se nos hacía pesada, etc.; como si dijera: tan dura era la persecución, que la vida se nos hacía pesada. Tedio me causa ya el vivir (Jb 10,1).

Objeción. En contra tenemos lo que dice Santiago 1,2: Tenedlo, hermanos míos, por sumo gozo, cuando cayereis en pruebas de todo género.

Respuesta. Débese decir que la tribulación se puede considerar de dos maneras. O bien en sí misma, y así es para lamentarse, o bien por comparación al fin, y así es para gozarse, en cuanto se soporta por Dios y por la esperanza de la vida eterna. Y no sólo era para nosotros tediosa la vida -dice el Apóstol-, sino que estábamos ciertos de la muerte. Por lo cual dice: Pero si tuvimos en nuestro interior esa respuesta de la muerte, esto es, la certeza de la muerte; como si dijera: Mi pensamiento me decía que debía morir. O de otra manera, respuesta de la muerte, o sea, la razón misma pronunciaría y elegiría el morir en virtud del tedio de la vida. Hace resaltar la tribulación también por su causa. Por lo cual dice: para que no confiásemos en nosotros mismos, etc., es claro que para reprimir la soberbia humana. ¡Oh, Señor! fortaleza mía y el sostén mío, etc. (Jerem. 16,19). En cambio, en todas las cosas debemos confiar en Dios. Bienaventurado el varón que tiene puesta en el Señor su confianza (Jerem. 17,7). Por lo cual dice: Sino en el Dios que resucita, etc. (El Señor es el que da la muerte y da la vida: 1 Reyes 2,6.) Pero como el Señor no abandona a los que en El esperan, habla también el Apóstol de la consolación que Dios le dio, diciendo: El cual de tantos peligros nos libró y nos libra. Y acerca de esto hace tres cosas.

Primero habla de la consolación presente respecto de los males pretéritos; segundo, de la consolación futura; tercero, de la causa de la esperanza. Así es que dice: Somos consolados por Dios, El cual nos libró en pretérito de tantos peligros, y nos libra en el presente, porque no cesa de librarnos (Cuando pasares por en medio de las aguas, estaré Yo contigo: Is 43,2.) En quien confiamos que todavía nos ha de librar agrega todavía en futuro (Los que teméis al Señor esperad en El: Eccli 2,9). Ahora bien, vuestras oraciones nos suministran la causa de tal esperanza. Por lo cual dice: Ayudándonos vosotros también con vuestras oraciones que por nosotros hacéis. El hermano que es ayudado por el hermano es como una plaza fuerte (Pr 18,19). Os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu que luchéis conmigo orando a Dios por mí (Rm 15,30). Las cuales oraciones son necesarias porque Dios concede muchos bienes a uno solo por las preces de muchos, siendo la razón de esto que por los bienes que concede quiere Dios que se le den gracias, siendo muchos los que de esta manera están obligados a dar gracias: y esto ocurre cuando por lo que le da a uno por las preces de muchos obliga consigo mismo a todos aquellos por cuyas preces otorga algún bien, para que no sea sólo aquel a quien se lo da sino también los mismos que lo han pedido los que le den gracias a Dios. Y esto lo dice así: Para que la gracia obtenida por la intervención de muchos, etc. Y dice que por intervención de muchas maneras de personas, ya en cuanto a la edad, ya en cuanto a la condición, ya en cuanto a la diversidad de naciones o de costumbres. Para que la gracia obtenida para mí, la gracia de la fe que hay en mí, sea por muchos

agradecida en nuestro nombre (Dando gracias al Dios y Padre: Ep 5,20). O de otra manera: Para que lo hecho por muchas maneras de personas, esto es, de condiciones de personas. Digo que vuestro don que nos fue concedido, esto es, el don de vosotros, que tenéis el mismo don, es claro que el de la fe o la caridad: por parte de muchas personas de aquellas que están en la fe de Cristo. Agradezcan, etc. Y así según esta exposición por la expresión de muchas maneras de personas se entienden diversas virtudes, de modo que la manera o aspecto de uno signifique la virtud en la cual sobresale: y así, la manera o rostro de Job es la paciencia; la manera o rostro de David, la humildad, y por el estilo de otros.

## 5

(+2Co 1,12-14)

### LECTIO 4: 2 Corintios 1,12-14

La esperanza del auxilio divino es la causa de la consolación en las adversidades, la cual proviene del testimonio de la conciencia.

12. Porque nuestra gloria es ésta: el testimonio de nuestra conciencia de que con simplicidad de corazón y sinceridad delante de Dios, y no según la sabiduría de la carne, sino con la gracia de Dios, nos hemos conducido en este mundo, y especialmente entre vosotros.

13. Pues no os escribimos otras cosas que lo que leéis y ya conocéis. Y espero que hasta el fin lo reconoceréis.

14. Así como ya habéis reconocido en parte que nosotros somos vuestra gloria, así como también vosotros seréis la nuestra en el día de nuestro Señor Jesucristo.

Habiendo indicado la consolación recibida de Dios por el Apóstol después de la persecución, aquí consiguientemente señala la causa de esa consolación, la cual consiste en la esperanza del auxilio divino. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, asentar la causa de la esperanza; la segunda, aducir para esto el testimonio de aquellos a quienes les escribe: Pues no os escribimos otras cosas, etc. Así es que dice: Digo que esperamos aún más ser liberados por Dios y consolados. Porque nuestra gloria, etc.; como si dijera: La causa de tal cosa es nuestra buena conciencia. Porque la esperanza es la expectación de las cosas futuras proveniente de la gracia y de los méritos. Por lo cual también acerca de esto hace tres cosas. La primera, mostrar la gloria que tiene por el testimonio de la conciencia pura; la segunda, insinuar la causa de tal gloria: de que con simplicidad; la tercera, manifestar de dónde proviene esta causa: y no según la sabiduría de la carne. Así es que dice: Espero y confío en Dios en virtud de nuestra gloria, o sea, que me glorío por el testimonio y pureza de nuestra conciencia, con los cuales se puede de manera segura confiar en Dios. Cualquiera que sea el reproche que nos haga nuestro corazón, etc. (1Jn 3,20). El mismo Espíritu da testimonio, etc. (Rm 8,16).

Y débese notar que el testimonio de la conciencia es verdadero porque no engaña. Porque vemos a muchos exteriormente buenos que en su conciencia no son buenos. Y siempre se mantiene firme. Pero no habla de la conciencia de los demás, sino de la nuestra, porque el hombre debe siempre atenerse más al testimonio de su propia conciencia que al testimonio de los demás: lo cual no hacen aquellos que se consideran buenos por el hecho de que otros son malos, no porque ellos mismos sean buenos en verdad; ni aquellos que se glorían de la bondad de algún buen varón que por alguna afinidad le está unido. E insinúa la causa de tal gloria diciendo que con simplicidad, etc.: la cual consiste en dos cosas. Porque en dos cosas radica la pureza de la conciencia: en que lo que se haga sea cosa buena y en que la intención del que la hace sea recta, y estas dos condiciones las afirma el



Apóstol de sí mismo. La primera: que en sus obras es recta su intención respecto de Dios, por lo cual dice: con simplicidad, esto es, con rectitud de intención. Buscadle con sencillez de corazón (Sg 1,1). La sencillez de los justos les servirá como de guía (Pr 1 1 3). La segunda: que las cosas que hace son buenas, por lo cual dice: y con sinceridad (Para que os mantengáis sinceros y sin tropiezo: Filip. 1,10). Y de dónde provenga la causa de tal gloria lo manifiesta agregando: y no según la sabiduría de la carne.

Esto se puede leer de dos maneras. La primera de modo que se refiera a lo que inmediatamente precede, esto es, de Dios; y entonces insinúa de dónde le vienen a él la sinceridad y la simplicidad; como si dijera: Muchos de los antiguos fueron sabios con sabiduría terrena, como filósofos. Y muchos Judíos vivieron virtuosamente confiados en la justicia de la ley; mas nosotros, no en la sabiduría de la carne, la cual conforme a las naturalezas de las cosas, o los deseos, de la carne es, sino que con la gracia de Dios nos hemos conducido en este mundo. La prudencia de la carne es muerte (Rm 8,6). Mi lenguaje y mi predicación no consistieron en discursos persuasivos de sabiduría humana, etc. (1Co 2,4). Por la gracia de Dios soy lo que soy (1Co 15,10). O también conforme a esta manera: no según ía sabiduría de la carne, etc., esto es, no como apoyándose en humana sabiduría, sino en la gracia de Dios. No te apoyes en tu prudencia (Pr 3,5). Se puede explicar también de manera que con simplicidad se refiera a la pureza de vida; que no según la sabiduría, etc., se refiera a la verdad de la doctrina, como si dijera: Así como nuestra vida estriba en la simplicidad y sinceridad de Dios, así también nuestra doctrina no descansa en la sabiduría de la carne sino en la gracia de Dios. Pero sin embargo Jas dos primeras exposiciones son más válidas. Y aun cuando así nos hemos conducido bien en este mundo, sin embargo, especialmente entre vosotros, es claro que porque de las otras iglesias aceptara el pago de sus gastos, y de ellos -de los Corintios- no. Más adelante (II,8) dice: A otras iglesias despojé. Y la razón de ello puede ser el que fueran avaras. Así es que para no contristarlos no quiso recibir de ellos nada.

Consiguientemente invoca el testimonio de ellos de esta santa manera suya de conducirse, diciendo: Pues no os escribimos otras cosas, etc.; como si dijera: Estas cosas que os escribimos no os son desconocidas, porque ya las leísteis en mi primera Epístola y las conocisteis por experiencia de mis obras. No como escribiéndote un mandamiento nuevo (2 Juan 5). Y aun cuando no conozcáis perfectamente porque os jústasteis con pseudoapóstoles, sin embargo espero que hasta el fin de la vida ¡o reconoceréis, es claro que perfectamente, así como hasta este momento ya habéis reconocido en parte. La razón de ello es que cuando se ve que alguien empieza bien algo, se debe esperar que siempre continúe bien. ¿Y por qué? Porque Aquel que en vosotros comenzó la buena obra la perfeccionará, etc., como se dice en Filipenses 1,6. Y reconoceréis que nosotros somos vuestra gloria, esto es, que por nosotros conseguiréis la gloria eterna, a la que llega el hombre por la fe de Cristo que os hemos predicado. Gloria de los hijos son sus padres (Pr 17,6). Y así digo que somos vuestra gloria, así como también vosotros seréis la nuestra, porque por vosotros instruidos por nosotros esperamos obtener el premio de la gloria eterna. Pues ¿cuái es nuestra esperanza, o gozo, o corona de gloria? ¿No lo sois vosotros? (1Th 2,19). Y tal gloria será para nosotros por vosotros en el día de nuestro Señor Jesucristo, esto es, en el día del juicio, que se dice de Cristo, porque entonces hará su voluntad con los pecadores, castigándolos, por haber hecho ellos su voluntad en este mundo contra la voluntad de Cristo Señor pecando.

Cuando llegare mi tiempo Yo juzgaré con justicia (Ps 74,3). Y se abrieron libros y fueron juzgados los muertos (Ap 20,12).

## LECTIO 5: 2 Corintios 1,15-23

Sobremano se excusa de no ir a verlos diciendo que no debe ser señalado por ellos con una muestra de ligereza de espíritu.

15. En esta confianza quería ir primero a vosotros, para que una segunda gracia recibieseis.

16. Y a través de vosotros pasar a Macedonia, y otra vez desde Macedonia volver a vosotros, y por vosotros ser encaminado a Judea.

17. Al proponerme esto ¿acaso procedí con ligereza? ¿o es qué lo que resuelvo lo resuelvo según la carne, de modo que haya en mí el sí y el no?

18. ¡Por la fidelidad de Dios, que la palabra dada a vosotros no es en El sí y no, sino que el sí en El es sí.

19. Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que entre vosotros fue predicado por nosotros: por mí y Silvano y Timoteo no fue en El sí y no, sino que en El se ha realizado el sí.

20. Pues cuantas promesas hay de Dios han hallado el sí en El; por eso también mediante El (decimos) Amén a Dios para vuestra gloria.

21. El que nos confirma juntamente con vosotros en Cristo, y el que nos ungió es Dios.

22. El que asimismo nos ha sellado, y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.

23. Yo tomo a Dios por testigo sobre mi alma de que por no heriros no he ido a Corinto; no es esto porque domitiernos en vuestra fe, sino que somos cooperadores de vuestro gozo. Porque en la je estáis firmes.

Una vez obtenida la benevolencia de los Corintios, consiguientemente agrega el Apóstol su excusa, y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero indica su propósito; segundo, en forma de pregunta expone la acusación hecha por ellos contra él: Al proponerme esto, etc.; tercero, se excusa: Por la fidelidad de Dios. Acerca de lo primero debe saberse que en una primera Epístola (que nosotros caminado a Judea. Este es el orden de la primera promesa, pero en la precedente epístola el orden es al contrario, como se ha dicho.

Consiguientemente el reproche que por tal cambio le hacían los Corintios lo pone él en forma de pregunta, diciendo: Al proponerme esto, ¿acaso, etc. Por esto le imputaban dos cosas: ligereza, por haber cambiado de propósito (El necio se muda como la luna: Eccli. 27,12), y carnalidad, porque les parecía que así había obrado él por algún afecto carnal y humano. Por lo cual toca estas dos cosas, y primero la ligereza, por lo cual dice: ¿acaso procedí con ligereza por no haber hecho lo que una vez me había propuesto? De ninguna manera. Mas no penséis que si variamos nuestras órdenes, proviene esto de ligereza de ánimo (Ester 16,9). En medio de un pueblo numeroso cantaré tus alabanzas (Ps. 34,18). En seguida habla de la carnalidad: O es que lo que resuelvo hacer o dejar de hacer ¿lo resuelvo según la carne? o sea, conforme a un afecto carnal, ¿de modo que haya en mí el sí y el no, o sea, la afirmación y la negación? Algunos creen que nosotros caminamos según la carne (2Co 10,2). El varón doble es inconstante en todos sus caminos (Jac. 1,8). Una vez expuesta la queja de ellos, en seguida se excusa diciendo: ¡Por la fidelidad de Dios, etc., y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica no haber mentido él; y luego muestra de qué manera no mintió: El que nos confirma, etc. Y de que no haya mentido se excusa de dos maneras, a saber, por la costumbre y por la causa. Por la costumbre ciertamente, porque no se debe creer que fácilmente mienta alguien que nunca ha sido tachado de mentiroso, y con la expresión de ¡Por la fidelidad de Dios se le debe creer como si jurara, como si dijera: Dios me es testigo de que mi palabra con la que os prediqué y que fue dada a vosotros no es en El sí y no, o sea, que no hay falsedad en ella. Dios es fiel y sin sombra de iniquidad, íntegro y justo (Deut. 32,4). Ahora bien, si se toma el ¡por la fidelidad de Dios, etc., por la verdad de la promesa divina, entonces el sentido es éste: Fiel es Dios, esto es, guarda sus promesas. Y I prometió enviaros predicadores de la verdad. Y os daré pastores según mi

corazón (Jerem. 3,15). Y por eso, habiendo sido yo enviado por El, la palabra dada a vosotros no es en El sí y no. Y también se excusa por Ja causa, diciendo: Porque el Hijo de Dios. Y esta causa es doble: motiva y eficiente: El que nos confirma, etc. Pues la causa motiva de no mentir es que quien asume algún cargo, naturalmente se mueve a hacer lo que ese cargo requiere y no al contrario. Es así que consta que el cargo apostólico consiste en predicar la verdad; luego no mueve a lo que sea contrario a la verdad, lo cual es el mentir.

Y acerca de esto hace tres cosas. Primero prueba la verdad de su dicho por las palabras de Cristo; lo segundo, la verdad de Cristo por las palabras de Dios: Pues cuantas promesas hay de Dios, etc.; lo tercero, concluye con su proposición: por eso también mediante El!, etc. Así es que primero dice: Sostengo que nuestras afirmaciones se deben tener por verdaderas, y en efecto son verdaderas porque predicamos a Cristo, en quien no hubo falsedad ninguna. Y esto lo dice así: Porque el Hijo de Dios, Jesucristo, el que entre vosotros fue predicado por nosotros; principalmente por mí, y secundariamente por Silvano (este es el Sitas que aparece en los Hechos 18,5) y Timoteo, de quien ya se habló arriba. Porque estos dos acompañaron al Apóstol cuando primeramente los convirtió. En El, o sea, en el Hijo de Dios, no fue sí y no, esto es, la falsedad, o que no haya hecho lo que no conviniera. Sino que en El se ha realizado el sí, o sea, la verdad; porque lo verdadero y el ser son la misma cosa. Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Y para que no haya ninguna duda de que en Cristo no hay falsedad ninguna, al instante lo prueba, agregando: Pues cuantas promesas hay de Dios han hallado el sí en El, y lo prueba de esta manera: Consta que lo que en El es manifestativo de la verdad divina no puede ser falsedad; y el Hijo de Dios vino para hacer patente la verdad divina en las promesas hechas por Dios que debería El cumplir; luego no hay falsedad en El. Y esto lo dice así: La palabra dada a vosotros no es en El sí y no, sino que el sí en El es sí, porque cuantas promesas de Dios son hechas a los hombres, en El, esto es, en Cristo, son sí, porque en Cristo se verifican y cumplen. Porque digo que Jesucristo se hizo ministro de la circuncisión en pro de la fidelidad de Dios, para confirmar las promesas dadas a los padres (Rm 15,8). Así es que de todo esto concluye que, puesto que sus afirmaciones son verdaderas porque predica al Hijo de Dios, en Quien está la verdad, por eso también mediante El, mediante Cristo, decimos Amén a Dios, o sea, que es verdadero. Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz (Ápoc. 3,14). El que ha sido bendecido en la tierra es bendecido en Dios, amén, etc. (Is 6 ) y esta verdad se la decimos a Dios, o sea, para el honor de Dios, haciendo manifiesta su verdad y nuestra gloria, porque nuestra gloria es vuestra conversión, o bien nuestra gloria porque nuestra gloria es mostrar y predicar la palabra de Dios.

En seguida, cuando dice: El que nos confirma, prueba el Apóstol, por la causa eficiente, que no ha mentido; porque aun cuando puede el hombre por el libre albedrío usar de su lengua para expresar lo falso o lo verdadero, sin embargo, de tal manera puede Dios confirmar al hombre en lo verdadero que no exprese sino la verdad. Así es que si Dios confirmare a alguien en la verdad, es claro que éste no diría ya nada falso; es así que Dios nos ha confirmado en la verdad, luego, etc. Y por eso dice que Dios es el que nos confirma juntamente con vosotros en Cristo, o sea, en la verdadera predicación de Cristo, como si dijera: Si Cristo estuviera fuera de nosotros, podríamos mentir, pero por estar con nosotros y estar también nosotros con Cristo, no mentimos. Yo fui quien dio firmeza a sus columnas (Ps. 74,4). Así es que estamos en Cristo de dos maneras, a saber, por gracia y por gloria. Por gracia, en cuanto estamos ungidos con la gracia del Espíritu Santo, y somos hechos miembros de Cristo, y ungidos en El mismo, con la gracia con la que también Cristo es ungido en cuanto hombre. Te ungió Dios con óleo de alegría (Ps. 44,8). Y de la plenitud de esta unción redundó en todos los suyos, como el ungüento en la cabeza, o sea, en Cristo, que baja, etc. Y por eso dice que el que nos ungió es Dios, nos ungió como sacerdotes y reyes. Nos has hecho para Dios (Ap 5,10). Vosotros sois un linaje escogido, un sacerdocio real (1P 2,9). Ahora bien, la unión que es por la gloria no la poseemos realmente sino en esperanza cierta, en cuanto tenemos la firme esperanza de la vida eterna. Y tenemos doble certeza en la esperanza de obtener tal unión. Una es por señal; la

otra, por prenda. Por señal evidente, por ser de fe. Por lo cual dice: nos ha señalado con el sello de la fe de Cristo. También la señal de la cruz. No matéis a ninguno en quien viereis la tau (Ezeq. 9,6), es decir, la señal de la cruz. No hagáis daño a la tierra ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado a los siervos de nuestro Dios en sus frentes (Ap 7,3). Y esto por el Espíritu Santo. Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo ese tal no es de El (Rm 8,9). Y por eso, signo especial y cierto de conseguir la vida eterna es el configurarse con Cristo. Ponme por sello sobre tu corazón (Cant. 8,6); o bien nos señaló con la señal de la vida; o bien por la prenda máxima por ser del Espíritu Santo, y por eso dice: y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones. Por lo cual resulta cierto que nadie puede recibirlo de nosotros. Pero observa lo siguiente: En la prenda débense considerar dos cosas: lo que produce la esperanza de poseer la realidad, y que vale tanto cuanto vale la realidad, o más, y estas dos cosas están en el Espíritu Santo, porque si consideramos lo que en sí es el Espíritu Santo, tanto vale el Espíritu Santo cuanto la vida eterna, la cual es el mismo Dios, porque viene siendo cuanto son todas las tres personas. Y si se considera el modo de tenerla, así produce la esperanza, y no la posesión de la vida eterna, porque todavía no lo tenemos a El perfectamente en esta vida. Y por eso no somos perfectamente bienaventurados sino cuando perfectamente lo tengamos en la patria. Fuisteis sellados con el Espíritu de la promesa (Ep 1,13).

En seguida, cuando dice: Yo tomo a Dios por testigo, etc., se excusa de no ir a verlos, y esto mediante un juramento, que es lo más grande. Y acerca de esto hace tres cosas. Primero indica su excusa; segundo, contesta a una tácita pregunta: no es esto porque dominemos; tercero, explica lo que dijera: Porque en la fe estáis firmes. Y se excusa mediante un doble juramento. El uno de atestación, diciendo: Yo tomo a Dios por testigo; el otro de execración, diciendo: sobre mi alma, o sea, contra mi alma. Testigo me es Dios, etc. (Rm 1,9). Digo que yo tomo a Dios por testigo: de que no he ido de nuevo, esto es, después de la primera vez, o bien después de haberme separado de vosotros, y lo hice así por no heriros, es claro que porque él mismo sabía que no los podría corregir. Por lo cual, si entonces hubiese ido o los habría castigado, y así quizá se hubiesen apartado totalmente de la fe, o si no los hubiese castigado, daría así ocasión para que más pecaran. Pero porque alguno podría decir: ¿por qué dices: "por no heriros? ¿Acaso eres tú nuestro Señor?", esto lo resuelve en seguida diciendo: no es esto porque dominemos en vuestra fe, sino que somos cooperadores de vuestro gozo; como si dijera: No digo esto como Señor sino como cooperador. Ni como que queréis tener señorío sobre el clero (1P 5,3). Digo que cooperador de vuestro gozo, o bien de vuestra enmienda. Y por qué dice en vuestra fe lo explica en seguida diciendo: Porque en la fe estáis firmes, o sea, estáis firmes en esta gracia de Cristo por la fe.

## Capítulo 2

7

(+2Co 2,1-4)

### LECTIO 1: 2 Corintios 2,1-4

Dice la causa por la que ha diferido el ir a verlos, y afirma que ella fue el no causarles aflicción.

1. Por lo mismo, he resuelto para conmigo no volver a visitaros con tristeza.
2. Porque si yo os contristo ¿quién será el que me alegre a mí sino el que haya sido contristado por mí?

3. Y esto mismo os escribo para a mi llegada no tener tristeza sobré tristeza por parte de aquellos que debieran causarme gozo, confiando en todos vosotros: en que mi gozo es el de todos vosotros.
4. Porque os escribo en extremo afligido y con angustia del corazón con muchas lágrimas: no para que os contristéis, sino para que conozcáis cuan sobreabundante es el amor que os tengo.

Habiéndose excusado arriba el Apóstol en genera! por su demora en ir a visitar a los Corintios, aquí indica la causa de tanta demora y de cómo se las ahorra. Porque primero insinúa que la causa de la dilación fue el no causarles tristeza con su llegada; segundo, muestra que otra causa fue el impedirselo el fruto que entre otros esperaba y que empezaba a conseguir: Habiendo llegado a Tróade, etc. (2Co 1,12). Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, mostrar que la causa de su demora fue en general no causar una aflicción; la segunda, hablar en especial de lo que los contristaría: Pues si alguno me ha contristado (2Co 1,5). Acerca de lo primero hace tres cosas: dar la razón por la que aplazó su ida; indicar la causa de lo dicho: porque si yo os contristo; y explicar lo que dijera: Porque os escribo en extremo afligido. Así es que dice: Dije que no fui a veros ahorrándonos una pena, por lo cual he resuelto, esto es, firmemente determiné para conmigo lo que me propuse, al enviaros otra carta (Preceda a todas sus obras la palabra de la verdad: Eccli. 37,20): no voiver, no ir una segunda vez a visitaros con tristeza, esto es, a contristaros. Y no quiso contristarlos por lo mismo por lo que el Señor no quiso que sus discípulos ayunaran: para conmooverlos por amor y no por temor y se le unieran. Porque el Señor quiso afirmarlos y nutrirlos en la fe con toda dulzura y afecto del corazón, y así confirmarlos por amor, para que no fácilmente fueran arrebatados por las tribulaciones, de modo que las muchas aguas no pudieran extinguir la caridad (Cant. 8,7). De manera semejante, por esto no quiso el Apóstol contristarlos. Y la razón de ello la da diciendo: Porque si yo os contristo, etc. Y acerca de esto hace dos cosas: indicar la causa de no querer contristarlos y manifestar de qué manera se lo indica a ellos: Y esto mismo os escribo.

Así es que dice: la razón de no haber querido ir con tristeza es que vuestra tristeza redunde en tristeza mía, y con vuetros gozos yo gozo, y solamente vosotros me consoláis cuando estoy con vosotros; por lo cual si fue allá y os contristare, con vuestra tristeza me entristecería, y así nadie habría que pudiera alegrarme entre vosotros, que os contristaríais por mí, porque el entristecido no fácilmente consuela a otro. El hijo sabio es alegría del padre (Pr 10,1). El hombre que ama la sabiduría es el consuelo de su padre (Pr 29,3). O de otra manera, doble es la tristeza. Una, según el mundo; la otra, según Dios, la cual obra la penitencia para la salvación. El Apóstol no habla de la primera sino de la segunda. Y por esto mismo dice: Yo me consolaré si os contristo, esto es, si increpándoos os llevo a penitencia; pero si fuere allá y viere que no hacéis penitencia de vuestros pecados, entonces ninguna consolación tendría, porque nadie se contristaría ni haría penitencia por mi causa, o sea, por mi corrección e increpación.

Ahora bien, la causa de escribiros esto es que de tal manera os dispongáis que cuando llegue allá no me entristezca de veros incorregibles, sobre la tristeza que ya experimenté cuando supe de vuestros pecados. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero pone la admonición; luego, muestra la esperanza de que se cumpla la admonición: confiando en todos vosotros, etc. Y la admonición es ésta: por eso os escribo, porque me entristece el pecado que habéis cometido. Afligían su alma justa las obras inicuas de ellos (2 Pedro 2,8). Para que os preparéis y dispongáis corrigiéndoos, para a mi llegada allá, no tener tristeza por pecados por parte de aquellos, es decir, de vosotros, que debieran causarme gozo, debiendo alegrarme y congratularme con vuestra presencia. El gozo es para los ángeles de Dios, etc. (Luc. 15,10). Y qué esperanza tenga de que se cumpla su admonición lo agrega diciendo: confiando en todos vosotros, etc.; como si dijera: Tengo la confianza de que de tal manera os preparéis, que cuando vaya yo, todos me daréis ocasión de gozo, y esto lo debéis hacer libremente, porque mi gozo es el de todos vosotros, esto es, no es sino para vuestro gozo, o bien se debe a vuestro gozo, que tenéis por haber recuperado la gracia. Vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo (1Th 2,20). Gózaos con los que se gozan (Rm 12,15). Pero como alguien podría dudar

de esto que el Apóstol dice: para a mi llegada no tener tristeza sobre tristeza y preguntare cuál fue la tristeza que tuvo de ellos, en seguida lo explica diciendo: Porque os escribo en extremo afligido, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero expresa la tristeza que tenía de mucho tiempo atrás; segundo, responde a cierta tácita pregunta: no para que os contristéis, etc. Así es que primero dice: Me entristecería si no os encontrara corregidos, sobre la tristeza que tuve cuando pecasteis y tuve que contristarme reprendiéndooos duramente. Porque os escribí en extremo afligido y con angustia del corazón la primera epístola, con muchas lágrimas, que derramé por vosotros muertos ya por el pecado. ¿Quién dará agua a mi cabeza, etc.? (Jerem. 9,1). Es vergüenza de un padre tener un hijo ineducado (Ecli. 22,3). El justo perece y no hay quien reflexione en su corazón (Is 57,1).

Se debe saber que el Apóstol indica que hay dos cosas que hacen grande su tristeza; a saber, la tribulación y la angustia, porque una de estas cosas agregada a la otra aumenta la tristeza. Porque a veces alguien se entristece pero sin angustia: cuando alguna adversidad como agudísima espina lo pincha, y sin embargo ve que se le ofrecen maneras de evadirse. Pero si éstas no se le presentan, a la tribulación se une la angustia. Así es que dice: en extremo afligido, con gran tribulación, por Ja que me sentía herido por. la mala conducta vuestra y con angustia del corazón, porque no veía cómo podría poner fácil remedio, os escribí, etc. (Sorprendiéronme las tribulaciones y angustias: Ps. 118,143). Pero como podrían decir: Oh Apóstol, también estas cosas nos las escribes para que nos causen tristeza, esto lo desecha diciendo: No para que os contristéis os escribo aquellas cosas, sino para que conozcáis el amor que os tengo. Porque son dos las señales del amor, a saber, el alegrarse uno del bien del otro y el entristecerse por su mal, y estas dos cosas siento por vosotros. El amor de Cristo nos apremia (2Co 5,14). Sobreabundante, más de lo que creéis, o más abundantemente que a los demás.

## 8

(+2Co 2,5-11)

### LECTIO 2: 2 Corintios 2,5-11

Quiere que usen de misericordia con el afligido fornicador, aun cuando pondera su culpa y su pena.

5. Si alguno me ha causado tristeza, no me la ha causado a mí, sino en parte, para cargároslo a todos vosotros.
6. Bástele al tal esta corrección aplicada por tantos.
7. Más bien debéis, pues, al contrario, perdonarlo y consolarlo, no sea que se consuma en excesiva tristeza éste tal.
8. Por lo cual os exhorto que lo confirméis en la caridad.
9. Pues por esto os escribo, a fin de conocer por vuestra prueba si en todas las cosas sois obedientes.
10. A quien vosotros perdonáis algo, yo también. Porque lo que he perdonado, si algo he perdonado, ha sido por vosotros en persona de Cristo.
11. Para que no nos sorprenda Satanás. Pues no ignoramos sus maquinaciones.

Habiendo indicado el Apóstol la causa de su demora -por no causar tristeza- y hablado de su aflicción, aquí consiguientemente habla de quien lo ha entristecido. Y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero pondera la culpa de quien lo ha contristado; segundo, la pena que se le infligió por su culpa: Bástele al tal, etc.; tercero, los exhorta a tener misericordia de aquei infeliz: Más bien debéis, pues, al contrario. Así es que primero dice: Os escribí por las muchas lágrimas que derramé por la tristeza que sentí y por la pena que se le debía infligir al que pecó. Pero si alguno me ha causado tristeza es aquel fornicario fuera de toda regia, del cual se dice en 1Co 5,1: Es ya del

dominio público que entre vosotros hay fornicación, y fornicación tai, cual ni siquiera entre los gentiles, etc. Y éste, digo, que ha contristado, no me ha contristado a mí sino en parte, o sea, que no me ha contristado a mí solo, sino a vosotros y a nosotros. No a todos sino en parte. Y esto lo digo para no cargároslo a todos vosotros, esto es, para no imponeros a todos vosotros esta carga hablando irrisoriamente, como si dijera: No sois de tal manera buenos ni me amáis que os doláis todos por mi tristeza y por el pecado del hermano. O bien para no cargároslo a todos vosotros, no nada más a los que no se dolieron por el pecado. O de otra manera habrá que decir, y mejor: No me contristo sino en parte, etc.

Porque hay que saber que a veces alguien se contrista totalmente y a veces no totalmente. Totalmente se contrista alguien cuando de pura pesadumbre es absorbido por el dolor; y esta tristeza es la que produce la muerte, como se dice adelante (2Co 7,10). Lo cual, según dice el Filósofo, no ocurre en el sabio. Y no se entristece alguien totalmente cuando, a pesar de que padece algún mal o lo ve hacer, se entristece, pero por otras causas buenas se regocija, y tal tristeza es según Dios y se da en el sabio. Así es que no porque diga el Apóstol que se ha contristado se crea que ha sido absorbido totalmente por la tristeza, cosa que no es propia del sabio: dice que se ha contristado en parte, no totalmente. Y conforme a esto se lee así: Me ha causado tristeza el fornicario, por su pecado; pero no me he contristado totalmente, porque aun cuando, por lo que a él toca, por su pecado sienta yo tristeza, sin embargo, por lo que a vosotros toca, por los muchos bienes que hacéis, y también en cuanto a él mismo por la penitencia que hizo, siento gozo. Y digo que en parte, para no cargároslo todo a vosotros, esto es, para no imponeros a vosotros la carga de haberme contristado a mí. Pero para que no por la aflicción del Apóstol quieran castigar todavía más a aquel tal, les dice que ha sido suficiente su castigo, diciendo: Bástale al ta! que me contristó pecando tan gravemente la corrección aplicada por muchos, o sea, que fue tan manifiesta y pública que quedó separado de toda comunión, o sea, excomulgado por la Iglesia y entregado a Satanás como se lee en 1Co 5,5. Es pues suficiente esa pena por las causas dichas. O bien se puede decir que es suficiente, no en cuanto al juicio de Dios, sino en cuanto dejaba libre el tiempo y al individuo. Porque es mejor observar un espíritu de suavidad al corregir para que de la penitencia de la corrección se siga el fruto, que si por corregir más duramente se desespere el pecador y se hunda en mayores pecados. Y por eso se dice en el Eclesiástico, 21,5: La arrogancia y las injurias reducen a humo la hacienda. Así es que habiendo sido suficiente la pena y cumplido la penitencia, consiguientemente los induce a tener misericordia de él, diciendo: Más bien debéis, pues, al contrario, etc. Y aquí hace tres cosas. Lo primero, ordenar que al pecador se le perdone; lo segundo, indicar la razón de ello: no sea que, etc.; lo tercero, llevarlos a cumplir esta orden: por lo cual os exhorto, etc. Así es que primero digo que para este tal fue suficiente la pena, al grado que deseo que al contrario más bien debéis perdonarlo. Absolved, y se os absolverá (Luc. 6,37). Perdonaos mutuamente de la misma manera que Dios os ha perdonado a vosotros en Cristo (Ep 4,32). Y no sólo perdonaos sino que, lo que es más, consolaos: y esto presentándose uno los ejemplos de los pecadores que son restituidos al estado de gracia, como se dice de David, de Pedro, de Pablo y de Magdalena, y por las palabras de Dios: No quiero la muerte del pecador, etc. (Ez. 33,11). Amonestad a los desordenados, alentad a los pusilánimes (1Th 5,14). Y agrega la razón de tal admonición: no sea que se consuma en excesiva tristeza este tal. Porque algunos por el pecado y por la pena del pecado se hunden a veces de tal manera en la tristeza, que se ahogan mientras no tienen quien los consuele; lo cual es malo, porque de esto no se sigue el fruto de penitencia que conviene, o sea, la corrección; sino que más bien, desesperando, se entregan a todos los pecados, como Caín cuando dijo: Mi maldad es tan grande que no puedo yo esperar perdón (Gen. 4,13); y en Efesios 4,19 leemos: No teniendo ninguna esperanza, se abandonaron a la disolución. Y por esto se dice en 2 Reyes 2,26 que es cosa peligrosa la desesperación. Y por eso decía David (Ps 68,16): Ni me trague el abismo, etc. Y para que tal cosa no ocurra dice: y consolarlo, para que abandone el pecado. Y este será su fruto, que sea borrado su pecado (Is 27,9).

Ante esto el Apóstol, no sólo por simple razón sino también por otras causas los induce a ello diciéndoles: Por lo cual os exhorto, etc. Y los induce de tres maneras. La primera, con ruegos, diciendo: Por lo cual, no sea que se consuma, os exhorto, pudiendo mandaros. Aunque tengo toda libertad en Cristo para mandarte lo que conviene, etc. (Filem. 8). Lo contrario hacen los malos preladados. Las dominabais con aspereza (Ez. 34,4). Para que lo confirmes en la caridad. Lo cual ocurrirá si lo tratáis con caridad y no abomináis de él por el pecado, ni lo despreciáis sino que por vuestra consolación hacéis que odie él su pecado y que ame la justicia. Y tú, una vez convertido, confirma a tus hermanos (Lc 22,32). La segunda, ordenando, al decir: Pues por esto os escribo, a fin de conocer por vuestra prueba si en todas las cosas sois obedientes. Y dice en todas las cosas, esto es, tanto en las que os agradan como en las que os desagradan. Porque primero les había mandado que lo excomulgaran, y cumplieron esta orden del Apóstol; pero lo segundo que ahora les ordena es que lo perdonen. Y por eso dice: si en todas las cosas sois obedientes. La tercera, por el recuerdo de los beneficios, diciendo: A quien vosotros perdonáis algo, yo también; como si dijera: Vosotros debéis hacer esto porque yo también hice aquello. Porque habiendo vosotros perdonado a alguno, me lo pedisteis a mí, y yo también perdoné. Y esto lo dice así: A quien vosotros perdonáis algo, yo también se lo perdoné. Y esto es innegable. Porque lo que he perdonado, etc.: donde se tocan cuatro cosas necesarias para tal perdón o remisión.

La primera es la discreción, para que no indistintamente y sin motivo se perdone. Y por eso dice: si algo, esto es, de modo debido. Adelántese tu vista a los pasos que des (Pr 4,25). La segunda es el fin, porque no se debe hacer ni por amor ni por odio sino por alguna utilidad de la Iglesia o de algunos. Y por eso dice: por vosotros. La tercera es la autoridad, porque no debe obrar por propia autoridad, sino por la de Cristo, quien perdona los pecados con autoridad; y otros con el ministerio que se les haya dado, y como miembros de Cristo. Y por eso dice: en persona de Cristo, o sea, no por mi propia autoridad. De modo que lo que se perdona lo perdona Cristo. A quienes perdonareis los pecados les quedan perdonados (Jn 20,23). La cuarta es la necesidad, por lo cual dice: para que no nos sorprenda Satanás. Porque a muchos engaña el diablo, a unos arrastrándolos a la comisión de pecados, a otros a la excesiva rigidez contra los pecadores, con el fin de que si no puede apoderarse de ellos por la perpetración de un delito, arruinar al menos a los que ya tiene por la rigidez de los preladados, quienes por no corregirlos con misericordia los inducen a la desesperación, y así de esta manera los arruinan, y también a ellos los incluye el lazo del diablo. No quieras ser demasiado justo, etc. (Eccle. 7,17). Vuestro adversario el diablo ronda como un león rugiente, buscando a quien devorar (1P 5,8). Y esto nos ocurre si no perdonamos a los pecadores. Y por eso, para que no nos sorprenda Satanás, yo perdoné, si algo he perdonado. Pues no ignoramos sus maquinaciones, o sea, de Satanás. Lo cierto es que en general, porque en especial nadie puede conocer sus maquinaciones, sino sólo Dios. ¿Quién rasgó la delantera de su túnica? (Jb 41,4).

### Lección 3

Indica otra causa de su demora, la cual fue la predicación del Evangelio en Tróade, donde no admite el seudo evangelio.

12. Llegado a Tróade para predicar el Evangelio de Cristo, y habiéndoseme abierto una puerta en el Señor,

13. no hallé reposo para mi espíritu, por no haber encontrado a Tito mi hermano, y despidiéndome de ellos partí para Macedonia.

14. Pero gracias a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo Jesús, y la fragancia de su conocimiento la derrama por medio de nosotros en todo lugar.



15. Porque el buen olor de Cristo somos nosotros para Dios, tanto para los que se salvan como para los que se pierden.

16. Para los unos, olor de muerte para muerte, y para los otros olor de vida para vida. Y para tales cosas ¿quién será a tal grado idóneo?

17. Pero no somos nosotros como muchísimos que adulteran la palabra de Dios, sino que con ánimo sincero, como de parte de Dios, delante de Dios, en Cristo hablamos.

Habiendo indicado la primera causa de su demora, el no ir a verlos con tristeza, aquí señala la segunda causa, que es por el fruto que en otra parte lograba. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica el curso de su itinerario; segundo, el efecto de ese mismo proceso: Pero gracias a Dios, etc. Acerca de lo primero hace todavía dos cosas. La primera, mostrar el impedimento que para la obtención del fruto tuvo en Tróade; la segunda, hablar de su paso a Macedonia: y despidiéndome de ellos, etc. Así es que dice: Llegado a Tróade para predicar el Evangelio, esto es, para predicar a Cristo (Os he designado para que vayáis, etc.: Jn 15,16), y habiéndome abierto una puerta, o sea, las mentes de los hombres preparadas y dispuestas para recibir las palabras de la predicación y a Cristo. Porque se me ha abierto una puerta grande y eficaz (1Co 16,9). Mira que estoy a la puerta y golpeo (Ap 3,20). Pero no en cualquier cosa sino en el Señor, porque la simple disposición de la mente humana se debe a la virtud divina. Porque aun cuando la disposición con que las mentes se preparan sea la causa de la conversión, sin embargo la causa misma de la disposición y de la preparación es Dios. Conviértenos ¡oh Señor! a Ti, y nos convertiremos (Trenos 5,21). Habiéndome abierto, digo, una puerta en el Señor, no hallé reposo para mi espíritu, o sea, no pude hacer lo que mi espíritu quería, o sea, mandaba. Porque se dice que el espíritu descansa cuando hace lo que quiere, así como se dice que la carne reposa cuando tiene lo que desea. Alma mía, tienes cuantiosos bienes en reserva, etc. (Luc. 12,19). No dice el Apóstol: No tuve reposo para mi carne o mi cuerpo, sino para mi espíritu, o sea, para mi voluntad espiritual, la cual es como Cristo implantado en el corazón de los hombres. Y me embarazaba el ver los corazones preparados y dispuestos, sin poder predicarles. Y agrega por qué no tuvo descanso su espíritu: por no haber encontrado a Tito mi hermano, o sea, por la ausencia de Tito, y esto por una doble causa.

La una fue que aun cuando el Apóstol supiera todas las lenguas, de modo que decía: Doy gracias a Dios de que hablo todas vuestras lenguas, sin embargo, era más expedito y docto en la lengua hebrea que en la griega; hace dos cosas. Porque primero habla del orden de sus pasos adelante; segundo, excluye de este adelanto a los pseudoapóstoles: Y para tales cosas ¿quién será a tal grado idóneo? Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero indica el adelanto que obtenía; segundo, explica algo que dijera: el buen olor de Cristo, etc. Acerca de lo primero débese saber que el Apóstol no se atribuía a sí mismo ni a su propia virtud el adelanto y el fruto que lograba, sino a Dios. He trabajado más copiosamente que todos ellos; bien que no yo sino la gracia de Dios conmigo (1Co 15,10). Y por eso dice: Pero gracias a Dios doy. En todo dad gracias (1Th 5,18). Dando gracias siempre (Ep 5,20), Que siempre nos hace triunfar en Cristo Jesús, esto es, que nos hace triunfar en la predicación de Cristo contra los adversarios.

Y aquí se debe saber que dos son las cosas que los predicadores de la verdad deben hacer: exhortar con la sagrada doctrina y vencer por completo al oponente; y esto doblemente: disputando con los herejes y mediante la paciencia con los perseguidores. Por lo cual trata aquí el Apóstol estas dos cosas por orden, y dice: que nos hace triunfar, en cuanto a los contradictores. En todas estas cosas triunfamos (Rm 8,37). El triunfo no depende en los combates de la multitud de las tropas, sino del cielo (I Macab. 3,19). Y la fragancia de su conocimiento la derrama por medio de nosotros en todo lugar, en cuanto a la exhortación de la sagrada doctrina. La fragancia de su conocimiento, según la Glosa, es su Hijo; pero es mejor que esto se diga por la diferencia que hay en el conocimiento de Dios entre el que dan las otras ciencias y el que da la fe. Porque el conocimiento de Dios que se tiene por las demás ciencias ilumina únicamente el entendimiento, mostran- y Tito lo era más en la

griega. Y por eso quería tenerlo consigo para predicar en Tróade. Y por estar Tito ausente, por haberlo detenido los Corintios, dice Pablo: no hallé reposo para mi espíritu; pero como los dones de Dios no son imperfectos, y el de lenguas le fue concedido de manera especial al Apóstol para que predicara por todo el mundo (Su sonido se ha propagado por toda la tierra, etc.: Ps. 18,5), hay por esto otra causa mejor, la cual es que amenazaban en Tróade al Apóstol muchas cosas que hacer. Porque por una parte le esperaba el predicarles a los que estaban preparados para recibir a Cristo por la fe; por otra parte, el resistir a los adversarios que lo impedían; y en consecuencia, no pudiendo hacer él solo todo esto, se angustiaba por la ausencia de Tito, quien continuaría con la predicación y conversión de los buenos, mientras el Apóstol resistiría a los adversarios. Y también esto se lo escribe a ellos de manera especial para mostrar que no sólo la primera causa de su demora fue por ellos sino también la segunda. Porque él mismo por la dureza y la discordia de ellos mantenía alejado tanto tiempo a Tito, y por eso dice: Por no haber encontrado a Tito mi hermano, o bien en Cristo, o bien como coadjutor. El hermano que es ayudado de su hermano es como una plaza fuerte (Pr 18,19). Y por no haber hallado a Tito en Tróade no permanecí allí, sino que despidiéndome de ellos, que eran convertidos, y en quienes estaba abierta una puerta, partí para Macedonia, donde creía encontrarlo. Y la causa de haber ido a Macedonia se lee en Hechos 16,9, donde se dice que un hombre de Macedonia le suplicaba diciendo: Pasa a Macedonia, etc...

Consiguientemente," cuando dice: Pero gracias á Dios, etc. pone el provecho de sus pasos y acerca de esto

do que Dios es la causa primera, que es uno y sabio, etc. Pero el conocimiento de Dios que se tiene por la fe no sólo ilumina el entendimiento sino que también complace el corazón, porque no se concreta a decir que Dios es la primera causa, sino que también enseña que es nuestro Salvador y Redentor y que nos ama, que por nosotros se encarnó, cosas todas que inflaman el afecto. Por lo cual se debe decir que la fragancia de su conocimiento, esto es, el conocimiento de su suavidad, se le manifiesta al creyente por nosotros en todo lugar, porque esa fragancia se difunde a lo lejos y a todo lo ancho. Yo como la vid di pimpollos de suave olor (Eccli. 24,23). Bien se ve que el olor que sale de mi hijo es como ej olor de un campo florido (Gen. 27,27). Porque algunos podrían decir: ¿Qué cosa es el olor de Dios en todo lugar? porque muchos lugares hay en que no se acepta nuestra predicación; por lo cual el Apóstol se explica, diciendo: Lo importante es que, ora acepten la predicación, ora no, sin embargo el conocimiento de Dios se manifiesta en todas partes por nosotros, porque somos el buen olor de Cristo para Dsos, esto es, en honor de Dios; y se habla a semejanza de la ley, donde se dice que el sacrificio se haga en exquisito olor de suavidad para Dios; como si dijera: Nosotros somos el holocausto que se ofrece a Dios en olor de suavidad. Y tanto para los que se salvan, cosa que le deben a Dios, como para los que se pierden, lo cual se lo deben a sí mismos. De aquí que en Oseas 13,9 se dice: Tu perdición ¡oh Israel! viene de ti mismo, etc. Pero ¿es del mismo modo el olor para los buenos y para los malos? No, sino que para los unos es olor de muerte para muerte, esto es, de envidia y de malicia que en determinado momento los conduce a la muerte eterna, a los que veían con malos ojos la buena fama del Apóstol y que impugnaban la predicación de Cristo y la conversión de los fieles. Este es puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israei (Luc. 2,34).

Y para los otros olor de vida, de amor y buena opinión conduciéndolos para vida eterna, a quienes se alegran y se convierten por la predicación del Apóstol. La doctrina de la Cruz es, en efecto, locura para los que perecen, pero para nosotros, los que somos salvados, es fuerza de Dios (1Co 1,18). Así es que por el olor del Apóstol los buenos viven y los malos mueren, así como se lee que por la fragancia de las flores de las viñas se mueren las serpientes. Consiguientemente, cuando dice:

Y para tales cosas ¿quién será a tal grado idóneo?, excluye de esta idoneidad a los pseudoapóstoles, diciendo: ¿Quién de los pseudoapóstoles es a tal grado idóneo para estas cosas que nosotros los

verdaderos Apóstoles hacemos?; como si dijera: Ninguno. Mas yo veo, Dios mío, que Tú has honrado sobremanera a tus amigos (Ps 138,17).

Objeción. En los Proverbios 27,2; se lee: La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe.

Respuesta. A esto responde Gregorio (sobre Ezequiel) que los santos se alaban a sí mismos por doble causa, y no por su propia gloria o por vanidad.

La primera causa es para no desesperar en la tribulación, como Job, que cuando sus amigos se esforzaban por llevarlo a la desesperación, trajo a su memoria las cosas buenas que había hecho, para confortarse así y no desesperar. Por lo cual decía: Había hecho yo un pacto con mis ojos, y no miraba a ninguna doncella (Jb 31,1). Se lee también de cierto santo Padre que cuando era tentado de desesperación traía a la memoria las cosas que había hecho para confortarse; pero cuando lo tentaba la soberbia, recordaba las cosas malas para humillarse. La segunda causa es la utilidad de creer más prontamente en su doctrina por tenerlo en la mejor fama. Y por esta causa se alaba el Apóstol aquí a sí mismo. Porque los corintios preferían a los seudoapóstoles y lo condenaban a él, y por eso no lo obedecían. Así es que para que no lo despreciaran sino que lo obedecieran, se les adelanta y se alaba a sí mismo, y dice: pero ¿quién será a tal grado idóneo como nosotros? No los seudoapóstoles, porque aun cuando también ellos prediquen, sin embargo adulteran la palabra de Dios, cosa que nosotros no hacemos. Por lo cual dice: No somos nosotros como muchísimos, esto es, seudoapóstoles, que adulteran la palabra de Dios, mezclando cosas contrarias, como los herejes, que si bien es cierto que confiesan a Cristo, también ocurre que no dicen que El sea verdadero Dios. Así hacen los seudoapóstoles, que dicen que junto con el evangelio se deben guardar los preceptos legales.

Además: No adulteramos la palabra de Dios, ni por lucro ni por ansia de aplausos. Porque se les llama adúlteras a las mujeres cuando reciben el semen de otro varón para la propagación de la prole. Y en la predicación ese semen no es otra cosa que la finalidad o intención tuya, o el anhelo de la propia gloria. Así es que si tu finalidad es el lucro, si tu intención es el aplauso de la propia gloria, adulteras la palabra de Dios. Y esto hacían los seudoapóstoles que por la ganancia predicaban. Ni adulterando la palabra de Dios (2 Cor,4,2). Ahora bien, los Apóstoles no predicaban ni por lucro, ni por su propia gloria, sino en alabanza de Dios y por salvación del prójimo. Y por eso agrega: sino que con ánimo sincero, esto es, con sincera intención, no por el dinero y sin mezcla de corrupción. Dijo arriba: con sinceridad (2Co 1,12). E indica una triple razón de tal sinceridad. La primera está tomada de la dignidad del que envía. Porque el nuncio de la verdad no debe decir sino cosas verdaderas. Y por eso dice: de parte de Dios, o sea, con la sinceridad que es digna para anunciar a Dios. Si alguno habla, sea conforme a las palabras de Dios (1P 4,2). La segunda se toma de la autoridad del que preside, al cual asiste Dios. Por lo cual dice: delante de Dios, delante del cual debemos hablar con sinceridad. Vive el Señor ante cuya mirada sirvo (3 Reyes 17,1). La tercera se toma de la dignidad de la materia de la que se habla. Porque la predicación de los Apóstoles es acerca de Cristo; por lo cual debe ser sincera, tal como lo es el mismo Dios y Cristo. Y por eso dice: En Cristo solo, no en las observancias legales, como hacen los seudoapóstoles. Me propuse no saber entre vosotros otra cosa sino a Jesucristo, y Este crucificado (1Co 2,2).

### Capítulo 3

LECTIO 1: 2 Corintios 3,1-5

Dice que no necesita de recomendaciones ni del aura popular, porque de tales cosas es de las que menos necesita el ministro del Evangelio.

1. ¿Es que comenzamos otra vez a recomendaros a nosotros mismos? ¿O es que necesitamos, como algunos, cartas de recomendación para vosotros o de vuestra parte?
2. Nuestra carta sois vosotros, escrita en nuestros corazones, conocida y leída de todos los hombres:
3. siendo notorio que sois una carta de Cristo hecha por nuestro ministerio, escrita no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas que son corazones de carne.
4. Tal confianza la tenemos por Cristo para con Dios:
5. No porque seamos capaces de pensar cosa alguna por nosotros mismos, como propia nuestra, sino que nuestra capacidad viene de Dios.

Habiendo dado el Apóstol su excusa, con la que captó la benevolencia de sus oyentes, consiguientemente prosigue aquí con su propósito, tratando de los ministros del Nuevo Testamento. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero exalta, la dignidad de los buenos ministros; segundo, subraya la malicia de los malos ministros, y esto en el capítulo X y con posterioridad. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, exaltar el ministerio del Nuevo Testamento; la segunda, ponderar el uso de tal ministerio en los demás, exhortándolos a lo que dice en el Capítulo 6: Como cooperadores, etc. Acerca de lo primero exalta el ministerio del Nuevo Testamento por tres razones. La primera es por la dignidad en este capítulo; la segunda es por el uso (cap. 4,1): Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio; la tercera es por el premio (cap. 5): Sabemos que si esta tienda de nuestra mansión terrestre se desmorona, nos dará Dios en el cielo otra casa. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, desbaratar una objeción; la segunda, recomendar a los ministros del Nuevo Testamento: Es El quien nos ha hecho capaces, etc. (2Co 3,6).

Acerca de lo primero débese saber que el Apóstol quiere recomendar a los ministros del Nuevo Testamento, de los que uno era él mismo. Y por esto, para que los Corintios no le objetaran que así quería él recomendarse a sí mismo, al instante excluye tal cosa, diciendo: ¿Es que comenzamos otra vez a recomendaros a nosotros mismos, etc.? En lo cual hace dos cosas. La primera, plantear la cuestión; la segunda, resolverla: ¿O es que necesitamos, etc.? Su pregunta es ésta: Digo que no somos nosotros adulteradores de la palabra de Dios, como los falsos, sino que con ánimo sincero hablamos como de parte de Dios. Pero ¿acaso diciendo esto empezamos otra vez a recomendaros, o sea, que decimos estas cosas como si quisiéramos buscar nuestra gloria y no la de Dios? Y dice que otra vez, porque en la primera Epístola se recomendaba a sí mismo suficientemente diciendo: Cual prudente arquitecto, etc. Y no decimos esto como si buscáramos nuestra gloria, sino la de Dios. La boca de otro sea la que alabe (Pr 27,2). Pues bien, a esta cuestión responde diciendo: ¿O es que necesitamos?, etc. Y muestra que no gustosamente se recomienda. Y acerca de esto muestra dos cosas. La primera, que no necesita de la recomendación de los hombres; la segunda, que tampoco esto les pide él mismo a ellos: Tal confianza la tenemos por Cristo para con Dios. Acerca de lo primero son dos cosas las que indica: la primera, que no necesita de la recomendación de ellos para su propia gloria; la segunda, la causa de ello: Nuestra carta sois vosotros. Así es que dice: Digo que no empezamos por recomendaros a nosotros mismos porque no necesitamos de recomendación. Y esto lo dice así: ¿O es que necesitamos nosotros, verdaderos ministros, como algunos, esto es, los falsos, cartas de recomendación, o sea, avisos laudatorios para vosotros, de otros, o de nuestra parte, para otros enviados?

Pero en contra está lo que dice en Col 4,10: Marcos, primo de Bernabé, respecto del cual ya recibisteis avisos, etc. Aun los legados del Papa siempre llevan consigo cartas de presentación. Porque esto no es algo malo.

Respondo: Débese decir que recibir tales cartas de personas famosas, con el solo objeto de ser recomendado y honrado por ellas, mientras no sea uno conocido por sus buenas obras, no es algo malo, y esto lo hacen los legados del Papa. Y el Apóstol ya era conocido y se recomendaba entre ellos por sus buenas obras, por lo cual no necesitaba de cartas de recomendación. Y por eso de inmediato indica la causa de ello agregando: nuestra carta sois vosotros. Como si dijera: Yo tengo buenas cartas, no necesito de otras. Y por lo mismo acerca de esto hace dos cosas. La primera, indicar cuál sea la causa que tiene; la segunda, explicar esto mismo: siendo notorio, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas: mostrar su carta y decir que ésta es suficiente para su propia recomendación: escrita en nuestros corazones. Así es que dice así: Nuestra carta sois vosotros, esto es, la carta por la que se manifiesta nuestra dignidad, con la cual nos recomendamos, de modo de no necesitar de otras cartas. Nuestra gloria sois vosotros (2Co 1,14). Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto (Gal. 4,19). Pero ¿acaso no es suficiente esta epístola? Lo es por estar escrita en nuestros corazones. Donde toca dos cosas, que son la causa de la suficiencia de tales cartas. La una es que se entienda y se sepa por qué se envía, y cuando ésta se tenga buscar las demás. Y en cuanto a esto dice: escrita en nuestros corazones, porque siempre os tenemos en la memoria, por el especial cuidado que de vosotros tenemos. Y es justo que yo piense así de todos vosotros, por cuanto os llevo en el corazón (Ph. 1,7).

La segunda es que aquel al cual se envía la lea y la conozca; de otra manera no cuidaría de su recomendación. Y en cuanto a esto dice: conocida y leída de todos los hombres. Sabido es, repito, que por nosotros habéis sido constituidos y convertidos. Se lee que a nuestro ejemplo también otros os imitan. Escribe la visión, y nóta la en las tablillas para que se pueda leer corrientemente (Habac. 2,2). Y cómo se conoce esta epístola lo explica diciendo: siendo notorio. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, explicar de quién sea esta carta; la segunda, cómo fue escrita; y la tercera en qué. De quién sea lo muestra: es de Cristo. Y por eso dice: siendo notorio que sois de Cristo, esto es, por Cristo informados y conducidos, es claro que de manera principal y autoritativa. Uno solo es para vosotros el Maestro (Mt 23,8). Y por nosotros de manera secundaria e instrumentalmente. Por lo cual dice: por nuestro ministerio. Así es preciso que los hombres nos miren (1Co 4,1). Sea Cefas, etc. (1Co 3,22). Y de qué manera esté escrita lo muestra porque no es con tinta, o sea, no mezclada con errores, como los pseudoapóstoles, no mudable e imperfecta, como la antigua ley, que a nadie conduce a la perfección (Hebr. 7,18-19). Porque la tinta es negra, entendiéndose por ella el error, y débil, por lo cual representa la mutabilidad. Así es que no está escrita con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, o sea, con el Espíritu Santo, en el cual vivís y por cuya enseñanza habéis sido instruidos. En Efe fuisteis sellados (Ep 1,13). Y dónde esté escrita lo indica agregando: no en tablas de piedra, como la antigua ley, para excluir toda dureza, como si dijera: no en duros corazones de piedra como los judíos. Hombres de dura cerviz (Ac 7,51). Sino en tablas que son corazones de carne, o sea, en corazones dilatados por la caridad, y de carne, esto es, blandos por el deseo de cumplir y de entender. Quitaré de vuestro cuerpo el corazón de piedra (Ez. 36,26). Tal confianza la tenemos por Cristo, etc. Arriba demostró el Apóstol que no buscaba su gloria por no necesitarla; y aquí hace ver que no sólo no buscaba su propia gloria sino que además todas las cosas buenas que hace no se las atribuye a sí mismo sino a Dios.

Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero atribuye a Dios todos los bienes que tiene y hace; y segundo, indica la causa de ello: no porque seamos capaces, etc. Así es que primero dice: Digo que no necesitamos de cartas de recomendación y que vosotros sois nuestra carta de recomendación hecha por nuestro ministerio. Ni tampoco buscamos nuestra gloria sino la de Cristo: y tal confianza, esto es, para decir esto, la tenemos para con Dios, la referimos a Dios. O bien una confianza que

tiende hacia Dios, por cuyas fuerzas digo esto, porque El mismo obra en mí; confianza que tenemos por Cristo, por quien tenemos acceso al Padre, como se dice en Romanos 5,2. El cual nos unió a Dios. Dice Jeremías 1 7,7: Bienaventurado el varón que tiene puesta en el Señor su confianza. Y por estar unido a Dios por Cristo tengo esta confianza. Obraré con confianza (Ps. 1 1,6). Y la causa de tal confianza es que cuanto hago, aun el principio mismo del obrar, a Dios lo atribuyo. Y por eso dice: No porque seamos capaces de pensar, y ni siquiera de expresar ni de realizar. Porque en todo proceso del obrar, primero es el asentimiento, que se hace pensando; en seguida la expresión con palabras, y finalmente la realización por la obra: de donde resulta que así ni el pensar tiene uno por sí mismo, sino de Dios; y no hay duda de que no sólo la perfección de la buena obra es de Dios sino también su incoación. Aquel que en vosotros comenzó la buena obra, etc. (Ph. 1,6). Y esto es contra los pelagianos que dicen que la incoación de la buena obra es cosa nuestra y que su perfección se le debe a Dios. Todas nuestras obras Tú nos las hiciste (Is 26,12). Pero para que no por esto se piense que se suprime la libertad de la voluntad, dice: por nosotros mismos como propia nuestra, como si dijera: Ciertamente puedo hacer algo, lo cual pertenece al libre albedrío; pero lo que haga no es por mí sino por Dios, que esto mismo puede dar; para así tanto preservar la libertad del hombre, diciendo: por nosotros mismos, o sea, por nuestra parte, como ponderar la gracia divina, diciendo: no como propia nuestra sino que viene de Dios.

Esto mismo lo sostiene también el Filósofo: que nunca por el libre albedrío puede el hombre hacer algo bueno sin la ayuda de Dios. Y la razón que da es que en lo que hacemos hay que investigar aquello por lo que obramos. Y esto no es proceder hasta el infinito, sino llegar a algo primero, como es la deliberación. Así es que de esta manera obro el bien porque la deliberación me determina a esto, y esto procede de Dios. Por lo cual dice que la deliberación del bien procede de algo que está por encima del hombre y que lo mueve a obrar bien. Y esto es Dios, que mueve a los hombres y todo lo que hacen para obrar, pero de diversos modos. Porque como tal movimiento es recibido en lo que es movido, es necesario que esto sea según el modo de su naturaleza, esto es, de la cosa movida. Y por eso mueve El todas las cosas conforme a sus naturalezas; así es que a las que por su naturaleza sean libres, por lo cual tienen el dominio de sus acciones, libremente las mueve para sus operaciones propias como a creaturas racionales e intelectuales. Y a las demás no libremente sino conforme al modo de su naturaleza. Ahora bien, aun cuando no seamos capaces de pensar algo por nosotros, como por nosotros solos, sin embargo tenemos cierta capacidad, por la cual podamos querer el bien y empecemos a creer, y esto procede de Dios. ¿Qué cosa tienes que no hayas recibido? (1Co 4,7).

## 11

(+2Co 3,6-11)

### LECTIO 2: 2 Corintios 3,6-11

Pondera a los ministros del Nuevo Testamento, cuyo ministerio excede al ministerio del Antiguo Testamento.

6. El es quien nos ha hecho idóneos ministros del Nuevo Testamento: no de la letra sino del espíritu. Porque la letra mata, mas el espíritu vivifica.

7. Que si el ministerio de muerte grabado con letras sobre piedras fue con tanta gloria que no podían fijar la vista los hijos de Israel en el rostro de Moisés a causa de la gloria de su rostro, la cual era perecedera,

8. ¿cómo no ha de ser de mayor gloria el ministerio del Espíritu?

9. Porque si el ministerio de la condenación fue con gloria, mucho más abunda en gloria el ministerio de la justicia.

10. Pues no era gloria lo que se glorificó en este aspecto, en comparación de esta gloria sobreeminente.

11. Porque si lo que era pasajero fue glorioso, mucho más será con gloria lo que perdura.

Una vez ponderado el ministerio del Nuevo Testamento, aquí consiguientemente pondera a sus ministros. Y primero pone dos cosas que corresponden a las palabras primeramente expresadas. Porque primero había hablado del don recibido de Dios, al decir: nuestra capacidad, etc.; y la confianza concebida por el don, cuando dijo: Tal confianza, etc. Así es que primero determina las cosas que corresponden al don percibido; luego, las que corresponden a la confianza concebida: Teniendo, pues, una tan grande esperanza, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. Primero indica qué don han recibido de Dios, o sea, el ministerio del Nuevo Testamento; segundo, dice cómo es el Nuevo Testamento: no de la letra, sino del espíritu; tercero, por la dignidad del Nuevo Testamento deduce la dignidad de sus ministros: Que si el ministerio, etc. Así es que dice: Digo que nuestra capacidad procede de Dios, quien nos ha hecho idóneos ministros del Nuevo Testamento (A vosotros se os dará el nombre de ministros de Dios: Is 61,6). Y en esto tenemos el lugar de los ángeles. Haces que tus ángeles, etc. (Ps. 103,4). Pero no sólo nos hace ministros, sino además idóneos. Porque a cada cosa Dios le da cuanto necesita para que pueda alcanzar la perfección de su naturaleza. De aquí que, por haberlos constituido Dios ministros del Nuevo Testamento, también les dio la idoneidad para ejercer este ministerio, a no ser que haya un impedimento de parte de quienes lo reciben. Y para semejante ministerio ¿quién puede creerse capaz (2Co 2,17), como los Apóstoles constituidos por Dios? Y qué cosa sea el Nuevo Testamento lo explica agregando: no de la letra, etc. Y lo explica en cuanto a dos cosas: en cuanto a en qué consiste y en cuanto a la causa por la cual fue dado: porque la letra mata, etc.

Acerca de lo primero débese saber que el Apóstol habla con profundidad; porque dice Jeremías 31-32: Yo haré una nueva alianza con la casa de Israel, no como aquella que contraí con sus padres. Y luego: Imprimiré mi ley en sus entrañas, y la grabaré en sus corazones (Jerem. 31,33). Así es que el Antiguo Testamento se escribe en un libro, que luego se rocía con sangre, como se dice en Hebreos 9,19-20: Tomó la sangre y roció el libro, etc., diciendo: esta es la sangre del pacto, etc. Y así es patente que el Antiguo Testamento es testamento de la letra; y en cambio el Nuevo Testamento es el Testamento del Espíritu Santo, con el cual la caridad de Dios se difunde en nuestros corazones, como se dice en Romanos 5,5. Y así mientras el Espíritu Santo produce en nosotros la caridad, que es la plenitud de la ley, tenemos el Nuevo Testamento, no de la letra, esto es, que se tenga que escribir con letra, sino del espíritu, o sea, por el Espíritu que vivifica. La ley del Espíritu de vida (Rm 8,2), o sea vivificante. La causa por la cual se ha dado el Nuevo Testamento por el Espíritu la expresa así: porque la letra mata en circunstancias favorables. Porque la letra de la ley da únicamente el conocimiento del pecado. Por medio de la ley nos viene el conocimiento del pecado (Rm 3,20). Y de que conozco el pecado sólo dos cosas se siguen. Porque la ley, mientras por ella se conoce, no reprime la concupiscencia; sino que más bien, llegada la ocasión, la aumenta, por cuanto la concupiscencia más ardientemente inclina a la cosa prohibida. De aquí que tal conocimiento, de ninguna manera destruida la causa de la concupiscencia, mata, por lo cual agrega la prevaricación. Porque mas grave es pecar a la vez contra la ley escrita y la natural que únicamente contra la ley natural. El pecado, tomando ocasión del mandamiento, me engañó y por él mismo me mató (Rm 7,2). Ahora bien, aun cuando ocasionalmente mate, en cuanto que aumenta la concupiscencia, y agrega la prevaricación, sin embargo no es mala la antigua ley porque al menos prohíbe lo malo. Pero es imperfecta, en cuanto que no quita la causa. Así es que la ley sin espíritu interior que imprima el precepto en el corazón, es ocasión de muerte. Por lo cual fue necesario que se nos diera la ley del espíritu, que produciendo la caridad en el corazón, vivifique. El Espíritu es el que vivifica (Jn 6,63).

En consecuencia de lo dicho, muestra el Apóstol la dignidad de su ministerio. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, enseñar que el ministerio del Nuevo Testamento excede al ministerio del Antiguo Testamento; la segunda, que no sólo lo excede, sino que el ministerio del Antiguo Testamento casi no tiene gloria ninguna en comparación con el Nuevo: Pues no era gloria, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, mostrar que el ministerio del Nuevo Testamento excede al del Antiguo; la segunda, dar la razón de ello: porque si el ministerio, etc. Acerca de lo primero débese saber que el Apóstol se basa en lo que dice el Éxodo (34,29), donde nuestro texto dice que Moisés tenía el rostro con dos cuernos, de modo que no podían acercársele. Otros manuscritos dicen: el rostro resplandeciente, lo cual es preferible; porque no se debe entender literalmente que tuviese él dos cuernos, como algunos lo pintan; sino que se dice que tenía el rostro con cuernos por el brillo o rayos de luz de su rostro que se le veían como si fueran cuernos. Y eso se refuta de esta manera. Y primeramente por un símil, y se puede proceder de menor a mayor. Porque consta que si lo que es menor tiene algo de gloria, cuánto más lo que es mayor. Es así que el Antiguo Testamento, que es menor que el Nuevo, gozaba de gloria, tanto que no podían fijar la vista los hijos de Israel en el rostro de Moisés, luego es claro que de mucho mayor gloria goza el Nuevo. Ahora bien, que el Antiguo Testamento sea menor que el Nuevo, se prueba de triple manera.

Primero en cuanto al efecto, porque aquél es Testamento de muerte, y éste lo es de vida, como se ha dicho. Y en cuanto a esto dice el Apóstol que si el ministerio de muerte, o sea, el antiguo, que es ocasión de muerte; y esto corresponde a lo que dice así: la letra mata, etc. Lo segundo en cuanto al modo de ser transmitido, porque el Antiguo fue comunicado con letras en tablas de piedra; y el Nuevo fue impreso espiritualmente en corazones o carne, y esto lo indica cuando dice: grabada con letras, o sea, perfectamente grabada en piedras, en tablas de piedra. Y esto corresponde a esto otro que dice: no de la letra sino del espíritu. Lo tercero en cuanto a la perfección, porque la gloria del Antiguo Testamento carece de confianza, porque la ley no lleva a nadie a la perfección. Y en el Nuevo tenemos la gloria con esperanza de mejor gloria, o sea, sempiterna. Mi salvación durará para siempre (Is 51,6,8).

Y esto lo indica diciendo: la cual es perecedera (Si os circuncidáis, Cristo de nada os aprovechará: Gal. 5,2).

Y deduce la conclusión diciendo: ¿cómo no ha de ser de mayor gloria el ministerio de la justicia?, lo cual es evidente.

En seguida indica la razón de todo ello diciendo: Porque si el ministerio de la condenación, etc. He aquí su razón: La gloria se debe más a la justicia que a la condenación; y el ministerio del Nuevo Testamento es un ministerio de justicia porque interiormente vivifica justificando. Ahora bien, el ministerio del Antiguo Testamento es ministerio de condenación ocasionalmente. La letra mata, mas el espíritu da vida (2Co 3,6). Es así que el ministerio de condenación, o sea, el ministerio del Antiguo Testamento, que ocasionalmente es causa de condenación, como se ha dicho, se da con gloria, lo cual se ve en el rostro de Moisés; luego es evidente que mucho más abunda en gloria, o sea, que da abundante gloria a sus ministros el ministerio de justicia, esto es, el del Nuevo Testamento, por el cual se da el espíritu, por el cual, a su vez, se tiene la justicia y la consumación de las virtudes. Los sabios poseerán ía gloria (Pr 3,35). En este punto hubo la costumbre de plantear cuestiones de comparación entre Moisés y Pablo; pero si rectamente se consideran ías palabras del Apóstol, no son necesarias; porque no se establece aquí una comparación de persona a persona, sino de ministerio a ministerio. Pero como los pseudoapóstoles podrían decir que aun cuando sea mayor el ministerio del Nuevo Testamento que el ministerio del Antiguo Testamento, sin embargo no es mucho mayor; por eso bueno es que pongamos atención en lo que hacían tanto en aquel como en este ministerio, porque simultáneamente guardaban las observancias legales con el Evangelio. Aquí



consiguientemente lo reprueba el Apóstol, diciendo: Pues no era gloria, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero muestra que el ministerio del Nuevo Testamento sin posible comparación excede al ministerio del Antiguo; segundo, indica la razón de ello: Porque si yo que era pasajero, etc. Así es que dice: Dije que el ministerio de la justicia abunda en gloria, mientras que la gloria del antiguo ministerio no se debe llamar gloria, porque no era gloria lo que se glorificó, etc., lo cual se explica de dos maneras. De un primer modo: Pues no era gloria, etc., esto es, aquella gloria nada es en comparación con esta del Nuevo Testamento, porque aquella gloria no se les dio a todos los ministros, sino sólo a Moisés, y no brilló en todo Moisés, sino en parte, o sea, sólo en su rostro particularmente. Y por eso: no era gloria lo que se glorificó, o sea, no se debe glorificar en comparación de esta gloria sobreeminente, en comparación con la muy superior gloria del Nuevo Testamento, la cual abunda en gracia, para que por ella purificados los hombres puedan ver no la gloria del hombre, sino la de Dios. De una segunda manera así: no era gloria lo que se glorificó, como si dijera: Porque en esta parte, o sea, en atención a esta naturaleza particular por la que somos siervos, no era gloria, no es glorioso aquello que brilló en el Antiguo Testamento; y esto en comparación de esta gloria sobreeminente que hay en el Nuevo, porque es la gloria de Dios Padre. Y en seguida indica la causa de ello diciendo: porque si lo que era pasajero, etc. Y su razón es ésta: Lo que se da para que pase nada es en comparación con lo que se da para que siempre permanezca. Así es que si el Antiguo Testamento era pasajero, desaparece. Mas cuando llegue lo perfecto, entonces lo parcial se acabará (1Co 13,10). Porque por la gloria de Moisés asistido al menos por una gloria parcial consta que el Nuevo Testamento permanece, porque aquí se incoa, y se perfecciona en la patria. ES cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán (Luc. 21,33). Será mucho mayor en la gloria eterna, en la cual se perfeccionara. Será, digo, para nosotros que somos sus ministros.

## 12

(+2Co 3,12-18)

### LECTIO 3: 2 Corintios 3,12-18

Dice que con gran esperanza y gran confianza en Dios desempeña su ministerio, afirmando que mayor confianza se encuentra en la Nueva Ley que en la antigua.

12. Teniendo, pues, una tan grande esperanza, usamos de toda confianza:

13. Y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro, para que no contemplasen los hijos de Israel su rostro, lo cual era precedero.

14. Pero sus entendimientos fueron embotados. Porque hasta el día de hoy, en la lectura del Antiguo Testamento ese mismo velo permanece, sin ser removido (lo que en Cristo desaparece).

15. Y así, hasta el día de hoy, siempre que es leído Moisés, un velo está puesto sobre el corazón de ellos.

16. Mas cuando vuelvan al Señor será quitado el velo.

17. Ahora bien, el Señor es el Espíritu. Y donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad.

18. Y todos nosotros, contemplando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, en la misma imagen somos transformados de claridad en claridad, coma por el Espíritu del Señor.

Habiendo indicado las cosas que corresponden a la exaltación del don recogido de Dios, aquí conseguientemente indica las que corresponden a la exaltación de la confianza concebida por ese mismo don. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero pone la confianza concebida por el don; luego, compara la confianza del Antiguo Testamento con la del Nuevo: Y no como Moisés. Así es que primero dice: Teniendo, pues, una tan grande esperanza, en virtud de lo que se nos ha dicho a

nosotros, que vemos la gloria de Dios. En la esperanza hemos sido salvados (Rm 8,24). Usamos de toda confianza, esta es, con toda confianza obramos cuanto pertenece al ejercicio de este ministerio, por lo cual crece nuestra esperanza. El justo se mantiene a pie firme como el león, sin asustarse de nada (Pr 28,1). Bienaventurado el varón que tiene puesta en Dios su confianza (Jr 17,7).

Consiguientemente, así como antepone don a don, así antepone la confianza en el Nuevo Testamento a la confianza en el Antiguo, diciendo: Y no como Moisés, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero presenta un hecho del Antiguo Testamento; segundo, lo explica: que era perecedero. Ahora bien, el hecho que presenta se lee en Éxodo 24, donde dice que cuando Moisés le hablaba al pueblo velaba su rostro, que porque por su resplandor no podían verlo cara a cara los hijos de Israel. Y por eso dice: Y no como Moisés, etc.; como si dijera: Digo que usamos de grande confianza, y tanta, que no nos pasa a nosotros lo que a Moisés, que no descubría su rostro al pueblo, porque aún no era llegado el tiempo de revelar la claridad de la verdad. Así es que nosotros poseemos la confianza sin velos.

En seguida explica lo que dijera del velo: que era perecedero. Porque el velo aquel era la oscuridad de las figuras, la cual fue suprimida por Cristo. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, indicar la supresión de ese velo; la segunda, cómo tal supresión tiene lugar en los Judíos: Pero sus entendimientos fueron embotados, etc.; la tercera, cómo tiene lugar esa supresión en los ministros del Nuevo Testamento: Y todos nosotros contemplando a cara descubierta, etc. Así es que dice que Moisés se ponía un velo, de género, en su rostro, el cual velo desaparecerá, esto es, será quitado por Cristo, cumpliendo en verdad lo que Moisés comunicaba en figura; porque todo les ocurría a ellos en figura; porque así Cristo con su muerte quitó el velo de la muerte del cordero pascual. Y por eso en el instante en que entregó su espíritu, el velo del templo se rasgó. Y también al enviar el Espíritu Santo a los corazones de los fieles, para que entendieran espiritualmente lo que los Judíos entendían carnalmente. Y quitó el velo aquél cuando se les abrió la percepción para que entendieran las Escrituras (Luc. 24,32). Y qué efecto tenga en los Judíos la dicha desaparición del velo lo muestra diciendo: Pero sus entendimientos fueron embotados, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero muestra que no les fue quitado en estado de infidelidad; segundo, que se les quitará al convertirse ellos: Mas cuando vuelvan al Señor.

Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero muestra la razón por la cual no tiene lugar esa supresión en los Judíos; segundo, que por lo mismo aún los cubre ese velo: hasta el día de hoy, etc. Así es que dice que se quita en los que creen, pero no en cuanto a los Judíos infieles; y la razón de ello es que sus entendimientos fueron embotados: se les ha entorpecido la razón, sus entendimientos están debilitados y cerrados; ni pueden ver la claridad de la luz divina -de la verdad divina- sin el velo de las figuras. Y esto porque han cerrado los ojos para no ver, no obstante que se rasgó el velo del templo. Y por eso la infidelidad es por culpa de ellos, no por defecto de la verdad, porque, quitado el velo, a todos los ojos de la mente que se abren por la fe se les manifiesta clarísimamente la verdad. La ceguera ha venido de una parte de israeli (Rm 1 1,25). Yo he venido a este mundo para un juicio (Jn 9,39). Porque así lo profetizaba Is (6,10): Embota el corazón de ese pueblo. Y ciertamente se les ha embotado el entendimiento para que, manifiesta a nosotros la verdad, hasta el día de hoy no entiendan. Pero ese mismo velo que estaba en el Antiguo Testamento, antes de que fuese rasgado el velo del templo como una lección del Antiguo Testamento -como no entienden aquello de distinta manera que antes, porque hasta ahora se atienen a las figuras, para que no descubran la verdad, esto es, para que no la entiendan-, ese velo de Dios, repito, no creen que sea figura sino la verdad, figura que ciertamente desaparece en cuanto a los fieles, y en cuanto en sí es para todos por Cristo, esto es, en la fe de Cristo; pero en ellos permanece porque no creen que haya venido Cristo.

En seguida, cuando dice: Y así hasta el día de hoy,

etc., muestra de qué manera permanece hasta el día de hoy el velo en los Judíos en cuanto infieles, aun cuando haya sido quitado por Cristo. Acerca de lo cual se debe saber que de dos maneras se dice que se le pone a alguien un velo. O porque se le pone a la cosa que se ve para que no pueda ser vista; o porque se le pone al que ve para que no vea; pero del uno y del otro modo les estaba puesto a los Judíos el velo en la Antigua Ley. Porque sus corazones estaban obstruidos, para que por su dureza no conocieran la verdad, y además el Antiguo Testamento aún no se completaba ni cumplía porque todavía no venía la verdad. ¡Por lo cual en señal de esto el velo estaba en el rostro de Moisés, y no en los rostros de ellos; pero, al venir Cristo, el velo fue quitado del rostro de Moisés, o sea, del Antiguo Testamento, por estar ya cumplido, pero sin embargo no es quitado de los corazones de ellos. Y esto lo dice así: Y así, hasta el día de hoy, como si dijera: Ha sido quitado de los fieles el velo del Antiguo Testamento; pero hasta ahora, cuando se lee a Moisés, o sea, cuando se les expone el Antiguo Testamento (Porque Moisés tiene desde generaciones antiguas en cada ciudad hombres que lo predicán, puesto que en las sinagogas él es leído todos los sábados: Hechos 15,21), el velo, esto es, la ceguera, está puesto sobre el corazón de ellos. El endurecimiento ha venido de una parte de Israel, etc. (Rm 1 1,25).

Ahora bien, el cuándo y el cómo se les quitará ese velo lo muestra en seguida diciendo: Mas cuando vuelva al Señor, etc. Y primero explica cómo ha de ser quitado el velo; luego, agrega la razón de ello: Ahora bien, el Señor es el Espíritu, etc. Así es que dice que el dicho velo aún está puesto en ellos, pero no que el Antiguo Testamento esté velado, sino que son los corazones de ellos los que están velados. Y por eso, para que sea quitado nada falta sino que se conviertan, y esto lo dice así: Mas cuando vuelva alguno de ellos a Dios por la fe en Cristo, por la misma conversión será quitado el velo. Los residuos de Jacob, los residuos, digo, se convertirán al Dios fuerte (Is 10,21). Y esto mismo lo tenemos en la Epístola a los Romanos (II,25-32). Y débese observar que cuando trata de ceguera habla en plural. Por lo cual dice: sobre el corazón de ellos. Y cuando trata de conversión habla en singular, diciendo: Mas cuando vuelva, para indicar la facilidad de ellos para el mal y la dificultad para el bien, como si pocos se convirtieran.

Ahora bien, la razón por la cual se conviertan y se quite el velo de este modo es que Dios quiere. Porque se podría decir que el velo ese se les ha puesto por mandato de Dios, y que por eso no se puede quitar. Pero el Apóstol muestra que no sólo se puede quitar, sino que además será quitado por El, que es el Señor; y esto lo dice así: Ahora bien, el Señor es Espíritu. Lo cual se puede leer de dos maneras. La primera: entendiéndose el Espíritu de parte del sujeto, para que diga: el Espíritu, esto es, el Espíritu Santo, que es el autor de la Ley, es el Señor, o sea, que obra por su propio arbitrio de libertad. El Espíritu sopla donde quiere (Jn 3,8). Repartiendo a cada cual según quiere (1Co 12,1 1). Y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad; como si dijera: Por ser espíritu el Señor puede dar libertad para que podamos libremente aprovechar la escritura del Antiguo Testamento sin velo. Y por eso, quienes no tienen el Espíritu Santo no pueden usarlo libremente. Vosotros, hermanos, fuisteis llamados a la libertad (Gal. 5,13). Cual libres, no ciertamente como quien toma la libertad por velo de la malicia (1P 2,16). La segunda manera, entendiendo por el Señor a Cristo; y entonces se lee así: El Señor, esto es, Cristo, es espiritual, o sea, espíritu de potestad, y por eso, donde está el espíritu del Señor, o sea, la ley de Cristo espiritualmente entendida, no escrita con letras, sino impresa por la fe en los corazones, allí está la libertad, sin el impedimento de velo alguno.

Es de saberse que con ocasión de estas palabras: Donde está el espíritu del Señor allí hay libertad; y cié aquellas otras: No se ha dado la ley para el justo, algunos dijeron erróneamente que al varón espiritual no le obligan los preceptos de la ley divina; pero esto es falso, porque los preceptos de Dios son las reglas de la voluntad humana. Y no hay hombre alguno, ni tampoco ángel alguno, cuya voluntad no deba ser regulada y dirigida por la ley divina. Por lo cual es imposible que haya algún hombre que no esté sometido a los preceptos de Dios. Así es que estas palabras: No se ha dado la ley para el justo se explican de esta manera: No se ha dado la ley en atención a los justos que por un

hábito interior se mueven a las cosas que la ley de Dios preceptúa, sino en atención a los injustos, no sin que también los justos estén obligados a observarla. Y de manera semejante, donde está el Espíritu del Señor allí hay libertad se entiende que es libre quien es causa de sí mismo. Ahora bien, el siervo es a causa del Señor; así es que todo aquel que obra por sí mismo, libremente obra; y quien por otro es movido, no obra libremente. Así es que quien evita el mal, no por ser el mal sino por el mandato del Señor, no es libre; pero quien evita el mal por ser el mal, éste es libre. Pues bien, esto lo hace el Espíritu Santo, quien perfecciona la mente en su interior mediante el buen hábito, para que de tal manera evite el mal por amor como si lo mandara la ley divina; y por eso se dice que es libre no porque no se sujete a la ley divina, sino porque por el buen hábito se inclina a obrar lo que la ley divina ordena.

En seguida, cuando dice: Y todos nosotros, etc., explica de qué manera los fieles de Cristo están totalmente libres del dicho velo. Así es que dice: Digo que de aquéllos se quitará el velo al convertirse alguien como nosotros, no alguno, sino todos los que somos fieles de Cristo. A vosotros ha sido dado conocer los misterios, etc. (Luc. 8,10). A cara descubierta, sin velo sobre el corazón como aquéllos; y por rostro se entiende el corazón o la mente, porque así como por el rostro se ve corporalmente, así también por la mente se ve espiritualmente. Quita el velo de mis ojos, y contemplaré las maravillas de tu ley (Ps. 118,18). La gloria del Señor, no de Moisés; porque la gloria significa la claridad, como dice Agustín. Ahora bien, los Judíos veían cierta gloria en el rostro de Moisés por haber hablado él con Dios; pero esta gloria es imperfecta, porque no es la claridad por la cual Dios mismo es glorioso; y esto es conocer al propio Dios: o bien a la gloria del Señor, esto es, al Hijo de Dios. El hijo sabio es la gloria del Padre (Pr 10,1). Contemplando -speculantes- no se entiende aquí desde atalaya o cima -specula-, sino mediante un espejo -a speculo-, o sea, conociendo al mismo Dios glorioso mediante el espejo de la razón, en la cual hay cierta imagen de El mismo; y lo contemplamos cuando por la consideración de sí mismo asciende el hombre a cierto conocimiento de Dios, y así es transformado. Porque como todo conocimiento sea por la asimilación del cognoscente a lo conocido, es necesario que quienes ven de alguna manera se transformen en Dios. Y si en verdad perfectamente ven, perfectamente se transforman, como los bienaventurados en la patria por la unión de fruición (Sabemos que cuando se manifieste seremos semejantes a El: 1 Jn 3,2). Mas si se ve imperfectamente, imperfectamente se transformará uno, como aquí por la fe (Porque ahora miramos en un enigma, a través de un espejo: 1Co 13,12); y por eso dice: en la misma imagen, esto es, tal como vemos. Somos transformados, digo, de claridad en claridad, en lo cual se distingue un triple grado de conocimiento en los discípulos de Cristo. El primero es de la claridad del conocimiento natural a la claridad del conocimiento de la fe. El segundo es de la claridad del conocimiento del Antiguo Testamento a la claridad del conocimiento de la gracia del Nuevo Testamento. El tercero es de la claridad del conocimiento natural y del Antiguo y del Nuevo Testamento a la claridad de la visión eterna. Aunque nuestro hombre exterior vaya decayendo, el hombre interior se renueva (2Co 4,16). Pero ¿de dónde proviene esto? No de la letra de la ley, sino como por el Espíritu del Señor. Porque todos cuantos son movidos por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios (Rm 8,14). Tu espíritu, que es bueno, me conducirá a la tierra de la rectitud (Ps. 142,10).

#### Capítulo 4

## LECTIO 1: 2 Corintios 4,1-2

Habla del ejercicio del Ministerio y de lo que se debe hacer y de qué cosas malas se deben evitar.

1. Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio, en virtud de la misericordia que hemos alcanzado, no decaemos de ánimo;
2. antes bien hemos desechado las ocultas infamias, no procediendo con astucia, ni adulterando la palabra de Dios, sino recomendándonos por la manifestación de la verdad a la conciencia de todo hombre en presencia de Dios.

Una vez manifestada la dignidad del ministerio del Nuevo Testamento, consiguientemente enseña aquí cómo debe ser el ejercicio de ese ministerio. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero muestra cómo debe ser para obrar el bien el ejercicio del ministerio; y segundo, cómo debe ser sufriendo pacientemente los males: Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, etc. (2Co 4,7). Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero habla del uso de este ministerio; luego, excluye la objeción: Si todavía nuestro Evangelio aparece cubierto, etc. (2Co 3,3). Así es que dice: Por ser este ministerio de tan gran dignidad en sí mismo y en sus ministros, por lo mismo, teniendo nosotros este ministerio, esto es, la dignidad de administrar las cosas espirituales. Así es preciso que tas hombres nos miren (1Co 4,1). En cuanto que yo soy apóstol de los gentiles, honro mi ministerio (Rm 1 1,13). El cual lo tenemos, digo, no por nosotros mismos, ni por nuestros méritos, sino en virtud de la misericordia que hemos alcanzado de Dios, esto es, por la misericordia de Dios que para esto hemos alcanzado de Dios. Mas fui objeto de misericordia (1Tm 1,13).

En seguida cuando dice: no decaemos de ánimo, etc. explica el ejercicio del dicho ministerio, que debe ser para obrar el bien, y esto en cuanto a dos cosas. Primero en cuanto a evitar las cosas malas; segundo, en cuanto a obrar las cosas buenas: por la manifestación, etc. Ahora bien, enseña a evitar las cosas malas en el ejercicio de este ministerio, tanto en cuanto a la vida como en cuanto a la doctrina. Pero en cuanto a la vida de dos maneras: en cuanto a la operación y en cuanto a la intención. Porque quien evita obrar el mal y tiene buena intención, de manera perfecta evita el mal. Y al obrar se evita el mal si pacientemente se sufren los males en la adversidad, por lo cual dice: no decaemos de ánimo por falta de paciencia. No nos cansemos, pues, de hacer el bien (Galat. 6,9). Cuando soy débil entonces soy fuerte (2Co 12 10). También se evita en la prosperidad, usando con templanza de las cosas que ocurren prósperamente, por lo cual dice: antes bien hemos desechado las ocultas infamias, o sea, que desechamos de nosotros las cosas que hacen torpe e infame al hombre, las cosas inmundas y torpes, y también las ocultas, no sólo las manifiestas. Deshaciéndonos de toda mancha y resto de malicia (Sant. 1,21). Da vergüenza hasta el nombrar las cosas que ellos hacen en secreto (Ep 5,12). Y en la intención se evita el mal de la vida si la intención es recta, y en cuanto a esto dice: no procediendo con astucia, esto es, con astucia y simulación e hipocresía, como hacen los falsos, que una cosa pretenden en apariencia, y otra es la que procuran en lo interior del corazón. Los simuladores y los astutos provocan la ira de Dios (Jb 36,13). Y en la doctrina se evita el mal cuando del modo debido se enuncia la palabra de Dios, y en cuanto a esto dice: ni adulterando la palabra de Dios. Lo cual lo explica doblemente, como consta arriba (cap. 2). Y primero no mezclando con la doctrina de Cristo la falsa doctrina, cosa que hacían los seudoapóstoles, diciendo que las observaciones legales debían guardarse juntamente con el Evangelio; segundo, no predicando por lucro ni por la propia gloria. Y de éstos el primero es lobo, y el segundo es mercenario. Y, en cambio, quien predica la verdad y lo hace por la gloria de Dios, es el pastor. Por lo cual dice Agustín: El Pastor debe ser amado, y el lobo, evitado; y el mercenario, momentáneamente tolerado. Pero como no basta para la justicia perfecta el solo evitar lo malo, sino que se necesita obrar el bien, consiguientemente agrega que se debe obrar el bien en el ejercicio mismo del dicho ministerio. E indica tres bienes, que se deben hacer contra un triple mal.

El primero, el bien contra el mal de la doctrina; el segundo contra el mal de obra; el tercero contra el mal de intención. Contra el mal de la doctrina, que se debe evitar, hace el bien de la verdad manifiesta. Y en cuanto a esto dice: por la manifestación de la verdad. Como si dijera: no decaemos de ánimo, sino que evitando el mal, marchamos y adelantamos en la manifestación de la verdad, o sea, que la verdad pura enseñamos. Yo para esto nací, a fin de dar testimonio de la verdad (Jn 18,37). Los que me esclarecen obtendrán la vida eterna (Eccli. 24,31). Contra el mal de obra son las buenas obras, y en cuanto a esto dice: recomendándonos a nosotros mismos, etc. Y esto no lo hacemos diciendo de nosotros cosas buenas, porque no fácilmente se le puede creer al que a sí mismo se recomienda, si no es obrando el bien; porque hacemos tales obras que por ellas mismas nos hacemos recomendables a la conciencia de todo hombre (Tened en medio de los Gentiles una conducta irreprochable, etc.: 1 Pedro 2,12). Contra el mal de intención hacemos el bien haciéndonos recomendables, no sólo a la conciencia de todo hombre, sino también en presencia de Dios, que mira el interior de los corazones. No es aprobado el que se recomienda a sí mismo, etc. (2Co 10,1 8). Haced el bien no sólo delante de Dios sino también delante de los hombres (Rm 12,17). Y según Agustín en la Glosa, el Apóstol cumple en esto el mandato del Señor (Mt 5,16): Así brille vuestra luz ante los hombres, de modo tal que, viendo vuestras obras buenas, glorifiquen a vuestro Padre del Cielo; y también (Mt 6,1): Cuidad de no practicar vuestra justicia a la vista de los hombres con el objeto de ser mirados por ellos. Lo primero, en esto que dice: recomendándonos, etc.; y lo segundo, en esto otro: en presencia de Dios (Porque no es judío el que lo es exteriormente, etc.: Rm 2,28). O bien puede leerse todo esto más bien conforme a la continuación de la carta, de modo que diga: Por eso teniendo este ministerio, conforme a la misericordia, etc., no decaemos, pues cubre el déficit de las buenas obras; pero desechamos las ocultas infamias, etc.

14

(+2Co 4,3-6)

### LECTIO 2: 2 Corintios 4,3-6

Dice que si a algunos se les oculta el Evangelio, no sería por defecto del propio Evangelio, sino por la ceguera de la mente, con la cual Dios castiga a los de este mundo.

3. Y si todavía nuestro Evangelio está encubierto, es para los que se pierden para quienes está encubierto.
4. Para esos incrédulos, cuyos entendimientos ha cegado el Dios de este siglo, para que no les alumbré la luz del Evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.
5. Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo Señor nuestro, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús.
6. Pues Dios, que dijo que la luz saliese de en medio de las tinieblas, El mismo resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en el rostro de Cristo.

Aquí consiguientemente responde el Apóstol a cierta tácita objeción. Porque se podría haberle dicho por alguien: Tú dices que tu ánimo no decae en la manifestación de la verdad de Cristo; pero no parece así, pues son muchos los que te contradicen. Así es que responde a esta cuestión. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero resuelve la dicha cuestión; y luego excluye una cierta duda que parece seguirse de su respuesta: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, etc. Y acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, mostrar a quiénes se les oculta la verdad de Cristo; la segunda, indicar la causa de esa ocultación: cuyos entendimientos ha cegado el Dios de este siglo; la tercera, mostrar que tal ocultación no se debe a defecto de la verdad del Evangelio: para que no

les alumbra, etc. Así es que dice: Dije que no decaemos de ánimo en la dicha manifestación; pero, si nuestro Evangelio, es claro que el que predicamos, está encubierto, o sea, oculto, no está encubierto para todos, sino tan sólo para los que se pierden, excitándolos a que no haya en ellos ese impedimento. La predicación de la cruz parece una necedad a los ojos de los que se pierden (1Co 1,18). Así es que la causa de esa ocultación no es por parte del Evangelio, sino por la culpa y malicia de ellos mismos. Y esto lo agrega diciendo: Para esos incrédulos, cuyos entendimientos ha cegado el Dios de este siglo. Lo cual se puede explicar de tres modos.

Del primer modo así: el Dios de este siglo, o sea, el Dios que es el Señor de este siglo y de todas las cosas por creación y por naturaleza, conforme a aquello del Salmo 23,1: Del Señor es la tierra y cuanto ella contiene: el mundo y todos sus habitantes. Esos incrédulos cuyos entendimientos ha cegado, no induciéndolos a la maldad, sino con razón, ciertamente, por el demérito de los precedentes pecados retirando la gracia. Embota el corazón de ese pueblo (Is 6,10). De aquí que también incluye los pecados precedentes, diciendo para esos incrédulos, como si su incredulidad fuera la causa de su ceguera. Del segundo modo así: el Dios de este siglo, o sea, el diablo, a quien se le llama Dios de este siglo, o sea, de los que viven profanamente, no por creación sino remedando, en lo que los profanos lo imitan. E imitan al diablo los que son de su bando (Sg 2,25). Porque así él ciega sugiriendo, induciendo e inclinando al pecado. Y así, cuando ya estén inmersos en pecados, son cubiertos por las tinieblas de los pecados, para que no vean. Tienen entenebrecido el entendimiento... a causa del endurecimiento de su corazón (Ep 4,18). Del tercer modo así: Dios tiene razón de último fin y es el cumplimiento de los anhelos de toda creatura. De aquí que cualquiera que sea la cosa que alguien constituya para sí como fin último en lo que descansa su deseo, se puede decir que es su Dios. Por lo cual cuando tienes por fin las delicias entonces se dice que las delicias son tu Dios; lo mismo habrá que decir de las voluptuosidades de la carne o de los honores. Y entonces se explica así: el Dios de este siglo, o sea, aquello que los hombres viviendo profanamente constituyen como fin para sí mismos, como por ejemplo las voluptuosidades, o las riquezas o cualquiera otra cosa semejante. Y así Dios ciega las mentes, en cuanto que impide que los hombres puedan ver aquí la luz de la gracia y la de la gloria en el futuro. Cayó sobre ellos fuego, es claro que el de la concupiscencia, para que no vieran el sol (Ps. 57,9). Así es que la ceguera de los infieles no es por parte del Evangelio sino por la culpa de los infieles. Y por eso agrega: para que no íes alumbra, etc. En donde es de saberse que Dios Padre es la fuente de todo el hombre. Dios es luz, y en Él no hay tiniebla alguna (1Jn 1,5). Y de esta luz fontanal se deriva la imagen de tal luz, o sea, el Hijo Verbo de Dios. El cual es el resplandor de su gloria (Hebr. 1,3). Así es que este resplandor de gloria, imagen de la luz fontanal, recibió nuestra carne, y en este mundo hizo muchas obras gloriosas y divinas.

Así pues, la declaración de esta luz es el Evangelio, por lo cual el Evangelio se llama también noticia de la claridad de Cristo, noticia que tiene ciertamente vir-va. Luminosa es e inmarcesible la sabiduría (Sg 6,13). Y en verdad que en cuanto de suyo es resplandece en todos, y a todos los ilumina, pero quienes presentan un obstáculo no son iluminados, y esto lo dice así: por eso cegó los entendimientos de los incrédulos, es claro que para no resplandecer en ellos, en las inteligencias de los incrédulos, aun cuando resplandeciendo en Sí mismo sea la iluminación del Evangelio que ilumina, el cual ciertamente es iluminante porque es la gloria de Cristo, su claridad. Y nosotros vimos su gloria, etc. (Jn 1,14). La cual gloria le proviene a Cristo de que es la imagen de Dios. Él es la imagen del Dios invisible (Colos. 1,15). La Glosa hace notar que Cristo es la imagen perfectísima de Dios. Porque para que algo sea perfectamente la imagen de algún otro ser, tres cosas se requieren, y estas tres cosas se hallan perfectamente en Cristo. La primera es la semejanza; la segunda es el origen; la tercera es la perfecta igualdad. Porque si entre la imagen y aquello de lo cual es la imagen hay desemejanza, y aquélla no procede de esto otro, y si además no hay igualdad perfecta, la cual existe si tienen la misma naturaleza, no habría allí razón perfecta de imagen. Porque la semejanza del rey en el denario no se dice que sea perfectamente la imagen del rey,

porque falta allí la igualdad conforme a la misma naturaleza; en cambio, la semejanza del rey en su hijo se dice que es la perfecta imagen del rey, porque hay allí las tres cosas que hemos dicho. Es así que estas tres cosas las hay en Cristo hijo de Dios, porque es semejante al Padre, nace del Padre y es igual al Padre; luego de manera eminente y perfecta se le llama imagen de Dios.

En seguida, cuando dice: Porque no nos predicamos a nosotros mismos, etc., resuelve el Apóstol cierta duda. Porque podría alguien contra lo ya dicho decirle al Apóstol: Arriba dijiste que vuestro Evangelio está encubierto, y ahora dices que el Evangelio de Cristo ilumina; así es que si aceptamos que el Evangelio de Cristo ilumina, no se puede sostener aquí que vuestro Evangelio esté encubierto. Y por eso, para resolver esta cuestión hace dos cosas. Primero enseña que una misma cosa son su Evangelio y el Evangelio de Cristo; segundo, de qué depende que su Evangelio sea iluminante: Pues Dios, que dijo, etc. Así es que primeramente dice: Digo que la manifestación de la claridad de Cristo es el Evangelio de Cristo y nuestro. Nuestro, ciertamente, en cuanto predicado por nosotros; de Cristo, en cuanto El es predicado en el mismo Evangelio. Y esto es lo que quiere decir que no nos predicamos a nosotros mismos, o sea, que no nos recomendamos ni exaltamos a nosotros, ni en nuestro interés, o sea, que ni en alabanza nuestra ni en nuestro lucro convertimos nuestra predicación, sino que todo lo referimos a Cristo y a su alabanza. Nosotros predicamos a Cristo, etc. (1Co 1,23). Para anunciar todas tus alabanzas, no las mías, en las puertas, etc. (Ps. 72,28). Sino a Jesucristo Señor nuestro, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. Como si dijera: A Jesús lo predicamos como a Señor, y a nosotros como siervos. Y la razón de esto es que principalmente buscamos la gloria de Cristo y no la nuestra. Porque es siervo el que está para el servicio del Señor. De aquí que al ministro de la Iglesia que no pretende la gloria de Dios ni el bien de los subditos no se le llama verdadero administrador, sino tirano. Porque quien bien administra debe ser como el siervo que trabaja por la honra y el bien de los subditos. El mayor servirá al menor (Gen. 25,23). Porque libre de todos, a todos me esclavicé (1Cor. 9,19).

En seguida, cuando dice: Pues Dios, que dijo, etc., enseña de dónde toma su Evangelio la virtud iluminativa. Donde se da a conocer el orden de proceder observado por el Apóstol, orden que es éste: Hubo una vez, antes de convertirnos a Cristo, en que estábamos envueltos en tinieblas, como vosotros y otros en quienes no resplandece la claridad de la gloria de Cristo. Pero ahora, habiéndonos llamado Cristo a Sí por su gracia, esas tinieblas han sido quitadas de vosotros, y resplandece ya en nosotros la virtud de la gloria de la claridad de Cristo, y de tal manera resplandece en nosotros, que no solamente estamos iluminados para que podamos nosotros ver, sino que también iluminemos a los demás. Así es que por la espiritual gracia y el abundante resplendor de la claridad de la gloria de Cristo en nosotros, nuestro Evangelio tiene virtud iluminativa; y esto lo dice así: Digo que nuestro Evangelio ilumina, porque Dios que dijo, esto es, que con su solo mandato hizo que la luz saliese, lo cual fue para la separación de los elementos, cuando con la luz que hizo iluminó el caos tenebroso. Dijo: sea la luz (Gen. 1,3). Yo hice nacer en los cielos la luz indeficiente (Eccii. 24,6). El mismo Dios resplandeció en nuestros corazones, esto es, en nuestras mentes, primeramente en tinieblas por la ausencia de la luz de la gracia y la oscuridad del pecado. Para iluminar a los que en tinieblas y en sombra de muerte yacen (Luc. 1,79). Resplandeció, digo, no sólo para iluminarnos, sino para iluminación, o sea, también para que a otros iluminemos. A mí, el mínimo de todos los santos, me ha sido dada esta gracia: evangelizar, etc. (Ep 3,8). Vosotros sois la luz del mundo (Mt 5,14). Digo que para iluminación del conocimiento, o sea, para que hagamos que otros conozcan. Digo que de la gloria de Dios, o sea, de la clara visión divina, en el rostro de Cristo. Dice la Glosa: por Jesucristo, que es el rostro del Padre, porque sin El no se conoce al Padre; pero sería mejor decir así: para iluminación de la santa claridad de Dios, claridad que resplandece en el rostro de Cristo Jesús, para que por la misma gloria y claridad se conozca a Cristo Jesús; como si dijera: En suma, Dios resplandece en nosotros para iluminación, para que por esto se conozca a Jesucristo y sea predicado a los Gentiles.



LECTIO 3: 2 Corintios 4,7-10

Muestra a los ministros del Evangelio expuestos a las tribulaciones pero no abandonados.

7. Pero este tesoro lo llevamos en vasijas de barro, para que la grandeza sea del poder de Dios y no de nosotros.

8. Con toda clase de tribulaciones padecemos, pero no abatidos. En grandes apuros, mas no desesperados.

9. Padecemos persecución, mas no estamos abandonados. Abatidos, mas no confundidos. Somos arrojados a peligros de muerte, mas no perecemos.

10. Siempre llevamos por doquiera en el cuerpo la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo.

Habiendo tratado arriba del ejercicio del ministerio del Nuevo Testamento en cuanto al bien que se debe hacer, aquí trata de su ejercicio en cuanto a los males

-que se deben soportar. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero muestra el aguante de los males que padecían; luego, explica esto: Porque siempre nosotros los que vivimos, etc. (2Co 4,2). Acerca de >lo primero hace tres cosas. Primero indica por qué causa se exponían a las tribulaciones por Dios; segundo, de cómo se portan pacientemente en tales tribulaciones: Con toda clase de tribulaciones padecemos; tercero, da la razón de tal paciencia: siempre llevamos por doquiera la muerte de Jesús. Así es que dice: Dios resplandeció en nuestros corazones para iluminación de otros con una luz que ciertamente es el máximo tesoro. Pues es un tesoro infinito, etc. (Sg 7,14). La sabiduría y la ciencia son tus riquezas (Is 33,6). Mas este máximo tesoro no lo tenemos en un rico recipiente sino en algo vil y de barro; y esto es así para que sea a Dios a quien se atribuya la eficacia. Y esto lo dice así: este tesoro lo llevamos, o sea, la luz con que a los otros iluminamos, en vasijas de barro, o sea, en un cuerpo frágil y pobre. Conoce bien El la fragilidad de nuestro ser (Ps. 102,14). Lo que es el barro en manos del alfarero, eso sois vosotros en mi mano (Jerem. 18,6). Ahora bien, Señor, Tú eres nuestro padre; nosotros somos «el barro, y Tú el alfarero (Is 64,8). Por eso llevamos este tesoro en vasijas de barro para que la grandeza de esta luz sea del poder de Dios, o sea, que a Dios se atribuya, y no de nosotros se crea que es. Porque si fuéramos ricos, si poderosos, si nobles según la carne, cualquier cosa grande que hiciéremos, no a Dios sino a nosotros mismos la atribuiríamos. Pero como ahora somos pobres y despreciables, esa grandeza se atribuye a Dios y no a nosotros. Y por eso quiere Dios tenernos en el desprecio y exponernos a las tribulaciones. No sea que digan: nuestra mano robusta (Deut. 32,27). A fin de que delante de Dios no se gloríe ninguna carne (1Co 1,29).

En seguida, cuando dice: Con toda clase de tribulaciones padecemos, etc., muestra la paciencia que tenían en cuanto padecían. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, mostrar los males que en general padecían; la segunda, decirlos en particular: Perplejos, mas no desesperados, etc. Así es que dice: Verdaderamente tenemos este tesoro en vasijas de barro; porque con toda clase de tribulaciones padecemos; como si dijera: ninguna manera de tribulación nos falta. Por muchas tribulaciones es menester que pasemos para entraren el reino de los cielos (Ac 14,21). Ni hay que admirarse de ello, pues leemos en Lucas 24,26: ¿No era necesario que el Cristo muriese así para que entrase en su gloria? Pero aun cuando así seamos atribulados, sin embargo no estamos abatidos. Y habla tomando ejemplo del viajero, que cuando no le consta cuál es el camino por el que se salga de algún lugar

estrecho y peligroso, se atribula; como si dijera: Los hombres que sólo en el mundo confían sufren si de todas partes son atribulados por el mundo, porque no se les presenta el camino del remedio, por no esperar sino en el propio mundo. Pero nosotros, aun cuando seamos atribulados en el mundo, como sin embargo confiamos en Dios y esperamos en Cristo, se nos presenta claramente el camino de la salida y del auxilio por Dios, y por eso no nos abatimos.

En seguida, cuando dice: En grandes apuros, etc., indica las tribulaciones en especial. Son cuatro con las que los hombres suelen sufrir, y con estas mismas fueron atribulados los Apóstoles, a saber: con las cosas exteriores, en cuanto a la tranquilidad de la situación, en la lesión de la fama y en el sufrimiento del propio cuerpo. Así es que en cuanto a lo primero dice: En grandes apuros, o sea, por grande pobreza. Porque la palabra griega apuros en latín quiere decir pobre; como si dijera: Tan pobres somos, que nos falta lo necesario. Hasta la hora presente sufrimos hambre (1Co 4,2). Pero no desesperamos de Dios, quien es nuestro tesoro. Porque las riquezas no se buscan por sí mismas sino para llenar las necesidades de la vida. Por lo cual los hombres que viven sin el auxilio de Dios y sin la esperanza en Dios, si carecen de lo necesario se sienten fracasados; y, en cambio, quienes en solo Dios confían y esperan, por más pobres que se vean, no desesperan. Dice adelante: Como que nada tenemos, aunque lo poseemos todo (2Co 6,10). Y no sólo, sino que, por lo contrario, con esto otro también sufrimos: padecemos persecución, de lugar en lugar. Los perseguiréis de ciudad en ciudad (Mt 23,34). Mas no estamos abandonados de Dios, sin que muestre su auxilio. No re abandonaré ni te desampararé (Hebr. 13,5). Confíen en ti los que conocen tu nombre (Ps. 9,2). Pero además somos ofendidos en la fama porque somos abatidos, o sea, que somos despreciados y reputados por nada. Vendrá tiempo en que cualquiera que os quite la vida, creará hacer un obsequio a Dios (Jn 16,2). Dichosos seréis cuando os insultaren (Mt 5,2). Pero como cuando alguien es despreciado y sufre a causa del desprecio, el que es despreciado suele ofuscarse; mas cuando no sufre con motivo del desprecio, no es confundido, y a éstos no los alcanza la causa del desprecio, por esto dice: Mas no confundidos. Como si dijera: Como nos toca el motivo, no nos preocupamos. Señor, en Ti tengo puesta mi esperanza: no quede yo para siempre confundido (Ps. 30,2). Pero como si todo esto fuese poco, a las tribulaciones les agrega otra cosa más grave, diciendo: Somos arrojados a peligros de muerte, pero no perecemos, o sea, no nos apartamos del bien, o bien no perecemos, porque Dios nos sustenta. Y cuando te creerás consumido renacerás (Jb 2,17). Hemos venido a ser como la basura del mundo (1Co 4,13). Somos reputados como ovejas para el matadero (Ps. 43,22).

En seguida, cuando dice: Siempre llevamos por doquiera en el cuerpo la muerte de Jesús, agrega la razón de su paciencia. Acerca de lo cual se debe saber que tal fue en Cristo el curso de las cosas. Porque teniendo desde el principio de su concepción una carne capaz de padecer, padeció y murió; pero interiormente vivía con vida espiritual. Pero después de la resurrección esa vida espiritual y gloriosa redundó en el cuerpo, y ese mismo cuerpo fue hecho glorioso e inmortal, porque habiendo Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere, etc. De aquí que en el cuerpo de Cristo se consideran dos estados, el de la muerte y el de la gloria. Y por eso dice el Apóstol que los peligros de muerte y todos los sufrimientos pacientemente los soportemos, para que alcancemos la vida gloriosa. Y esto lo dice así: Siempre llevamos, esto es, en todas las cosas y dondequiera, la muerte de Jesús, o sea, por Jesús, o bien a semejanza de la muerte de Jesús (Las señales de Jesús las llevo yo en mi cuerpo: Ps 6,17); porque por la verdad padecemos, como Jesús, en nuestro cuerpo, no sólo en el espíritu (Por amor de ti estamos todos los días destinados a la muerte: Ps. 43,22). Para que también la vida de Jesús, o sea, la vida de la gracia que Jesús da; o bien la vida de la gloria-; que Jesús alcanza por la pasión (¿No era necesario que el Cristo sufriese así para entrar en su gloria?: Luc. 24,26), o sea, para que manifiestamente se les muestre aun a los enemigos. Así es que habla de lo futuro, es claro que de la resurrección, o también de ahora de la vida de la gracia, en nuestro cuerpo, no sólo en las almas (Rotas las vasijas de barro aparecieron las luces: Jueces 7,20). Por lo cual dice Ambrosio: En virtud de la prometida resurrección no temía morir. Por doquiera, esto es, en

todas partes sufriendo y soportando, porque a dondequiera que vayamos, padecemos, pero no somos confundidos. Y esto para que la vida de Jesús, que está ahora oculta en nuestro corazón, se manifieste en nuestro cuerpo, cuando sea reformado el cuerpo de nuestra humildad, etc. (Ph. i,20). Y ya moristeis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios (Colos. 3,3). Si hemos muerto con El, también con El viviremos (2Tm 2,11).

**16**

(+2Co 4-11-15)

#### LECTIO 4: 2 Corintios 4,11-15

Habla de la esperanza de la gloria que los ministros del Evangelio tienen por la resurrección de Cristo.

11. Porque nosotros, los que vivimos, somos siempre entregados a la muerte por causa de Jesús, para que de igual modo la vida de Jesús sea manifestada en nuestra carne mortal.

12. De manera que en nosotros obra la muerte, mas en vosotros la vida.

13. Pero, teniendo el mismo espíritu de fe, según está escrito: "Creí y por esto hablé", también nosotros creemos, y por esto hablamos;

14. sabiendo que el que resucitó al Señor Jesús nos resucitará también a nosotros con Jesús y nos pondrá y nos colocará con vosotros.

15. Pues todas las cosas se hacen por causa de vosotros, para que abundando la gracia en acción dé gracias por muchos, abunde para la gloria de Dios.

Habiendo hablado de la paciencia de los Apóstoles en los males, y de la causa de la paciencia, aquí las explica; y primero lo que dijo de la esperanza de la gloria; luego, lo que dijera acerca de su paciencia: Por lo cual! no desfallecemos, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero explica la esperanza que tiene de la gloria; luego muestra de dónde le proviene tal esperanza: Pero teniendo el mismo espíritu de fe, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, mostrar de qué modo lleva en su cuerpo la pasión de Jesús. La segunda, manifestar de qué modo lleva en sí la vida de Jesús: para que de igual modo la vida de Jesús. La tercera, manifestar qué es lo que de esto proviene para él y para otros: de manera que la muerte, etc. Así es que primero dice: Digo que llevamos la muerte en nuestros cuerpos, no porque estemos muertos, sino porque nosotros que vivimos, con vida corporal o bien con las virtudes, somos siempre entregados a la muerte, o bien en peligros de muerte. Y esto ciertamente por causa de Jesús. Somos reputados como ovejas para el matadero (Ps. 43,22). Y de qué modo llevemos en el cuerpo la vida de Jesús lo explica agregando: para que de igual modo la vida de Jesús inmortal e impasible sea manifestada en nuestra carne por ahora mortal, de tal modo que nuestra carne mortal reciba la inmortalidad en la resurrección. Pues es necesario que esto corruptible se vista de incorruptibilidad (1Co 15,53). Y qué sea lo que de esto provenga lo agrega diciendo: de manera que obra la muerte, o sea, que ejerce su dominio sobre nosotros. Mas la vida, es claro que la presente,, obra en vosotros, porque estáis en prosperidad, conforme a lo que dijo en 1Co 4, 10: Nosotros somos insensatos, etc. Para que la muerte obre en nosotros el bien mayor: la consecución de la vida espiritual. De gran precio es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Ps. 115,15). En cambio, la vida terrena que amáis obra en vosotros un gran mal, a saber, la muerte eterna. El justo trabaja para poder vivir (Pr 10,16). Quien ama su alma, la pierde; y quien aborrece su alma en este mundo la conservará para vida eterna (Jn i 2,25). O de otra manera: Dos cosas hubo en Cristo: la muerte corporal y la vida espiritual. Así es que dice: De manera que la muerte obra en nosotros; como si dijera: En nosotros no sólo obra la vida espiritual, en cuanto reproducimos espiritualmente, sino que también obra la muerte, o sea, que por la esperanza de la

resurrección y por el amor de Cristo, las señales de la muerte de Cristo aparecen en nosotros, en cuanto nos ofrecemos a los padecimientos de la muerte (Por amor de TI estamos todos los días destinados a la muerte: Ps. 43,22); y en cambio en vosotros obra solamente la vida de Cristo, por la cual se injerta en vosotros la vida de la fe y vida espiritual. De aquí que le provenga al Apóstol esta esperanza de certeza y que diga: Pero teniendo el mismo espíritu de fe, etc. Y acerca de esto hace dos cosas.

Primero indica la causa de la certeza; segundo, deduce la misma certeza: Sabiendo que el que resucitó, etc. Porque la causa de tal certeza es el espíritu que infunde la fe en el corazón de ellos. Por lo cual primero indica esta causa; y luego la explica por un ejemplo: según está escrito, etc. Así es que dice: Por esto esperamos y no desfallecemos, porque vivimos teniendo el mismo espíritu de fe que los antiguos tuvieron, porque aun cuando hayan cambiado los tiempos, sin embargo el espíritu y la fe no cambian, fuera de que aquéllos creían que Cristo vendría y padecería, y nosotros creemos que ya vino y padeció. Y aquí el espíritu es el Espíritu Santo que es espíritu de fe. Pero todas estas cosas las obra el mismo y único Espíritu, etc. (1Co 12,1 1). Y allí mismo: A otro palabra de ciencia en el mismo espíritu (1Co 12,8). Así es que teniendo este espíritu, que los antiguos tuvieron, hacemos lo mismo que aquéllos, y creemos. Y dice qué fue lo que aquél (los hicieron: Creí, a saber, a Dios y perfectamente. Y esto lo hicieron todos los antiguos (Y todos estos que por la fe recibieron tales testimonios, etc.: Hebr. 1 1, .39). Y por esto, porque creemos, hablamos, o sea, confesamos la fe. Con el corazón se cree para justicia ¡(Rm 10,10). Lo cual también hacemos nosotros, porque en virtud de que creemos hablamos y confesamos la fe y predicamos. No podemos dejar de hablar de lo que hemos visto y oído (Ac 4,20). Así es que el Espíritu Santo es la causa de esta certeza.

Finalmente saca la conclusión que desea, a saber, la propia certeza. Y primero acerca de su salvación personal; luego, acerca de la salvación de los demás: y nos colocará con vosotros, etc. Así es que dice: Sabiendo, o sea, teniendo la ciencia cierta de que el que resucitó al Señor Jesús, a saber, Dios Padre, o toda la Trinidad, nos resucitará también a nosotros, para que tengamos la misma gloria con Jesús, porque por ser miembros suyos debemos estar con nuestra cabeza. Donde yo estaré mi servidor estará también (Jn 12,26). Aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos, resucitará también nuestros cuerpos mortales (Rm 8, ! 1). Y no sólo estoy cierto de nuestra salvación sino también de la vuestra, porque nos colocará con vosotros, esto es, que estaremos juntos, porque así como nosotros somos miembros de Cristo, así también por nosotros lo sois vosotros. Y así estaremos siempre con el Señor (1Th 4,1 7). Allí donde esté el cuerpo, allí se juntarán las águilas (Mt 24,28). Y por eso dice con vosotros, para impulsarlos al bien, por cuanto les enseña que no son inferiores sino iguales. Y muy bien puedo decir esto con certeza, porque todas las cosas son para vuestro beneficio. Pues todas las cosas que soportamos, todas las gracias que recibimos de Dios son por causa de vosotros, o sea, para instruiros con nuestro ejemplo. Y con esto, para que abundando la gracia por nosotros, en vosotros abunde por muchos para la gloria de Dios, esto es, para que muchos den gracias a Dios por tanto beneficio. Dando gracias siempre y por todo al Dios y Padre en el nombre de nuestro Señor Jesucristo (Ep 5,20).

**17**

(+2Co 4,16-18)

### LECTIO 5: 2 Corintios 4,16-18

Habla de la paciencia de los buenos ministros y de su remuneración y de su causa.

16. Por lo cual no desfallecemos; antes bien, aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día.

17. Porque lo que por ahora es momentánea y leve tribulación nuestra va labrándonos un eterno peso de gloria en sublimidad cada vez mayor.

18. Y así, no ponemos nosotros la mira en las cosas visibles, sino en las invisibles. Porque las que se ven son transitorias; mas las que no se ven son eternas.

Habiendo hablado de la paciencia que los Apóstoles tenían en las tribulaciones y del premio que esperaban, aquí trata de la causa de la paciencia y de su medida o razón de ser. Y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero da a conocer la paciencia de los santos; en segundo lugar, la causa de la paciencia: No ponemos nosotros la mira, etc.; lo tercero, la remuneración de la paciencia: Porque lo que por ahora, etc. Acerca de lo primero quiere mostrar que la paciencia de los santos es invencible. Y esto lo dice así: Por lo cual no desfallecemos, porque sabemos que quien resucitó a Jesús de entre los muertos, nos resucitará también a nosotros y nos colocará con vosotros. Por lo cual no desfallecemos, es claro que en las tribulaciones, o sea, que no por eso concluimos que no podamos llevar y soportar todavía mas por Cristo. Porque desfallecer es lo mismo que no poder ya cargar nada. Desfallecí, no teniendo fuerzas para aguantarle (Jerem. 20,9). Y esta es la causa por la cual no desfallecemos, porque a pesar de que en cuanto a algo nos desmoronamos, a saber, en cuanto al hombre exterior, sin embargo en cuanto a algo siempre nos renovamos, a saber, en cuanto al hombre interior. Y esto lo dice así: aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, etc. En cuanto a esto hay que saber que con ocasión de estas palabras, un hereje, de nombre Tertuliano, dijo que el alma racional que está en nuestro cuerpo tiene figura corpórea y miembros corpóreos, como los tiene el cuerpo, y a esto lo llama hombre interior; y hombre exterior llama al cuerpo con sus sentidos. Lo cual es ciertamente falso. Por lo cual para la inteligencia de esas palabras se debe saber que tanto según el Filósofo en su Etica como conforme al común uso de hablar se dice que una cosa es aquello que hay de manera principal en ella misma; y así, por ejemplo, por ser en la ciudad lo más principal la autoridad y su concejo, lo que hacen la autoridad y el concejo se dice que toda la ciudad lo hace.

Ahora bien, lo que hay de principal en el hombre se puede entender tanto en cuanto a la verdad como en cuanto a la apariencia. Y conforme a la verdad lo más principal en el hombre es ciertamente la mente. Por lo cual conforme al juicio de los varones espirituales la mente es el hombre interior, aunque según la apariencia lo principal en el hombre es el cuerpo exterior con sus sentidos; por lo cual, según el sentir de aquellos que solamente estiman lo corporal y sensible y de lo terrenal gustan, de quienes el vientre es su Dios, el cuerpo con sus sentidos es el hombre exterior. Y por eso conforme a este modo habla aquí el Apóstol, diciendo: Aunque en nosotros el hombre exterior, a saber, el cuerpo con la naturaleza sensitiva, se vaya desmoronando, con los ayunos y abstinencias y vigilias (Sabido que nuestro hombre viejo fue crucificado, etc.: Rm 6,6; Penetre mis huesos ía podredumbre: Habacuc 3, i 6), sin embargo, el hombre interior, o sea, la mente, la razón fortalecida con la esperanza del premio futuro, y afirmada con la ayuda de la fe, se va renovando. Lo cual débese entender así: Porque la vejez es el camino a la corrupción. Lo que se hace anticuado y envejece está próximo a desaparecer (Hebr. 8,13). Ahora bien, la naturaleza humana fue hecha en integridad, y si en esa integridad permaneciese, estaría siempre nueva; pero por el pecado se empezó a corromper. Por lo cual, cuanto de ello ha resultado, como la ignorancia, la dificultad para hacer el bien, y la inclinación al mal, el esfuerzo penoso, y otras cosas semejantes, todo pertenece a la vejez.

Mas cuando la naturaleza humana se descarga de tales consecuencias del pecado, entonces se dice que se renueva. Tal libramiento empieza aquí ciertamente en los santos, pero se consumará perfectamente en la patria. Porque aquí se descarga uno de la vetustez de la culpa al descargarse el espíritu de la vetustez del pecado y someterse a la novedad de la justicia. Aquí el entendimiento se

descarga de los errores y se adhiere a la novedad de la verdad; y conforme a esto, lo que el hombre es en su interior, o sea, el alma, se renueva. Renovaos en el espíritu de vuestra mente (Ep 4,23). Pero en la patria desaparece también la vetustez de la pena. Por lo cual allí será consumada la renovación. Para que se renueve tu juventud como la del águila (Saimo 102,5). Pero porque los santos diariamente avanzan en pureza de conciencia y en conocimiento de las cosas divinas, dice: de día en día. Dichosos los hombres cuya fuerza está en Ti y en tu camino su corazón (Ps. 83,6). Así es que de esta manera la paciencia es invencible, porque se renueva de día en día. Lo tercero principal, a saber, la causa de esta paciencia, es el pensar en el premio, lo cual es efficacísimo, porque según Gregorio tal pensamiento disminuye la fuerza del látigo. Y esto lo dice así: Porque lo que por ahora es. Como si dijera: Nada son las tribulaciones que aquí padecemos si consideramos la gloria que con ellas conseguiremos. Por lo cual compara el estado de los santos que están en esta vida con el estado de los que están en la patria, y señala cinco cosas que mutuamente se corresponden en uno y otro estado. Porque primeramente la condición de esta vida en los santos es, en cuanto considerada en sí misma, insignificante y como imperceptible, por lo cual dice: lo que, o sea, lo mínimo. Por un momento, por poco tiempo te desamparé (Is 54,7). Es también transitoria, por lo cual dice: por ahora, esto es, en esta vida, que transcurre en aflicciones y calamidades. La vida del hombre sobre la tierra es una milicia (Jb 7,7). Es también de breve tiempo, por lo cual dice: es momentánea. En el momento de mi indignación aparté de ti mi rostro por un poco (Is 54,8). Porque todo el tiempo de esta vida comparado con la eternidad no es sino momentáneo. También es leve, por lo cual dice: leve. Porque aun cuando arriba dijera: Fuimos agravados muy sobre nuestras fuerzas (2Co 1,8), porque es algo pesado para el cuerpo, sin embargo es levísimo para el espíritu que arde en la caridad. Dice Agustín: Todo lo abrumador y desmesurado el amor lo hace fácil y casi insignificante. Además es penoso, por lo cual dice: tribulación. Yo sufriré el castigo del Señor (Miq. 7,9).

Pero en cuanto a la condición de la bienaventuranza señala cinco cosas, porque contra el lo que por ahora pone un cada vez más inmensamente, o sea, sobre medida. Estimo, pues, que esos padecimientos del tiempo presente no son dignos de ser comparados con la gloria venidera (Rm 8,18).

Objeción.-Pero en contra está lo que dice Mateo. 16,27: Dará a cada uno según sus obras. Así es que no sobre medida.

Solución.-Debemos decir que el pero no indica igualdad de cantidad, para que en la medida en que alguien merece en esa misma medida se le premie, sino que designa una igualdad de proporción, para que quien más haya merecido, mayor premio reciba. Además, contra el por ahora que dice, pone en sublimidad, a saber, en un estado sublime, sin perturbación. Yo te elevaré sobre toda terrena altura (Is 58,14). Contra el momentánea pone eterno (Alegría sempiterna sobre sus cabezas: Is 35,10). Contra el leve pone peso. Y dice peso por dos razones. Porque el peso inclina y le imprime su movimiento a lo que tiene debajo. Y así, la gloria eterna será tanta, que a todo el hombre lo hará glorioso, en el alma y en el cuerpo; y nada habrá en el hombre que no siga el ímpetu de la gloria. O bien se dice peso por su preciosa excelencia. Porque sólo las cosas de gran precio se acostumbra considerar. Contra la tribulación de que habla pone de gloria; o bien este de gloria puede ser común a las otras cuatro cosas que se dicen del estado de la patria. Y el tribulación que dice se refiere a las cuatro cosas que acerca de la condición de la vida presente se han dicho.

Va labrándonos por encima de las tribulaciones que padecemos, porque éstas son la causa y el mérito por los que Dios nos confiere esta gloria. Es pues invencible la paciencia de los santos e inefable su remuneración; y la recompensa de su remuneración, justa y deleitable. Por lo cual dice: No ponemos nosotros la mira, etc.; como si dijera: Aun cuando las cosas que esperamos son futuras, y mientras tanto se desmorone nuestro cuerpo, sin embargo nos renovamos, porque no ponemos la

mira en estas cosas temporales sino en las celestes. Y esto es lo que dice así: va labrándonos un eterno peso de gloria, digo que a nosotros, los que no ponemos la mira, o sea, que no ponemos la atención en las cosas visibles, o sea, en las terrenas; sino en las invisibles, en las celestes. Olvidando lo que dejé atrás, etc. (Ph. 3,13). Lo que ojo no vio, etc. (1Co 2,9). ¿Y por qué tenemos la mira en las cosas celestiales? Porque las que se ven, las terrenas, son transitorias, temporales. Mas las que no se ven, las celestiales, son eternas. Dice Is 51,6: La salud que Yo envío durará para siempre.

## Capítulo 5

**18**

(+2Co 5,1-4)

### LECTIO 1: 2 Corintios 5,1-4

Indica el premio que se espera y expresa el deseo de las cosas que se esperan.

1. Sabemos que si esta tienda de nuestra mansión terrestre se desmorona, tenemos de Dios un edificio, cosa no hecha de manos, sino eterna en los cielos.
2. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación del cielo.
3. Si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos.
4. Porque los que estamos en esta tienda gemimos oprimidos. No es qué queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida.

Habiendo ponderado el Apóstol el ministerio del Nuevo Testamento, tanto en cuanto a su dignidad como en cuanto a su uso, aquí lo pondera en cuanto al premio, porque aunque ya trató arriba acerca del premio en cuanto a algo de algún modo, aquí, sin embargo, trata de él de manera completa. Acerca de lo cual hace tres cosas. Porque primero trata del premio; segundo, de la preparación y de la recepción del premio: Por lo cual nos esforzamos, etc. (2Co 5,9); tercero, de la causa de una y otra cosa, a saber, de la preparación y del premio que se espera. Y toda ella es obra de Dios, el cual nos ha reconciliado, etc. (2Co 5,18). Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, indicar el premio que se espera; la segunda, expresar el deseo del premio que se espera: Y así gemimos en este estado, etc. Pero por ser inestimable el premio que se espera, el de la gloria celestial, por eso dice: sabemos que, etc.; como si dijera según la Glosa: Verdaderamente obra en nosotros el peso de la gloria, porque también en los cuerpos se tendrá tal gloria, no sólo en las almas. Porque sabemos, estamos ciertos, teniéndolo ya en esperanza, que si esta tienda de nuestra mansión terrestre, a saber, el cuerpo. Porque el hombre, como se ha dicho, es la mente, por ser ésta lo principal en él, y la mente tiene con el cuerpo la relación que el hombre con la casa. Porque así como destruida la casa no queda destruido el hombre que la habita, sino que él permanece; así también, destruido el cuerpo no queda destruida la mente o alma racional, sino que permanece.

Así es que al cuerpo terreno se le llama casa habitación, esto es, en la cual habitamos. Cuánto más serán consumidos aquellos que habitan casas de barro (Jb 4,19).

Se desmorona, o sea, se destruye. Sabemos, digo, que tenemos de Dios un edificio, esto es, una morada, de Dios, o sea, preparada por Dios. Digo que edificio, casa no hecha de manos, esto es, no por obra humana, ni por obra de la naturaleza, sino un cuerpo incorruptible que tomaremos; el cual no es manufacturado, porque la incorruptibilidad en nuestro cuerpo proviene únicamente de la

operación divina. Vendrá a reformar el cuerpo de la humillación nuestra, etc. (Ph. 3,21). Casa eterna, o sea, casa preparada ab aeterno. Tabernáculo que de ningún modo será destruido en los cielos (Is 33,20).\* Vuestra recompensa es grande en los cielos (Mt 5,12). Este canje, por el que en lugar de la casa terrena se tiene la celestial, lo deseaba Job diciendo: En la guerra continua en que me hallo estoy esperando siempre aquel día en que vendrá mi mudanza (Jb 14,14): exposición conforme a a Glosa. Sin embargo, no es conforme al sentido del Apóstol: no concuerda ni con lo que precede ni con lo que sigue. Porque cuando tiene él una materia no interrumpida de la cual habla, no interpone otra. Por lo tanto, veamos qué quiere decir el Apóstol.

Es de saberse que aquí quiere mostrar el Apóstol que soportan racionalmente las tribulaciones los santos, a quienes se les desmorona la vida presente, porque de este hecho saltan al instante a la gloria, no a tener un cuerpo glorioso, como se dice en la Glosa. Y por eso dice: Por eso soportamos; porque sabemos, por cosa cierta tenemos, que si esta tienda de nuestra mansión terrestre, o sea, el cuerpo, se desmorona, o sea, se corrompe por la muerte, tenemos al instante no en esperanza, sino en realidad, una casa mejor, un edificio, casa no hecha de manos, esto es, la gloria celestial, no un cuerpo glorioso. De tal casa se dice en Jn 14,2: En ía casa de mi Padre hay muchas moradas. La cual es ex Deo, no hecha de manos, porque la gloria eterna es el mismo Dios. Sé para mí un Dios protector y un alcázar de refugio, etc. (Ps. 30,3). Y eterna, literalmente, porque el mismo Dios es eterno. En los cielos, esto es, en los excelsos cielos, porque al corromperse el cuerpo al instante el alma santa obtiene esta gloria

\* Traduzco a Santo Tomás: Tabernaculum quod nequáquam destruetur in coelis, que aquí como en otros lugares cita libremente la Sagrada Escritura, de memoria, aunque con fidelidad en cuanto al sentido (S.A.).

no en esperanza sino en realidad. Porque desde antes de que el cuerpo se disuelva tenemos en esperanza esta casa. Así es que el premio de los santos es admirable y deseable, porque lo es la gloria celestial; por lo cual en seguida sujeta el deseo de los santos a ese mismo premio, diciendo: Y así gemimos, etc. En lo cual hace tres cosas. La primera, expresar el deseo de la gracia de obtener ese premio; la segunda, mostrar que el deseo de la gracia se demora por el deseo de la naturaleza: porque los que estamos en esta tienda, etc.; la tercera, mostrar cómo el deseo de la gracia vence al deseo de la naturaleza: Por eso, sabiendo que mientras habitamos en el cuerpo vivimos ausentes (2Co 5,6). Pero el deseo de la gracia es con fervor. Porque gemimos, etc.; como si dijera: La verdadera prueba de que tenemos una casa hecha de manos es que si el deseo de la naturaleza no se engaña, mucho menos es engañoso el deseo de la gracia.

Así es que como tenemos un fervientísimo deseo de la gracia de la gloria celestial, es imposible que sea en vano, y esto lo dice así: gemimos, esto es, deseamos gimiendo por el no cumplido deseo del alma. ¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! (Ps. 119,5). Porque es esto lo que deseamos ardientemente, esto es, el ser revestidos de nuestra habitación, o sea, de la fruición de la gloria, que es la del cielo; la cual se llama habitación porque en la propia gloria los santos habitan como en su consolatorio. Entra en el gozo de tu Señor (Mt 25,21). Y diciendo revestidos, da a entender que la casa celestial de la que arriba hablara no es algo separado del hombre sino algo inherente al hombre. Porque no se dice que el hombre se vista su casa sino un vestido, pues de la casa se dice que habita uno en ella. Pues bien, estas dos cosas las une, diciendo: ser revestidos de nuestra habitación; con lo cual enseña que el deseo aquel es algo inherente, porque se reviste algo que contiene y que excede, porque en eso mismo se habita. Pero como no dijo absolutamente: ser vestido, sino revestido, agrega la razón de ello diciendo: Si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos; como si dijera: Si el alma se vistiera de una habitación celestial que no quitara la habitación terrena, esto es, si no se corrompiera nuestro cuerpo por la muerte, la celestial consecución de esa habitación sería un revestimiento. Pero como es necesario que desaparezca la habitación terrena para vestirse la



celestial, no se puede llamar revestimiento, sino simple vestirse. Y por eso dice: Si es que nos encontramos vestidos y no desnudos; como si dijera: Nos revestiremos si nos encontramos vestidos y no desnudos. Porque no se dice que el desnudo se revista sino tan sólo que se viste. Y la Glosa explica de otra manera la vestidura espiritual, diciendo: Deseamos ardientemente ser revestidos, lo cual se hará pero con la condición de que nos encontremos vestidos, es claro que de virtudes, y no desnudos, por supuesto que de virtudes. De estos vestidos dice San Pablo a los Col (3,12): Vestios, pues, como elegidos de Dios, etc.; como si dijera: Nadie que no tenga virtudes alcanzará la gloria. Pero ta! explicación no nos parece concordar con la intención del Apóstol. Así es que mucho muy ardiente es el deseo de la gracia por el premio, pero sin embargo se retarda por el deseo de la naturaleza; lo cual indica al decir: Porque mientras estamos en esta tienda, etc. En lo cual primero indica la condición del deseo natural; luego muestra que también este estado de deseo natural viene de Dios: Para esto mismo nos hizo Dios (2Co 5,5).

Ahora bien, la condición del deseo natural reprime el deseo de la gracia porque queremos llegar vestidos y no desnudos, o sea, que queremos que el alma llegue a la gloria pero de manera que el cuerpo no se corrompa por la muerte. La razón de ello es que el natural deseo lleva al alma a estar unida al cuerpo, pues de otra manera la muerte no sería penosa, y esto lo expresa así: porque los que estamos en esta tienda, o sea, los que habitamos en este cuerpo mortal (Sé que pronto vendrá el desposamiento de mi tienda: 2 Pedro 1,14), gemimos, dentro del corazón, no sólo exteriormente con voces (Meditando gemimos como palomas: Is 59,1 1); porque es duro pensar en la muerte, y sin embargo estamos oprimidos por algo que es contra nuestro deseo porque no podemos alcanzar la gloria si no nos despojamos del cuerpo, lo cual es de tal manera contra el natural deseo, como dice Agustín, que ni la misma senectud pudo quitarle a Pedro el temor de la muerte. Y por eso dice: No es que queramos ser desvestidos, es claro que de la tienda terrena, sino más bien sobrevestidos con la gloria celestial. O bien, según la Glosa, con el cuerpo glorioso. Pero como podría considerarse inconveniente que por una parte el cuerpo fuese corruptible por su naturaleza, si no fuese antes disuelto, y que por parte de la gloria fuese glorioso, agrega el modo como querría hacerse, diciendo: para que io mortal sea absorbido, etc.; como si dijera: No queremos ser sobrevestidos de manera que el cuerpo permanezca siendo mortal, sino de modo que la gloria suprima totalmente la corrupción del cuerpo sin la disolución corporal. Y por eso dice: para que lo mortal sea absorbido, esto es, la propia corrupción del cuerpo, por la vida, es claro que la de la gloria. La muerte ;ha sido absorbida por una victoria (1Co 15,54).

## 19

(+2Co 5,5-10)

### LECTIO 2: 2 Corintios 5,5-10

Enseña que la causa dei deseo sobrenatural no proviene de ía naturaleza sino de Dios.

5. Para esto mismo nos hizo Dios, dándonos las arras del Espíritu.
6. Por eso nos atrevemos siempre, sabiendo que mientras habitamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor.
7. Porque por je andamos y no por visión.
8. Así es que nos atrevemos, llenos de buen ánimo, más bien a salir del cuerpo y vivir con el Señor.
9. Por eso nos afanamos, tanto ausentes (en el cuerpo), como presentes, en agradarle.
10. Porque es necesario que todos seamos descubiertos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba en el cuerpo según lo bueno o lo malo que haya hecho.

Aquí muestra al autor del sobrenatural deseo de la celestial habitación. Porque la causa del natural deseo por el que no queremos ser despojados es que el alma naturalmente se une al cuerpo, y a la inversa. Pero el que anhelemos ser revestidos de la celestial habitación no procede de la naturaleza, sino de Dios. Y por eso dice: Para esto mismo nos hizo Dios; como si dijera: Queremos sobrevestirnos de la celestial habitación, pero de tal manera que no se nos despoje de la terrena; pero este mismo deseo de ser así sobrevestidos es Dios quien lo produce en nosotros. Dios es quien obra en nosotros el querer y el hacer (Ph. 2,13). La razón de ello es que cuanto sigue a la naturaleza, conviniendo el apetito con el fin de su naturaleza, así como lo que pesa naturalmente tiende a caer, también apetece el descansar allí. Mas si el deseo de alguna cosa está sobre la naturaleza de otra, ésta no se mueve hacia aquel fin de manera natural, sino por otro que esté por encima de su naturaleza. Ahora bien, es patente que el gozar de la gloria celestial y ver a Dios en su esencia, aun cuando se trate de una creatura racional es algo que está sobre su naturaleza, porque no se mueve la creatura racional a esto deseándolo por su naturaleza, sino por el mismo Dios, que esto mismo hizo en nosotros. Y la manera de hacerlo la agrega diciendo: dándonos las arras del Espíritu.

Acerca de lo cual débese saber que Dios obra en nosotros deseos naturales y deseos sobrenaturales. Los naturales cuando nos da una aspiración natural conveniente a la humana naturaleza. Insufló en sus narices aliento de vida (Gen. 2,7). Y los sobrenaturales los da cuando infunde en nosotros un espíritu sobrenatural, esto es, el Espíritu Santo. Y por eso dice: dándonos las arras del Espíritu, o sea, el Espíritu Santo causando en nosotros la certeza de la cosa con la que deseamos completarnos. Recibisteis el seño del Espíritu Santo que estaba prometido (Ep 1,13). Y dice arras, porque las arras deben valer tanto cuanto vale la cosa por la cual se dan; pero difieren de la cosa por la cual se ponen en que con más pleno derecho se posee la cosa cuando ya se tiene, que las arras; porque la cosa se posee de modo que sea de uno, y las arras en cambio se reciben y tienen como por la certeza de la cosa que se debe tener. Y así es respecto del Espíritu Santo, porque el Espíritu Santo vale tanto cuanto la gloria celestial, pero difiere en el modo de tenerse, porque ahora lo tenemos como para certeza de que conseguiremos aquella gloria; y ciertamente en la patria lo tendremos como cosa ya nuestra y por nosotros poseída. Porque entonces poseeremos de manera perfecta lo que ahora imperfectamente. Así es que se retarda el deseo de la gracia por el deseo de la naturaleza. Pero ¿acaso lo impide? No, sino que vence el deseo de la gracia. Y esto lo dice así: Por eso nos atrevemos siempre, etc.; como si dijera: Dos deseos hay en los santos: el uno con el que anhelan la habitación celestial, el otro por el que no quieren ser despojados. Y si estas dos cosas fuesen hermanables, no serían contrarias, y lo uno no se retardaría por lo otro. Pero el Apóstol muestra que no son hermanables, por lo cual es forzoso que una de ellas venza a la otra. Por lo cual acerca de esto hace tres cosas. Porque primero muestra la incompatibilidad de los dichos deseos; segundo, presenta cierta prueba: porque por la fe, etc.; tercero, muestra cuál de esas dos cosas vence: así es que nos atrevemos, etc.

La incompatibilidad la muestra diciendo: Por eso nos atrevemos, etc. Atreverse propiamente es ponerse en peligros de muerte y no retroceder por temor. Porque aun cuando los santos naturalmente temen la muerte, sin embargo se enfrentan a los peligros de muerte y no retroceden por el temor de la muerte. El justo se mantiene a pie firme como el león (Pr 28,1). Mientras vivió no temió a príncipe alguno (Eccli. 48,13). Sabiendo esto que confirma en nosotros la audacia, para que no temamos morir por Cristo, porque mientras habitamos en este cuerpo mortal, vivimos ausentes, lejos, de Dios. ¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! (Ps. 119,5). Vivimos ausentes, digo, porque estamos fuera de nuestra patria, que es Dios, pues de otra manera no diríamos que estamos ausentes de El. Y no lo decimos por nuestra naturaleza sino por su gracia. Y que estamos ausentes del Señor lo prueba diciendo: porque por fe andamos, o sea, que en esta vida caminamos guiados por fe, y no por visión, no por perfecta, visión. Porque la palabra de fe es como una luz por la cual somos iluminados para caminar en esta vida. Antorcha para mis pies es tu palabra (Ps. 118,105). Y en la patria no habrá tal antorcha, porque la propia claridad de Dios, o sea, el mismo Dios, la

iluminará. Y entonces lo veremos por visión, o sea, en su esencia. Dice, pues: Por fe andamos, porque la fe es de lo que no se ve. Porque la fe es la substancia de las cosas que se deben esperar, el argumento o prueba de lo que no se ve (Hebr. 2,1). Porque mientras el alma está unida al cuerpo mortal, no ve a Dios por esencia. No me verá hombre ninguno sin morir (Ex. 33,20). De aquí que en cuanto asentimos, creyendo en aquellas cosas que no vemos, decimos que andamos por fe y no por visión. Por lo tanto de esta manera es patente la incompatibilidad de los dos deseos, porque con este cuerpo no podemos revestirnos la habitación celestial, y la prueba de ello es que por fe andamos.

Se sigue consiguientemente la victoria de uno de los dos deseos, del deseo de la gracia, diciendo: Así es que nos atrevemos, etc. Y se debe tomar sabiendo sobre lo establecido, porque es una carta sostenida, de modo que diga así: Digo que sabiendo esto, porque mientras habitamos en este cuerpo, etc., nos atrevemos, llenos de buen ánimo, etc. Dice dos cosas, de las cuales la una entraña la repugnancia que tiene en querer, ¡o cual ocurre por temor de la muerte. Porque donde hay temor no hay audacia. Y del apetito de la naturaleza se engendra el temor de la muerte, y del apetito de la gracia surge la audacia. Por lo cual dice: Nos atrevemos. Lo otro entraña imperfección del ánimo en el deseo, porque si no se desea bien a bien, no se vencerá el temor de la muerte, por ser harto natural. Y por esto no sólo es necesario atreverse, sino tener buena voluntad, o sea, querer con alegría. Porque aun cuando según el Filósofo, en el acto de la fortaleza no se requiera el gozo para la perfección de la virtud como en las otras virtudes, sino tan sólo el no contristarse, sin embargo, por ser más perfecta la fortaleza de los santos, no sólo no se entristecen en los peligros de muerte, sino que aun gozan. Tengo deseo de morir, etc. (Ph. 1,23). Pero ¿a qué nos atrevemos? Más bien a salir del cuerpo, por la disolución del cuerpo, lo cual es contra el deseo de la naturaleza, y vivir con el Señor, o sea, andar por visión, lo cual es el deseo de la gracia. Esto deseaba el Salmista (41,3), que decía: Sedienta está mi alma del Dios vivo y fuerte, etc. Y es de observarse que aquí concluye el Apóstol con las dos cosas que al principio asentó (cap. 2): que nuestra casa terrena de esta habitación se disuelve, lo cual es lo mismo que ¡o que aquí expresa con salir del cuerpo, y que en el cielo tenemos una habitación no hecha de manos, y esto es lo mismo que vivir con el Señor. Con estas palabras se refuta el error de los que dicen que las almas de los santos al morir no son conducidas inmediatamente después de la muerte a la visión de Dios y a su presencia, sino que morarán en ciertas mansiones hasta el día del juicio. Porque en balde se atreverían los santos a salir del cuerpo y lo desearían, si al separarse del cuerpo no fueran a vivir con el Señor.

Y por lo mismo se debe decir que los santos al instante después de la muerte ven a Dios por esencia, y viven en la mansión celestial. Y de esta manera es patente que el premio que los santos esperan es inestimable. Esto se sigue de la preparación para el premio, la cual se hace mediante la lucha contra las tentaciones y mediante el ejercicio de las buenas obras, y esto lo dice así el Apóstol: Por eso nos afanamos, etc. Ahora bien, los santos se preparan para este premio de tres maneras: la primera, agradando a Dios; la segunda, beneficiando al prójimo: Penetrados, pues, del temor de Dios (2Co 5,2); la tercera, rechazando de uno mismo los afectos carnales: De manera que desde ahora nosotros no conocemos a nadie según la carne (2Co 5,16). Ahora bien, a Dios lo agradan resistiendo al mal, por lo cual dice: por eso, por ser todo nuestro anhelo el vivir con Dios, nos afanamos, esto es, esforzadamente resistimos, sin ningún descuido y sin ahorrar ningún esfuerzo, a las tentaciones del diablo, del mundo y de la carne. Pelead para entrar por la puerta angosta, etc. (Lc 13,24). En agradarle, a Dios, con quien deseamos vivir: y el agradarle ya estando ausentes de El, ya presentes a El; porque si no nos esforzamos por agradarle en esta vida mientras estamos ausentes, tampoco podremos agradarle ni estarle presentes en la otra vida. Por haber agradado a Dios fue amado por El (Sg 4,10).

En seguida, cuando dice: Porque es necesario que todos seamos descubiertos, etc., agrega la causa por la cual los santos luchan por agradar a Dios, la cual se toma de la consideración del juicio futuro, en el cual no podremos dejar de ser descubiertos. Ahora bien, indica el Apóstol cinco

características del juicio futuro. La primera es su universalidad, porque nadie quedará exceptuado de él. Y por eso dice: Porque es necesario que todos nosotros, o sea, todos los hombres, buenos y malos, grandes y pequeños. Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo (Rm 14,10). Y vi a los muertos, los grandes y los pequeños, en pie ante el trono, etc. (Ap 20,12).

Pero contra esto se hacen dos objeciones. Primera: parece que los infieles no comparecerán al juicio, porque el que no cree ya está juzgado-, como se dice en Jn 3,18. Segunda: Algunos estarán allí como jueces. Os sentaréis, vosotros también, sobre doce tronos (Mt 19,28). Luego no todos estarán en el tribunal para ser juzgados.

Solución. Débese decir que en el juicio habrá dos cosas, a saber: enunciación de la sentencia y revisión de los méritos; y en cuanto a esto no todos serán juzgados, porque aquellos que totalmente renunciaron a Satanás y a sus pompas y que en todo se adhirieron a Cristo, no serán examinados porque ya son dioses. Y aquellos que en nada se adhirieron a Cristo, ni por la fe ni por las obras, de manera semejante no necesitan de ningún examen porque nada tienen en común con Cristo. Pero aquellos que algo tuvieron de común con Cristo, como es la fe, y en algo se apartaron de Cristo, por malas obras y perversos deseos, serán examinados sobre las cosas que contra Cristo hicieron. De aquí que en cuanto a esto, solamente los cristianos pecadores serán presentados ante el tribunal de Cristo. Además, en el juicio se pronunciará la sentencia, y en cuanto a esto todos comparecerán. Pero esto no tiene que ver con los niños, porque se dice: para que cada uno reciba en el cuerpo según lo bueno o lo malo que haya hecho; pero los niños nada obraron con el cuerpo; luego, etc. Pero en cuanto a esto dice bien la Glosa que no serán juzgados por cosas que hayan hecho por sí mismos, sino por las cosas que hicieron mediante otros, en cuanto que mediante ellos creyeron o no creyeron, fueron bautizados o no. O bien, que serán castigados por el pecado del primer Padre.

La segunda característica del juicio es su certeza. En el juicio de los hombres muchos pueden engañar, mientras que otros son juzgados como malos siendo buenos, y a la inversa. Y la razón de ello es que no se descubren los corazones; y en cambio en aquel juicio habrá una perfectísima certeza porque se descubrirán los corazones. Por lo cual dice: seamos descubiertos. No juzguéis nada antes de tiempo (1Co 4,5).

La tercera característica del juicio es su necesidad, porque ni por interpósita persona ni por contumacia podrá nadie huir del juicio aquel. Por lo cual dice: es necesario. Tened entendido que hay un juicio (Jb 19,29). Hará Dios dar cuenta en su juicio de todas las faltas, y de todo el bien y el mal que se habrá hecho (Ecles. 12,14).

La cuarta característica del juicio es su autoridad. Por lo cual dice: ante el tribunal de Cristo, de modo que El vendrá a juzgar a los hombres en la misma forma en que fue juzgado por los hombres, para que en su forma humana sea visto por los buenos y por los malos. Porque los malos no pueden ver la gloria de Dios. Le ha dado también el poder de juzgar, etc. (Jn 5,27). Ahora bien, la palabra tribunal quiere decir potestad judicial, y está tomada de la antigua costumbre de los Romanos, que eligieron tres tribunos de la plebe, a cuyo oficio correspondía el juzgar de los abusos de los cónsules y senadores, y sus despachos se llamaban tribunales.

La quinta característica del juicio es la equidad, porque según los propios méritos serán los premios o las penas. Por lo cual dice: para que cada uno reciba, etc. Dará a cada uno el pago según sus obras (Rm 2,6). Y dice que en el cuerpo, no sólo por las cosas que hizo por movimiento del cuerpo, sino por las que hizo con" la mente, pues de otra manera los infieles no serían castigados. Y por eso cuando dice en el cuerpo se debe entender que por las cosas que hizo mientras vivió en el cuerpo.

LECTIO 3: 2 Corintios 5,11-15

Dice que está solícito de la salud de los Corintios porque lo urge la caridad de Cristo.

11. Por tanto, conociendo el temor del Señor, tratamos de persuadir a los hombres, pues ante Dios estamos al descubierto, como espero que ante vuestras conciencias también estemos al descubierto.

12. No volvemos a recomendarnos ante vosotros; solamente queremos daros ocasión para estar orgullosos de nosotros y así tengáis cómo responder a los que se glorían de lo exterior y no de lo que está en él corazón.

13. Porque si hemos salido de nuestro juicio, ha sido en Dios; y si somos sobrios (sensatos), es por vosotros.

14. Porque el amor de Cristo nos apremia al pensar qué, si uno murió por todos, todos por tanto murieron.

15. Y murió por todos Cristo, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para Aquel que por ellos mismos murió y resucitó.

Habiendo mostrado de qué manera se preparan los santos para el premio de la gloria eterna, agradando a Dios, aquí enseña consiguientemente de qué modo se preparan para eso mismo sirviendo al prójimo, acerca de esto hace dos cosas. La primera, mostrar su solicitud por la salvación de los prójimos; la segunda, indicar la causa de tal solicitud: Porque el amor de\* Cristo, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. Primero indica el cuidado que tiene por la salud de sus prójimos persuadiéndolos; segundo, excluye una falsa suposición: No volvemos a recomendarnos, etc.; tercero, muestra que también en el modo de enseñar intenta el provecho de sus prójimos: Porque si hemos perdido el juicio, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero indica su cuidado por la utilidad del prójimo; segundo, lo explica: pues ante Dios, etc. Así es que dice: Digo que es ineludible el comparecer ante el tribunal, etc. Y tal consideración lleva a los hombres a temer el juicio. Por lo cual dice: Por tanto, conociendo el temor del Señor, esto es, cuan pura y limpiamente debe ser temido el Señor Jesucristo, tratamos de persuadir a los hombres para que teman y crean. Cuando pienso en El, me siento agitado de temor (Jb 23,15). ¿Quién no te temerá a Ti, oh rey de las naciones? (Jr m. 10,7). Al Señor de los ejércitos, a El glorificad (Isaías 8,13). Pero como alguien podría decir que no por recta conciencia sino por su conveniencia trataba de persuadir a las gentes, por un doble testimonio de Dios demuestra ser eso falso. Por lo cual dice: pues ante Dios estamos al descubierto, porque hablamos por temor de Dios. Porque Dios ve la intención de nuestro corazón. Perverso es el corazón del hombre e impenetrable, y ¿quién podrá conocerle? (Jerem. 17,9). Yo, el Señor, soy el que escudriño los corazones (Jr 17,10). Sabía El mismo lo que hay dentro de cada hombre (Jn 2,25). Y también por el testimonio de la conciencia de ellos mismos. Por lo cual dice: como espero que ante vuestras conciencias, etc. Y en verdad espero porque me he descubierto de tal manera que vosotros podáis saber que no sois aprobados, y estar de ello seguros firmemente si no lo confesáis de palabra. Alegando únicamente en abono nuestro para con todos aquellos que juzguen de nosotros según su conciencia (2Co 4,2).

En seguida, no fuesen a creer que esto lo decía el Apóstol para recomendarse a sí mismo, hace a un lado tan falsa suposición, diciendo: No volvemos a recomendarnos ante vosotros, o sea, no decimos esto en nuestra alabanza, como si de nuevo quisiéramos recomendarnos a nosotros mismos; porque arriba, en el capítulo 3, y también en 1Co 3, dijo algunas cosas recomendándose a sí mismo. Y por eso dice ahora: no volvemos, etc. Y más abajo (2Co 10,18): Pues no es aprobado el que se abona a sí mismo, etc. Pero esto lo decimos para provecho vuestro, como si dijera: Queremos daros ocasión

para estar orgullosos, o sea, materia de orgullo. Porque los pseudoapóstoles por arrogancia se gloriaban, diciendo que ellos habían sido instruidos por los Apóstoles, quienes a su vez lo habían sido por Cristo, o sea, por Pedro y Santiago, que eran las columnas de la fe, rebajando con esto al Apóstol por no haber estado con el Señor Jesús, y queriendo destruir su doctrina. Así es que para que también los Corintios tuviesen en qué gloriarse contra aquellos mismos pseudoapóstoles, es claro que por la gracia dada al Apóstol, y para que los refutaran y no fueran seducidos por ellos, por eso dice todo esto. Por lo cual agrega: y así tengáis cómo responderles, o sea, contra ellos, o bien para reprimirlos, qué podéis decirles. A ellos, digo, que se glorían de lo exterior y no de lo que está en el corazón. Lo cual de triple manera se explica así: se glorían de lo exterior, esto es, de las externas observancias legales, porque enseñaban que literalmente debían guardarse.

Y no en el corazón, o sea, en la virtud de Cristo, que está en el corazón por estar en las cosas espirituales, como el Apóstol, que por la virtud de la cruz de Cristo decía: A mí íbreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ps 6,14). Y también se glorían de lo exterior en cuanto a que se glorían de ser vistos por los hombres, como hacen los hipócritas, y no en el corazón, o sea, por el testimonio de la conciencia, como el Apóstol. Por lo cual dice: Porque toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, etc. (2Co 1,12). O también se glorían de lo exterior porque exteriormente aparentaban algo que sin embargo no sentían tal cual en el interior del corazón, pues decían haber sido adoctrinados por los Apóstoles y que seguían su doctrina, la cual sin embargo se esforzaban en destruir. Se esclarece por lo tanto de qué manera procuraba el Apóstol la salud del prójimo con su enseñanza.

Falta ver en seguida de qué manera procuraba su salud también por el modo de enseñarles. Por lo cual dice: Porque si hemos salido de nuestro juicio, etc.; lo cual se explica de dos maneras: de la primera, diciendo el Apóstol que pierde el juicio cuando les habla haciendo valer su propia sensatez; y conforme a esto, cuando habla recomendándose a sí mismo, dice: de cualquier modo que enseñemos, o bien es por el honor de Dios, o bien para provecho del prójimo; porque si hemos perdido el juicio, o sea, si nos recomendamos a nosotros mismos, es en Dios, o sea, en honor de Dios, o bien conservando el juicio de Dios; o por mejor decir, somos ponderados, o sea, que no decimos cosas excelsas de nosotros, en atención a vosotros, o sea, para vuestro provecho. O de otra manera, en su sentido más literal: Digo que os damos ocasión para estar orgullosos de nosotros, porque nosotros en todo lo que hacemos, y también en el modo de hacerlo, vuestro bien queremos. Por lo cual débese saber que los Apóstoles son medianeros entre Dios y el pueblo. Y yo estaba entonces entre Yavéh y vosotros (Deut. 5,5). Así es que era necesario que de Dios oyeran lo que debían volcar en el pueblo. Y por eso era necesario que a veces se elevaran por la contemplación en Dios para conocer las cosas celestiales, y a veces se adecuaban al pueblo para comunicarle lo que de Dios habían conocido, y todo esto redundaba en provecho de ellos. Y por eso dice: Porque si hemos salido de nuestro juicio, o sea, si nos elevamos para percibir los dones de las gracias, es para que en Dios nos unamos, lo cual se logra saliendo de las cosas temporales. Yo dije en mi transporte de ánimo (Ps. 115,2). Dice Dionisio: El éxtasis lo produce el amor divino. Y si somos sobrios, o sea, si nos ajustamos a vosotros, comunicándoos los preceptos divinos, es por vosotros, o sea, para vuestro provecho. Porque la sobriedad viene a ser lo mismo que la adecuación. Porque *bria* en griego es lo mismo que medida. Esta sobriedad o sensatez no es en oposición a la ebriedad que se debe al vino, la cual arrastra a las contiendas de la tierra, sino que se dice en oposición a la embriaguez que viene del Espíritu Santo, la cual rapta al hombre para las cosas divinas, y de la que se dice en el Cantar de los Cantares 5,1: Bebed, amigos, y embriagaos, carísimos. Pues bien, aquella sensatez y sobriedad es para provecho del prójimo, y esta ebriedad es por el amor de Dios. Y tal descenso está significado por el descenso de los ángeles que vio Jacob (Gen. 28,12). Y leemos en Jn 1,51: Veréis abierto el cielo, etc.

En seguida, cuando dice: Porque el amor de Cristo, etc., agrega el Apóstol la causa de la antedicha solicitud, la cual es la caridad de Cristo. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero muestra que lo apremia la caridad de Cristo para procurar la salud de los prójimos; segundo, muestra de dónde proviene en él mismo la caridad de Cristo: al pensar que, etc. Así es que dice: Digo que ora seamos arrebatados en Dios, ora estemos en nuestro juicio con vosotros, es para vuestro provecho. Y la causa de ello es que la caridad de Cristo nos apremia a ello. Y dice nos apremia, porque apremiar es lo mismo que punzar; como si dijera: la Caridad de Cristo como un aguijón nos agujonea para hacer todo aquello que manda la caridad, es claro que para procurar la salud de los prójimos. Aquí está el efecto de la caridad. Los que se rigen por el espíritu de Dios, esto es, los que obran por él, esos son hijos de Dios (Rm 8,14). Antorchas de fuego sus antorchas (Cant. 8,6). Y de dónde provenga tal aguijón de la caridad lo indica en seguida diciendo: Al pensar que, si uno murió por todos, etc. Y primero da la razón de ello; luego, la explica: Y murió por todos Cristo, etc. Así es que dice: Digo que todo lo que hacemos es por vosotros, porque nos agujonea la caridad de Cristo, porque pensamos que si uno, es claro que Cristo, murió por todos, también vemos que de tal manera debemos vivir, esto es, para vuestro provecho, que también nosotros estamos muertos, o sea, que en nada nos ocupemos de nosotros mismos, sino de Cristo y de las cosas que son de Cristo. Y esto lo dice así: Si uno. Lo que hace brillar más la caridad de Cristo para con nosotros, etc. (Rm 5,8). Cristo padeció por nosotros (1P 2,21). Lo que por lo tanto se infiere: luego todos por tanto murieron se explica de tres modos. El primero para que diga: Todos murieron con la muerte del pecado en Adán. Porque no fuera necesario que Cristo muriese por todos si no hubiesen muerto todos con la muerte del pecado de Adán. Y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados (1Co 15,22). El segundo para que diga: Todos murieron a la antigua vida. Porque Cristo murió para destruir el pecado. Luego todos deben morir a la antigua vida, o sea, a la vida del pecado, y vivir con la vida de la justicia (Su muerte fue un morir al pecado: Rm 6,10); y así también vosotros consideraos muertos, etc. El tercero y más literalmente: Luego todos murieron, esto es, de tal manera debe cada quien considerarse como si estuviese muerto a sí mismo. Porque muertos estáis ya (Colos. 3,3). Y este modo lo explica en seguida diciendo: Y murió por todos Cristo (Murió para que vivamos en Cristo: 1 Jn 2). Por lo cual agrega: para que los que viven, con vida natural, ya no vivan para sí, o sea, ya no por sí mismos y para su solo bien, sino para Aquel que por ellos mismos murió y resucitó, es claro que para Cristo, o sea, de manera que toda su vida la ordenen para el servicio y el honor de Cristo. Y yo vivo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí (Gal. 2,20). No te olvides del beneficio que te ha hecho tu fiador, pues ha expuesto por ti su vida (Eccli. 29,20). Y la razón de ello es que al obrar cada quien toma la regla de su obrar del fin que persigue. De aquí que si Cristo es el fin de nuestra vida, debemos regir nuestra vida no conforme a nuestra voluntad sino según la voluntad de Cristo. Porque así también decía Cristo-(Jn 6,38). He descendido del cielo no para hacer mi voluntad sino la voluntad de Aquel que me ha enviado. Observemos que dice dos cosas, a saber: que Cristo murió y que resucitó por nosotros; y de aquí que sean dos las cosas que se nos exigen. Porque por haber muerto por nosotros también nosotros debemos morir a nosotros mismos, o sea, que por El mismo debemos negarnos a nosotros mismos. Por lo cual decía (Luc. 9,23): Si alguno quiere venir en pos de Mí, renúnciese a sí mismo, y lleve su cruz cada día, y sígame. Lo cual es lo mismo que si dijera: mueran a sí mismos. Por haber en verdad resucitado Cristo por nosotros, nosotros, por nuestra parte, de tal manera debemos morir al pecado, y a la antigua vida y a nosotros mismos que al fin resucitemos a la nueva vida de Cristo. Así como Cristo resucitó de entre los muertos para gloria dei Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida (Rm 6,4). Por lo cual no únicamente dijo el Señor: Nieguése a sí mismo y tome su cruz, sino que agregó: y sígame, en novedad de vida, adelantando en las virtudes. Caminarán de virtud en virtud (Ps. 83,8).

(+2Co 5,16-17)

#### LECTIO 4: 2 Corintios 5,16-17

Como preparación para la gloria pone la renuncia de los afectos carnales.

16. Así que por esta razón ya no conocemos a nadie según la carne. Y si conocimos según la carne a Cristo, ya no lo conocemos así.

17. Por tanto el que está en Cristo es una nueva creatura; pasó lo viejo, y he aquí que todo viene a ser nuevo.

Habiendo indicado de qué modo se preparan los santos para gozar de la vida celestial, agradando a Dios, y aprovechando al prójimo, en seguida muestra aquí de qué manera se preparan para esto mismo, renunciando en sí mismos a todo carnal afecto. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, indicar la renuncia del afecto carnal; la segunda, excluir lo que acaba de pasar: Y si conocimos, etc.; la tercera, concluir con su tesis: Por tanto el que está en Cristo, etc. Así es que primero dice: Por el hecho de estar ciertos por Dios de la gloria eterna, por eso mismo ya no conocemos a nadie según la carne. Donde se observa que según la carne es cierta determinación, que de dos maneras se puede explicar, según la construcción, que de dos maneras puede hacerse.

De una, construyéndose el según la carne con el a nadie en acusativo, y así lo explica la Glosa: A nadie según la carne, o sea, que viva carnalmente, lo aprobamos. Porque por la razón de que cada quien debe morir, no aprobamos el que carnalmente viva. Y de este modo se toma carne en Romanos 8,9: Pero vosotros no vivís según la carne, etc. Y del otro modo: A nadie conocemos según la carne, o sea, que viva según las carnales observancias de la ley, o sea, no lo aprobamos. Y de esta manera se entiende carne en Filipenses 3: Los que confían en la carne,\* o sea, en las observancias carnales de la ley, etc. Tercero: A nadie según la carne, o sea, según la corrupción de la carne lo conocemos, o sea, no lo consideramos así. Porque aun cuando los fieles todavía están en carne corruptible, sin embargo en esperanza tienen ya un cuerpo incorruptible. De aquí que no se consideran a sí mismos en cuanto que ahora tienen una carne corruptible, sino en cuanto que llegarán a tener un cuerpo incorruptible. En este sentido se toma la palabra carne en 1Co. 15,50: La carne y la sangre no pueden heredar el reino de los cielos. De otra manera se puede construir para que el según la carne se construya con el verbo conocemos. Y este es el sentido. Digo que por el hecho de que no debemos vivir para nosotros sino para Aquel que por nosotros murió, consiguientemente por esto mismo a nadie conocemos según la carne, esto es, no buscamos en nadie un afecto carnal, ni a nadie lo consideramos de esta manera. Y de este modo se toma aquello del Deuteronomio 32,9: El que dijere a su padre y a su madre: no os conozco, etc. Y así el según la carne se refiere al cognoscente; y en cambio en la primera exposición se refería al conocido. Y como ciertamente podría alguien dar constancia de Cristo, por haberlo conocido al menos según la carne, consiguientemente esto lo excluye diciendo: Y si lo conocimos según la carne, etc.

Acerca de esto es de saberse que Maniqueo aducía, estas palabras por sí mismo en apoyo de su error. Porque decía que Cristo no tuvo verdadero cuerpo ni nació de la estirpe de David. Y así dice Agustín en el libro contra Fausto: Si alguien esgrimía contra él las palabras del Apóstol: Acerca de su Hijo, nacido del linaje de David según la carne (Rm 1,3); y esto otro: Y sin duda alguna grande es el misterio de la piedad que se ha manifestado en la carne (1Tm 3,16), y también: Acuérdate de Jesucristo resucitado de entre los muertos, de la estirpe de David, etc. (2 Tim. 2,8), respondía que alguna vez el Apóstol fue de esta opinión, que Cristo fuese de la estirpe de David y que tenía un verdadero cuerpo, pero que después cambió su opinión y se corrigió en esto. Por lo cual decía: Y si conocimos según la carne a Cristo, o sea, si alguna vez fuimos de esta opinión, la de que Cristo



tuviera verdadera carne, pero ahora ya no lo conocemos, o sea, que ahora dejamos esa opinión y no creemos así.

Lo cual doblemente condena Agustín. Primero porque de lo que juzgamos falso no decimos: conocimos, sino: opinamos. Así es que como aquí usa el Apóstol esta palabra: conocimos, es claro que ninguna vez lo consideró falso. Segundo porque arriba dijo el Apóstol: No conocemos a nadie según la carne. Luego si fuese verdad lo que dice Maniqueo, el Apóstol de ninguno conocería tener verdadero cuerpo, lo cual es falso. Luego es falso lo que dice Maniqueo. Y por eso débese exponer esto de otra manera según la verdad, y de doble manera. La primera, tomándose aquí carne por corrupción de la carne. La carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios (1Co 15,50). Y entonces es este el sentido: Y si conocimos alguna vez a Cristo según la carne, esto es, tener El carne corruptible antes de la pasión, pero ahora ya no lo conocemos así, o sea, que tenga El carne corruptible, porque en Romanos 6,9 se dice: Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez, etc.

De la otra manera según la Glosa, para que el: Si alguna vez conocimos según la carne a Cristo, se refiera al estado de Pablo antes de la conversión a Cristo; y lo que sigue: pero ahora ya no lo conocemos así se refiera a su estado después de su conversión. Y así este es el sentido: Tanto yo como los demás judíos infieles una vez, esto es, antes de mi conversión, conocimos a Cristo según la carne, o sea, por haber pensado carnalmente acerca de Cristo, a saber, que tan sólo era hombre, y que vino únicamente para las observancias carnales de la ley; pero ya, o sea, después de haberme convertido, no conocemos, esto es, cesó esa opinión, y aun creo que es verdadero Dios, y que no es adorado por medio de las observancias legales. Por lo cual decía: si os hacéis circuncidar, Cristo de nada os aprovechará (Gal. 5,2). Se puede exponer también de otra manera, para que el Y si conocimos, etc. lo diga el Apóstol en lugar de todos los Apóstoles de Cristo; y parece que así corresponde a su última exposición, que dice: No conocemos a nadie. Por lo cual débese saber que Agustín, explicando aquello de Juan-16,7: Os conviene que Yo me vaya, donde se agrega la razón que de ello da el Señor: porque si Yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros, dice: que esto era porque amando los discípulos carnalmente a Cristo se le aficionaban como un hombre carnal a un amigo carnal, y así no podían elevarse a la dilección, espiritual, que aun por el ausente hace padecer muchas cosas. Así es que para que eche raíces en ellos el afecto espiritual, que proviene del Espíritu Santo, y cesara el carnal, les dijo el Señor: La paz sea con vosotros, etc. Pues bien, conmemorando esto el Apóstol en representación de todos los discípulos, dijo: Y si conocimos, o sea, si alguna vez nos adherimos a Cristo, es claro que cuando nos era conocido en su presencia corporal, según la carne, conforme al afecto carnal, ya no lo conocemos, o sea, cesó ya este afecto en nosotros gracias al Espíritu Santo que se nos ha dado.

En seguida cuando dice: Por tanto el que está en Cristo, etc., de las premisas concluye que se sigue cierto efecto, a saber, de novedad en el mundo; y por eso dice: por tanto, el que está, o sea, si alguien está en Cristo, o sea, en la fe de Cristo, o bien por Cristo, una nueva creatura ha sido hecha. En Cristo Jesús ni el prepucio ni la circuncisión, efe. (Gal. 5,6). Donde débese observar que a la renovación por la gracia se le llama creatura. Porque la creación es el movimiento de la nada al ser. Y es doble el ser, a saber, el ser de naturaleza y el ser de gracia. La primera creación fue hecha cuando de la nada fueron producidas las creaturas por Dios en el ser de naturaleza, y entonces era nueva la creatura, pero por el pecado se hace vieja. Ha hecho envejecer mi piel y mi carne, etc. (Trenos 3,4). Así es que hubo necesidad de una nueva creación, por la cual se producirían en el ser de la gracia, la cual creación es ciertamente de la nada, porque quienes carecen de la gracia no son nada. Aunque conociera todos los misterios, etc., si no tengo caridad, etc. (1Co 13,2). Sus compañeros vendrán a morar en su habitación luego que ya no exista (Jb 18,15) por el pecado. Dice Agustín: Porque el pecado es lanada, y en la nada obran los hombres cuando pecan. Y así es paterfté que la infusión de la gracia es cierta creación. Así es que si alguna creatura fue hecha nueva por El

mismo, las viejas dejaron de ser para El. Esto está tomado del Levítico 26,10: Arrojaréis los añejos por la superabundancia de los nuevos. Basándose en esto se argumenta así: Si todas las cosas se han hecho nuevas, y según la ley al presentarse las cosas nuevas débense arrojar las viejas, luego si hay alguna creatura, pasó lo viejo para ella, o sea, deben ser desechadas por ella; y las cosas viejas que se deben arrojar son las observancias legales. Sirvamos con un espíritu nuevo y no con la letra vieja (Rm 7,6). También los errores de los gentiles. Ya se ha disipado el antiguo error (Is 26,3). También las corrupciones del pecado. Sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él (Rm 6,6). Siendo estas cosas desechadas de nosotros, en nosotros mismos s\*e deben innovar las virtudes contrarias a esos vicios. Y dijo el que está sentado en el trono: Mira que todo lo hago nuevo (Ap 21,5).

## 22

(+2Co 5,18-21 )

### LECTIO 5: 2 Corintios 5,18-21

Hace ver que todo procede de Dios y por su favor se hace, y deben los Apóstoles cumplir como embajadores de Cristo.

18. Y todas las cosas proceden de Dios, él cual nos ha reconciliado consigo por medio de Cristo, y a nosotros nos ha dado el ministerio de la reconciliación.

19. Porque Dios era el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo, no imputándoles a ellos sus delitos, y depositó en nosotros la palabra de la reconciliación.

20. Fungimos, pues, como embajadores en lugar de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros. En nombre de Cristo os suplicamos: reconciliaos con Dios.

21. A El que no conoció pecado, por nosotros le hizo pecado, para que nosotros viniésemos a ser justicia de Dios en El.

Habiendo antes tratado el Apóstol sobre el premio de los Santos, y de la preparación para recibirlo, aquí consiguientemente trata de la causa de una y otra cosa. Y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero muestra que el autor de todas las cosas predichas es Dios; segundo, conmemora el beneficio recibido de Cristo: Que nos ha reconciliado, etc.; tercero, el uso del beneficio: como embajadores en lugar de Cristo.

Así es que dice: Dije que deseamos la salvación de los prójimos y que lo viejo ya pasó, pero todas estas cosas proceden de Dios Padre, o de Dios como autor. De El, y en El y por El son todas las cosas (Rm 1 1,36). Toda dádiva preciosa y todo don perfecto de arriba vienen (Sant. 1,17). Se sigue el beneficio recibido de Dios: El cual nos ha reconciliado, etc. Aquí primero expresa el propio beneficio recibido; luego, lo explica: Porque Dios era, etc. Pues bien, conmemora el doble beneficio recibido por Cristo: el uno común, y el otro especial. Común, ciertamente, a todo el mundo, el de la reconciliación con Dios, y esto lo dice así: El cual, es claro que Dios Padre, ha reconciliado, o sea, nos puso en paz a nosotros consigo, y esto por medio de Cristo, o sea, por el Verbo Encarnado. Porque los hombres eran enemigos de Dios por el pecado, y Cristo quitó de en medio esta enemistad, satisfaciendo por el pecado. E hizo la concordia. Y por medio de El reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de ía tierra como las del cielo, haciendo la paz mediante la sangre de la cruz (Colos. 1,20). Y por eso dice: por medio de Cristo. Hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rm 5,10). Y un especial beneficio se les ha concedido a los Apóstoles: el hacerlos ministros de su reconciliación. Por lo cual dice:

Y a nosotros nos ha dado, a los Apóstoles, a los Vicarios de Cristo, el ministerio de esta reconciliación. Arriba dijo: Y Dios es el que nos ha hecho idóneos para ser ministros del Nuevo Testamento (2Co 3,6).

Y el Salmo 71,3: Reciban los montes, o sea, los Apóstoles, la paz para el pueblo, es claro que en el Señor.

En seguida cuando dice: Porque, etc., explica lo que dijo: Primero lo primero; luego, lo segundo: depositó en nosotros, etc. Así es que dice: Digo que Dios nos reconcilió consigo, y de este modo: porque las enemistades entre Dios y el hombre eran por el pecado, como está dicho, según aquello de Is 59,2: Vuestras iniquidades han puesto división entre vosotros y vuestro Dios, etc. Y destruido ya el pecado por la muerte de Cristo, las enemistades han desaparecido. Y esto lo dice así: Porque Dios era el que reconciliaba consigo al mundo en Cristo: Dios en Cristo por la unidad de esencia (Yo estoy en el Padre y el Padre está en Mí: Jn 14,10,11). O bien Dios estaba en Cristo por Cristo, reconciliando consigo al mundo (Fuimos reconciliados en Dios por la muerte de su Hijo: Rm 5,10). Y esto, no imputándoles a ellos sus delitos, esto es, no recordando los delitos de ellos, ni los actuales ni el original, para castigarlos, por haber satisfecho Cristo por ellos plenamente. Y conforme a esto se dice que nos reconcilió consigo, en cuanto que no nos imputa nuestros delitos. Dichoso el hombre a quien el Señor no le imputa pecado (Ps. 31,2).

En seguida, cuando dice: Y depositó en nosotros,

etc., explica lo segundo, o sea, el beneficio concedido a los Apóstoles, como si dijera: De tal manera nos dio el ministerio de reconciliación, que puso en nosotros la palabra de la reconciliación, esto es, nos dio la facultad, e inspiró en nuestros corazones, para que anunciemos al mundo que esta reconciliación es hecha por Cristo. Y haciendo esto inducimos a los hombres para que se conformen a Cristo por el bautismo. Mira que yo pongo mis palabras en tu boca (Jerem. 1,9).

En seguida, cuando dice: Fungimos, pues, como embajadores en lugar de Cristo muestra el uso del beneficio. Y primero en cuanto al segundo beneficio concedido a los Apóstoles; luego, en cuanto al primero concedido a todos: En nombre de Cristo os suplicamos, etc. Así es que dice: Por haber depositado Dios en nosotros la palabra de la reconciliación debemos usar de ella. Así es que por esto fungimos como embajadores en lugar de Cristo, o sea, como legados de Cristo. Del cual soy embajador estando entre cadenas (Ep 6,20). Y la idoneidad para tal legación la tenemos por la virtud de Dios, la cual está en mí. Y por eso dice: Como si Dios exhortara por medio de nosotros, porque Dios, que habla en nosotros, nos da la idoneidad para tal legación. No sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre, el cual habla por vosotros (Mt 10,20). ¿O queréis hacer prueba de Cristo que habla por mi boca? (2Co 13,3).

En seguida, cuando dice: Os suplicamos, etc. agrega lo relativo al uso del primer beneficio. Y primero indica el uso; luego, muestra de dónde nos viene la facilidad de tal uso: A El que no conoció pecado, etc. Así es que dice: Por haber hecho Dios la reconciliación, nosotros somos legados de Dios para suplicaros,.. etc. Habla con blandura pudiendo ordenar. Le dice a Timoteo (2Tm 4,2): Reprende, ruega, exhorta. Y a Fiemón (I,8): No obstante la libertad que pudiese yo tomarme para mandarte una cosa que es de tu obligación, etc. Os suplicamos, digo, en nombre de Cristo, o sea, por el amor de Cristo: reconciliaos con Dios.

Objeción. Pero parece ser esto contrario a lo que dijo: que Dios nos reconcilió consigo. Porque si El mismo nos reconcilió ¿qué necesidad hay de que nosotros nos reconciliemos? Puesto que ya estamos reconciliados.

Respuesta. A esto hay que decir que Dios nos reconcilió consigo como causa eficiente, esto es, por su parte; pero para que nos sea meritoria es necesario también que se haga la reconciliación por nuestra parte. Y esto ciertamente se realiza en el bautismo y en la penitencia, y entonces desistimos de los pecados. De aquí que el estar en nosotros tal facultad de reconciliarnos con Dios lo muestra por el hecho mismo de que nos dio el poder de vivir justamente, poder con el cual podemos abstenernos de los pecados, y obrando así nos reconciliamos con Dios. Y por eso dice: A El que no conoció pecado, etc. Como si dijera: Bien podéis reconciliar porque Dios, a saber, el Padre, a El, o sea, a Cristo, que no conoció pecado (Que no cometió pecado alguno: 1 Pedro 2,22; ¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?: Jn 8,46), por nosotros lo hizo pecado. Lo cual se explica de tres maneras.

La primera, porque según la costumbre del Antiguo Testamento al sacrificio por el pecado se le llama pecado. Comen los pecados de mi pueblo (Os. 4,8), esto es, las oblações por los pecados. Y entonces el sentido es éste: Lo hizo pecado, esto es, hostia, o bien sacrificio por el pecado. De otro modo, porque pecado se toma a veces por semejanza del pecado, o bien por pena del pecado. Envió Dios a su Hijo en semejanza de pecado (Rm 8,8), o sea, que en semejanza de pecado condenó al pecado. Y entonces el sentido es éste: Lo hizo pecado, esto es, hizo que El asumiera la carne mortal y pasible. De un tercer modo, porque a veces se dice que una cosa es esto o lo otro, no porque lo sea, sino porque los hombres opinan que así es. Y entonces el sentido es éste: Lo hizo pecado, esto es, hizo que se le tomara por pecador. Ha sido confundido con los facinerosos (Is 53,12). Y esto lo hizo así para que nosotros viniésemos a ser justicia, esto

es, para que nosotros, que somos pecadores, no sólo nos hagamos justos sino aún más: la misma justicia, o sea, para que seamos justificados por Dios; o bien la justicia, porque no sólo nos justificó sino que también quiso que por nosotros otros fueran justificados. Digo que por la justicia de Dios, no justicia nuestra. Y en Cristo, o sea, por Cristo, o bien de otra manera, de modo que el mismo Cristo se llame justicia. Y entonces el sentido es éste: Para que nosotros seamos hechos justicia, esto es, para que nos adhiramos a Cristo por amor y fe, porque Cristo es la propia justicia. Y dice de Dios para excluir la justicia del hombre, por la cual el hombre confía en sus propios méritos. No conociendo la justicia de Dios, y esforzándose por establecer la suya propia, etc. (Rm 10,3). En El, en Cristo, esto es, por Cristo, porque El mismo se hizo justicia para nosotros (1Co 1,30).

## Capítulo 6

**23**

(+2Co 6,1-5)

### LECTIO 1: 2 Corintios 6,1-5

Exhorta a los ministros de Cristo tanto a las virtudes interiores como a las exteriores, no sea que el ministerio del apostolado se dé a los gentiles para ludibrio, sino que para cada uno sean un modelo de todas las virtudes, como conviene a los dispensadores de los ministerios de Dios.

1. Y así nosotros, como cooperadores, os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios.
2. Pues El mismo dice: En el tiempo oportuno te oí, y en el día de la salvación te di auxilio. He aquí ahora el tiempo favorable, he aquí ahora el tiempo de la salvación.
3. A nadie le damos ningún escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio.
4. Antes bien en todas las cosas presentémonos a nosotros mismos como ministros de Dios, con mucha paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias,
5. En azotes, en cárceles, en sediciones, en fatigas, en desvelos, en ayunos.

Habiendo exaltado arriba el Apóstol el ministerio del Apostolado, aquí consiguientemente ese mismo ministerio a él encomendado lo sujeta al provecho de los subditos. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, exhortarlos en general a todas aquellas cosas que comúnmente son necesarias para llevar una vida buena; la segunda, exhortarlos a un especial auxilio que se les debe dar a los santos de Jerusalén, y esto lo hace en el capítulo VIII,1: Ahora os hago saber, hermanos, etc. Y acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, exhortarlos a obrar bien en el tiempo presente; la segunda, hacerles valer los bienes hechos en el pasado, y esto en el capítulo VII,1: Teniendo, pues, carísimos, tales promesas, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, exhortarlos en general a que las gracias de Dios no se usen en vano; la segunda, mostrarles que se les ha dado a ellos la gracia de Dios: Pues El mismo dice: en el tiempo oportuno, etc.; la tercera, enseñarles en especial la manera de usar de la dicha gracia: A nadie le demos ningún escándalo, etc. Así es que primero dice: Por haber en nosotros la facultad de obrar para el bien, y en esto consiste la gracia de Dios, nosotros para esto fungimos en el lugar de Cristo; por eso, como cooperadores, nosotros, en las predicaciones, con ejemplos y exhortaciones. El hermano que es ayudado del hermano es como una plaza fuerte (Pr 18,19). O bien, como cooperadores, es claro que de Dios. Coadjutores de Dios somos (1Co 3,9).

Objeción. En contra dice Is 40,13: ¿Quién ayudó al espíritu del Señor?, etc. Así es que no esta bien decir cooperadores de Dios.

Respuesta. Por ayudar a Dios se puede entender o bien darle fuerzas para hacer algo, y de esta manera nadie le ayuda a Dios ni puede ayudarle; o bien mantener y explicar sus preceptos, y de esta manera se" dice que los hombres santos le ayudan a Dios explicando sus mandatos. Nosotros, digo, como cooperadores, os exhortamos (El que ha recibido el don de exhortar, exhorte: Rm 12,8). Y os exhortamos precisamente a no recibir en vano la gracia de Dios; como si dijera: Que la recepción de la gracia no sea en vosotros inútil y vana. Lo cual ocurre cuando habiendo recibido la gracia no se sigue ningún fruto. Porque el fruto es doble, a saber, la remisión de los pecados. Y ese será todo su fruto, que sea borrado su pecado (Is 27,9). Y que por vivir justamente alcance el hombre la gloria celestial. Cogéis por fruto vuestro la santificación, y por fin la vida eterna (Rm 6,22). Así es que quien habiendo recibido la gracia no la aproveche para evitar los pecados y para conseguir la vida eterna, en vano ha recibido la gracia de Dios. No he corrido en balde, etc. (Ph. 2,16). Y para que nadie dudara de la recepción de esta gracia por Dios, en seguida prueba el Apóstol que ya la recibieron ellos o bien que tienen la preparación para recibirla, diciendo: Pues El mismo dice: En el tiempo, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero presenta la autoridad del profeta; luego, la aplica a su propósito: he aquí ahora el tiempo, etc. Así es que primero dice: Digo que os preparéis a recibir fructuosamente la gracia que os es dada o preparada. Porque dice el Señor por Is : En el tiempo de mi beneplácito, etc. (49,8).

Acerca de lo cual débese saber que el Señor dice que nos hace la gracia o bien de oírnos en nuestras peticiones, o bien de ayudarnos en nuestras acciones; pero de todas maneras nos oye para que recibamos lo que pedimos. Mas si a alguno de vosotros le falta sabiduría, pídasela a Dios, etc. (Sant. 1,5). Ayuda para que hagamos bien lo que hacemos. Dice el Salmo 93,17: Si el Señor no me hubiese socorrido, etc. Y esta es una doble gracia, preveniente y cooperante, o bien subsecuente, la que debemos desear para serle aceptos a Dios. En vista de esto orará a Ti todo hombre santo (Ps. 31,6). Y en cuanto a esto dice el Apóstol: en el tiempo oportuno, esto es, de recibirla y de hacerse grato; porque fue oportuno este tiempo que fue gratuito. Bienaventurado el hombre a quien Dios imputa la justicia independientemente de las obras (Rm 4,6). - Te oí, esto es, te acepté. O bien, en el tiempo oportuno, esto es, en el tiempo de la gracia. Y de esta manera se llama gracia preveniente aquella por la cual somos liberados de los pecados. Y gracia subsecuente se llama aquella por la que se nos confieren las virtudes por la perseverancia en el bien. Nos es necesaria también la gracia

cooperante; y ésta la pedía el Salmista (22,6): Y me seguirá su misericordia todos los días de mi vida. Y en cuanto a esto dice: en el día de la salvación te di auxilio. Porque el tiempo anterior a Cristo no fue día sino noche. La noche está ya muy avanzada y va a llegar el día (Rm 13, i2). En cambio, al tiempo de Cristo se le llama día, y no sólo día sino día de salud. Porque antes no había salvación, porque nadie alcanzaba el fin de la salud, o sea, la visión de Dios, sino que ahora, habiendo ya nacido la salud en el mundo, alcanzan los hombres la salvación. Le pondrás por nombre Jesús. Pues El es el que ha de salvar a su pueblo (Mt 1,21). Y esto se hace con el auxilio de la gracia cooperante, con la cual por nuestras obras alcanzamos la vida eterna. Pues Dios es el que obra en vosotros por su buena voluntad no sólo el querer sino el ejecutar (Ph. 2,13).

En seguida aplica a su propósito la autoridad invocada, diciendo: He aquí ahora, etc.; como si dijera: Lo que dijo el Señor acerca del tiempo de la gracia por medio del profeta se realiza ahora, porque he aquí ahora el tiempo favorable, o sea, de la benevolencia, por la cual somos escuchados por Dios, porque ya llegó la plenitud de los tiempos, o sea, el de la encarnación de Cristo (Galat. 4,4). Y esto en cuanto a la primera parte de la autoridad del Salmo 68,14. Tiempo de serle grato a Dios. - He aquí ahora el tiempo de la salvación, en el cual auxiliados por la gracia cooperante podemos obrar para obtener la salvación eterna. Conviene que Yo haga las obras de Aquel que me ha enviado, etc. (Jn 9,4). Mientras tenemos tiempo, etc. (Galat. 6,10).

En seguida, cuando dice: A nadie le demos ningún escándalo, enseña el modo de usar la gracia a ellos concedida. Y primero en general de qué manera no se recibe en vano; luego, en especial: con mucha paciencia, etc. Así es que dice: La gracia se debe usar de manera que a nadie le demos ningún escándalo. Porque la gracia se da para dos cosas, a saber, para evitar el mal y para obrar el bien. Y por lo mismo son dos cosas las que enseña el Apóstol para que evitemos los males, y en cuanto a esto dice: A nadie le demos, etc. Lo cual se puede explicar de dos maneras. De una primera, refiriéndose a los Apóstoles, como si dijera: Nosotros, que somos cooperadores, os exhortamos. Nosotros, digo, que a nadie le damos ningún escándalo, porque si por vivir mal escandalizáramos a algunos, nuestro ministerio sería vituperado y se despreciaría nuestra predicación. Por vuestra culpa es blasfemado el nombre de Dios (Rm 2,24). Dice Gregorio: Aquel cuya vida es despreciada asegura el desprecio de su predicación. De aquí que el público y notorio pecador debe evitar el predicar mientras peque. Pero al pecador le dijo Dios: ¿Cómo tú te metes a hablar de mis mandamientos y tomas en tu boca mi alianza? (Ps. 49,16). Y del otro modo, refiriéndose a los subditos, como si dijera: Os exhortamos a no recibir en vano, etc. Os digo que a nadie le demos ningún escándalo, o sea, que no se haga nada por lo que los demás se escandalicen. No deis escándalo, o sea, que no se haga nada por lo que los demás se escandalicen. No deis escándalo ni a judíos ni a griegos (1Co 10,32). No se debe poner tropiezo o escándalo al hermano (Rm 14,13). Y la razón de ello es que no sea vituperado, o sea, que tan irrepreensiblemente os portéis que nuestro ministerio, nuestro Apostolado, no sea vituperado. Porque cuando los subditos se portan mal el vituperio es para los preladados. Llevando una vida ajustada entre los gentiles, etc. (1P 2,12). O bien,, para que no sea vituperado en general el ministerio, por el que tanto vosotros como nosotros somos ministros de Dios. Nosotros, digo, somos ministros de Dios para cumplir su voluntad en nosotros y en los demás. Y vosotros lo sois tan sólo para cumplir su voluntad en vosotros mismos. Vosotros seréis llamados sacerdotes del Señor (Is 61,6).

En seguida, cuando dice: Antes bien, en todas las cosas presentémonos, etc., les enseña el modo de usar de la gracia obtenida en cuanto al bien que se debe obrar. Así es que dice: A nadie le demos ningún escándalo, sino que presentémonos nosotros y vosotros en todas las cosas que en obras y en palabras pertenecen a las virtudes, tales como deben ser los ministros de Dios, para que nos conformemos a Dios haciendo su voluntad. Cual es el juez del pueblo tales soa sus ministros (Eccl. 10,2). A nosotros nos ha de considerar el hombre como ministros de Cristo (1Co 4,1).

En seguida, cuando dice: con mucha paciencia, etc., muestra en especial de qué modo debemos presentarnos como ministros de Dios en el uso de la gracia recibida. Y esto en cuanto a tres cosas. La primera en cuanto a la obra externa; la segunda en cuanto a la mayor consagración: Mi boca se abre, etc. (2Co 6,1 1); la tercera en cuanto a evitar a los infieles: No queráis llevar el yugo con los infieles (2Co 6,14). Acerca de lo primero hace tres cosas, según las tres en que consiste la obra externa. Porque primero consiste en el paciente sufrimiento de los males, y en cuanto a esto dice: con mucha paciencia, etc. Segundo, en obrar el bien; y en cuanto a esto dice: con pureza, etc. Tercero, en la mutua cooperación de los buenos frente a los males, y en cuanto a esto dice: con las armas de la Justicia, etc. Es, pues, necesaria la virtud de la paciencia para soportar los males. Por lo cual dice: con mucha paciencia, etc. En lo cual hace tres cosas. Primero aconseja la paciencia. Y esto porque en el Salmo 91,15-16 se lee: Y cabal paciencia tendrán para que prediquen. Y en cuanto a esto dice: con mucha paciencia. - La doctrina del hombre se conoce por la paciencia (Pr 19,2). Mediante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas (Lc 21,19). Dice que con mucha, por las muchas tribulaciones que se presentan. Lo segundo que muestra es la materia de la paciencia en general, y esto doblemente: en el sorpresivo asalto de los males, por lo cual dice: en las tribulaciones (Sed pacientes en la tribulación: Rm 12,12; Es preciso pasar por medio de muchas tribulaciones: Hechos 14,21); y en la carencia de las cosas necesarias, por lo cual dice: en las necesidades, es claro que de las cosas necesarias para la vida. Las tribulaciones de mi corazón se han multiplicado (Ps. 24,17). Lo tercero que enseña es la materia de la paciencia en especial. Y primero en aquellas cosas que corresponden a las tribulaciones que son voluntarias, y esto en cuanto a las tribulaciones que tocan al alma, y así dice: en las angustias, se entiende que del corazón, cuando de tal manera se es asaltado por las adversidades que no se vea por dónde evadirse. Desamparados, angustiados, maltrata" dos, etc. (Hebr. 1 1,37). También en cuanto a las tribulaciones que se sufren en el cuerpo, y así dice: en azotes recibidos de otros, y en cárceles. Y después de haberles dado muchos azotes los metieron en la cárcel (Ac 16,23). En muchísimos más trabajos, más en las cárceles, en azotes sin medida, etc. (2Co 1 1,23). - En sediciones, es claro que de todo el pueblo exaltado. Estamos a riesgo de que se nos acuse de sediciosos por lo de este día, etc. (Ac 19,40). Lo segundo en las cosas que pertenecen a las necesidades. Ahora bien, la necesidad a veces es voluntaria. Y así dice: en fatigas, trabajando con sus propias manos entre los Corintios, que eran avaros, para no gravarlos con los gastos; y entre los Tesalonicenses, porque eran ociosos, para darles ejemplo de laboriosidad. Cuanto ha. sido menester para mí, y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos (Ac 20,34). - En desvelos, por las predicaciones. En muchas vigiliass (2Co 1 1,27).- En ayunos a veces voluntarios, y a veces involuntarios por pobreza. Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (1Co 9,27).

Objeción. En contrario esta lo que se dice en Mateo 1 1,30: Mi yugo es suave. Y en cambio aquí se dice: en muchas tribulaciones, etc. Luego no es suave sino pesadísimo.

Respuesta. En sí mismas son amargas, pero se hacen dulces por el amor y por el fervor interior del espíritu. Por lo cual dice Agustín: todo lo difícil y desmesurado, fácil y casi nada lo torna el amor.

**24**

(+2Co 6,6-10)

### LECTIO 2: 2 Corintios 6,6-10

Prepara a los Corintios para cuanto pertenece a la perfección de las virtudes, ya del corazón, ya de la palabra, ya de obra.

6. Con pureza, con ciencia, con longanimidad, con mansedumbre, en el Espíritu Santo, con caridad no fingida,
7. con palabra de verdad, con fortaleza de Dios, con las armas de la justicia a la diestra y a la siniestra.
8. En gloria e ignominia, en calumnia y en buena fama; tenidos por impostores siendo veraces; como desconocidos, aunque bien conocidos;
9. casi moribundos, siendo así que vivimos; como castigados, aunque no condenados a muerte;
10. como tristes, pero siempre alegres; como pobres, aunque enriquecemos a muchos; como quienes nada tienen, aunque todo lo poseemos.

Habiendo indicado las cosas que corresponden al soportamiento de los males, pone en seguida las que pertenecen a la observancia de los bienes. Ahora bien, la bondad de la obra consiste en tres cosas: en la perfección de las virtudes, y esto pertenece al corazón; en la verdad de las palabras, y esto corresponde a la boca; en la virtud de la obra, y esto atañe al obrar.

Así es que primero muestra el Apóstol de qué manera se debe uno portar en aquellas cosas que tocan a la perfección de las virtudes, las cuales radican en el corazón; segundo, en aquellas que tocan a la virtud del habla; con palabras de verdad; tercero, en las que corresponden a la perfección del obrar: con fortaleza de Dios. En cuanto a lo primero pone cuatro virtudes. Y la primera, la virtud de la castidad, que en gran parte corresponde a la virtud de la templanza, y en cuanto a esto dice: Con pureza, esto es, de mente y de cuerpo. En lo cual débese notar que inmediatamente después de muchos trabajos, vigiliias y ayunos, habla de la pureza o castidad, porque quien quiera tener la virtud de la castidad necesariamente debe entregarse a los trabajos, multiplicar vigiliias y castigarse con ayunos. Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (1Co 9,27). Procurad tener paz con todos (Hebr. 12,14).

Mas si se pregunta por qué no hace mención de las - otras virtudes, sino sólo de la templanza, débese decir que sí las menciona aunque implícitamente, porque estas palabras: con mucha paciencia en medio de las tribulaciones, etc. (2Co 6,4), corresponden a la virtud de la fortaleza; y esto otro: con las armas de la justicia, atañe a la virtud de la justicia. La segunda virtud que señala es la de la ciencia. Por lo cual dice: con ciencia. Y si es que la ciencia atañe a la doctrina, por la cual sabe uno portarse bien en medio de gente corrompida y perversa, así atañe a la virtud de la prudencia. Mas si la ciencia atañe a la certeza por la cual los fieles están ciertos de las cosas que corresponden al conocimiento de Dios, de esta manera atañe a la virtud de la fe. Y una y otra son necesarias para los cristianos porque sin la ciencia tomada en el primer sentido, o bien sin ella considerada en el segundo sentido, caen los hombres fácilmente en los pecados. Por eso mi pueblo fue llevado cautivo, porque le faltó la ciencia (Is 5,13). Y os daré pastores según mi corazón (Jerem. 3,15). La tercera virtud que indica es la de la esperanza. Por lo cual dice: con longanimidad, la cual corresponde a la perfección de la esperanza. Ahora bien, el poseer la longanimidad no es otra cosa que estar en paciente expectación, siempre y de día y de noche, con esperanza de algo arduo aplazado, y esto en el Espíritu Santo. Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, etc., longanimidad, etc. (Salat. 5,22). Corroborados en toda suerte de fortaleza por el poder glorioso, para tener una perfecta paciencia y longanimidad (Colos. 1,2). La cuarta virtud que indica es la de la caridad. Ahora bien, en la caridad hay dos efectos: uno exterior y otro interior. Por el efecto exterior tiene mansedumbre para con el prójimo. Porque no conviene el no ser suave con los que uno ama. Y por eso dice: con mansedumbre, o sea, de dulce trato con los prójimos, para que seamos dulces. La palabra dulce multiplica los amigos (Eccii. 6,5). Pero no con suavidad mundana, sino con la que procede del amor de Dios, es claro que en el Espíritu Santo, por lo cual dice: en el Espíritu Santo, o sea, con la mansedumbre que el Espíritu Santo produce en nosotros, ¡Oh cuan benigno y suave es, oh Señor, tu espíritu en todas las cosas! (Sg 12,1). Y como efecto interior tiene la verdad sin ficción,



para no manifestar exteriormente lo contrario de lo que tiene en su interior. Por lo cual dice: con caridad no fingida. - No amemos de palabra y con ia lengua, sino con obras y de veras (Cotas. 3,14). Y la razón de ello es que, como se dice en el libro de la Sabiduría (I,5), El Espíritu Santo huye de las ficciones.

En seguida ensena cómo debe uno portarse en las cosas que atañen a la verdad de las palabras, para que seamos veraces. Y por eso dice: Con palabras de verdad, hablando y predicando la verdad. Y en cuanto a cómo portarse para obrar con perfección, agrega diciendo: con fortaleza de Dios, o sea, que no confiemos en nuestras obras sino solamente en la fortaleza de Dios, y no en la propia. No consiste el reino de Dios en palabras sino en la virtud (1Co 4,20).

En seguida, cuando dice: con las armas de la justicia, etc., muestra cómo se deben conducir con los buenos y con los malos, en medio de los bienes y de los males, de lo próspero y de lo adverso, lo cual corresponde a la virtud de la justicia. Y primero lo indica en general; y luego en especial. Así es que primero dice que nos manifestemos como ministros de Dios con mucha paciencia. Y, lo que es más, con las armas de la justicia. En lo cual débese saber que la justicia ordena y hace que el hombre tenga su lugar, a la diestra, esto es, en lo próspero, de modo que no se enerve, y a la siniestra, esto es, en lo adverso, de modo que no se deprima. Todo lo he probado y estoy ya hecho» a todo: a tener abundancia y a padecer necesidad (Ph. 4,12). En seguida esto lo explica pasando de una cosa a otra, de lo próspero a lo adverso, diciendo: en gloria, etc. En lo cual débese saber que en las cosas temporales a tres cosas se reduce lo mismo la prosperidad que la adversidad. A soberbia de la vida, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos, según aquello de 1 Juan 2,16: Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, etc. Y esto lo enuncia por su orden, porque primero dice de qué manera se deben portar en lo adverso y en lo próspero, cosas que pertenecen a la soberbia de la vida, diciendo: en gloria, etc. Segundo, de qué manera en las cosas que corresponden a la concupiscencia de la carne: casi moribundos, etc. Tercero, de qué manera deben portarse en las cosas que tocan a la concupiscencia de los ojos: como pobres, etc. Ahora bien, dos son las cosas que corresponden a la soberbia, a. saber, la alteza del estado y la sublimidad de las obras. Y por eso dice: en gloria, o sea, por el estado de excelencia, como si dijera: presentémonos como ministros de Dios, a saber, para gloria de Dios, esto es, en la prosperidad. El Señor de ios ejércitos ordenó esto para hollar la soberbia de todos los jactanciosos (Is 23,9). Y que los Apóstoles parecían ser algo excelso consta por los Hechos (14,12), donde se lee que tuvieron por dioses a Pablo y Bernabé. E ignominia, la cual está a la siniestra, como si dijera: Ni nos elevemos como algo glorioso, ni si somos despreciados nos deprimamos. Dios ha escogido las cosas viles y despreciables del muir-do, etc. (1Co 1,28). En cuanto al brillo de las obras, dice: en calumnia y en buena fama. En lo cual débese saber que, como dice Gregorio, no debe el hombre por sí mismo dar motivo de deshonra, sino que más bien debe procurar tener buena fama, según aquello del Eclesiástico 41,15: Ten cuidado cie tu buena reputación; y esto por los demás, porque conviene que ¡para los que están fuera sea bueno nuestro testimonio (1Tm 3,7). Mas si alguien es objeto injustamente de una calumnia, no debe ser tan pusilánime que por esto abandone la justicia. Pero si goza de buena fama entre los infieles, no por eso ha de ensoberbecerse, sino que debe conducirse con moderación entre ambos extremos.

En seguida, explica estas dos cosas que enunció. Y primero la calumnia que sufrieron, y muestra que fue grande, porque fueron tenidos por impostores, etc.; como si dijera: Por algunos somos tenidos por impostores, y por algunos otros somos tenidos por veraces. De lo cual no hay por qué admirarse, porque también de Cristo hubo quienes dijieran que era bueno y otros que no, sino que engañaba a las turbas, como se dice en Jn 7,12. En segundo lugar muestra de qué modo fueron gloriosos y despreciables, como desconocidos aunque bien conocidos, esto es, reconocidos por ios buenos, y desconocidos, o sea, despreciados por los malos. Somos como la basura del mundo (1Co 4,13).

En seguida vienen las cosas que atañen a la concupiscencia de la carne. Y señala tres cosas que desea ardientemente la carne. La primera es una larga vida, y en cuanto a esto dice: como moribundos, esto es, aun cuando nos exponemos a los peligros de muerte (En riesgos de muerte frecuentemente: 2Co 1 1,23), siendo así que vivimos, en fortaleza y fe. Y por eso dice Habacuc (2,4): El justo vive de la fe. Y en el Salmo 117,17 leemos: No moriré sino que viviré, etc. Lo segundo que anhela es la salud y el reposo. Y en cuanto a esto dice: como castigados, aunque no condenados a muerte, como si dijera: Aunque con diversos flagelos nos castigue el Señor, sin embargo no nos entrega a la muerte. Castigado me ha el Señor severamente; mas no me ha entregado a la muerte (Ps. 117,18). Todos los que quieren vivir virtuosamente, según Jesucristo, han de padecer persecución (2Tm 3,12). Lo tercero que anhela es el placer y la alegría, y en cuanto a esto dice: como tristes, pero siempre alegres; porque aun cuando en las cosas exteriores y las que tocan a la carne padezcamos tristeza y amargura, sin embargo interiormente tenemos un continuo gozo, que crece en nosotros por los consuelos del Espíritu Santo-y en la esperanza de la eterna remuneración. Tened por objeto de sumo gozo el caer en varias tributaciones, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce la paciencia, etc. (Sant. 1,2). Vuestra tristeza se convertirá en gozo (Jn 16,20).

En seguida trata de las cosas que corresponden a la concupiscencia de los ojos. Y acerca de esto indica dos cosas, de las cuales una es en relación con los demás, y según esto la prosperidad en riquezas consista-en que el hombre abunde de tal modo que pueda ayudarles con sus bienes a los demás. Y en esto lo siniestro está en que el hombre sea tan pobre que se vea obligado a pedirles limosna a los demás. Y por eso dice que en estas cosas temporales somos como pobres, esto es, teniendo que recibir de los demás; y sin embargo en cuanto a las cosas espirituales enriquecemos a muchos; y no dice que a todos porque no todos están preparados para ser enriquecidos. Hay quien parece pobre teniendo muchas riquezas (Pr 13,7).

Lo segundo es en relación con uno mismo, y según esto, próspero en riquezas es poseer muchas, y lo siniestro es el no tener absolutamente nada. Y en cuanto a esto dice que en las cosas exteriores son como quienes nada tienen, a saber, en las temporales, porque todas las dejaron por Cristo. Si quieres ser perfecto, anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, etc. (Mt 19,21). Pero en lo interno y en las cosas espirituales, todo lo poseen, por la interna grandeza del corazón. Y esto era así porque vivían no para sí mismos sino para Cristo. Y por eso todo Jo que es de Cristo io consideraban como de ellos mismos. Y como todas las cosas le están sujetas a Cristo, poseían todas las cosas y todas las cosas se prestaban para la gloria de ellos. Todo el íugar que pisare la planta de vuestro píe os lo entregaré (Jos. i,3). Acerca de lo ya dicho hay que observar que el Apóstol usa en ello de un admirable modo de hablar. Porque él mismo contrapone casi siempre una cosa a otra, y lo temporal frente a lo espiritual; pero en las temporales agrega siempre alguna condición, por ejemplo: para, como, casi; y en cambio en lo opuesto espiritual, ninguna añade. La razón de ello es que las cosas temporales, ya sean malas, ya sean buenas, ya mudables y aparentes, tienen sin embargo semejanza o de bueno o de malo. Y por eso dice: Por seductores y como desconocidos, porque no lo eran en verdad de realidad sino en la opinión de los hombres, y como eran cosas transitorias eran buenas o malas. Mas las cosas buenas espirituales realmente existen y son verdaderas, por lo cual no les agrega ninguna condición.

**25**

(+2Co 6,11-18)

LECTIO 3: 2 Corintios 6,11-18

Instruye a los Corintios sobre el uso de la gracia, poniéndose él mismo como ejemplo, y llamándolos templo de Dios vivo.

11. ¡Oh Corintios, mi boca con toda franqueza os habla, y mi corazón se ensancha.
12. No hay nada cerrado en nosotros; vuestras entrañas sí que están cerradas para nosotros.
13. Para que tengáis la misma remuneración (como a hijos os hablo), ensanchaos también vosotros.
14. No queráis llevar el yugo con los infieles. Porque ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad? ¿O qué unión hay entre la luz y las tinieblas?
15. ¿O qué concordia entre Cristo y Belial? ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel?
16. ¿O qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos? Porque vosotros sois templos de Dios vivo, como dijo Dios: Habitaré en medio de ellos y andaré entre ellos; Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.
17. Por tanto, salid de entre ellos, y apartaos, dice el Señor; y no toquéis cosa impura.
18. Y Yo os acogeré; y seré Yo vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor todopoderoso.

Habiendo enseñado el Apóstol el uso de la gracia concedida, en cuanto a las buenas obras externas, aquí los instruye en cuanto al predicho uso en cuanto a la entrega interna, que consiste en la alegría del corazón, la cual causa su dilatación. Y acerca de esto hace tres cosas. Porque primero se presenta a sí mismo como ejemplo de ese ensanchamiento; lo segundo que muestra es que de él no tienen un ejemplo contrario, ni lo podrán recibir de él: no hay nada cerrado en nosotros; lo tercero es exhortarlos a la dilatación del corazón: correspondednos. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera dar la señal de la dilatación del corazón; la segunda, indicar el ensanchamiento del corazón del propio Apóstol: y mi corazón se ensancha. Ahora bien, la señal de esa dilatación es la boca franca, abierta, porque la boca sigue de manera inmediata al corazón. Por lo cual lo que por la boca expresamos son señales claras de lo concebido en el corazón. De la abundancia del corazón habla la boca (Mt 12,34). Y eso lo expresa así: mi boca con toda franqueza os habla. Porque a veces la boca esta cerrada, cuando las cosas que están en el corazón no salen al exterior; pero abierta y patente está cuando lo que hay en el corazón se manifiesta. Después de esto abrió Job su boca (Jb 3,1). Abriendo su boca los adoctrinaba, etc. (Mt 5,2). Y para que no parezca que se manifiesta por pura vanidad, agrega la razón, diciendo: os habla, o sea, que por vuestra utilidad os manifestamos los secretos de nuestro corazón. No buscando mi utilidad particular (1Co 10,33). Ahora bien, la causa de tal dilatación procede de la dilatación y ensanchamiento del corazón. Y por eso dice: mi corazón se ensancha, etc. (Ojos altivos, corazón arrogante: Pr 21,4). Y a veces el corazón es estrecho, cuando se achica y se cierra con lo insignificante, como cuando no se preocupa uno sino de lo terreno y desprecia lo celestial, no pudiendo ya caber esto en el entendimiento. Y a veces se dilata, cuando se desea y se anhela algo grande, y así era el Apóstol, que teniendo en nada lo que se ve, deseaba las cosas celestiales. Y por eso dice: mi corazón se ensancha, esto es, me ha crecido para desear las cosas grandes.

En seguida muestra que por parte del Apóstol no tienen un ejemplo contrario, diciendo: no hay nada cerrado en nosotros, etc.; como si dijera: Como os mostramos el ensanchamiento de nuestro corazón, de nosotros no recibís el ejemplo ni motivo por el cual os cerréis vosotros. Pero si esto hacéis, entonces sí ciertamente que se cierran las entrañas, pero no en nosotros, sino las vuestras, y por vuestra culpa. En lo cual débese saber que cerrarse o encerrarse es lo mismo que estar dentro de otro, por lo cual no se ve que haya posibilidad de evadirse. Y éstos de tal modo estaban seducidos por los falsos apóstoles, que no creían poder obtener la salvación sino con las observancias legales. Y por eso se convertían en siervos, habiendo sido libres por la fe de Cristo. De aquí que la estrechez de tal servidumbre no les provenía del Apóstol, sino de sus propias entrañas, o sea, de la dureza de corazón de ellos mismos. No lloréis por Mí, etc. (Luc. 23,28).

En seguida los exhorta a que ensanchen su corazón, diciendo: para que tengáis la misma remuneración, como si dijera: si engañados por los falsos apóstoles os habéis estrechado, no por eso permanezcáis en esa estrechez; sino que más bien ved la manera de tener el corazón ensanchado como nosotros lo tenemos, para que tengáis la misma remuneración que nosotros tenemos. Por lo cual dice: Para que tengáis la misma remuneración, tal como nosotros. Así como sois compañeros en las penas, así lo seréis también en la consolación (2Co 1,7). Como a hijos, no cerno a enemigos, os hablo, o como a hijos de Dios; como si dijera: Para tener la misma remuneración que los hijos de Dios, esto es, los herederos de la vida eterna. Si hijos, también herederos (Rm 8,17). - Digo que para que tengáis la misma remuneración, ensanchaos también vosotros, o sea, tened un corazón grande y libre con libertad de espíritu, que radica en la fe de Cristo, y no os encerréis dentro de la servidumbre de las observancias legales.

En seguida, cuando dice: No queráis llevar el yugo, etc., les enseña el uso de la gracia otorgada en cuanto a que eviten a los infieles. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera es una exhortación del Apóstol; la segunda es la razón de la exhortación: ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad?; la tercera, confirmar la razón de tal argumento: Porque vosotros sois templos de Dios vivo. Así es que dice: no queráis llevar el yugo, etc. En lo cual débese saber que se llama yugo todo aquello que unce a muchos para hacer determinada cosa. De aquí que como a veces algunos se conciertan para hacer algo bueno que de Dios procede, y otros algo malo que del diablo procede, por eso se habla de yugo de Dios y de yugo del diablo. Ahora bien, el yugo de Dios es la Caridad misma, que liga al hombre para servir a Dios. Tomad mi yugo sobre vosotros, etc. (Mt 1 1,29). Y el yugo del diablo es la iniquidad misma, que unce al malo para hacer el mal. Su pesado yugo (Is 9,4). Esto lo dice así: No queráis llevar el yugo, o sea, no os pongáis de acuerdo con los infieles para las obras de infidelidad. Y esto por dos razones. La primera, porque había entre ellos algunos que se tenían por más sabios y no se abstendían de los idolotitos, con lo que escandalizaban a los más débiles. Había otros que coincidían con los Judíos en cuanto a las tradiciones de los ancianos. Por lo cual el Apóstol los exhorta diciendo: no queráis, etc., para que no estén en comunión con los Judíos en cuanto a las tradiciones de la ley, ni tampoco con los gentiles en el culto de los ídolos. Porque unos y otros son infieles. Y da la razón de ello diciendo: ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad?, etc. En lo cual se debe hacer una doble distinción. Una es en cuanto a la causa, y la otra en cuanto al estado. La distinción en cuanto a la causa es doble, a saber, en cuanto a la causa habitual y en cuanto a la causa eficiente.

Ahora bien, la causa habitual es doble. Una en cuanto al efecto, y por eso dice: ¿qué tiene que ver la justicia con la iniquidad?; como si dijera: No debéis llevar el yugo con los infieles, porque uno es vuestro modo de ser y otro el de ellos. En vosotros alienta el hábito de la justicia, y en aquéllos ciertamente el hábito de la iniquidad. Ahora bien, la máxima justicia es darle a Dios lo que es de Dios, y esto es rendirle culto. De aquí que cuando rendís culto a Dios, vive en vosotros el hábito de la justicia; y en cambio quitarle a Dios lo que es suyo y dárselo al diablo es la máxima iniquidad. En vuestras asambleas reina la iniquidad (Is i,13). ¿Qué tiene que ver la paja con el trigo? (Jerem. 23,28). La otra causa habitual es en cuanto al entendimiento, y esta distinción se debe a que los fieles son iluminados con la luz de la fe, mientras que los infieles están en las tinieblas de los errores. Y en cuanto a esto dice: ¿O qué unión hay entre la luz y las tinieblas?; como si dijera: No es conveniente que comunicéis con ellos, porque así no hay ninguna sociedad posible, porque vosotros sois luz por la ciencia de la fe. En otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor (Ep 5,8). Y esas tinieblas se deben a la ignorancia. El camino de los impíos es pura tiniebla (Pr 4,19). Por lo cual el Señor desde un principio dividió la luz de las tinieblas, como se dice en el Génesis (I,4). Y en cuanto a la causa eficiente dice: ¿O qué concordia entre Cristo y Belial?; como si dijera: Vosotros sois siervos de Cristo y miembros suyos (Vosotros sois el cuerpo de Cristo: iCo 12,27); mientras que aquéllos son miembros del diablo. Y se habla del diablo Belial! sin yugo

porque no quiso sujetarse al yugo de Dios. Desde tiempo antiguo quebraste mi yugo (Jerem. 2,20). Y que no puede haber concordia entre Cristo y Belial es claro por las palabras de Cristo: Viene el príncipe de este mundo, etc. (Jn 14,30); y también por las palabras del diablo: ¿Qué tenemos nosotros que ver contigo, ¡oh Jesús, Hijo de Dios!? (Mt 8,29). La otra distinción es en cuanto al estado de fe, y esto en cuanto a dos cosas, a saber en cuanto al estado de fe, y conforme a esto dice: ¿O qué parte tiene el fiel con el infiel?; como si dijera: No es la misma la parte del uno y del otro, porque la parte del fiel es el propio Dios, al que tiene como premio y como fin de su bienaventuranza. El Señor es la parte que me ha tocado en herencia (Ps. 15,5). Y en cambio la parte del infiel son los bienes terrenos. Nuestra herencia es ésta (Sg 2,9). Y ie haré pedazos, y ie haré correr la suerte de los hipócritas (Mt 24,51). Asimismo en cuanto al estado de gracia, y conforme a esto dice: ¿O qué consonancia entre el templo de Dios y los ídolos?; como si dijera: ninguna concordancia hay entre el templo de Dios y los ídolos. De aquí que vosotros sois el templo de Dios por gracia. El templo de Dios que sois vosotros, santo es (1Co 3,17). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo? (1Co 6,19). Así es que no debéis asociaros con los infieles que son templos de los ídolos. Y débese notar que mediante Ezequiel prohíbe el Señor que en el templo de Dios se venere a los ídolos (Ez. 26). Luego con mayor razón se les prohíbe a los hombres, cuyas almas son el templo de Dios, que las profanen por la participación con los ídolos. Si alguno profanare el templo de Dios, perderle ha Dios a él (1Co 3,17).

En seguida, cuando dice: Porque vosotros sois, etc., confirma el argumento propuesto por autoridad. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero confirma lo que propusiera por vía de admonición; y luego confirma esta misma admonición: Por tanto, salid de entre ellos, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero repite lo que trata de probar; y luego invoca para su propósito la autoridad: Como dijo el Señor, etc. Así es que dice: Con razón digo que no hay consonancia entre el templo de Dios y los ídolos, o sea, que no debéis tener parte con ellos, porque vosotros sois el templo de Dios vivo, y no muerto, como los idólatras. Y para probarlo invoca la autoridad, probando esto mismo por el uso del templo; porque el uso del templo consiste en que Dios habite en él. Porque el templo es el lugar de Dios a El consagrado para su habitación. El Señor está en su santo templo (Ps. 10,5). La cual autoridad se toma del Levítico (26,1 1), que dice así: Fijaré mi Tabernáculo en medio de vosotros. Y en tal autoridad toca cuatro cosas, en cuanto toca a este uso.

Lo primero atañe a la gracia de las acciones, que consiste en que Dios está en alguien por la gracia. Y esto lo dice así: Habitaré en medio de ellos, esto es, en los santos, por la gracia que los limpiará: porque aunque se dice que Dios está en todas las cosas por presencia, potencia y esencia, sin embargo no se dice que inhabita en ellas, sino sólo en los santos por la gracia. Y así es porque Dios está en todas las cosas por su acción, en cuanto se une a ellas para darles el ser y conservarlas en el ser. Y en cambio en los santos es por la acción de los propios santos, con la que alcanzan a tocar a Dios y de cierta manera se apoderan de El, pues esto es amarlo y conocerlo. Porque quien ama y conoce se dice que en sí mismo tiene lo conocido y lo amado. Lo segundo corresponde a la gracia cooperante, con la que adelantan los santos con el auxilio de Dios, y en cuanto a esto dice: andaré entre ellos, esto es, los haré marchar de virtud en virtud. Pero este adelanto no es posible sin la gracia de Dios. Por la gracia de Dios soy lo que soy (1Co 15,10). Porque así como la gracia operante nos hace ser algo en el ser de la justicia, así también la gracia cooperante nos hace adelantar en ese mismo ser. Lo tercero corresponde al beneficio de Dios, y esto o bien por providencia de protección, lo que toca diciendo: Yo seré su Dios, o sea, con mi providencia los protegeré. Feliz el pueblo que tiene al Señor por su Dios (Ps. 143,15). O bien por el beneficio de la remuneración, para decir lo siguiente: Seré su Dios, esto es, me les daré Yo mismo como recompensa. Yo soy tu galardón (Gen. 15,1). Dios no se desdeña de llamarse Dios de ellos (Hebr. 2,16). Lo cuarto corresponde al culto debido y al servicio de los santos, y en cuanto a esto dice: Y ellos serán mi pueblo, o sea, que a Mí me veneran, y a Mí me obedecen, como míos, y no como de otro. Nosotros somos su pueblo y sus ovejas, etc. (Ps. 94,7; Ps. 99,3). O bien se pueden referir a la

presencia corporal, y entonces se enuncia así: Puesto que inhabito en ellos por la ascunción de Ja carne (El Verbo se hizo carne, etc.: Jn 1,14), y ando entre ellos, en trato corporal con ellos (Después de taies cosas E<sub>j</sub> se ha dejado ver sobre la tierra: Baruc 3,38), y seré su Dios por la gloria (Ni hay otra nación, por grande que sea, que tenga tan cercanos a sí los dioses: Deut. 4,7), y ellos mismos serán mi pueblo, o sea, que por la fe me veneran.

En seguida, cuando dice: Por tanto, salid de entre eüos, etc., confirma la misma admonición con otra autoridad. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero confirma la admonición por autoridad, y luego muestra el premio prometido a los observantes de la admonición: Y Yo os acogeré, etc. Así es que dice: Por tanto, o sea, porque sois templo de Dios, salid de entre eüos.

Y esto está tomado de Is 52,2: Marchad, marchaos, salid de ahí, no toquéis cosa inmunda. En lo cual dice tres cosas: Salid, separaos, y no toquéis cosa inmunda, porque de triple manera debemos portarnos respecto de los infieles. Primero, saliendo de en medio de ellos, abandonando los pecados. ¡Ah! ¡ha! huid de la tierra del Norte, dice ei Señor, etc. (Zac. 2,6).

Dicen los Donatistas que corporalmente debemos dejar la mala sociedad, lo cual no es verdad. Porque lo que dice el Apóstol débese entender de una separación espiritual. Y por eso explica: Salid espiritualmente no siguiendo la vida de ellos. Como azucena entre espinas (Zac. 2,6). Y esto para que evitemos las ocasiones mismas de pecados que de ellos provienen.

Y por eso dice: Apartaos, esto es, manteneos lejos de todo concierto con ellos. He venido a separar al hija de su padre, y a la hija de su madre, etc. (Mt 10,35). Retiraos de las tiendas de esos hombres impíos (Nb 16,26). Lo tercero para que los convenzamos de que obran mal. Y por eso dice: Y no toquéis cosa impura. a saber, aceptándolos en lo malo. No sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen (Rm 1,32). No queráis ser cómplices de las obras infructuosas de las tinieblas (Ep 5,11). Y esto porque el que tocara la pez, se ensuciará con ella (Eccli. 13,1). Y el premio de nuevo prometido a los observantes de la admonición es doble, a saber, la familiaridad con Dios y la adopción divina. La familiaridad con Dios, porque Yo os acogeré, como si dijera: Salid tranquilos de entre ellos, porque Yo os acogeré como familiares míos. Porque mi padre y mi madre me desampararon, pero el Señor me ha tomado por su cuenta (Ps. 26,10). Dichoso aquel a quien Tú elegiste y allegaste a Ti (Ps. 64,5). He aquí mi siervo: Yo estaré con él (Is 42,1). Y la divina adopción, porque nos adopta como hijos, pues dice: Y seré Yo vuestro Padre, y vosotros seréis mis hijos (Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre, etc., sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos: Rm 8,15). Y habla de hijos en cuanto a los perfectos y de hijas en cuanto a los imperfectos, y esto está tomado del Segundo Libro de los Reyes (7,14); donde se dice de Salomón: Yo seré su padre y él será mi hijo, etc.

## Capítulo 7

**26**

(+2Co 7,1-3)

LECTIO 1: 2 Corintios 7,1-3

Los alaba por los bienes pasados y los exhorta a la limpieza de alma.

1. Teniendo, pues, estas promesas, carísimos, purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu, completando la santificación en el temor de Dios,
2. Acogednos. A nadie liemos dañado, a nadie pervertido, a nadie hemos defraudado.
3. No os lo digo con ánimo de condenaros. Pues acabo de deciros que os tengo en mi corazón, para con vosotros morir o para vivir con vosotros.

Les dice el Apóstol a los Corintios de qué manera deben portarse en lo porvenir. Aquí los elogia por los bienes pasados. Pero para lograr cierta continuidad de los bienes pretéritos a los futuros, primero termina su admonición; y luego los elogia: Grande es mi confianza en vosotros (2Co 7,4). Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, enunciar una admonición; la segunda, inducir por el ejemplo de sí mismo a observar Ja admonición: acogednos, etc.; la tercera, expresar la intención del amonestador: No os lo digo con ánimo de condenaros, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, indicar el motivo de observar la admonición, el cual es la promesa que se les ha hecho. Y por eso dice: Teniendo, pues, estas promesas, carísimos, a saber, la de que Dios inhabite en nosotros y nos reciba, etc. La segunda es expresar la admonición, diciendo: purifiquémonos, etc. Y esto debido a que estas promesas no se dan sino a los limpios, por lo cual dice: purifiquémonos de toda mancha de la carne y del espíritu, o sea, de los vicios tanto carnales como espirituales. Purificaos vosotros los que traéis los vasos del Señor, etc. (Is 52,2). En lo cual hay que saber que todo pecado que se comete para delectación de la carne es carnal y que el que se comete para delectación del espíritu es espiritual. De aquí que si los pecados carnales se consideran en cuanto a su cumplimiento son tan sólo dos: el de gula y el de lujuria, pues los demás pecados son espirituales. Mas si se consideran en cuanto a su origen, de esta manera se puede decir que todos los pecados son carnales, por tener todos su origen de la concepción de la carne, y de esta manera les habla el Apóstol a los Gálatas (5,19): Bien manifiestas son las obras de la carne, etc. La tercera es indicar el modo de cumplir con la admonición: completando, etc.

Pero como alguien podría decir: ¿Acaso no quedamos limpios con el bautismo?, agrega: completando la satisfacción, o sea, perfeccionando la limpieza incoada en el bautismo. Porque santo es lo mismo que limpio. Sed santos, pues que Yo soy santo, etc. (Lv 1 1,44 y 19,2). Digo que completemos, porque los filósofos quisieron perfeccionar y no pudieron, porque no pudieron evitar todos los pecados; porque aun cuando evitaran algunos pecados en cuanto se quiera y ejercieran actos de virtud, sin embargo, todavía quedaba en ellos el pecado de la infidelidad. Por lo cual solamente en el verdadero culto de Dios se completa la limpieza, y esta lo dice así: en el temor, o sea, en el culto, de Dios (El temor de Dios se sobrepone a todas las cosas: Eccli,25,14).

Objeción. En contra se dice en Col 3,14: Pero sobre todo mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección. Así es que no se perfecciona la santificación con el temor de Dios, sino con la caridad de Dios.

Respuesta. Débese decir que acá se habla del temor filial, el cual es el efecto de la caridad, y no del servil, que es contrario a la caridad. Y dice en el temor, para enseñarnos que nuestro amor a Dios debe ser con cierto temor respetuoso y con solicitud. Porque el amor produce seguridad, que a veces engendra negligencia, y en cambio el que teme siempre está solícito.

En seguida, cuando dice: Acogednos, etc., se presenta como ejemplo, como si dijera: Recibidnos como ejemplo. Sed, pues, imitadores míos (1Co 2,1; 4,16). Porque yo me guardé de la inmundicia mediante la santificación, pues a nadie dañé. Donde débese notar que de manera triple puede alguien dañar al prójimo, y de ninguna de ellas dañó el Apóstol a nadie. Primero en la persona, y en cuanto a esto dice: A nadie hemos dañado, a saber, en su persona, como hacen los malos señores.

Desolláis al pueblo y le quitáis la carne de encima de sus huesos (Miq. 3,2). Lo segundo en cuanto a la fama, induciéndolos o con el ejemplo o con persuasiones al mal, y en cuanto a esto dice: a nadie he pervertido (Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres: 1Co 15,33). Lo tercero en cuanto a la subtracción de los bienes, y en cuanto a esto dice: a nadie hemos defraudado;"o sea, que no les hemos quitado sus bienes con engaño. Que nadie engañe a su hermano en ningún asunto (1Th 4,6).

En seguida, cuando dice: No os lo digo con ánimo de condenaros, etc., manifiesta su intención, como si dijera: No digo esto para condenaros, sino para que os enmendéis. Porque los males pasados por dos razones se suelen recordar: a veces para que sean condenados, y esto cuando ya no hay esperanza de corrección; pero a veces para enmienda, para que sean corregidos, y de esta manera habla aquí: No os lo digo con ánimo de condenaros, etc. - Estojo digo para provecho vuestro, etc. (1Co 7,35). Y la razón de esto es que me, alegre de vuestro bien, pues acabo de deciros que os tengo en mi corazón, etc. Vosotros mismos sois nuestra carta escrita en nuestros corazones (2Co 3,2). Tengo impreso en mi corazón que todos vosotros sois compañeros de mi gozo en mis cadenas (Ph. 1,7). Os terrgo, digo, en mi corazón, tanto para con vosotros morir como para con vosotros vivir. Lo cual se puede entender tanto de la muerte de culpa como de la muerte natural. De la muerte de culpa para que no seentienda que estoy dispuesto a:-morir cori vosotros, o sea, que cuando vosotros pecáis,-queramos pecar también nosotros, sino que vuestra muerte de culpa la recibimos con . el: mismo ¡ dolor que-si fuera nuestra. ¿Quién enferma que no enferme yo con él? (2Co 1 1,29). No hay día en que yo no muera por la gloria vuestra, etc. (1 Cdr. 15,31). O para vivir con vosotros, porque con vuestra:buena vida en gracia gozo tanto como con la mía.; De muerte natural, de modo que se entienda así: para con vosotros morir, o sea, que estoy preparado para fcnorir por vosotros (Y yo muy gustosamente gastaré, y a mí me gastaré todo entero por vuestras almas: 2 Cor,12,15), y para vivir con vosotros, o sea, para desear teneros por compañeros en la vida eterna (Si morimos con El, también con El viviremos: (2Tm2,2)

27

(+2Co 7,4-9)

## LECTIO 2: 2 Corintios 7,4-9

Alaba a los Corintios por sus buenas obras a propósito de la persecución que padeció él en Macedonia, en la cual no le faltó consolación.

4. Mucha es mi confianza en vosotros mucho lo que me glorío de vosotros; lleno estoy de consuelo,, rebozo .de goza en medio de toda nuestra tribulación.

5. Porque llegados nosotros a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestra carne, Mnóque toda suerte - de ^tribulaciones; padecimos. Por juera luchas, por dentro temores.

6. Pero el que consuela d ios humildes nos Ha consolado:: Dios, con la venida de Tito.

7. Y no tan sólo con su venida, sino también, con el consuelo con que fue consolado por causa de vosotros, contándonos vuestra ansia, vuestro llanto, vuestro celo por mí, ,de modo que aún más me gozara yo. ..

8. Porque, aunque^ os contristé con mi carta, no me pesa. Y si me pesó viendo; que la carta aquella (bien: que por breve tiempo) os contristó, ;

9. ahora me gozo, no de que os hayáis contristado, sino porque os contristasteis para arrepentimiento.



Habiendo dado arriba el Apóstolo una admonición desprendida de sus premisas, aquí agrega su alabanza.

Y acerca de esto hace dos cosas. Primero hace el encomio de ellos; luego lo explica: Porque llegados nosotros a Macedonia, etc. Y el encomio de ellos lo hace mostrando su afecto, debido a las buenas obras que los Corintios hacían. Porque en los corazones de quienes aman suele brotar un cuádruple efecto de las buenas obras que hacen las personas amadas, y el Apóstol muestra que esos cuatro efectos los sintió él por ellos. Por lo cual dice: Mucha es mi confianza en vosotros, por cuanto confío en que lo que bien empezasteis siempre lo haréis ser mejor. Por lo cual por los bienes que he oído, son mayores los que espero de vosotros para el futuro. En cuánto a vosotros confío en que Aquel que en vosotros comenzó la buena obra, la perfeccionará, etc. (Ph. 1,6). De vosotros, carísimos, esperamos cosas mejores (Hebr. 6,9). Y tal confianza es buena y provechosa. No perdáis, pues, vuestra confianza, etc. (Hebr. 10,35). Lo segundo que por Ja dicha causa experimentó fue un sentimiento de glorificación. Porque por el hecho de amar uno los bienes del amigo como propios, natural es que de los bienes del amigo se gloríe como de los propios. Y de manera especial, cuando es uno mismo la causa de esos bienes, así como el maestro es la causa de la ciencia del discípulo. Y por eso dice: mucho lo que me glorío de vosotros, etc. (El hijo sabio es la gloria del padre: Pr 10,1; 15,20). Lo tercero que por lo ya dicho se experimenta es el sentimiento de consolación, cuando el que se alegra y gloría por sus bienes o por los del amigo encuentra en ello un remedio contra las tristezas.

Porque la consolación es un remedio contra las tristezas. Pues muy natural es que la delectación y el gozo se opongan siempre a la tristeza. Y según el Filósofo, toda delectación disminuye o totalmente suprime la tristeza. Si la delectación es contraria a la justicia, totalmente absorbe la tristeza; mas si no le es contraria, la debilita y la disminuye. De aquí que cuando alguien está triste, si se le anuncian cosas alegres, disminuye la tristeza. Y por eso, por oír cosas gozosas de los Corintios, dice: ¡leño estoy de consuelo, es claro que por lo que oigo sobre vuestra enmienda. Porque así como abundan los padecimientos de Cristo para con nosotros, así por Cristo abunda nuestra consolación (2Co 1,5). Si tenéis, pues, alguna consolación en Cristo, etc., poned el colmo a mi gozo (Ph. 2,1-2). El cuarto afecto que brota de lo predicho es el de un gran gozo: porque aun cuando por algunas delectaciones disminuya la tristeza, no se suprime sin embargo totalmente si no es grande el gozo. Ahora bien, aunque sufriera el Apóstol muchas tribulaciones, como era mucho lo que gozaba por los bienes de los Corintios, por lo mismo no sólo no lo absorbía totalmente la tristeza, sino que además sobreabundaba en gozo. Y por eso dice: rebozo de gozo en medio de toda nuestra tribulación, o sea, que mi gozo supera a toda tribulación que hubiera en mi ánimo. ¿Cuál es nuestra esperanza, nuestro gozo y la corona que formará nuestra gloria? (1Th 2,19). Sed sufridos en la tribulación (Rm 12,12).

En seguida, cuando dice: Porque llegados nosotros a Macedonia, expone su encomio. Porque son dos las cosas que expresó: que sintió gozo y que sufrió tribulación. Así es que primero manifiesta su tribulación, y luego su consolación: Pero el que consuena, etc. Ahora bien, la tribulación se agrava por dos cosas, a saber, por la substracción del remedio y por su multiplicidad. Por la substracción del remedio, pues dice: Porque llegados nosotros a Macedonia, etc.; como si dijera: En verdad estoy atribulado porque carezco de toda consolación. Porque llegados nosotros a Macedonia, ningún reposo tuvo nuestra carne: aquí hace mención de la persecución que sufrió en Macedonia cuando liberó a una doncella del espíritu pitón, como se lee en los Hechos 16,16-18. Así es que dice: ningún reposo tuvo nuestra carne, y no dice nuestro espíritu, porque los santos tienen siempre la paz del alma, porque aun en las adversidades padeciendo el alma en el cuerpo, descansa en la esperanza del premio futuro, aunque soporte muchas cosas contrarias a la inclinación de la carne. Y el agravamiento por la multiplicidad de las tribulaciones lo expresa diciendo: toda suerte de tribulaciones padecimos, o sea, todo género de tribulaciones según el cuerpo y según el alma. Nos

vemos acosados de toda suerte de tribulaciones (2Co 4,8). En el mundo tendréis grandes tribulaciones (Jn 16,33). Y que fuera toda clase de tribulaciones lo muestra en seguida diciendo: Por fuera luchas, por dentro temores, o sea, por fuera de mí mismo, las luchas de las persecuciones; e interiormente, en el corazón, el temor a los males, el temor a las futuras persecuciones. Por de fuera los desolará la espada (Deuf. 32,25).

Objeción. En contrario se dice en los Proverbios 28,1: El justo se mantiene a pie firme como el león, sin asustarse de nada.

Respuesta. Permanece sin temor en cuanto al espíritu, mas no en cuanto a la carne. O bien por fuera, esto es, fuera de la Iglesia, luchas emprendidas por los infieles, y por dentro temores, no sea que los que están dentro de la Iglesia apostaten de la fe por las persecuciones. O bien por fuera, esto es, manifiestamente, luchas, con las que son agredidos por enemigos manifiestos; por dentro temores que se nos suscitan por aquellos que se dicen amigos sin serlo, porque, como dice Boecio, en su tratado de la consolación, ninguna calamidad es tan eficaz para dañar como el enemigo en casa. Los enemigos del hombre serán las personas de su misma casa (Mt 10,36).

En seguida, cuando dice: Pero el que consuela, etc., indica la causa de su consolación, la cual le viene de dos cosas, a saber, de la grata presencia de Tito y de la consolación del propio Tito: Y no tan sólo con su venida, etc. Así es que dice: Aun cuando aquí seamos afligidos sobre manera, pero el que consuela a los humildes, Dios, nos ha consolado, etc.; siéndome no sólo gratísima la presencia de Tito, sino también para ayudarme. El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones (2Co 1,4). Y dice que consuela a los humildes, porque a los soberbios no los consuela sino que les resiste, como se dice en Santiago 4,6 y en 1 Pedro 5,5. Mas a los humildes los consuela dándoles la gracia, la cual es\* la consolación, del Espíritu Santo. Para que yo consuele a todos los que lloran (Is 61,2). Y no tan sólo con su venida, etc. Aquí, indica otro motivo de su consolación, a saber, la consolación de Tito. Y el motivo o materia de esta consolación es doble. La primera es la enmienda de los Corintios, la cual se operó en presencia de Tito; la segunda es el amor de los Corintios que Tito le hace patente: Con vuestro consuelo, etc. Acerca de lo primero: hace dos cosas. La primera, indicar la consolación por el arrepentimiento de los Corintios; la segunda, - explicar algo, que dijo: porque os contristasteis, etc. Acerca de lo primero hace "tres" cosas. La primera, indicar la consolación de Tito; la segunda, la materia del consuelo: contándonos, etc.; la tercera, el efecto de la consolación en el ánimo del Apóstol: de modo que aún más me gozara yo, etc. Así es que dice: No sólo nos consuela Dios con la venida de Tito sino también con el consuelo con que el mismo Tito fue consolado por vosotros y con vosotros. Y la materia de tal consolación consiste en que el mismo Tito se consoló contándonos vuestra ansia, etc. En lo cual indica tres cosas laudables a cambio de tres reprehensibles que había en ellos. Porque habían sido perezosos para el bien, y contra esto dice: contándonos vuestra ansia de adelantar en lo mejor. Además habían sido propensos al mal, y contra esto dice: vuestro llanto, es claro que por los pecados cometidos. Lloro con amargo llanto, como se llora en la muerte de un hijo único (Jerem. 6,26). Además, fácilmente eran engañados por los pseudoapóstoles, y contra esto dice: vuestro celo por mí, el celo que contra los falsos tenéis por amor a mí. Porque anteriormente vuestro celo era contra mí y a favor de ellos.

En seguida, cuando dice: de modo que aún más me gozara yo, indica lo que sintió por la consolación de Tito: puro gozo. Por lo cual acerca de esto hace tres cosas. La primera, indicar el gozo experimentado; la segunda, mostrar la reiteración de su reconocimiento; la tercera, agregar la razón de su gozo. Así es que dice: tan gozoso estoy por las cosas que Tito me contó, que es más lo que por esto me gozo que lo que me dolí en la tribulación. Porque lo espiritual es preferible a lo temporal. O bien, que es más lo que me gozo por haberos contristado que lo que otrora me dolió; porque como pecaran fornicando, los había increpado el Apóstol, como consta en la Primera Epístola (caps. 5 y 6). Pues estaba entonces incierto el Apóstol sobre el resultado que había de tener

la tristeza aquella, si bueno o malo. Y por eso sufrió en la duda; pero viendo ahora el bien que de allí proviniera, se alegraba, por lo cual dice: Porque, aunque os contristé, increpándolos en la Primera Epístola, no me pesa ahora, porque os habéis corregido; y si otrora me pasó, cuando estaba yo incierto sobre si la pena os llevaría a la corrección o a la desesperación, viendo que la carta aquella, bien que por breve tiempo, os contristó, ahora me gozo, porque os habéis convertido. Y da la razón de su gozo: no me gozo de que os hayáis contristado, sino de su resultado, a saber, de vuestra corrección, porque os contristasteis no para desesperación sino para arrepentimiento, así como el médico no se goza por la amargura de la medicina sino por su efecto, el cual es la salud. Como tristes, estando siempre alegres (2Co 6,10).

## 28

(+2Co 7,10-11)

### LECTIO 3: 2 Corintios 7,10-11

Da la razón del gozo del Apóstol por la tristeza de los Corintios, y tal tristeza la encomia por su efecto.

10. Puesto que la tristeza que es según Dios obra arrepentimiento para salvación estable; mas la tristeza del siglo causa la muerte.

11. Pues ved: esto mismo de haberos contristado según Dios, ¿qué solicitud ha producido en vosotros, para defenderos, para indignaros, para temer, para anhelar, con qué celo y qué vindicación! En toda forma os mostrasteis intachables en aquel asunto.

Habiendo indicado la consolación del Apóstol y de Tito por la tristeza de dos Corintios, por haber sido para arrepentimiento y no para desesperación, aquí da la razón de tal consolación, encomiándoles su tristeza. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero les encomia su tristeza; y luego saca la conclusión que desea: Así pues, aunque os escribí, etc. (2Co 7,12). Y encomia la tristeza de los Corintios por dos motivos. El primero es. su causa; el segundo, su efecto: puesto que la tristeza que es, etc. Ahora bien la causa por la que Jes encomia su tristeza es ésta: el ser según Dios, por lo cual dice: "Aun cuando" por un breve tiempo, os: contristara por mi epístola, sin embargo, ahora me gozo porque os contristasteis según Dios. Donde débese saber que la tristeza y el gozo, y en general todo afecto, es causado por el amor. Porque se entristece uno por carecer de lo que ama. Y según sea el amor así es la tristeza causada por el amor. Ahora bien, es doble el amor. El uno con el que se ama a Dios, y de este amor proviene la tristeza que es "según Dios. Con el otro amor se ama al siglo, y de este amor proviene la tristeza del siglo. El amor con el que amamos a Dios nos hace servir con gusto a Dios, procurar solícitamente su honor y dedicarnos dulcemente a Dios. Y como pecando nos apartamos del servicio de Dios, y por lo mismo no: nos dedicamos a Él, ni procuramos su honor, por lo mismo el amor de Dios causa tristeza, de haber pecado, y esta es la tristeza según Dios, tristeza que no tuvimos para mal, ni para daño, sino más bien para fruto y mérito. Y por eso dice: y así ningún daño habéis sufrido por nuestra causa, porque no sólo las cosas buenas y gratas que os proporcionamos os aprovechan, sino también el hecho mismo de que os corriamos y contristemos. Ninguna corrección parece por el momento cosa de gozo, sino de tristeza, etc. (Hebr. 12,2).

En seguida, cuando dice: Puesto que la tristeza, etc., les encomia su tristeza por el efecto, que ciertamente es el premio de la vida eterna. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero señala el efecto en general; luego, el resultado especialmente en ellos conseguido: Pues ved: esto mismo, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Porque primero señala el efecto de la tristeza que es según

Dios; y luego indica el efecto de la tristeza que es según el mundo: mas la tristeza dei siglo, etc. Así es que primero dice: Digo que nuestra tristeza no fue en vuestro daño. Porque la tristeza que es según Dios obra arrepentimiento; y digo que arrepentimiento para salvación estable, esto es, sempiterna, que es la estable, y es la de los bienaventurados, de la cual dice Is (49,6): Mi salvación será para siempre. Y ésta la causa la penitencia. Haced penitencia porque está cerca el reinó de los cielos (Mt 32,2; 4,17). Y dice estable, excluyendo la salud temporal, que es transitoria y común a hombres y animales irracionales, de la cual se dice en el Salmo 35,7: A fiombres y bestias conservas, ¡oh Señor!

Objeción. Pero en contra de que la tristeza que es según Dios causa la penitencia, parece estar el hecho de que la propia tristeza según Dios es penitencia. Porque hacer penitencia es dolerse de lo malo y según Dios. Así es que no opera la penitencia.

Respuesta. Débese decir que la penitencia «tiene- tres partes, de las cuales, la primera es la tristeza, o sea, el doior y compunción de; los pecados; siendo las otras dos la confesión y la satisfacción. Así es que al decir que la tristeza opera Ja penitencia, débese entender que la compunción, o bien que el dolor del pecado opera en nosotros la penitencia, esto es, las otras partes de la penitencia, a saber la confesión y la satisfacción. O bien se debe decir que la tristeza según Dios es más general que la penitencia, porque ésta es por el pecado propio, y en cambio se entristece uno según Dios tanto de los pecados propios como de los ajenos. Así es que el efecto de la tristeza que es según Dios es la salvación eterna; y en cambio el efecto de la tristeza que es según el mundo viene siendo la muerte. Porque, en efecto, quien ama al mundo se constituye enemigo de Dios, como se dice en Santiago 4,4, de modo que por el amor del siglo se causa la muerte. Porque se entristece uno según el siglo no porque ofende a Dios pecando, sino porque sorprendido en el pecado, se le castiga por él y se le desenmascara. Y este tipo de tristeza hay que evitar cuando se peca. Arroja lejos de tí la tristeza (Eccli. 30,24). En seguida pone de manifiesto el predicho efecto por la experiencia tomada de sí mismos, diciendo: Pues ved: esto mismo de haberos contristado, etc.; como si dijera: Verdaderamente la salvación estable porque por lo que ocurre es patente que en nosotros se operan muchas cosas que llevan a la salvación. E indica seis cosas que tocan al caso, de las cuales una es general, a saber la solicitud; porque cuando está uno alegre fácilmente incurre en varias negligencias; pero cuando está triste y temeroso es aguijoneado, por lo cual dice: Pues ved, o sea, que en vosotros mismos experimentáis esto mismo, a saber, el haberos contristado según Dios, ¡qué solicitud ha producido en vosotros para evitar el mal y hacer el bien! ¡Oh hombre, yo te indicaré lo que conviene hacer! (Miq. 6,8). Y más adelante: y que andes solícito. Y otras cosas son especiales, de las cuales algunas pertenecen al efecto interior, y otras al acto externo. Ahora bien, de las que pertenecen al efecto exterior, algunas son para la supresión del pecado, y otras para la consecución dei bien. Porque el verdadero penitente debe apartarse del mal y hacer el bien. Y en cuanto a la supresión de lo malo, pone tres cosas. La primera es que desista de hacer el mal, y en cuanto a esto dice: para defenderos de quienes os induzcan al mal. Resistidles firmes en la fe (1P 5,9). O bien, según la Glosa, para que me defendáis contra los falsos apóstoles. Tomad las armas todas de Dios (Ep 6,13). La segunda es que se indigne el hombre contra sí mismo por los pecados que ha hecho, y en cuanto a esto dice: para indignaros. Porque la indignación contra uno mismo opera la tristeza según Dios. Me sostuvo mi indignación (Is 63,5). La tercera es que esté en continuo temor del futuro, para que se cuide, y en cuanto a esto dice: para temer la reincidencia, para que no ocurra en el futuro algo semejante. El temor de Dios se sobrepone a todas las cosas (Eccli. 25,14).

Y en cuanto a la consecución del bien pone dos cosas. La primera el deseo, por el que se mueve uno al bien, y en cuanto a esto dice: para anhelar, para inclinarnos a hacer el bien. Todo deseo de los justos se dirige al bien (Pr 1 1,23). La segunda es el buen celo, por el que se esfuerza uno en imitar

a los buenos, y en cuanto a esto dice: con qué celo, para que nos imitéis a mí y a otros buenos. Corred para alcanzar la caridad (1Co 14,1); aspirad a los dones mejores (1Co 12,31). Y de las cosas que pertenecen al acto exterior pone dos. La primera es que castiguen en sí mismos todos sus pecados, lo cual es muy conveniente. Porque como es necesario que sea castigado cuando sea malo, o bien por el hombre o bien por Dios, si Dios no lo castiga es mejor que el hombre castigue en sí mismo lo malo que haya hecho, y no que lo vaya a castigar Dios, porque, como se dice en Hebreos 10,31, Horrenda cosa es caer en manos de Dios vivo. Y en cuanto a esto dice: y qué vindicación, o sea, porque castigáis a los pecadores y aun a vosotros mismos. Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (1Co 9,27). No hicimos cosas buenas (Is 26,18). La segunda es que se abstenga totalmente del mal. Y por eso dice: En toda forma os mostrasteis, llevados por la fe, intachables en aquel asunto, que ciertamente era cristiano. Portémonos en todas las cosas como deben portarse los ministros del Señor (2Co 6,4). El mismo nos escogió antes de la creación del mundo para ser santos (Ep 1,4). Los que procedían irreprochablemente, éstos eran mis ministros (iPs. 100,6). O bien en el asunto en el que fuisteis corregidos; por vuestra aceptación del fornicario; pero luego, castigándolo y condenándolo, os mostrasteis intachables en ese asunto.

## 29

(+2Co 7,12-16)

### LECTIO 4: 2 Corintios 7,12-16

La intención de Pablo respecto a los Corintios se manifiesta por el hecho de que se alegra por su corrección.

12. Así pues, si os escribí, no fue por causa del que cometió el agravio, ni por causa del que lo padeció, sino para manifestar el cuidado que tenemos de vosotros

13. delante de Dios, por lo cual nos hemos consolado. Mas en esta consolación nuestra, sobre todo nos hemos llenado de gozo por el contento de Tito, porque fue confortado su espíritu por todos vosotros.

14. Y si delante de él en algo me precié de vosotros, no quedé avergonzado, sino que así como todos lo hemos dicho con la verdad, así también el preciarnos (de vosotros) ante Tito resultó verdad.

15. Y así su entrañable amor por vosotros va en aumento al recordar la obediencia de todos vosotros y el temor y reverencia con que lo recibisteis.

16. Me alegro de poder en todo confiar en vosotros.

Aquí, una vez dada la razón del gozo del Apóstol por la tristeza de ellos mismos, en seguida habla de su propia consolación, en lo cual hace dos cosas. Porque primero muestra la intención que tuvo al escribirles; y luego manifiesta su gozo por la corrección de ellos mismos: por lo cual nos hemos consolado. Así es que primero dice: por no haberos manchado, es claro que si os escribí una carta reprendiéndolos, no fue sólo por causa del que cometió el agravio, manchando con el incesto el lecho de su padre, como se dice en la Primera Carta a los Corintios, cap. 5; ni tan sólo por causa del que lo padeció, a saber por el padre, como si sólo hubiera sido por deseo de vindicta; sino que lo hice para manifestar el cuidado que tenemos de vosotros, esto es, para que sepáis cuán solícitos somos por vosotros; y esto lo digo delante de Dios, a modo de juramento, esto es, siendo Dios testigo. O bien para manifestarle a Dios delante de vosotros, de todos, nuestro cuidado. Porque quiero que sepáis cuánto cuidado tengo por vosotros (Colos. 2,1). O de otra manera: No escribí solamente por el que cometió el agravio, para que se corrigiera, o por el que lo padeció, para que se

aplacara, sino para manifestar el cuidado, etc., para que vosotros, que os indignasteis por la afrenta y la pena infligida al fornicador os reconciliaseis en Dios.

En seguida expresa el gozo que tuvo por la corrección de ellos, diciendo: por lo cual nos hemos consolado; como si dijera: Por haber conseguido con mi carta que os corrigierais, nos hemos consolado, o sea, recibimos consuelo. Porque el hombre goza cuando obtiene lo que intenta con ansia. Os escribí, no para contristaros, sino para haceros conocer el amor tan singular que os tengo (2Co 2,4).

En seguida, cuando dice: Mas en esta consolación, etc., indica la segunda causa de su consolación, debida a la reverencia con que trataron a Tito. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, indicar que su gozo lo experimenta por el gozo de Tito; la segunda, dar la razón de su gozo: Y si delante de él en algo me precié, etc.; la tercera, indicar el motivo del gozo de Tito: al recordar la obediencia de todos vosotros, etc. Así es que primero dice: nos hemos llenado de gozo por vuestra corrección; mas, o sea, pero en esta consolación nuestra sobre todo nos hemos llenado de gozo, que se nos perturbó por la tribulación, por el contento de Tito. O bien más hemos gozado, mayor gozo trajo a nuestra consolación el gozo de Tito; y esto porque fue confortado su espíritu. Porque el ánimo del prelado se conforta cuando sus subditos le obedecen y lo reverencian. Le dice a Filemón: Dale este consuelo a mi corazón (Filem. 20). Confortado, digo, por todos vosotros, porque todos u os habéis corregido, o hay esperanza de corrección. Y da una doble razón de este gozo. La primera es por parte del Apóstol porque se ha visto que él es veraz. Porque el Apóstol encomiaba a los Corintios a Tito antes de que éste fuera a verlos. Y como ahora los ha encontrado Tito tal como el Apóstol le dijo, se alegra el Apóstol de que sus palabras fueran veraces, y esto lo dice así: Y si delante de él en algo me precié de vosotros, recomendándoos; y dice me precié, porque el orgullo del Apóstol era el bien de ellos; no quedé avergonzado, esto es, no me avergüenzo de haber dicho algo falso. Porque cuando se descubre que alguien es mentiroso, se le avergüenza. Preceda a todas tus obras la palabra de la verdad (Eccli. 37,20). - Sino que así como todo os lo hemos dicho con la verdad, esto es, así como os prediqué la verdad, así también el preciamos de vosotros ante Tito resuifó verdad, se vio que no mentí.

La otra razón es por parte de los Corintios. Porque los amigos desean que aquellos a quienes aman sean amados por todos. Y por el hecho de que Tito amaba a los Corintios por su reverencia, por lo mismo se gozaba el Apóstol. Y por eso dice el Apóstol: Y así su entrañable amor, etc.; como si dijera: No sólo gozo por haberse comprobado que soy veraz, sino también por las entrañas de Tito, o sea, por su entrañable caridad,, y por el grande amor, más abundante que antes, que en vosotros hay, por lo que vio vuestro adelantamiento; o bien más abundantemente que en otros. Ahora bien, el motivo de su gozo se debe a dos cosas, a saber, a la obediencia y a la reverencia. A la obediencia, pues dice: al recordar la obediencia de todos vosotros, porque le obedecisteis sumisamente. Por lo cual también os alabó. La obediencia vale más que los sacrificios (I Reyes 15,22). Los hilos de la sabiduría forman la Congregación de los justos (Eccli. 3,1). Y a la reverencia, diciendo: y el temor y reverencia filial, no servil: el temor del animo y la reverencia del cuerpo con que lo .Recibisteis. Yo puedo testificar de vosotros (Gal. 4,15). Y por haberos portado así con él estoy contento, porque se ha visto que soy veraz y él mismo os ama. De aquí que me alegro de poder en todo confiar en vosotros; no sólo por vuestra buena voluntad sino también por las buenas obras que en el futuro con seguridad haréis. Aunque os hablamos de esta manera, tenemos mejor opinión de vosotros y de vuestra salvación (Hebr. 6,9). .

LECTIO 1: 2 Corintios 8,1-8

Se apoya en el ejemplo de los Macedonios para impulsar a los Corintios a socorrer con limosnas a los santos que estaban en Jerusalén.

1. Oí hacemos también saber, hermanos, la gracia que Dios ha dado a las Iglesias de Macedonia.
2. Porque en la grande prueba de la tribulación, fue rebosante su gozo y su extremada pobreza ha sobreabundado en riquezas de su buen corazón.
3. Porque según sus fuerzas -doyle testimonio- y aun sobre sus fuerzas, de propia iniciativa
4. con mucha instancia nos pidieron la gracia de participar en el servicio que se hace en bien de los santos.
5. Y no como habíamos esperado, sino que se entregaron ellos mismos, primeramente al Señor, y luego a nosotros con voluntad de Dios:
6. De manera que hemos rogado a Tito que tal como comenzó, llevara a cabo entre vosotros también esta buena obra.
7. Y así como abundáis en todo en fe, en palabra, en conocimiento, y en toda solicitud, y además en vuestro amor por nosotros, que también en esta gracia abundéis.
8. No lo digo como quien manda, sino deseando el bien de otros, y para reconocer el buen ingenio de vuestra caridad.

Habiéndolos exhortado ya al bien en general, aquí los exhorta a cierto bien particular, a la generosidad en las colectas por los santos que se hallaban en Jerusalén. Porque, como se dice en los Hechos, y el Apóstol lo menciona en Gálatas 2,10, los Apóstoles les recomendaron a Pablo y Bernabé que les predicaran a los gentiles la palabra de salvación exhortándoles a socorrer a los santos que quedaban en Jerusalén, quienes habiéndolo vendido todo y puesto a los pies de los Apóstoles, se encontraban en la máxima pobreza; y a esto es a lo que ahora los induce. En lo cual hace dos cosas. La primera, inducirlos a dar; la segunda, enseñarles el modo de dar, a saber, pronto y con generosidad, y esto lo dice en el capítulo 9: En orden al socorro, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera tratar de las colectas que se deben hacer; la segunda, de los ministros que las deban hacer: Pero gradas a Dios que ha inspirado en el corazón de Tito «ste mismo celo, etc. (2Co 8,16). Acerca de lo primero hace todavía dos cosas, a saber, inducirlos a dar y hacer a un lado toda excusa: Porque si la voluntad es activa, etc. (2Co 8,12). Y de tres maneras los induce a dar. Primero, con el ejemplo de otros que ya dieron; segundo, con el ejemplo de Cristo: Porque bien sabéis cuál haya sido la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, etc.; tercero, por el bien de ellos mismos; porque esto os importa. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, poner el ejemplo; la segunda, mostrarse conmovido por ese ejemplo: De manera que .hemos rogado a Tito, etc.; la tercera, exhortarlos a que ellos mismos sigan ese ejemplo: Y así como abundáis en todo, etc.

Acerca de lo primero débese saber que para que los Corintios contribuyan liberalmente, el Apóstol les propone a los Macedonios como ejemplo. Y los pondera en cuanto a dos cosas: en cuanto a la paciencia en las adversidades y en cuanto a la liberalidad de sus donativos: y su extremada pobreza, etc. Acerca de lo primero débese saber que el Apóstol los induce a dar limosna para que aumenten sus méritos; y por eso en aquella ocasión esto hizo, cuando podían ellos merecer, en el tiempo de la gracia, porque es entonces cuando son meritorias las limosnas. Y esto lo dice así: Os hacemos también saber la gracia, esto es, el gratuito don de Dios, es claro que la largueza en las limosnas; y

dice que esto es una gracia, porque cualquier cosa buena que hagamos es por la gracia de Dios, la cual no es dada a éstos sino a mí, en cuanto que por mi cuidado y solicitud y exhortación, a esto fueron movidos los Macedonios. A mí, e; mínimo de todos los santos, etc. (Ep 3,8). Digo que a mí se me dio en las iglesias de Macedonia, o sea, para con los fieles de Macedonia; la cual gracia es en cuanto a dos cosas, a saber, en cuanto a la paciencia, porque en la grande prueba de la tribulación, etc. En lo cual pone las condiciones de la paciencia perfecta.

La una es que el hombre sea constante; de modo que ni por el temor de la tribulación desfallezca, pero tampoco en el mismo momento de la tribulación. Y por eso dice que en la grande prueba de la tribulación fueron constantes. La otra es que en la misma tribulación se goce uno, como se lee de San Lorenzo; y en cuanto a esto dice: fue rebosante su gozo, a saber, de los Macedonios. - Tened por Objeto de sumo gozo el caer en varias tribulaciones (Sant. 1,2). Pacientes en la tribulación (Rm 12,12). O bien en la grande prueba de la tribulación, no cual ellos mismos la padecieron sino la que vieron que se padeció en Macedonia, con grande gozo de ellos mismos.

Además, lo segundo en la gracia es en cuanto a la liberalidad de las limosnas. Y en cuanto a esto dice: Y su extremada pobreza, etc. En lo cual hace dos cosas. Primero indica la liberalidad de ellos; luego, explica lo que dijera: porque según sus fuerzas, etc. Así es que primero dice: No sólo fueron pacientes en la tribulación los Macedonios, sino que también fueron liberales, porque extremada, o sea, máxima, era su pobreza, o bien generosísima. Según la Glosa la elevación del espíritu sobre las cosas temporales y su desprecio produce una extremada pobreza. Y así la pobreza de ellos era extremada porque no tenían riquezas y las despreciaban. ¿No es verdad que Dios eligió a los pobres en este mundo, etc.? (Sant. 2,5). Digo que esta pobreza ha sobreabundado, esto es, que aumentó en riquezas dando copiosamente. Pero esta explicación de la Glosa no parece ser conforme a la intención del Apóstol; por lo cual se debe entender de otra manera el extremada pobreza, etc. Donde débese saber que por dos causas tiene el hombre el ánimo dispuesto a dar generosamente, a saber, por la abundancia de sus riquezas, siendo rico, o bien por el desprecio de las riquezas; y así el desprecio produce en el pobre lo mismo que en el rico la abundancia; y por eso dice: su extremada pobreza ha sobreabundado, o sea, que hizo el efecto de la abundancia, en riquezas de su buen corazón, porque su corazón lo tenían sólo en Dios, y de esto provino el desprecio de las riquezas. La sencillez de los justos les servirá de guía (Pr 2,3).

En seguida, cuando dice: Porque según sus fuerzas, etc., explica lo que dijera encomiando la liberalidad de ellos mismos en cuanto a tres cosas: en cuanto a la cantidad del donativo, en cuanto a la voluntad de dar y en cuanto al orden de la donación. En cuanto a la cantidad del donativo, porque dieron por encima de sus fuerzas, por lo cual dice: Verdaderamente sobreabundó en riquezas, porque soy testigo de que voluntariamente dieron según la capacidad de sus bienes; y aun sobre sus fuerzas, porque fue tanto lo que dieron que después tuvieron necesidad. O bien hay que decir mejor que hay una fuerza interior del ánimo, y una capacidad exterior, a saber la de las cosas temporales. La fuerza interior es la prontitud del alma para dar, y por eso dice: doyles testimonio de que voluntariamente dieron según la interior fuerza del alma y por encima de la capacidad exterior, o sea, de las riquezas. Si tuvieses mucho, da con abundancia (Tb 4,9).

Objeción. Quien da sobre sus fuerzas, inmoderadamente da; luego no es digno de alabanza por esto.

Respuesta. Débese decir que la virtud en dar se puede considerar de dos maneras: simpliciter o sea de manera absoluta y en comparación con los demás. Así es que cuando uno da más que otros de su condición, no peca; pero si de manera absoluta da por encima de sus fuerzas, entonces sí inmoderadamente da. Así es que encomia la liberalidad de ellos en cuanto a la cantidad del donativo.



Y la pondera en cuanto a la voluntad de dar, diciendo: de propia iniciativa (De todos los que las ofre\* cieron de buena voluntad: Ex. 25,2). Y obraron de propia iniciativa porque con mucha instancia nos pidieron, o sea nos rogaron, la gracia de participar en el servicio; como si dijera: No sólo nos rogaron, sino que con razones nos convencieron para concederles la gracia y la participación del servicio, etc., esto es, para permitirles dar de lo suyo a los santos pobres que están en Jerusalén, sin pensar que nos hacían así un favor, sino que el favor es para ellos. No echéis en olvido la beneficencia y el repartir con otros vuestros bienes, etc. (Hebr. 13,16). Les encomia también su liberalidad en cuanto al orden en su generosidad, porque no simplemente dieron sus cosas, sino primeramente a ellos mismos, porque el orden en dar debe ser de tal manera que primero sea acepto el hombre a Dios, porque si no es grato el hombre a Dios, no se le aceptan tampoco sus dones. Miró el Señor a Abel, a él primeramente, y sus ofrendas en seguida (Gen. 4,4). Apiádate de tu alma procurando agradar a Dios (Eccli. 30,24). Y por eso dice: Y no como habíamos esperado, como si dijera: En verdad obraron de propia iniciativa, porque no como ío habíamos esperado, o sea, no con la intención que habíamos supuesto, o sea, que darían en remisión de sus culpas, sino que primeramente se dieron ellos mismos a Dios, enmendando su vida, y en seguida a nosotros, obedeciendo en todo la voluntad de Dios, según la cual los hombres se deben sujetar a sus vicarios. Obedeced a vuestros prelados (Hebr. 13,17). La Glosa dice que a ellos no se les recibiría nada si primero no se dieran a Dios. Por lo cual parece que no se deben aceptar las limosnas de los pecadores. Pero débese decir que no se les debe recibir cuando las dan con la intención de que se les ayude en sus pecados. Así es que puesto el ejemplo de los Macedonios, muestra haberse conmovido inmediatamente por él, diciendo: De manera que hemos rogado a Tito; como si dijera: Tanto nos conmovimos con el ejemplo de la liberalidad de los Macedonios, que le rogamos a Tito que también vosotros seáis partícipes de la misma gracia, de manera que tal como comenzó a amonestaros a hacer el bien, habiéndoos visto corregidos, y a induciros a la participación, así llevara a cabo entre vosotros también espiritualmente esta buena obra de generosidad de las limosnas, para que no os deje a vosotros. Quien ha empezado en vosotros la buena obra la llevará a cabo (Ph. 1,6).

En seguida los amonesta para que por este ejemplo se muevan, diciendo: Y así como abundáis en todo, etc. En lo cual dice dos cosas. Primero los amonesta para que con el ejemplo de los Macedonios estén dispuestos a dar limosnas; segundo, hace a un lado cierta conjetura: No lo digo como quien manda, etc. Pues dice: Y así como abundáis en todo, etc.; como si dijera: Así como superáis a los Macedonios en todas las demás gracias, así debéis superarlos también en ésta, en la de dar limosnas. Y esto lo dice así: Y así como abundáis en todo. Y primero en lo tocante al entendimiento, y en cuanto a esto dice: en fe, con la cual se cree; en palabra, con la cual confesamos (Con el corazón se cree para justificarse en cuanto a la fe; con la boca se confiesa para salvarse, en cuanto a la palabra: Rm 10,10) y en conocimiento de las Escrituras. Con toda suerte de bienes habéis sido enriquecidos (1Co 1,5). Segundo, en lo tocante a las obras, y en cuanto a esto dice: y en toda solicitud de obrar bien. No seáis flojos en cumplir vuestro deber (Rm 12,2). Tercero, en lo que toca al efecto, y en cuanto a esto dice: En vuestro amor espiritual que hay en nosotros sobreabundantemente. Sobre todo, mantened la candad (Colos. 3,14). Digo que como en todas estas cosas abundáis, le he rogado a Tito que en esta gracia, la de las limosnas, abundéis. Y como podría pensarse que imperiosamente mando que den limosnas, contra lo que dice Ezequiel (34,4): Dominabais sobre ellas con aspereza, eso lo hace a un lado diciendo: No lo digo como quien manda lo que le rogué a Tito, o lo que yo mismo os digo a vosotros: no lo dije imperativamente. Ni como que queréis tener señorío sobre el clero (1P 5,3). Sino que digo esto para reconocer, esto es, queriendo comprobar, por la solicitud de otros, de los Macedonios, el ingenio de vuestra caridad. En lo cual débese saber que el buen ingenio se comprueba no sólo por la aptitud para aprender con facilidad, sino también con el bien obrar. La razón de ello es que para obrar uno bien necesita de la ciencia dirigente. Y por eso así como al aprender se dice que tiene buen ingenio el que rápidamente capta las palabras del maestro; así también se dice que es de buen ingenio en el obrar el que con el ejemplo de los demás se mueve inmediatamente a obrar bien; por lo cual dice el Apóstol: para

reconocer, esto es, queriendo reconocer vuestro buen ingenio, o sea cuan pronta esté vuestra voluntad para dar, movidos por el ejemplo de los Macedonios. No os escribo estas cosas porque quiera haceros sonrojar (1Co 4,14).

### 31

(+2Co 8,9-15)

#### LECTIO 2: 2 Corintios 8,9-15

Con el ejemplo de Cristo Salvador induce a los mismos Corintios a dar limosnas generosamente, para provecho de ellos mismos, y contando ya con la voluntad de ellos mismos les muestra que la limosna es de mayor provecho para quien la da que para quien la recibe.

9. Porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por vosotros se hizo indigente, siendo rico, para que por su pobreza fueseis ricos.

10. Y en ello os doy consejo, porque esto os conviene, puesto que no sólo a hacer sino que ya lo comenzasteis a querer desde el primer año.

11. Pues ahora cumplidlo de hecho, para qué así como vuestro ánimo es pronto en querer, así lo sea también en ejecutar conforme a lo que tenéis.

12. Porque si la voluntad está pronta conforme a lo que tiene, es acepta, no conforme a lo que no tiene.

13. No de tal modo que para otros sea la holganza, y para vosotros la estrechez, sino que por razón de igualdad,

14. en este tiempo, vuestra abundancia supla la escasez de ellos, para que asimismo su abundancia sea el suplemento de vuestra indigencia, de manera que resulte igualdad, según está escrito:

15. El que tuvo mucho no tuvo de más; y el que poco, no tuvo de menos.

Aquí induce a los Corintios a dar limosnas a ejemplo de Cristo, diciendo: Quiero comprobar vuestro buen ingenio para dar, es claro que a los pobres, cosa que debéis hacer a ejemplo de Cristo; porque conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la que dio El al género humano. La gracia y la verdad por Jesucristo, etc. (Jn 1,17). Y se le llama gracia porque todo cuanto de nuestras penalidades asumió el Hijo de Dios en su totalidad se le debe atribuir a la gracia, porque ni se adelantó nadie en bondad, ni fue obligado por la fuerza de alguien, ni llevado por necesidad suya. Así es que por esta gracia por nosotros se hizo pobre. Y dice indigente, lo que es más que pobre. Porque se llama indigente no al que simplemente tiene muy poco, sino al que carece de todo; porque el pobre algo tiene. Así es que para significar la mayor pobreza se dice: se hizo indigente, es claro que en las cosas temporales. El Hijo del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza (Luc. 9,58). Yo soy el hombre que ha visto la miseria (Tren. 3,10). Pero se hizo indigente no por necesidad sino voluntariamente, para que este favor ya no fuese favor, y por esto dice: siendo rico, es claro que en bienes espirituales. Es el Señor de todos, rico para con todos (Rm 10,12). En mi mano están la riqueza y la gloria, la opulencia y la justicia (Pr 8,18). Y dice siendo, no habiendo sido, para que no parezca que Cristo perdiera las riquezas espirituales al asumir la indigencia. Porque de tal manera asumió esta indigencia que no perdió aquellas inestimables riquezas. Ricos y pobres juntos en uno (Ps. 48,3). Rico en las cosas espirituales, pobre en las temporales. Y el por qué quiso hacerse indigente lo agrega diciendo: para que por su pobreza fuésemos ricos, o sea, para que por su misma pobreza en las cosas temporales fueseis ricos en las espirituales. Y esto por dos cosas, por el ejemplo y por sacramento. Por el ejemplo porque si Cristo amó la pobreza, también nosotros por su ejemplo debemos amarla. Y amando la pobreza en las cosas temporales nos hacemos ricos en las espirituales. ¿No es verdad que Dios eÜgió a los pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fe?

(Sant. 2,5). Y por eso dice: para que por su pobreza, etc. Y por sacramento, porque todo lo que Cristo hizo y sufrió fue por nosotros. De aquí que así como por haber sufrido la muerte fuimos librados de muerte eterna y restituidos a la vida, así también por haber sufrido la indigencia en las cosas temporales, fuimos librados de la indigencia en las espirituales y hechos ricos en las espirituales. Habéis sido enriquecidos con toda ciencia, etc. (1Co 1,5).

En seguida, cuando dice: Y en ello os doy consejo, los induce a dar por parte de ellos mismos. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica el provecho que de esto les resulta; luego, muestra que esto ha sido querido también por ellos, el dar limosnas: no sólo a hacer, etc. Así es que dice: Considerando este beneficio, os aconsejo, os exhorto a dar limosnas, no sólo para el bien de los santos que están en Jerusalén, sino también para vuestro provecho. Con los buenos consejos del amigo se endulza el alma (Pr 27,9). Y esto porque os es provechoso. Porque el bien de la misericordia es más provechoso para quien la hace que para el beneficiario; porque quien la hace cobra por ello un premio espiritual; y el que la recibe, uno temporal; y así como lo espiritual se debe preferir a lo temporal, así también en las obras de misericordia el provecho del que da es preferible al provecho del que recibe. La misericordia sirve para todo (1Tm 4,8).

Y esto no sólo les es provechoso a ellos, sino que también ellos mismos lo quisieron, por lo cual dice: que no sólo a hacer, etc. En lo cual hace tres cosas. La primera, recordar el buen principio en ellos; la segunda, exhortarlos al debido fin: Pues ahora cumplido de hecho, etc.; la tercera, explicarles algo de lo que dijera: Porque si la voluntad, etc. Así es que dice: Debéis dar en verdad libremente limosnas, porque no sólo os es provechoso, sino que también esto mismo empezasteis a quererlo espontáneamente, el dar limosnas, desde el primer año que estuve con vosotros. O bien desde el año anterior, esto es, precedente; como si dijera: Más vale querer que hacer, conforme a aquello del Eclesiástico (18,16): La palabra vale más que la dádiva, etc. Por lo cual debéis estar prontos a dar. Y porque estáis prontos a dar, lo que pensasteis llevarlo ahora a la práctica, pues de otra manera vuestra intención se frustraría. No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de veras (1Jn 3,18). Quien ha empezado en vosotros la buena obra la llevará a cabo (Ph. 1,6). Y la razón de ello es que así como está pronta la disposición de la voluntad, o sea, la decisión de la voluntad, según la Glosa, bien dispuesta está, de modo que esté pronta la resolución de ejecutarla. O bien de otra manera de modo que ánimo se tome en el sentido de voluntad. Y entonces se dice: Así como estuvisteis prontos para querer, así también estad prontos para ejecutar, y esto con lo que poseéis, o sea, de acuerdo con vuestras posibilidades.

En seguida explica esto: conforme a lo que tenéis, diciendo: Porque si, etc.; como si dijera: Digo que debéis estar prontos para dar, y con esto no trato de seros gravoso de modo que deis por encima de vuestras posibilidades, porque quizá la voluntad dispuesta os induce a esto, pero en esto la obra no puede igualar a la voluntad, por lo cual dice: conforme a lo que tenéis. Porque sí la voluntad está pronta conforme a lo que tiene, es acepta. Y la razón de ello es que la voluntad es acepta por la perfección de la operación; y la obra no se perfecciona sino por lo que se tiene, por lo cual dice: conforme a lo que tiene es acepta. - Si tuvieses mucho, da con abundancia (Tb 4,9).

En seguida, cuando dice: No de tal modo que para otros, etc., hace a un lado cierta conjetura. Porque éstos podrían decir: Si damos limosnas para los santos pobres que hay en Jerusalén, vivirán ellos en la ociosidad, y nosotros nos perjudicaremos y así nos haremos miserables. Por lo cual el Apóstol excluye primero esta conjetura; luego manifiesta su intención; tercero, la confirma mediante autoridad, y excluye la mala inteligencia diciendo: No de tal modo que para otros sea la holganza; como si dijera: No os muevo a dar limosnas de tal modo que para otros sea un descanso y vivan de vuestras limosnas en la ociosidad mientras para vosotros sea una aflicción, o sea, la pobreza, pues os desanimaríais.

Pero ¿acaso pecan los que dan todo a los demás y luego se ven afligidos por la pobreza? Porque parece que así es según estas palabras del Apóstol.

Respondo. Débese decir, según la Glosa, que lo mejor sería darlo todo a los pobres y sufrir por Cristo. Y ¡o que aquí dice, por condescendencia lo dice, porque eran flacos, y quizá desfallecerían si fueran oprimidos por la pobreza. Su intención la explica diciendo: sino que por razón de igualdad; como si dijera: No os deseo la tribulación sino cierta igualdad, de modo que en esta ocasión vuestra abundancia supla la escasez de ellos. Lo cual se puede explicar de tres maneras. La primera, por la igualdad de cantidad; la segunda, por la igualdad de proporción; la tercera, por la igualdad de la voluntad. Por la igualdad de cantidad, porque éstos, los Corintios, abundaban en bienes temporales y eran pobres en los espirituales; y en cambio los santos que había en Jerusalén abundaban en los espirituales y eran pobres en los temporales. Así es que quiere que haya entre ellos igualdad de cantidad, de modo que los que abundan en los bienes temporales les den la mitad de todos a los que de ellos carecen; y que éstos les den la mitad de los espirituales, para que así fueran igualmente ricos. Y más bien dice esto, de modo que por la igualdad de la cantidad, o sea, por la mitad de vuestros bienes, en este tiempo, que es breve, vuestra abundancia de bienes terrenos supla la escasez de ellos, que abandonaron todas las cosas del mundo, y para que asimismo su abundancia, en los bienes espirituales, sea el suplemento de vuestra indigencia en los espirituales, esto es, para que seáis partícipes de la vida eterna. Granjeaos amigos con las riquezas de iniquidad (Luc. 16,9). En la repartición por suerte da y toma (Ecclí. 14,15-16): da de lo temporal y recibe de lo espiritual. Ahora bien, de la igualdad de proporción se da esta explicación, que es mejor: Vosotros, Corintios, tenéis abundancia de bienes temporales, y los santos que están en Jerusalén la tienen de los espirituales. Pues bien, quiero que por cierta igualdad, que no sea según la cantidad sino según la proporción, así como ellos se sustenten con vuestras limosnas, así vosotros os enriquezcáis con las preces de ellos ante Dios. Porque así como ellos no se enriquecen con vuestros bienes temporales cuanto sois ricos vosotros, así tampoco vosotros os enriqueceréis de bienes espirituales tanto como ellos. Por lo cual dice: "sino que por razón de igualdad, etc., vuestra predicha abundancia de bienes terrenos supla la escasez de ellos, de los santos, en bienes temporales, para que asimismo la abundancia de ellos en los espirituales, etc. Si nosotros hemos sembrado entre vosotros bienes espirituales ¿será gran cosa que recojamos de vuestros bienes temporales? (1Co 9, 1.1). Ahora bien, de la igualdad de la voluntad habla así: sino que por razón de igualdad, esto es, quiero que haya en vosotros igualdad de voluntad, para que así como ellos tienen voluntad de comunicaros los bienes en que abundan, así también vosotros tengáis la voluntad de compartir con ellos los bienes en que abundáis.

En seguida confirma esto mediante autoridad. Por lo cual dice: según está escrito (Ex. 16,18): Ni quien más había cogido por eso tuvo más, ni quien menos recogió tuvo menos del maná, o sea, que quien tuvo más que la medida del gomor, no tuvo de más, o sea, no tuvo más de lo que necesitaba; y el que poco, no tuvo de menos, o sea, nada le faltó, porque todos igualmente tenían lo necesario. Y así ni quien recogió más. tuvo más, ni quien menos recogió tuvo menos.

**32**

(+2Co 8,16-24)

### LECTIO 3: 2 Corintios 8,16-24

Se alaba a los ministros por medio de los cuales se hacían las colectas y se les recomiendan a los Corintios.

16. Pero doy gracias a Dios, que ha puesto la misma solicitud por vosotros en el corazón de Tito.

17. Pues ha aceptado mi invitación, y todavía más solícito por su propia voluntad, va a veros.
18. Y os hemos enviado con él al hermano nuestro cuyo renombre a causa del evangelio se ha extendido por todas las iglesias.
19. Y no sólo eso, sino que fue designado por las iglesias como compañero de nuestros viajes, para esta generosidad a la cual nos consagramos para gloria del Señor y por nuestra resuelta voluntad.
20. Así evitaremos que alguien nos reproche por esta abundante riqueza que administramos para la gloria del Señor.
21. Pues procuramos el bien no sólo ante Dios sino también ante los hombres.
22. Con ellos os enviamos también a nuestro hermano, cuya solicitud tenemos ya comprobada muchas veces; y ahora aún más solícito, con gran confianza en vosotros.
23. En cuanto a Tito, él es mi socio y coadjutor entre vosotros; y nuestros hermanos son Apóstoles de las iglesias, gloria de Cristo.
24. Mostrad, pues, con ellos, ante la faz de las iglesias, vuestra caridad y la razón de nuestro orgullo respecto de vosotros.

Habiendo tratado de las colectas que se debían hacer, en seguida trata aquí de los ministros que debían hacerlas. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, nombrarlos; la segunda, recomendárselos a los Corintios: Mostrad, pues, ante la faz de las iglesias, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. Porque primero nombra a Tito; en segundo lugar a Bernabé: Y os hemos enviado con él al hermano, etc.; tercero, a Apolo: Con «ellos hemos enviado también a nuestro hermano, etc.

Acerca de Tito dos cosas encarece, a saber, su solicitud y la señal de su solicitud: Pues ha aceptado mi invitación, etc. Así es que primero dice: Arriba dije que rogué a Tito que completara la generosidad esta de colectar limosnas, que tiene todas mis preferencias por el mandato de los Apóstoles, por el cual también a él lo hallé solícito. Y por eso doy gracias a Dios, que ha puesto la misma solicitud que yo tengo por vosotros, exhortando y moviendo a obras de misericordia, en el corazón de Tito; porque también él está solícito, como yo lo estoy, para completar en vosotros esa buena obra. Mas deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin (Hebr. 6,2). El que preside, que sea con solicitud (Rm 12,8). Y la señal de su solicitud es que cuando le rogué, de buena gana, aceptó mi invitación. Y por eso dice: Pues ha aceptada mi invitación. Y porque puso en obra lo que le pedí. Por lo cual dice: y todavía más solícito por su propia voluntad, va a veros; el mismo que primero se negaba a ir por vuestros pecados. No seáis flojos en cumplir vuestro deber (Rm 12,2).

En seguida, cuando dice: Y os hemos enviado con él, etc., habla del segundo ministro. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, encomendarlo; la segunda, dar la razón de haber enviado tan importantes nuncios: Así evitaremos, etc. Según algunos este hermano es Lucas, pero según otros es Bernabé; pero (sea quien sea), lo encomia por tres motivos: a saber, por su fama, porque su renombre, a saber, el de Lucas, es a causa del evangelio por él escrito, por todas las iglesias, como aprobado que ha sido por los Apóstoles. O bien cuyo renombre, a saber, el de Bernabé, se debe al evangelio por él predicado por todas las iglesias, tanto a Judíos como a Gentiles. Por lo cual se dice de Bernabé en los Hechos que era un varón bueno lleno de fe y del Espíritu Santo. Y también lo recomienda como a compañero suyo, porque no sólo es renombrado sino que fue designado por las iglesias de Judea como compañero de nuestros viajes, o sea, de mi predicación, por la cual como peregrinos le damos la vuelta al mundo. Mientras habitamos en este cuerpo, estamos distantes del Señor y fuera de nuestra patria (2Co 5,6). Y esto es verdad respecto a Lucas, porque fue uno de los setenta y dos discípulos y compañero de Pablo. También respecto a Bernabé, porque se dijo por el Espíritu Santo: Separadme a Sauió y a Bernabé para la obra a que los tengo destinados (Ac 13,2). Y fue hecho compañero para esta generosidad de colectar limosnas. O bien en esta gran obra de la predicación, de la cual se dice en Efesios 3,8: A mí, el más inferior de todos los santos, etc. También lo recomienda por su oficio, porque es ministro de la gracia a la cual nos consagramos. A nosotros,

pues, nos ha de considerar e; hombre como ministros de Cristo (1Co 4,1). Y Dios es el que nos ha hecho ¡dóneos para ser ministros, -etc. (2Co 3,6). Y esta gracia se administra para la «gloria del Señor, para que nuestro Señor sea glorificado, por las limosnas que se hagan, por la conversión de muchos pueblos con nuestra predicación, porque como se dice en el Libro de los Proverbios (14,28): En la muchedumbre de pueblo está la gloria de un rey. También se administra para que nuestra voluntad se cumpla, porque esto es lo que nosotros queremos hacer. Por lo cual dice: y por nuestra resuelta voluntad, esto es, predestinada por Dios, que ab aeterno nos predestinó a tener tal voluntad.

En seguida, cuando dice: Así evitaremos, etc., da la causa de enviar a tan importantes nuncios. Y primero da la razón de ello; luego, la demuestra: Pues procuramos, etc. Así es que dice: La causa de que enviamos a tan importantes nuncios es para que sepáis que este asunto nos interesa visceralmente. Por lo cual dice: Así evitaremos que alguien nos reproche, etc.; como si dijera: para evitar el reproche que se nos podría echar en cara por algunos: o bien de negligencia, si no enviara yo a esforzados; o bien de fraude, si no enviara a gente segura. Y éstos eran esforzados, y activos, y seguros, como designados por las iglesias y electos por el Espíritu Santo. Nosotros no demos a nadie motivo alguno de escándalo (2Co 6,3). Y dice por esta abundante riqueza, a saber, de limosnas o de conversión de las Gentes. Comuniquen cada quien al prójimo el don según que lo recibió, etc. (1P 4,10). Y esto lo demuestra diciendo: Pues procuramos, etc.; como si dijera: Bien digo que lo evitaremos porque procuramos, porque debemos procurar cosas buenas, o sea, que nuestras obras sean buenas no sólo delante de Dios, para agradarle, sino también delante de los hombres, para que ellos vean que son buenas. Y esto lo hace procurándolo solícitamente y multiplicando los bienes. Aplicaos al bien (Rm 12,9).

En seguida, cuando dice: Con ellos os enviamos también a nuestro hermano, etc., habla del tercer nuncio, de Apolo. En lo cual hace dos cosas. Primero, encomiar su solicitud diciendo: cuya solicitud por vuestra salvación tenemos ya comprobada muchas veces; y ahora aún más solícito. Porque, como arriba se ha dicho, Apolo fue el primero que después del Apóstol predicó entre los Corintios. Yo planté, Apolo regó (1Co 3,6). Mas éste, disgustado por el pecado de ellos mismos, se apartó y la solicitud que por ellos había tenido la aplazó. Mas ahora, habiendo sabido su conversión, se hizo aún más solícito por el bien de ellos que anteriormente. Solícitos en conservar la unidad del espíritu (Ep 4,3). El que preside, que sea con vigilancia (Rm 12,8). Lo segundo es agregar qué origen tuvo su solicitud: Apolo confió en vosotros por lo que de vosotros dijo Tito elogiándoos. Por lo cual dice: con gran confianza en vosotros en cuanto a Tito, que es mi socio; y por haberse juntado libremente con Tito y con Lucas o con Bernabé; y porque a eso fue inducido por los Apóstoles de las iglesias que están en Judea. Y por eso dice: y nuestros hermanos, Apóstoles de las iglesias de Judea, lo indujeron a tener solicitud por vosotros, las cuales iglesias son gloria de Cristo, o sea, para gloria de Cristo.

En seguida, cuando dice: mostrad, pues, ante la faz de las iglesias, etc., les recomienda estos nuncios a los Corintios, diciendo: pues tales nuncios os hemos enviado, luego mostrad, etc., esto es, mostrad con obras la caridad que tenéis para con ellos y que con razón os encomié y que con razón me enorgullezco de vosotros ante la faz de las iglesias a las que fui y en las que prediqué. O bien, ante la faz de las iglesias porque cuanto hagáis con ellos se sabrá en todas las iglesias.

## Capítulo 9

LECTIO 1: 2 Corintios 9,1-7

Exhorta a los Corintios a dar sus limosnas con liberalidad y abundancia, pero sobre todo alegremente.

1. En cuanto a este servicio en favor de los santos, me es superfluo escribiros.
2. Conozco, en efecto, vuestra prontitud de ánimo, de la que me glorí ante los macedonios, puesto que Acaya está preparada desde el año pasado. Y vuestro celo ha estimulado a muchísimos.
3. No obstante, os envió a los hermanos para que nuestro orgullo respecto de vosotros no se desvanezca en este particular y como os decía estéis preparados.
4. No sea que cuando vinieren los de Macedonia conmigo os encontraren sin prepararos, y nos avergonzáramos (por no decir vosotros) por esta causa.
5. Por tanto he creído necesario rogar a los hermanos que vayan antes a veros, y den orden para que esa como bendición de antemano prometida esté a punto como don generoso, no como por tacañería.
6. Os digo esto: el que siembra escasamente, escasamente cosecha; y el que siembra bendiciones, bendiciones también cosecha.
7. Cada cual dé según el dictamen de su corazón, no con tristeza ni forzado. Pues Dios ama al que da con alegría.

Habiendo inducido el Apóstol a los Corintios a dar limosnas para los santos que están en Jerusalén, aquí los aconseja en cuanto al modo de dar, para que den abundantemente y con alegría. De aquí que para que dieran como era debido les envió a tan importantes nuncios. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero excluye una sospechosa causa de haberles enviado a los nuncios; luego, indica la verdadera causa: No obstante, os envió a los hermanos para que, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, excluir la sospecha; la segunda, indicar la verdadera causa: conozco, en efecto, vuestra prontitud; la tercera, probar esa causa: de la que me glorí ante los Macedonios, etc. En cuanto a lo primero, como alguien podría decirle al Apóstol: Tú nos amonestas para que recibamos bien a los nuncios que nos envías; pero ¿por qué no mejor nos amonestas a que demos espléndidas limosnas? Por lo cual, excluyendo esto, dice: No es necesario que esto lo amoneste, porque en cuanto a este servicio en favor de los santos me es superfluo escribiros, siendo la causa que conozco vuestra prontitud de ánimo para ayudarles. Dispuesto está mi corazón, oh Dios (Ps. 107,2). Y que vuestro ánimo esté pronto lo pruebo doblemente. Primero por mi orgullo por vosotros. Porque si no supiera que tenéis pronto el ánimo para esto, no me gloriaría de vosotros ante los demás. Y por eso dice: de ía que, de la prontitud de vuestro ánimo. Toda nuestra gloria consiste en el testimonio que nos da la conciencia, etc. (2Co 1,12). Grande es la confianza que de vosotros tengo (2Co 7,4). - Me glorí ante los Macedonios de que la Acaya, cuya capital es Corinto, preparada está desde el año pasado para ayudar generosamente. Lo segundo es por el efecto, porque por vuestro ejemplo estimulasteis a muchos a lo mismo. Y por eso dice: y vuestro celo, esto es, el deseo y el propósito de imitaros ha estimulado a muchísimos; porque habiendo oído que vosotros, bien enmendados, adelantabais, muchos se sintieron estimulados a progresar. El hierro con hierro se agudiza (Pr 27,17). Sed, pues, celosos amantes del bien, etc. (Galat. 4,18). Entre esos dones aspirad a los mejores (1Co 12,31).

En seguida, cuando dice: No obstante, os envió a los hermanos, etc., indica la verdadera causa de haber enviado a tan importantes nuncios. Y primero la señala en general; y luego en especial: y como os decía, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, indicar la verdadera causa,

diciendo: la causa de haber enviado a éstos es no el creer que no queráis vosotros socorrer a los pobres, sino para que nuestro orgullo respecto de vosotros, o sea, la gloria que por vosotros tenemos, no se desvanezca, si fallaseis. Tengo por mejor el morir, etc. (1Co 9,15). No se desvanezca, digo, en este particular, porque bien me consta que en otras virtudes y bienes no desvanecéis mi gloria. La segunda, diciendo: Y tal corno, etc., se les ha exhortado al debido modo de dar. Y primero los exhorta a que den con prontitud; luego, a que den con abundancia: por lo tanto he creído necesario, etc.; tercero, a que den alegremente: cada cual dé según el dictamen de su corazón, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, indicar el modo de dar; la segunda dar la razón de ello: no sea que cuando vinieren Jos de Macedonia conmigo, etc. El modo de dar es con prontitud. Y por eso dice: os envié unos ministros para que estéis preparados para dar, como os dije, para ejemplo de los Macedonios. Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas (Mt 25,10). No digas a tu amigo: anda y vuelve: mañana te daré, etc. (Pr 3,28). La razón de ello es que no sea que cuando vinieren conmigo a veros los Macedonios os encontraren sin prepararos, y nos avergonzáramos; como si dijera: Para vosotros será la vergüenza si prometisteis y no cumplís. Pero si esto lo soportáis y no os preocupa vuestra vergüenza, al menos preocupaos de la nuestra, por lo que os decimos que estéis preparados. En seguida, cuando dice: Por lo tanto, he creído necesario, etc., los exhorta a que den con abundancia. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, exhortarlos; la segunda, dar la razón de la exhortación: Os digo esto, etc. Así es que dice: No sea que nuestro orgullo se desvanezca y para que vosotros no os avergoncéis, he creído necesario rogar a los hermanos, a saber, a Lucas, Tito y Apolo, que vayan antes a veros, y den orden para que esté a punto esa bendición de antemano prometida, a saber, la limosna, llamada bendición porque es la causa de la eterna bendición. Porque por el hecho de dar, el hombre es bendecido por Dios (Este es el que obtendrá la bendición del Señor: Ps. 23,5) y por los hombres. Quien es compasivo será bendito (Pr 22,9). Y dice que la dicha limosna esté a punto como una bendición, o sea, abundantemente, y no como por tacañería, o sea, muy corta. Y la razón de que deben dar abundantemente es porque digo que el que escasamente siembra, o sea, quien da poco en este mundo, también escasamente cosecha, o sea, que recibirá muy poco en el otro siglo. Y habla de sembrar porque siembras nuestras son lo que de bueno^ hagamos. Y también porque si se siembra poco no se cosecha mucho. Lo que un hombre sembrare eso cosechará (Galat. 7,8), pero multiplicado. - Y el que siembra bendiciones, esto es, abundantemente, bendiciones también cosecha, o sea, una amplia retribución de Dios. Pero ¿acaso no cosechan todos abundantemente? Así débese decir en cuanto a la cantidad del premio, porque todos rebosan, y nadie cosecha allí poco. Pero se dice que abundantemente en cuanto a la proporción de lo que buenamente se sembró. Hay diferencia en la claridad entre estrella y estrella (1Co 15,41). Abundantemente todos en cuanto al premio substancial, pero escasamente en cuanto al premio accidental, en el cual está la diferencia de los santos. El que recogía mucho no se hallaba con más, ni con menos que el que recogía poco (2Co 8,15). Porque a veces alguien da poco, y con gran caridad y abundantemente cosecha.

En seguida, cuando dice: Cada cual, etc., los exhorta para que den alegre y gozosamente. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque los mueve primero a dar gozosamente; y luego da la razón de ello: Pues Dios ama al que da con alegría. Así es que dice: Digo que tengáis preparado lo que queráis dar como bendición, o sea, abundantemente, y digno de bendición, y no como por tacañería, o sea, no escasamente. Y esto lo dice porque lo que espontáneamente se hace no se puede hacer avaramente. Por lo cual agrega: Cada cual, etc., no como avaramente, porque cada cual de vosotros dé limosna según el dictamen, esto es, según lo haya pensado, en su corazón, confiriéndolo consigo mismo; no con tristeza; como si dijera: Cada cual dé voluntariamente, no a la fuerza. Pues indica dos cosas opuestas a lo voluntario: la tristeza y lo forzado. Porque lo voluntario desaparece por algo violento. Y lo violento es doble: o simple o mixto. Simple cuando absolutamente alguien obliga a otro a obrar contra su voluntad. Para hacer a un lado tal clase de violencia dice: ni forzado, lo que ocurriría si dieran forzados por el mandato del Apóstol; como si dijera: No os fuerce a dar nuestro mandato, sino que a esto mismo se mueva vuestra pronta voluntad. Cada uno espontáneamente y de buen



corazón quiera ofrecer al Señor (Ex. 35,5). Lo violento mixto se da cuando alguien no de manera, absoluta es forzado a hacer algo contra su voluntad, sino relativamente, o sea, cuando si no lo hace sufre un daño mayor, como cuando por no arrojar las mercancías al mar se hunde la nave. Y así de cierto modo obra voluntariamente y de cierto modo forzadamente, en cuanto es forzado por el temor de un daño mayor. Y para que esto no ocurra dice: no con tristeza, o sea, no de tal manera que haya una violencia mixta, como si dijera: No por el temor a la vergüenza, para que no os avergoncéis, sino por el gozo que experimentáis por el amor que les tenéis a los santos. Yo te ofreceré un sacrificio voluntario, etc. (Ps. 53,8).

En seguida, cuando dice: Pues al que da con alegría Dios lo ama, indica la razón, y es ésta: Todo remunerador remunera las cosas que son dignas de remuneración, y éstas son solamente los actos de las virtudes. Ahora bien, en los actos de virtud hay dos cosas, a saber, la especie del acto, y el modo de obrar, el cual es por parte del agente. Por lo cual si en el acto de virtud no concurren estas dos cosas, no se dice que ese acto sea absolutamente virtuoso, así como no se dice que sea perfectamente justo conforme a la virtud quien efectúa una obra de justicia si no es con delectación y gozo. Y aun cuando entre los hombres, que no ven sino lo patente, basta que alguien obre el acto de virtud conforme a la propia especie del acto, por ejemplo, un acto de justicia; sin embargo, ante Dios, que mira el interior de los corazones, no basta que se obre el acto de virtud conforme a su especie, si no se efectúa según el modo debido, o sea, gozosamente y alegremente. Por lo cual, no simplemente al que da, sino que al que da con alegría lo ama Dios, o sea, lo aprueba y remunera, y no al triste y medio forzado. Servid al Señor con alegría (Ps. 99,2). Todo lo que das dalo con semblante alegre (Eccli. 35,1 i). El que reparte limosna, déla con sencillez (Rm 12,8).

### 34

(+2Co 9,8-15)

#### LECTIO 2: 2 Corintios 9,8-15

Insiste en por qué deben dar limosna alegremente, con ánimo pronto y abundantemente.

8. Porque poderoso es Dios para hacer abundar en vosotros toda gracia, para que teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, abundéis en toda obra buena.

9. Como dice la Escritura: repartió a manos llenas, dio a los pobres, su justicia permanece por los siglos de los siglos.

10. Aquel que provee de simiente al sembrador y de pan para su alimento, proveerá y multiplicará vuestra sementera y colmará el incremento de los frutos de vuestra justicia.

11. Para que siendo ricos en todo, abundéis en toda generosidad, la cual por nosotros obra acción de gracias a Dios.

12. Porque el servicio de esta acción no sólo llena las necesidades de los santos, sino que redundará también en abundantes acciones de gracias en el Señor.

13. Experimentando este servicio, glorifican a Dios por la obediencia de vuestra confesión en el evangelio de Cristo y por la generosidad de vuestra comunión para con ellos y con todos:

14. Y con su insistente súplica por vosotros os aman ardientemente por la sobreexcelente gracia de Dios que hay en vosotros.

15. Gracias doy a Dios por su inefable don.

Aquí da sus razones de tres modos. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero da la razón tomada de parte de ellos mismos; segundo, la razón tomada de parte de Dios: para que siendo ricos en todo, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, dar la razón; la segunda, confirmarla: como

dice la Escritura, etc. La razón es la siguiente: El que da algo que se le multiplica, debe dar prontamente, alegremente y abundantemente, así como vemos que los hombres abundantemente, y prontamente y con gozo siembran la semilla porque multiplicada la recobran. Así es que como la limosna se les multiplica a los que dan, debéis darla gozosa y abundantemente. Y que se multiplique es patente, porque poderoso es Dios para hacer abundar en vosotros toda gracia, etc.; como si dijera: No temáis dar porque abrumados por la indigencia os arrepintáis alguna vez de haber dado, porque poderoso es Dios de hacer abundar toda gracia del Espíritu Santo, por la cual siempre os alegréis de la buena obra que hayáis hecho. Y por eso dice: abundéis en toda buena obra, esto es, que tengáis un gran gusto en dar limosna, tal como lo tenéis en otras obras de virtud, y que sin embargo tengáis todo lo necesario de los bienes exteriores. Y por eso dice: para que teniendo siempre en todas las cosas todo lo necesario, o sea, para que consideréis tenerlo. Dios, quien da a todos copiosamente, etc. (Sant. 1,5). Teniendo, pues, qué comer, y con qué cubrirnos, etc. (1Tm 6,8). En cuanto a lo que nos es necesario se dice adelante: mi gracia te basta (2Co 12,9). De su multiplicación dice Is 30,23: El Señor enviará lluvia a fus sementeras; y en Mateo 19,29: Y cualquiera que dejare casa, hermanos, etc., recibirá el céntuplo, etc.

En seguida, cuando dice: Como dice la Escritura, etc., prueba doblemente la razón dada, por autoridad y por la práctica: Aquel que provee de simiente al sembrador, etc.; y lo prueba por autoridad, diciendo: Rectamente debe moveros la predicha razón, porque, como dice la Escritura, etc.

Pero la Glosa en otro sentido aduce esta autoridad, distinto del sentido del Apóstol. Porque la Glosa la aduce así: Digo que abundéis en toda obra buena, a saber, en la generosidad de las limosnas, porque está escrito: repartió a manos llenas, dio a los pobres. Pero es evidente que el Apóstol quiere referir esto a aquello que dijo sobre hacer abundar toda gracia. Y esto porque la justicia de aquel que dio a manos llenas y dio a los pobres permanece eternamente. Haz bien al justo, y lograrás una gran recompensa, etc. (Eccli. 12,2). Ahora bien, en la autoridad invocada se dice a quiénes se debe dar, o sea, a los pobres, a los indigentes, etc. Cuando des una comida o cena, etc. (Luc. 14,12). Y de qué manera se debe dar, porque dio a manos llenas, porque no lo dio todo a uno solo, sino separadamente a muchos. Aunque yo distribuya todos mis bienes, etc. (1Co 13,3). Parte tu pan con el hambriento, etc. (Is 58,7). Su justicia, o sea el poder de su justicia, permanece eternamente, porque por lo que da se le aumenta la voluntad de dar; o bien su justicia, esto es, la merced de su justicia, permanece eternamente. Para el que siembra justicia es seguro el salario (Pr 11,18). Y por la práctica se confirma la razón predicha, diciendo: Aquel que provee de simiente, etc.; como si dijera: Sabéis por experiencia que lo mismo que dais de limosnas lo recibís de Dios. Por lo cual debéis dar generosamente por amor de Dios. Tuyas son todas las cosas que hemos recibido de tu mano, etc. (Paral. 29,14). E introduce tres cosas acerca de esto. Lo primero es que alguien podría decir: Si hoy damos lo que tenemos, nos hará falta lo necesario para el diario sustento. Y esto lo hace a un lado, porque el que provee no sólo da la simiente al sembrador, sino también pan, o sea, lo necesario para la vida, para su alimento (Al que da el alimento a todos los vivientes: Ps. 135,25). Lo segundo, porque podría decir que si damos mucho nos hará falta lo que tenemos para dar de nuevo. Y esto el Apóstol lo hace a un lado diciendo que no nos hará falta sino que se multiplicará vuestra sementera de la que hagáis muchas limosnas. Lo tercero porque podría alguien decir que si ahora damos nos faltará la voluntad para dar, y nos pesará el haber dado, y así todo lo perderemos. Y esto lo hace a un lado diciendo: Y colmará el incremento de los frutos de vuestra justicia, esto es, será tanto lo que aumente la posibilidad y la voluntad de dar limosnas, de lo cual procede vuestra justicia, que estaréis siempre preparados y prontos para dar limosnas, y lo que cosechéis sera lo máximo en comparación con la insignificante semilla. De las primicias de tus cosechas da a los pobres\* (Pr 3,9). Derramaré mi bendición

\* Así cita Santo Tomás este texto, que en la Vulgata dice de esta manera: Honora Dominum, etc., et de primitas omnium frugum tucrum da ei (esto es, a Dios). Quizá porque lo que de primicias se daba a Dios se les repartía luego a los pobres (Nota del traductor).

sobre vosotros (Lv 25,21). La virtud sirve para toda (1Tm 4,8).

En seguida, cuando dice: Para que siendo ricos en todo, etc., dice por qué deben dar pronta, abundante y alegremente por parte de los mismos dadores; y luego da la razón por parte del mismo Dios por quien deben dar. Y primero indica la razón; segundo, la explica: porque el servicio de esta acción, etc. Y al indicar la razón débense considerar tres cosas, siendo la primera el enriquecimiento de ellos mismos, lo cual corresponde a las premisas. Porque arriba había dicho: multiplicará vuestra sementera y colmará el incremento de los frutos de vuestra justicia; y esto primeramente lo reafirma diciendo: para que siendo ricos en todo» esto es, tanto en los bienes temporales como en los espirituales. En El habéis sido enriquecidos con toda suerte de bienes (1Co 1,5). Pero para que no vaya alguien a creer que se debe poner el fin en la abundancia de las riquezas temporales, o que las riquezas espirituales deba alguien poseerlas ociosamente, sin emplearlas, refiere esto primero a lo otro segundo, diciendo: abundéis en toda, o sea, perfecta, generosidad, esto es, largueza hecha con ánimo generoso, para que la largueza sea de las riquezas temporales, y la generosidad de las espirituales. La generosidad servirá como de guía a los justos (Pr 2,3). Pero aun esto mismo débese referir a otro fin, a Dios. Por fo cual agrega en tercer lugar: la cual, la simple largueza, por nosotros obra, estando nosotros de por medio, acción de gracias a Dios. - Dad gracias por todo, etc. (1Th 5,18).

En seguida, cuando dice: Porque el servicio de esta acción, explica la razón arriba dada, a saber, de qué modo la generosidad de ellos obra acción de gracias a Dios. Y primero lo indica; segundo, señala la materia de la acción de gracias: glorifican a Dios, etc.; tercero, él mismo prorrumpo en acción de gracias: Gracias doy a Dios, etc. Así es que dice: Digo que vuestra generosidad obra acciones de gracias a Dios, porque el servicio de esta acción vuestra por la que socorréis a los santos, contiene muchos bienes, porque no sólo llena las necesidades de los santos en cuanto a las cosas temporales. Supla al presente vuestra abundancia la necesidad de los otros (2Co 8,14). Así es que no sólo este bien se sigue de allí, sino también que ellos mismos oran por vosotros y dan gracias a Dios, recibiendo y alabando vuestro servicio. Y esto lo dice así: sino que redundará también, o sea, se derrama, en abundantes acciones de gracias, las cuales son hechas por muchos, no sólo por los perfectos sino por otros fieles pobres que por ese motivo dan gracias a Dios en el Señor, que a esto los mueve el ver y recibir vuestro servicio. A fin de que muchos den gracias del beneficio que gozarnos, ya que es para bien de muchas personas (2Co 1,11). Y la materia de esta acción de gracias es triple.

Primero es por la fe que recibieron, por lo cual dice: Digo que abunda en acción de gracias. Glorifican, los fieles, a Dios por la obediencia de vuestra confesión, esto es, por la confesión de vuestra fe, con la que confesáis a Cristo y creéis en El. Brille así vuestra luz ante los hombres, etc. (Mt 5,16). El hombre obediente cantará la victoria (Pr 21,28). Segundo, por la generosidad de ellos. Por lo cual dice: Glorifican a Dios también por la generosidad de vuestra comunión, esto es, por vuestra generosidad para con ellos, con los santos pobres, y con todos, a saber, los fieles menesterosos, generosidad hecha con el ánimo generoso y puro. Aquel a quien se le instruye en las cosas de la fe asista de todos modos con sus bienes al que le instruye (Gal. 6,6). Y repite: Hagamos el bien a todos (Ps 6,10). Tercero, por lo que esos mismos santos varones tienen de Dios, para que por ellos den gracias a Dios. Por lo cual dice: glorifican también a Dios con su insistente súplica por vosotros, esto es, glorifican a Dios por el hecho de que esos mismos santos varones suplican insistentemente por vosotros: digo que por su ardiente amor por vosotros os desean ver en la eterna bienaventuranza, y esto por la sobreexcelente gracia de Dios que hay en vosotros. Así es que por

todo esto el Apóstol prorrumpe en acción de gracias a Dios, diciendo: Gracias doy a Dios, etc., esto es, porque tantos bienes provienen así de vuestro servicio, yo doy gracias a Dios, etc., de la caridad, que de manera excelente se ve que florece entre vosotros, que socorréis, también a quienes así dan gracias a Dios y oran por vosotros. Y este don es inefable, pues no puede decirse cuan provechoso es porque ni ojo vio ni oído oyó, etc.

## Capítulo 10

**35**

(+2Co 10,1-6)

### LECTIO 1: 2 Corintios 10,1-6

Suplica y ruega Pablo a los Corintios no crean que se muestra humildemente entre ellos por pusilanimidad por el hecho de no obrar carnalmente.

1. Yo mismo, Pablo, os suplico por la mansedumbre y benignidad de Cristo, yo, tan poca cosa en vuestra presencia, mas tan atrevido con vosotros ausente.
2. Os ruego que no tenga que mostrarme atrevido en presencia vuestra, con la audacia con que pienso atreverme contra algunos que consideran que procedemos según la carne.
3. Pues aunque vivimos en la carne no combatimos según la carne.
4. Pues las armas de nuestro combate no son carnales, sino que son poderosas en Dios para derrocar fortalezas destruyendo planes
5. y toda altanería que se subleva contra la ciencia de Dios, y reducimos a cautiverio todo entendimiento para obediencia de Cristo.
6. Y estamos dispuestos a castigar toda desobediencia cuando vuestra obediencia sea perfecta.

Habiendo tratado acerca de los buenos ministros de Cristo y de la fe, en seguida arremete el Apóstol contra los falsos ministros y seudoprofetos. Y primero arremete contra ellos; luego contra los que engañados por ellos se les adherían: Mirad que por tercera vez( etc. (2Co 13,1). Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero se justifica mediante una razón de las cosas que se le imputan, y luego por la evidencia de los hechos: Mirad las cosas según se dejan ver, etc. (2Co 10,7). Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero se niega a justificarse con hechos, aunque podría; segundo, se justifica mediante una razón: algunos que consideran, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. Primero anticipa la súplica; segundo, interpone lo que se le imputa por los falsos: Yo, tan poca cosa en vuestra presencia; tercero, rechaza el hecho invocado: Os ruego. Así es que dice: Yo mismo, Pablo, que a vosotros y a otros exhorto a dar limosna, yo mismo, digo, os suplico por la mansedumbre y benignidad de Cristo. De la mansedumbre de Cristo se dice en Mateo 1 1,29: Aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón. Sobre su modestia: Tú dispones todas las cosas con medida, número y peso (Sg 2,21). Porque la modestia no es otra cosa que la moderación que se debe observar en lo que se ha de hacer. Y hace aquí especial mención de la mansedumbre y modestia de Cristo porque los falsos y los Corintios especialmente le imputaban a Pablo que estando entre ellos se portaba humildemente y que en ausencia les escribía con suma dureza. Y por eso habla de esas dos cosas que tuvo Cristo, para que sepan que esas mismas mostró y guardó el Apóstol a ejemplo de Cristo. Por lo cual en seguida interpone el vicio que se le imputa, diciendo: Yo mismo, Pablo, esto es, en verdad humilde, porque Paulus quiere decir humilde y tranquilo. Siendo,

como soy, el menor de los Apóstoles (I Cor,15,9). De aquí que yo mismo soy verdadero Pablo. Mas tú eres siempre el mismo (Ps. 101,28). Hay quien maliciosamente se humilla (Eccli. 19,23). Donde hay celo y discordia, allí reina el desorden y todo género de vicios (Sant. 3,16). - Yo, digo, os ruego, yo que en vuestra presencia, o sea, exteriormente, como decís, tan poca cosa soy, o sea, de trato tan humilde estando personalmente con vosotros, mas ausente, o sea, cuando estoy lejos de vosotros, cuando no temo ser ofendido por alguno de vosotros, tan atrevido con vosotros, esto es, presuntuosamente obro, escribiéndoos con aspereza mis epístolas. El justo se mantiene a pie firme como el león (Pr 28,1).

En seguida, cuando dice: Os ruego, etc., se niega a aceptar el hecho; porque éstos creían que el Apóstol llevado del temor se portaría humildemente entre ellos; por lo cual dice: Así lo creéis vosotros, pero yo os ruego, y yo mismo os suplico que no queráis comprobar si por ventura yo en caso necesario me porte personalmente de la misma manera que de lejos. Y por eso dice: Os ruego que no tenga que mostrarme atrevido en presencia vuestra, cuando esté con vosotros, si fuere necesario, con la audacia, esto es, con la misma confianza con que pienso atreverme, esto es, resuelta y confiadamente, contra algunos, reprendiendo duramente a los no corregidos, como corrijo por carta. Exaltat audacter, etc. (Jb 31).

En seguida se justifica con una razón, diciendo: contra algunos que consideran, efe; como si dijera: Y aunque por vosotros no quiero justificarme con los hechos; sin embargo, hay una razón para justificarme fácilmente y de manera suficiente. Acerca de esto hace tres cosas. Primero indica la causa de que le imputen lo ya dicho; segundo, la destruye; tercero, lo confirma con una razón. Ahora bien, la causa de que eso se le impute, a saber, que personalmente sea humilde, y en ausencia severo y duro, es que éstos juzgaban que el Apóstol procedía según la carne. Y como cada ser obra según la regla de la operación, y el fin tiene razón de regla, por lo mismo cada cual encamina su obra al fin que intenta. Así es que de quienes ponen su fin en los bienes carnales se dice que proceden según la carne. Y de aquí que norman sus obras de manera de conseguir las cosas que son de la carne; y para poder obtenerlas suavemente de los demás, los hombres que tienden a las cosas carnales se portan con ellos blanda y humildemente. Y por eso, por creer que el Apóstol procedía según la carne, creían que por esa razón se portaba humildemente entre ellos. Pero esta razón es nula y vana, por lo cual la destruye, diciendo: Pues aunque vivimos en la carne, etc.; como si dijera: Que vivimos en la carne no lo podemos negar, porque decimos en Romanos 8,12: Somos deudores, no a la carne, etc.; pero que nos normemos según la carne, poniendo el fin en los bienes carnales, o nuestra intención, es falso, porque no combatimos según la carne, o sea, que nuestra vida, que es una especie de milicia, como se dice en Job 8,1, no la normamos según la carne. Y que no combate según la carne lo prueba diciendo: Pues las armas de nuestro combate, etc. Y primero por las armas de combate, así como cada combatiente tiene las armas apropiadas a su combate y milicia. Pero consta que las armas de quienes luchan o militan según la carne son las riquezas, las voluptuosidades, los honores, los poderes mundanos y temporales; y como nuestras armas no son tales, porque las armas de nuestro combate no son carnales, sino que son poderosas en Dios, o sea, según Dios, o bien para el honor de Dios: luego nosotros no militamos según la carne. Y al decir lo segundo: para derrocar fortalezas, indica el poder de las armas espirituales, poder que es patente por su triple efecto.

El primer efecto es que con las mismas armas se confunde a los rebeldes. Y en cuanto a esto dice: para derrocar fortalezas, como si dijera: Felizmente los poderes en Dios son para desfruir rebeldes. A fin de que sea capaz de instruir en la sana doctrina y redargüir, etc. (Tito 1,9). Te doy autoridad para destruir y arrasar (Jr 1,10). Ahora bien, algunos se fortifican contra Dios de dos maneras. Algunos con astutos planes, como son los tiranos, que con sus perversos planes maquinan destruir las cosas que son de Dios para prevalecer ellos absolutamente. Y en cuanto a esto dice: destruyendo planes, los planes de los tiranos. Que prende a los sabios con sus propias redes (Jb 5,13). Otros por

soberbia o excelencia del propio talento. Y en cuanto a esto dice: y toda altanería de su soberbia. No blasonando de cosas altas (Rm 12,16), o sea, soberbias. O más bien la profundidad del entendimiento tanto de los juristas como de los filósofos. Ni lo que hay de más alto, ni de más profundo (Rm 8,39). (Ay de vosotros los que os tenéis por sabios a vuestros ojos (Is 5,21). Altanería, digo, que se subleva contra la ciencia de Dios, a saber, contra la fe, que es la ciencia de Dios, porque las cosas que de Dios se dicen las impugnan, a saber, el parto de la Virgen y otras cosas admirables de Dios. Llena está la tierra de la ciencia de Dios (Is 1 1,9). No han conocido las honduras de Satanás (Ap 2,24). No quieras saber más profundamente, más bien teme (Rm 1 1,20).

El segundo efecto es la conversión de los infieles a la fe. Y en cuanto a esto dice: y reducimos a cautiverio todo entendimiento: lo cual ciertamente hace cuando ¡o que el hombre sabe lo subordina totalmente al servicio de Cristo y de la fe. Para aprisionar con grillos a sus reyes y con esposas de hierro a sus magnates (Ps. 149,8). Mete tus pies en sus grillos y tu cuello en su argolla, esto es, en las enseñanzas de la fe (Eccli. 6,25).

El tercer efecto es la corrección de los pecadores. Y en cuanto a esto dice: Y estamos dispuestos, esto es, con ánimo resuelto y libre para castigar toda desobediencia. Vibrarán en sus manos espadas de dos filos (Ps. 149,6). Y esto será cuando vuestra obediencia sea perfecta, cuando seáis perfectamente obedientes, porque si queréis obedecer no habrá lugar de que nosotros castigemos una desobediencia de los demás ni vuestra. O bien os castigaremos en obediencia cuando sea completa vuestra desobediencia, o sea, que entonces será destruida vuestra desobediencia; porque los contrarios se curan con los contrarios.

### 36

(+2Co 10,7-12)

#### LECTIO 2: 2 Corintios 10,7-12

Encomienda a sus oyentes el juicio de su excusa y dice que los falsos no deben ser preferidos a él.

7. Mirad las cosas según se dejan ver. Si alguno se precia de ser de Cristo, considere asimismo para consigo: que así como él es de Cristo, también lo somos nosotros.

8. Porque aun cuando yo me gloriase un poco más de la potestad que el Señor nos dio para vuestra edificación y no para vuestra ruina, no me avergonzaría.

9. Pero porque no parezca que pretendo aterraros con mis cartas,

10. ya que ellos andan diciendo: las cartas, sí, son graves y fuertes; mas su aspecto corporal es ruin, y despreciable su lenguaje,

11. piense ese tal que cuales somos hablando por carta, ausentes, lo seremos también presentes y de obra.

12. Ciertamente no osamos igualarnos ni compararnos a algunos que se dan importancia a sí mismos, sino que nos medimos por lo que somos, comparándonos con nosotros mismos.

Arriba dio el Apóstol una razón de su justificación; aquí se justifica por la evidencia de los hechos. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero pone en manos de sus oyentes el juicio de su justificación; y luego prosigue su defensa: Si alguno se precia, etc. Así es que primero dice: Aun cuando por la razón que di se vea que es falso lo que falsamente me imputan, sin embargo, si hay algunos entre vosotros que no se convenzan por la razón, y no quieran aceptarla, al menos mirad, considerad las cosas según se dejan ver, esto es, las que manifiestamente se ven respecto a mí de

manera evidente. Y íes entrega el juicio de su causa, mostrando así la seguridad de su corazón. Respondedme, os ruego, sin porfía (Jb 6,29).

Objeción. En contra está lo que dice Juan 7,24: No queráis juzgar por las apariencias. Luego no rectamente se dice aquí: Mirad las cosas según se dejan ver.

Respuesta. Débese decir que en San Juan se toma el según la apariencia, por lo que exteriormente se manifiesta en el hombre, a saber, por la sola apariencia de verdad, conforme a la cual no debe juzgar el hombre, porque suele ocultarse lo contrario en el corazón. Por lo cual se dice en Mateo 7,15: Vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. Y acá se toma el "según se dejan ver" por la propia verdad evangélica y la evidencia de ios hechos, conforme a la cual se puede hacer un juicio. La Glosa lo explica de otra manera: conforme a la apariencia, esto es, ved lo falso, o sea, observad. Como si dijera: Considerad sus hechos, porque es imposible que entre muchas cosas buenas que exhiben, no hagan algunas por las que podáis conocer su perversa intención. Por sus frutos los podréis conocer (Mt 7,20).

En seguida, cuando dice: Si alguno se precia, etc., prosigue su defensa. Ahora bien, ocurre que alguien se mueve contra otro por estar engañado por la autoridad de un tercero que se presenta como grande. Y así, los Corintios se habían levantado contra el Apóstol engañados por los falsos que decían tener mayor autoridad que él, porque llegaban de Judea y porque se habían convertido primero. Por lo cual hace dos cosas el Apóstol. Primero rechaza la autoridad de aquellos falsos; luego prosigue su defensa: Pero porque no parezca, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero muestra que los falsos no deben ser preferidos a él, y segundo que él debe ser preferido a ellos: porque aun cuando yo me gloriase un poco más, etc. Así es que dice: Digo que miréis estas cosas según se dejan ver. Pues si alguno de los falsos se precia de ser de Cristo, por algo grande que haya hecho, o por algún don espiritual que haya recibido de Cristo, considere esto para consigo, esto es, considérello diligentemente en su corazón, porque así como él es de Cristo, también lo somos nosotros; como si dijera: Si algo hay en ellos, en nosotros hay todo aquello por lo que debemos decir que también nosotros somos de Cristo. Estoy persuadido de tener yo también el espíritu de Cristo (1Co 7,40). Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, éste tal no es de Jesucristo (Rm 8,9). Y no sólo somos nosotros de Cristo como ellos, sino que mucho más que ellos podemos gloriarnos de que somos de Cristo. Y esto lo dice así: Porque aun cuando yo me gloriase un poco más de la potestad, del poder, que el Señor nos dio, etc. - Vaso de elección es éste para mí (Ac 9,15). Quien dio eficacia a Pedro, etc., me la dio también a mí, etc. (Gal. 2,8). Digo que me dio a mí esta potestad especial de convertir a los Gentiles para edificación, a saber, de la Iglesia, y no para destrucción, como hacen los falsos, que de la potestad que se les dio abusan para lo contrario de su finalidad. Porque aun cuando esa potestad es para edificación de la Iglesia en la fe y en la caridad, éstos, sin embargo, buscan su gloria y no la de Cristo, por lo cual destruyen. Y esto lo hacían predicando las observancias legales y haciendo negocio. Así es que si me giorío un poco más de esta potestad que tengo, y por la cual busco la gloria de Cristo y no la mía, no me avergonzaría de recomendarme así, porque no lo hago por ostentación sino por razón de necesidad, a saber, para demostrar que mi autoridad es grande, y nula la de los falsos, para que no seáis engañados por ellos en lo sucesivo. En lo cual débese notar que según Gregorio por dos razones puede alguien encomiarse a sí mismo sin pecado: cuando alguien es expuesto al oprobio y se le desprecia; y es entonces para que no desespere viéndose despreciado y para que haga callar a los adversarios. Y así Job mucho se ensalzó, como consta en el capítulo 27, v. 6, donde dice: Nada me reprocha mí corazón en todo el curso de mi vida. Y también cuando predicando alguien la verdad, y un adversario de la verdad lo contradice e impide la manifestación de la verdad, entonces tal predicador debe encomiarse a sí mismo y mostrar su autoridad, para refutar a aquél y para llevar a los oyentes a la verdad. Y esto es lo que el Apóstol hace en muchos lugares, y también aquí.

En seguida, cuando dice: Pero porque no parezca, etc., prosigue su defensa por la evidencia de los hechos. Y acerca de esto hace tres cosas. Primero muestra ser falso lo que se le imputa; segundo, da la razón de lo dicho: derrámente no osamos, etc.; tercero, explica la misma razón: Por lo tanto, no nos gloriaremos desmesuradamente, etc. (2Co 10,13). Acerca de lo primero débese saber que, como está dicho, se le imputaba al Apóstol que personalmente era humilde por temor, o bien para congraciárselos, y que en ausencia les escribía duramente. Por lo cual dice el Apóstol que no es así, y que si quieren juzgar rectamente por lo que se ve, lo encontrarán de hecho tal cual lo sintieron por escrito, y esto lo pueden comprobar si quieren. Y esto lo dice así: Pero porque no parezca, o según los falsos o según vosotros, que pretenda aterraros o causaros temor con nuestras cartas que os enviamos, temor que no os causaría con mi presencia. Y esto lo dice porque los mismos falsos lo aseguran: las cartas, de Pablo, sí, son graves, o sea, dura y seriamente castigadoras, y fuertes, esto es, sin temor; mas su aspecto corporal no es así, antes bien, es ruin, débil y humilde, lo cual es lo contrario de fuertes; y su lenguaje, su predicación, y su conversación, y su modo de exhortar, despreciable, lo contrario de graves. Pero ese tal, quien tales cosas dice, piense acerca de nosotros, sepa con certeza que cuales somos ausentes, hablando por carta, lo seremos también presentes, si fuere necesario, cuando estemos entre vosotros. Y la razón de portarse el Apóstol humildemente con ellos la expresa en 1Co 2,3: Y mientras estuve entre vosotros, estuve siempre con mucha pusilanimidad y susto, etc.; lo cual se debía a que no estaban firmes en la fe. Y quiso afirmarlos mediante la dulzura de su trato. Y la razón de que les hablara sencillamente y no les predicara cosas sutiles, lo insinúa en 1Co 3,1-2, diciendo: Como a niños en Cristo os he alimentado con leche, y no con manjares sólidos, porque no erais todavía capaces de ellos, etc. Porque no eran capaces todavía de una doctrina más alta.

En seguida, cuando dice: Ciertamente no osamos, etc., indica la razón de su dicho, diciendo: digo que no somos semejantes a los falsos, ni es verdad lo que se nos imputa, porque no digo sino lo que es necesario hacer. Por lo cual dice: Ciertamente no osamos igualarnos, esto es, decir que nosotros somos uno de ellos, ni compararnos, esto es, hacernos semejantes a algunos, a los falsos, que a sí mismos tanta importancia se dan con vosotros, y sin embargo ni por otros ni por sus propios hechos se recomiendan, contra aquello del Libro de los Proverbios (27,2): La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe. - Sino que nos medimos por lo que somos, esto es, conforme a lo que en nosotros hay medimos nuestros hechos y nuestras palabras, como si dijera: De nosotros decimos lo que es proporcionado a nosotros, esto es, nuestras palabras se miden por nuestros hechos. Examine cada uno sus propias obras (Ps 6,4).

Objeción. En contra está lo que dijo el Apóstol en 2Co 4,2: Recomendándonos por la manifestación de la verdad a la conciencia de todo hombre, etc. Luego acá no dijo rectamente.

Respuesta. Débese decir que una cosa es recomendarse uno mismo a la conciencia y otra cosa es recomendarse a los oídos. Porque a la conciencia de los hombres nos recomendamos nosotros mismos cuando obramos bien, y esto es bueno. Y a los oídos nos recomendamos nosotros mismos únicamente con palabras, y esto es malo. Del primer modo se recomiendan los justos y los Apóstoles; y del segundo modo los falsos apóstoles y los hipócritas.

**37**

(+2Co 10-13-18)

LECTIO 3: 2 Corintios 10,13-18

Pablo demuestra que aunque se gloria, no se gloria fuera de medida.



13. Por lo tanto, no nos gloriaremos desmesuradamente, sino a medida de la regla con la que nos mide Dios, medida que alcanza hasta vosotros.
14. Porque como si no alcanzásemos hasta vosotros no nos hemos extralimitado. Puesto que hasta vosotros hemos llegado con el Evangelio de Cristo.
15. Ni nos gloriamos desmesuradamente con ajenas fatigas, mas esperamos, con el crecimiento de vuestra fe, con vosotros magnificarnos abundantemente conforme a nuestra norma.
16. Evangelizando también en aquellas partes que están más allá de vosotros, no con norma ajena en las ya listas para gloriarse uno.
17. Y el que se gloríe, gloriése en el Señor.
18. Porque no el que a sí mismo se recomienda es el probado, sino aquel a quien Dios acredita.

Arriba mostró el Apóstol la razón de lo que dijera; aquí, consiguientemente, la explica. Porque dijo que se medía consigo mismo y que no se excedía de su medida. Porque puede uno, gloriándose y recomendándose, excederse doblemente. Primero, en cuanto a aquello de lo que se gloria, por ejemplo si se gloria de algo que no tiene; segundo, en cuanto a aquello en lo que uno se gloria, por ejemplo, si teniendo uno algo de otro se gloria en eso mismo como si por sí mismo lo tuviere. Por lo cual muestra el Apóstol que de ninguno de estos dos modos excede la medida gloriándose o alabándose. Y primero en cuanto a lo primero; segundo, en cuanto a lo segundo: Y el que se gloríe, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero prueba que no excedió su medida en cuanto a la gloria de cosas pasadas; segundo, en cuanto a la gloria de cosas, futuras: mas esperamos, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, enunciar su propósito; la segunda, probarlo: Porque como si no, etc.; la tercera, concluir: Ni nos gloriamos desmesuradamente, etc. Así es que primero dice: Digo que nos medimos y nos comparamos con nosotros mismos, obrando conforme a lo que nuestro ministerio exige. Y haciendo esto no nos gloriamos desmesuradamente, esto es, no excedemos nuestra medida ejerciendo nuestra potestad. y recomendándonos (No cometáis injusticia en el juicio, etc.: Levit. 19,35); sino que nos gloriamos a medida de la regla con la que nos mide Dios. La Glosa dice que esto trata de la medida de la prelación del Apóstol, o sea, según medida, conforme al pueblo medido para mí por Dios, pueblo cuyo prelado soy yo y su regla para dirigirlo. Pero esto mismo se puede más universalmente tomar, de modo que la medida de la regla signifique la cantidad de la gracia. Y en tal caso éste es el sentido: Pero nos gloriamos conforme a la medida -con la que Dios nos mide, esto es, conforme a la cantidad de la gracia que Dios nos ha dado. A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia, etc. (Efes. 4,7). La cual gracia es nuestra regla, para no independizarnos ni desviarnos de Dios. Con la cual nos mide Dios, porque cualquiera que sea el bien que hagamos evangelizando y tratando con vosotros y con otros, todo me es concedido por Dios para vosotros y para otros. Yo planté, regó Apolo, etc. (1Co 3,6). Medida, digo, que alcanza hasta vosotros, porque vosotros estáis dentro de la medida de la gracia que se me ha dado, por la cual os habéis convertido a Cristo y obedecéis el Evangelio. Así es que esto es lo que afirma: que no excede su medida gloriándose, que él es su prelado y que por él se han convertido. Y que esto sea así, o sea, que alcance hasta ellos, lo demuestra en seguida diciendo: Porque como si no alcanzásemos, etc.; como si dijera: En verdad nos gloriamos, porque no nos extralimitamos en gracia o gloria, o en nuestra potestad, como si no alcanzara hasta vosotros nuestra potestad y ministerio. Puesto que hasta vosotros hemos llegado con el Evangelio de Cristo, esto es, con la predicación del Evangelio de Cristo. Pues en Cristo Jesús os engendré yo por medio del Evangelio (1Co 4,15); y también: ¿No sois vosotros obra mía en el Señor? (1Cor. 9,1). Quien dio eficacia a Pedro para el apostolado, etc. (Galat. 2,8). Por lo cual concluye diciendo: Así pues, gloriándome por causa de vosotros, no me gloríe sobre medida. Por lo cual dice: Ni nos gloriamos desmesuradamente, etc., donde otro hubiera puesto el fundamento de la fe.

En seguida, cuando dice: mas esperamos, etcétera, muestra que no se excede de su medida en cuanto a gloriarse por cosas futuras. Porque débese saber que el predicador puede tener un doble

motivo de gloria por su predicación. El uno es que los convertidos por su predicación se hagan mejores. El otro es que por esos mismos convertidos se conviertan otros, porque, como se dice en el Éxodo 36,10: Y unió cinco de estas cortinas la una con la otra, y del mismo modo las otras cinco; y en el Apocalipsis leemos: Quien escucha, diga: Ven (22,17). Porque cuando alguien ve que otros se convierten, más fácilmente se convierte él mismo. Y en cuanto a estas dos cosas, el Apóstol espera aumentar su gloria por los Corintios, desde luego porque se hacen mejores. Por lo cual dice: digo que ni nos gloriamos desmesuradamente por vuestra conversión, causada por nosotros otrora. Pero además tenemos la esperanza de magnificarnos en el futuro, o sea, de que nuestra gloria aumente con el crecimiento de vuestra fe, esto es, por vuestra fe en aumento y adelantando en el bien con buenas obras. Apeteced la leche del espíritu, para que con ella vayáis creciendo en salud (1P 2,2). Y también, en segundo lugar, esperamos magnificarnos por la conversión de otros mediante vosotros. Por lo cual dice: abundantemente, esto es, con abundancia de predicación, no sólo entre vosotros, sino también en lugares que están más allá de vosotros, y esto conforme a nuestra regla\* conformen está ordenado por Cristo no sólo el evangelizar a vosotros sino a todas las gentes. Id por todo el mundo: predicad el Evangelio, etc. (Marc. 16,15). Mas no tenemos esperanza en regla ajena, esto es, no esperamos llegar a gloriarnos, ni nos estamos gloriando en alguna regla ajena. Como si dijera: No por aquellos que han sido dispuestos por otros, o sea, a quienes otros llevaron a la fe, sino que tendré fruto en aquellos a quienes no les han predicado otros. Prediqué el Evangelio, no donde fuera ya conocido el nombre de Cristo (Rm 15,20).

Objeción. En contra está el hecho de que Pedro predicó en Roma antes de que allí predicara Pablo.

Respuesta. Débese contestar que esto no lo dice prohibiéndose predicar donde otro hubiese predicado, sino que dice que trata de predicar también donde ningún otro hubiese predicado.

En seguida, cuando dice: Y el que se gloríe, etc., muestra que no excede su medida en cuanto a aquello en que se gloria, diciendo: Porque si me glorío en que hay que gloriarse, no me excedo. Y como hay -que gloriarse en Dios, el que se gloríe, glóriese en el Señor (Mas el que quiera gloriarse glóriese en conocerme, etc.: Jerem. 9,24). Ahora bien, esto se puede explicar de tres maneras. De la primera: glóriese en el Señor, denotando en el Señor el objeto de gloriarse, como si dijera: Glóriese de que tiene al Señor amándolo y conociéndolo. El que quiera gloriarse glóriese en el Señor, etc. (Jerem. 9,25). De la segunda manera: glóriese en el Señor, esto es, según Dios, y de este modo se gloria quien se gloria por las cosas que son de Dios, y no de las malas, como aquel de quien se dice en el Salmo 51,3: ¿Por qué te glorías de tu malignidad? De la tercera manera: glóriese en el Señor, esto es, considerando que su gloria la tiene de Dios, para que cuanto redunde en gloria suya lo refiera a Dios. ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas? (1Co 4,7). Y de esta manera se entiende aquí su el que se gloríe, glóriese en el Señor; como si dijera: Me glorío de lo ya dicho, pero no como si por mí lo tuviera, sino de Dios. Y esto es también vuestra medida, porque todo vuestro bien ha tenido su origen en nosotros. Y verdaderamente es en Dios en quien debemos gloriarnos: no atribuyéndonos nuestra gloria, sino a Dios. Porque no es probado, esto es, aprobado por Dios y por los hombres aquel que a sí mismo se recomienda (La boca tuya, no la de otro, sea la que te alabe: Pr 27,2); sino aquel a quien Dios acredita, esto es, a quien hace recomendable por sus buenas obras y por sus milagros. Porque Dios es la causa de toda buena obra hecha por los hombres.

## Capítulo 11

## LECTIO 1: 1 Corintios 11,1-3

Ruega se soporte su indiscreción en recomendarse a sí mismo, porque el gloriarse proviene en él únicamente de su celo por ellos.

1. ¡Ojalá soportaseis por un poco mi indiscreción! Mas, sí, soportadme.
2. Celoso estoy de vosotros con emulación de Dios. Porque os tengo desposados con un solo esposo, para cual casta virgen presentaros a Cristo.
3. Pero temo que así como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así se perviertan vuestras mentes y decaigan de la simplicidad propia de Cristo Jesús.

Habiéndose justificado el Apóstol de las cosas que falsamente se le imputaban por los pseudoapóstoles, aquí, consiguientemente, para refutarlos, a los falsos, y hacer honorable su autoridad, se recomienda con los Corintios. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero da la razón de su recomendación; segundo, enuncia su recomendación: en cualquiera cosa de que alguno presumiere, etc. (2Co 2,21). Acerca de lo primero hace tres cosas. La primera, pedir que se le soporte su indiscreción; la segunda, agregar la necesidad de su recomendación, para que no se le tenga por necio:

Celoso estoy de vosotros, etc.; la tercera, indicar que en el supuesto de que sea indiscreto, deben soportarlo: Vuelvo a repetir: no me tenga alguno por imprudente,

etc. (2Co 2,16). Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, adelantar su deseo, para que más fácilmente sea escuchada su petición; la segunda, indicar su petición: Mas, sí, soportadme. Ahora bien, el deseo del Apóstol es que los Corintios soporten que el Apóstol se recomiende a sí mismo. Y por eso empieza por un adverbio de aceptación, diciendo: ¡Ojalá soportaseis... !

Acerca de lo cual débese saber que los preceptos morales son sobre las cosas que se han de hacer, las cuales, como son particulares y variables, no se pueden determinar con una razón común y una regla indefinida, sino que a veces hay que hacer algo fuera de la regla común en algún caso extraordinario. Y cuando de esta manera se hace algo fuera de la regla común, los prudentes que tal causa consideran no se perturban ni juzgan haberse obrado neciamente. Los faltos de discreción y los menos prudentes, no considerando la causa por la que se obró así, se perturban y consideran haberse obrado torpemente, por lo que se ve, porque el precepto moral es: No matarás. Y sin embargo a veces es necesario matar a los malos. Y cuando esto se hace los prudentes lo encomian o no consideran haberse obrado mal. En cambio los necios y los herejes lo desaprueban diciendo que esa es una mala acción. Así es que siendo común la ley moral de que el hombre no se recomiende a sí mismo, según lo que dice el libro de los Proverbios (27,2): La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe, puede suceder en algún caso fuera de esta regla común que el hombre se recomiende a sí mismo, y que laudablemente lo haga, y que sin embargo los necios lo tomen a insania. De aquí que como se presentara el caso en que el Apóstol debía alabarse, los exhorta a no considerarlo como necedad, diciendo: ¡Ojalá soportaseis pacientemente por un poco mi indiscreción, disculpándome. Y dice que un poco, porque si se alabare sin causa, su necedad sería la máxima. Y si se alabara por una causa totalmente necesaria, entonces nada habría allí de necedad. Pero como se alaba, aun cuando por una causa no del todo apremiante, pudiendo refutar de otra manera a los falsos, y por ser mucho lo que se alaba, parece haber allí algo de indiscreción, por lo cual dice: un poco mi indiscreción. Adelante dice: Estoy hecho un necio, etc. (2Co 12,1 1). Y aun cuando sea yo así un necio, sin embargo soportadme. Y así deben hacer porque los subditos deben soportar a los preladados, y a la inversa. Llevad las cargas los unos de los otros, etc. (Gal. 6,2). Soportándoos unos a

otros con caridad (Ep 4,2). Y muestra la necesidad de la recomendación diciendo: Celoso estoy, etc. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, mostrar que tal alabanza proviene de celo, y así queda excluida toda necesidad; la segunda, decir que ese celo no es desordenado, y así evita la necesidad: Pero temo, etc.; la tercera, excluir toda justificación de ellos: Mas si el que vaya a predicaros os anunciase otro Cristo, etc. (2Co 2,4).

Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero señala que el celo que tiene por ellos es santo, por ser de Dios; segundo, muestra la causa de tal celo, porque le incumbía por su ministerio: Porque os tengo desposados, etc. Así es que su celo es santo porque está celoso de ellos, esto es, porque los ama fervientemente con emulación de Dios, o sea, para la honra de Dios, no de Pablo. Acerca de lo cual observemos que la emulación, en cuanto es lo mismo que el celo, no es otra cosa que cierto movimiento del alma bueno o malo, que se preocupa por la situación del prójimo, y que entraña fervor de amor. Por lo cual se suele definirlo así: Celos es un amor intenso que no sufre ninguna compañía en el amado. Y si no se tolera la compañía éni algún bien, por ejemplo de vicio o de alguna imperfección, sino que quiere estar él solo, entonces el celo es bueno y buena la emulación, de la cual se dice: Mas vosotros entre esos carismas aspirad a los mejores (1Co 12,31). Sed, pues, celosos amantes del bien con un fin recto (Gal. 4,18). El celo de tu casa me devoró (Ps. 68,10). Y si no se tolera la compañía en alguna excelencia o en alguna prosperidad del mundo, por quererla uno para sí solo, entonces el celo es malo y mala la emulación. Ahora bien, a veces con buert celo o emulación alguien rivaliza por sí mismo con otros, como el esposo celoso de su esposa, porque la quiere conservar para sí solo. Y a veces alguien es celado por otro, como el eunuco cela a la esposa de su señor, para guardársela. Y así el Apóstol celaba a su pueblo, al que veía al borde del precipicio, y que con Cristo su esposo quería prostituirse con el diablo, no pudiendo tolerar Cristo, el verdadero esposo, ningún consorcio con el diablo en ellos. Por lo cual dice: con celos de Dios; como si dijera: No por mí, sino por Cristo, que es el esposo. El esposo es aquel que tiene la esposa (Jn 3,29). ¡Me abraso de celo por Ti, oh Señor Dios de los ejércitos! (3 Reyes 19,10). Que al Apóstol le incumbía tal celo lo muestra diciendo: Porque os tengo desposados, etc.; como si dijera: Con razón os celo con celo de Dios, porque yo soy el paraninfo de este matrimonio que hay entre vosotros y Cristo porque yo os desposé, esto es, hice los esponsales, que se efectúan por la fe y la caridad. Y te desposaré conmigo para siempre, etc. (Os. 2,19). Por lo cual me corresponde a mí el cuidaros. Así es que quien convierta al pueblo a la fe y a la justicia lo desposa con Cristo. Lo desposa, digo, no con muchos porque la mujer que se junta con muchos se mancha. Tú has pecado con muchos amantes, etc. (Jerem. 3,1). Sino con Cristo uno, a saber, con el varón perfecto con la plenitud de la virtud. He aquí el varón cuyo nombre es Oriente (Zac. 6,12). El Señor ha hecho una cosa nueva sobre la tierra (Jerem. 3 1,22). Y se dice que Cristo es el varón uno porque es único! en cuanto al modo de la concepción, y en cuanto al modo de nacer, y en cuanto a la plenitud de la gracia. Toma a uno entre mü para consejero tuyo (Eccli. 6,6). Digo que con este varón os tengo desposados para presentaros virgen.

Observa que del plural bajó al singular, diciendo: os tengo desposados, en plural, y presentar virgen, en singular, queriendo mostrar que de todos los fieles hace un solo cuerpo y la iglesia una, la cual debe ser virgen en todos sus miembros. Por lo cual dice: casta virgen. Porque en todos por virginidad se entiende la integridad del cuerpo, y por castidad la integridad de la mente. Así la Iglesia se presenta virgen a Cristo perseverando en la fe, y bajo los sacramentos sin corrupción de la menor idolatría o infidelidad. En toda encrucijada de camino pusiste tú la señal (Ezeq. 16,25). Se presenta virgen cuando existiendo bajo los sacramentos y en la fe de Cristo presenta pureza de cuerpo y de obra. A fin de hacerla comparecer sin mácula ni arruga, etc. (Ep 5,27).

Pero como los Corintios podrían decir: No es necesario que nos cuides, y tu celo no es racional, porque nosotros bien que nos cuidamos a nosotros mismos; consiguientemente muestra la causa de su celo, diciendo: Pero temo, etc. En lo cual hay que saber que en el paraíso se verificó el

matrimonio de Adán y Eva; mas Eva fue manchada por la serpiente no violentamente sino por astucia, por cuanto le prometió una cosa falsa y la persuadió de algo inicuo. Lo falso, pues le dijo: Seréis como dioses y de ninguna manera moriréis, siendo que por esto mismo incurrirían en la necesidad de la muerte; y lo inicuo para que transgredieran y despreciaran el mandato de Dios. Y hablando el Apóstol conforme a esta semejanza, dice que la Iglesia es como Eva, a la que el diablo a veces persigue abiertamente mediante los tiranos y las potestades, y entonces es como león rugiente alrededor de vosotros, en busca de presa que devorar, como se dice en 1 Pedro 5,8. Y a veces molesta a la Iglesia ocultamente mediante los herejes que afectan profesar la verdad y simulan ser buenos, y entonces como la serpiente seduce con su astucia ofreciendo cosas falsas. Por lo cual dice: Temo que así como la serpiente engañó a Eva, para arrojarla del paraíso, con su astucia, prometiendo cosas falsas (Adán no fue el engañado sino la mujer: 1Tm 2,14); así, esto es, por engaños semejantes de los herejes se perviertan vuestras mentes. Y dice vuestras mentes, porque así como en el matrimonio carnal cuida el esposo de que no se corrompa su cónyuge carnalmente, así también el Apóstol en este matrimonio espiritual teme que se corrompan espiritualmente los sentimientos del corazón (Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres: 1Co 15,33); o bien las facultades espirituales, de las que se dice en el libro de la Sabiduría (I,1): Sentid bien del Señor y buscadle con sencillez de corazón; y en 1Co 14,20 leemos: No seáis como niños en el uso de la razón. - Y decaigan de la sencillez propia de Cristo Jesús. Porque es simple lo que no tiene composición. Y los pseudoapóstoles formaban una secta de Judaísmo y Evangelio, ordenando, juntamente con el Evangelio, la guarda de las observancias legales. Así es que se apartan de la simplicidad de Cristo los que seducidos por los falsos guardan las observancias legales, y esto temía el Apóstol que les ocurriera a los Corintios. ¡Ay del pecador que anda sobre la tierra por dos senderos! (Eccli. 2,14). Y por el contrario: La sencillez servirá como de guía a los justos (Pr 11,3).

### 39

(+2Co 11,4-8)

#### LECTIO 2: 1 Corintios 11,4-8

Aunque obrara imprudentemente, no por eso han de soportarlo menos a él, por gloriarse, los Corintios.

4. Porque si el que va os predicase otro Cristo que el que os hemos predicado, para que recibáis otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis abrazado, con razón lo sufriríais.
5. Mas yo en nada pienso haber hecho menos que los grandes apóstoles.
6. Porque aun cuando yo carezca de elocuencia, no así de ciencia. Y en todas las cosas os soy bien conocido.
7. ¿Acaso tendré yo culpa humillándome a mí mismo para exaltaros a vosotros anunciándoos gratuitamente el Evangelio?
8. A otras iglesias despojé, recibiendo de ellas con qué vivir para serviros.

Una vez indicado el celo que por los Corintios tenía el Apóstol, y demostrado que el celo es racional, aquí consiguientemente les rechaza su justificación. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero enuncia la excusa de ellos; y luego la hace a un lado: Mas yo nada pienso, etc. Acerca de lo primero débese saber que los Corintios podrían suponer que celándolos él por temor de que dejaran su doctrina por la de los falsos apóstoles, por lo tanto podían decir: es claro que las cosas menos buenas se deben dejar por las mejores. Luego si los falsos enseñan cosas mejores, no te debe preocupar que las aceptemos. Por lo cual indica esta excusa, mostrando que no enseñan ellos ni predicán nada superior a lo del Apóstol. Porque el Apóstol les predicó y enseñó tres cosas. Primero que fuesen de Cristo. Porque no nos predicamos a nosotros mismos sino a Jesucristo (2Co 4,5). Lo

segundo, que tuvieran espíritu de Cristo. Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, este tal no es de Jesucristo (Rm 8,9). Lo tercero que recibieran el evangelio de Cristo. No me avergüenzo yo del Evangelio (Rm 1,16). Así es que si los falsos os predicaren y enseñaren cosas mejores, obraríais rectamente y tendríais excusa; pero no es eso lo que hacen. Y esto lo dice así: porque si el que va os predicase, etc.; como si dijera: Temo porque los falsos que van a veros no son enviados sino por su propia cuenta, como el ladrón y el mercenario. Todos los que hasta ahora han venido son ladrones y salteadores (Jn 10,8). Yo no enviaba esos profetas; ellos de suyo corrían (Jerem. 23,21). ¿Cómo habrá predicadores si nadie los envía? (Rm 10,15). Digo, pues, que si tal o cual predicador os predica otro Cristo como más excelente que el que nosotros os hemos predicado, es algo imposible, porque, como se dice en 1Co 8,6: No hay sino un solo Señor, que es Jesucristo, por quien son todas las cosas. Y esto en cuanto a lo primero. U otro espíritu, lo recibís como mejor que el que habéis recibido de nosotros, por nuestro ministerio, lo cual no puede ser, porque, como se dice en 1Co 12,2: Mas todas estas cosas las causa el mismo Espíritu uno. Y esto en cuanto a lo segundo. U os predica otro evangelio, esto es, otra predicación o doctrina que la que de nosotros recibisteis (Me maravilla cómo así tan de ligero abandonáis al que os llamó a la gracia de Cristo: Salat. 1,6). Digo que si otras cosas y mejores os hicieren, con razón las sufriríais, esto es, las haríais con justificación.

Y como no se les puede entregar un evangelio mejor, el Apóstol excomulga a los Salatas si reciben otro evangelio: Cualquiera que os anuncie un Evangelio diferente del que habéis recibido sea anatema (Salat. 1,9).

En seguida, cuando dice: Mas yo nada pienso, etc., hace a un lado esta excusa. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera mostrar que él no hizo con ellos menos que otros; segundo, que hizo más: ¿Acaso tendré yo culpa, etc. Acerca de lo primero hace tres cosas. Primero mostrar que en nada hizo menos de hecho que los demás Apóstoles; segundo, sugerir que no le faltó capacidad para hacerlo: Porque aun cuando yo carezca de elocuencia, etc.; tercero, demostrar la evidencia de una y otra cosa: Y en todas las cosas os soy bien conocido. Así es que dice: Con razón sufriríais seducidos por ellos, si os predicaren algo mejor, pero esto no es cierto. Mas porque yo nada pienso haber hecho menos que los grandes apóstoles, esto es, que Pedro y que Juan, a quienes éstos tenían por grandes.

Y se compara con los grandes Apóstoles, ya porque Pablo era visto y considerado por los Corintios como menor que aquéllos, por haber estado aquéllos con Jesús, y Pablo no; ya también porque los falsos se presentaban como enviados por ellos, mostrándose así como en paridad con los grandes Apóstoles; pero hace a un lado el error de éstos y refuta a los falsos. Y no sólo no hace menos, sino que hace más. He trabajado más copiosamente que todos (1Co 15,10). Y para que no le dijeran: ¿De dónde viene la capacidad de hacer tanto, siendo torpe de lengua?, demuestra que la capacidad le viene de la magnitud de la ciencia, diciendo: Aun cuando yo carezca de elocuencia, sin embargo no carezco de ciencia (Según que también nuestro carísimo hermano Pablo os escribió conforme a la sabiduría que se le ha dado: 2 Pedro 3,15). Pero débese saber que buscando los falsos su propia gloria y persiguiendo la ganancia, se esforzaban por atraer al pueblo mediante elegantes y sutiles y exquisitas palabras, sin atender más que a lisonjear los oídos. El Apóstol, en cambio, como no buscaba su propia utilidad, sino sólo la dilatación de la fe de Cristo y su progreso, de tal manera enseñaba la palabra de la fe, que todos pudiesen entenderla, adecuándose a la condición de los oyentes y a su capacidad. De aquí que como éstos al principio no eran capaces de alta doctrina, les propuso la fe, no con sutiles discursos, sino de modo que pudiesen entender, clara y abiertamente. Por lo cual éstos decían que Pablo carecía de elocuencia. Sin valerme de la elocuencia de palabras (1Co 1,17). Por lo cual dice el Apóstol: Aunque yo carezca de elocuencia, según os parece, no es esto por falta de ciencia, sino en atención a vosotros, por cierta condescendencia, porque como a párvulos en Cristo os di a beber leche, etc. O bien habrá que decir a la letra que el Apóstol era

tartamudo, y que por esto se burlaban de él los falsos apóstoles. Por lo cual dice: Aun cuando» yo carezco de elocuencia, esto es, por impedimento de mi lengua, sin embargo, no carezco de ciencia (Me siento más embarazado y torpe de lengua: Ex. 4,10). Pero que en nada hubiera hecho menos que los grandes Apóstoles, se ve claramente por las cosas que hice con vosotros. Por lo cual agrega: En todas las cosas predichas os soy bien conocido, pues bien conocéis las cosas que por mí se hacen. Siendo como sois el sello de mi apostolado en el Señor (1Co 9,2). Y más adelante: Yo os he dado señales de mi apostolado, etc., con milagros, con prodigios y con efectos extraordinarios del poder divino (2Co 12,12).

En seguida, cuando dice: ¿Acaso tendré yo culpa, etc., muestra que hizo más que todos los otros, y esto porque predicó sin costo. Acerca de esto hace dos cosas. Primero indica el hecho; segundo, la causa del hecho: ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero muestra el hecho en, cuanto al pasado; lo segundo, en cuanto al futuro: Y en todas las cosas, etc. Ahora bien, el hecho pretérito lo indica doblemente. Primero en general, y luego en especial: gratuitamente, etc. Así es que dice: Con razón digo que en nada hice menos que aquéllos, si no es que consideréis que es malo y menos el no haber usado de mi autoridad, no recibiendo ni subsistencia de vosotros; pero si esto fuese malo, de ninguna manera lo haría. Y así muestra que no es malo. Y esto lo dice así: ¿Acaso tendré yo culpa, esto es, acaso pequé, humillándome a mí mismo y bajando de mi pedestal? Como si dijera: no. Cuanto fueres más grande, tanto más debes humillarte en todas las cosas (Eccli. 3,20). Estando libre de todos, de todos me he hecho siervo para ganar más almas (1Co 9,19). Cualquiera que se humillare como este niño, ése será el mayor en el reino de los cielos (Mt 18,4). Ahora bien, la razón de mi humillación no es por mi propio provecho, sino por vuestro progreso. Por lo cual dice: para exaltaros, esto es, para que os confirméis en la fe. Ahora bien, los Corintios eran avaros, por lo cual si desde el principio les hubiese recibido el sustento, quizá se hubiesen apartado de la fe. Además, los falsos predicaban por negocio. Así es que para que los Corintios recibieran al Apóstol, y quitarles a los falsos la ocasión de lucro, les predicó gratis sin sus gastos propios. Y esto que dijera en general, lo manifiesta en especial: anunciándoos gratuitamente el Evangelio. Y hace dos cosas. Primero indica cómo sin retribución les predicó en su primera visita; segundo, muestra que hizo lo mismo cuando entre ellos estuvo un tiempo: Y estando yo entre vosotros, y necesitado, a nadie fui gravoso. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero enuncia lo que intenta, a saber, su humillación, diciendo: humillándome a mí mismo, anunciándoos gratuitamente el Evangelio, esto es, sin costo, mas no sin recompensa, lo cual no es para gloriarse, porque aun cuando todos pudieran aprovechar el gasto del cargo de aquellos a quienes proponen la palabra de Dios, sin embargo, nadie debe predicar por la retribución y el estipendio. Segundo, porque podrían decir éstos: ¿Así es que de dónde recibiste lo necesario?, contesta que de otras iglesias, diciendo: A otras iglesias despojé, recibiendo de ellas con qué vivir para servirlos. Y esto los convence de que no podrían decirle al Apóstol que no le sería lícito recibirlo de ellos. Porque si lo recibió de otros para el servicio de ellos, con mayor razón le sería lícito recibirlo de ellos mismos. Y con esto también se ve que el legado -del Papa que visite una parte de la legación puede recibir estipendios. Y que nuestro Señor el Papa, por las necesidades de una sola nación, puede recibir subsidios de otras partes del mundo. Y la razón es que la Iglesia es como un solo cuerpo. Y en el cuerpo natural vemos que la naturaleza, cuando carece de fuerzas en un miembro, le presta vitalidad y fuerzas que recibe de los otros miembros.

40

(+2Co 11,9-15)

LECTIO 3: 1 Corintios 11,9-15

Dice que a nadie le sería oneroso aun cuando entre ellos permaneciese. Porque el sustento lo recibe de los Macedonios.

9. Y estando yo entre vosotros, y necesitado, a nadie le fui gravoso. Porque lo que me hacía falta lo suministraron los hermanos venidos de Macedonia, y en todas las ocasiones me guardé de no ser una carga para vosotros, y me guardaré.

10. La verdad de Cristo está en mí, puesto que esta gloriación no se quebrantará en mí en las regiones de Acaya,.

11. ¿Por qué? ¿Porque no os amo? Dios lo sabe.

12. Pero esto hago y lo haré para cortar la ocasión de aquellos que buscan la ocasión para encontrar también en qué gloriarse como nosotros.

13. Pues los tales falsos apóstoles son operarios engañosos que se transfiguran en apóstoles de Cristo.

14. Y no es de extrañar. Porque el mismo Satanás se transfigura en ángel de luz.

15. Así, no es mucho que sus ministros se transfiguren como ministros de justicia cuyo paradero será conforme a sus propias obras.

Una vez dicho que cuando primeramente les predicó en la misma venida, los evangelizó gratuitamente, aquí muestra que tampoco cuando se tardó entre ellos les recibió ninguna paga. Y primero dice esto, y luego contesta a cierta tácita pregunta: Porque lo que me hacía falta, etc. Así es que dice: No solamente cuando por primera vez os visité no recibí de vosotros el sustento, sino que tampoco estando entre vosotros largo tiempo, y también necesitado, para mostrar que no por estar rico les dejó su retribución, y a nadie le fue gravoso, pues nada recibió de nadie. En lo cual se ve el por qué de esto: porque los Corintios, por su avaricia, innata en ellos, consideraban serles muy gravoso el suministrar los gastos. No hemos hecho uso de esa facultad: antes bien todo lo sufrimos, etc. (1Co 9, ). Pero podrían éstos decir: ¿De dónde, entonces, conseguiste lo necesario? Por lo cual responde diciendo que de otras iglesias; así es que nada recibí, porque lo que me hacía falta lo pagaba con el dinero que ganaba trabajando de noche con sus manos en la casa de Aquila y Prisca. Porque tenía el oficio de tejer tiendas, con el que ganaba lo necesario. Todo me lo han suministrado estas manos (Ac 20,34). Así es que lo que hacía falta no lo disteis vosotros, sino que %o suministraron los hermanos venidos de Macedonia, a saber, los Filipenses, que eran muy generosos. Por lo cual en su epístola a los Filipenses los alaba diciendo: Ninguna otra iglesia, sino sólo la vuestra me asistió con sus bienes (Ph. 4,15). Pero los Corintios eran avaros.

En seguida, cuando dice: y en todas las ocasiones me guardé de no ser una carga, etc., muestra de qué manera se portará con ellos en el futuro, diciendo que no quiere llegar a serles gravoso. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica su razón general; luego la confirma: La verdad de Cristo está en mí, etc. Así es que dice: No sólo hice esto, a saber, el evangelizaros gratuitamente, y en nada os fui gravoso, sino que además en todas las ocasiones me guardaré de ser pesado, como hasta ahora, ni reprendiendo ásperamente, ni corrigiendo severamente, ni aceptando vuestras cosas. Yo no he codiciado de nadie plata, ni oro, ni vestido (Ac 20,33). Tú sabes que ni siquiera un asniio he tomado jamás de ellos, le dice Moisés al Señor (Nb 16,15). Y Samuel dice: Declarad contra mí si he oprimido, etc. (I Reyes 12,3). Y que esto fuese lo confirma de dos maneras. La primera por lo que habla en él mismo, o sea, por Cristo, quien es la verdad, por la cual no puede ser falso. Y por eso dice: La verdad de Cristo está en mí, etc.; como si dijera: Lo que dije es la verdad, porque la verdad de Cristo habla en mí, etc. Y más adelante (2Co 13,3): ¿O queréis hacer prueba de Cristo que habla por mi boca? O bien se puede esto entender a modo de juramento. Como si dijera: Dios, que es la verdad, y que está en mí escrutando los corazones, sea mi testigo de que así me guardaré. Dios me es testigo, etc. (Rm 1,9). La segunda, por el hecho de que no trata de disminuir su gloria sino de aumentarla. Porque el Apóstol se atribuía en Cristo la gran gloria de predicar él solo entre los Apóstoles, sin retribución, a los Corintios. Por lo cual dice: y me guardaré sin ser una carga.



Porque no se quebrantaré, esto es, no disminuiré en mí esta gloriación de predicaros gratuitamente y de privarme de lo lícito por vuestra salvación, la cual es ciertamente la gloria de Cristo; porque El mismo se glorifica por esto en mí; o bien porque yo tengo esta gloria especialmente en Cristo, la cual se quebrantaría en las regiones de la Acaya, donde estaba la metrópoli Corinto, si recibiese algo de ellos, porque eran avaros, pues habitaban en las costas, y por dedicarse al comercio se hicieron avaros. Tengo por mejor el morir que el que alguno me haga perder esta gloria (1Co 9,15).

En seguida, cuando dice: ¿Por qué? ¿Porque no os amo? indica la causa por la que no les aceptó el sustento. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero excluye una causa falsa; segundo, señala la verdadera: Pero esto hago, etc. Acerca de lo primero débese saber que los falsos acusaban al Apóstol de no recibirles a los Corintios el sustento por no amarlos y por no tratar de beneficiarlos y servirles. Así es que dice: ¿Por qué hago esto? ¿Porque no os amo?, o sea, ¿Porque os odio como dicen los falsos? Dios lo sabe: que os amo y que esto no lo hago por odio. Señor, Tú sabes que te amo (Jn 21,15). Excluida, pues, así la falsa causa, sigue la verdadera: Pero esto hago, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica la verdadera causa; luego da la razón de ella: Pues los tales falsos apóstoles, etc. Acerca de lo primero débese saber que los falsos, como se ha dicho, buscaban la ganancia y la propia gloria. Y por eso, para que se les reverenciara, exteriormente se esforzaban por seguir las huellas del Apóstol y aun, si fuera posible, excederlo. Así es que dice el Apóstol: Si quieren imitarme, que me imiten en esto: en no recibir nada. Y como sabía que los falsos predicaban para lucrar y que, consiguientemente, no predicarían si les faltaba el provecho, dice: Esto hago y lo haré, no por odio, sino para cortar la ocasión de aquellos, de los falsos, que buscan, con mi ejemplo, tener la ocasión de recibir de vosotros.

Porque sabía, según Ambrosio, que si no recibían no predicarían por mucho tiempo. Por lo contrario se dice en el Libro de los Proverbios (9,9): Da al sabio ocasión, etc. Y esto para que los tales, los falsos, se encuentren como nosotros, sin recibir dinero, como tampoco nosotros no lo recibimos. Ellos mismos se jactan de imitarnos, por lo cual no quiero, si quieren imitarnos perfectamente, que algo reciban. Quisiera que todos fuesen como yo mismo (1Co 7,7): que nada recibieran. Para encontrar también en qué gloriarse como nosotros. Esto se entiende de tres maneras. La primera: Para que encontrándose tal como nosotros, sin recibir nada como nosotros, y consiguientemente cesando en la predicación. En lo cual, siendo así, que se gloríen como nosotros, pues alegaban ser semejantes a los verdaderos Apóstoles. La segunda: Para que en eso en que se glorían, a saber, recibiendo, porque sólo esto buscaban, se encuentren tal como nosotros, o sea, semejantes a nosotros, cesando y desistiendo de recibir, para que se asemejen a nosotros. Y la tercera: Para que en lo que se glorían, en no recibir, pues dicen que ellos nada reciben, se encuentren tal como nosotros, esto es, no mejores que nosotros, para que no puedan preferirse en esto a nosotros. Pues los tales, con lo que continúa de tres modos. De uno primero así: Se glorían y alegan, pero no como nosotros. Pues los tales falsos, etc. Del segundo: Y que verdaderamente desistan de recibir, para que se asemejen a nosotros. Pues los tales falsos, etc. Del tercero: De tal manera se gloríen no recibiendo, que parezcan semejar a nosotros. Ahora bien, indicada ya la verdadera causa, la demuestra en seguida, diciendo: Pues los tales falsos, etc., mostrando cómo se esfuerzan por asemejarse a los Apóstoles. Y acerca de esto hace tres cosas. Primero señala la causa; segundo, la prueba: Y no es de extrañar. Tercero, en seguida muestra la diferencia entre los falsos y los verdaderos Apóstoles: cuyo paradero, etc. Así es que dice: Con razón digo que esto lo hago para cortarles a ellos la ocasión de recibir. Pues los tales falsos apóstoles son operarios engañosos, falsos. Guardaos de esos canes, guardaos de los malos obreros, etc. (Ph. 3,2). - Engañosos, esto es, astutos y zorros, que engañan bajo apariencia de religión. \* raposas en los despoblados (Ez. 13,4). Vosotros cazadnos esas raposillas que están asolando las viñas (Ct 2,15). Guardaos de los falsos profetas que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces (Mt 7,15). Y esto lo dice así: que se transfiguran en apóstoles de Cristo, esto es, llevando exteriormente las características de los buenos Apóstoles. Mostrando, sí, apariencia de piedad (2Tm 3,5). Y esto lo

prueba porque así como los verdaderos Apóstoles son enviados por Dios y por El mismo son formados. Así también Satanás se transfigura en ángel de luz y es el jefe y el instigador de ellos, mostrándose o bien como ángel de Dios o a veces como Cristo. Y no es de extrañar ni cosa grande que sus ministros, a saber, los falsos apóstoles, se transformen en ministros de justicia, o sea, que parezcan ser justos. Cual es el juez del pueblo, tales son sus ministros, etc. (Eccli. 10,2).

Ahora bien, es de notarse que Satanás se transfigura a veces visiblemente, como ante San Martín, para engañarlo, y de esta manera ha engañado a muchos. Pero para esto sirve y es necesaria la discreción de espíritus, la cual dio Dios especialmente a San Antonio. Pero también se puede conocer que es Satanás en que desde un principio el ángel bueno exhorta a cosas buenas, y en ello insiste, y el malo ciertamente en un principio pretexta cosas buenas, pero queriendo luego satisfacer su deseo y lo que intenta, esto es, engañar, induce e instiga a cosas malas. No queráis creer a todo espíritu, sino examinad los espíritus si son de Dios (1Jn 4,1). Por lo cual Josué, al ver un ángel en su campo de batalla, le dijo: ¿Eres tú de los nuestros o de los enemigos? (Jos. 5,13). También es otra señal que el ángel bueno, aunque atemorice al principio, sin embargo al instante tranquiliza y conforta, como a Zacarías: No temas, Zacarías (Luc. 1,13). Y a la Santísima Virgen le dijo: No ternas, María, etc. En cambio el ángel malo paraliza y lo deja a uno desolado. Y esto para más fácilmente engañar al sorprendido y ganárselo. Mas a veces se transfigura invisiblemente, y esto cuando las cosas que en sí mismas son malas las hace aparecer buenas, pervirtiendo el criterio del hombre e inflamando su concupiscencia. Un camino hay que al hombre le parece camino real, y no obstante lo conduce a la muerte (Pr 14,12). Así engañó a cierto monje, que habiéndose propuesto en su interior nunca salir de su celda, el diablo le sugirió que sería bueno el ir a la iglesia y recibir el Cuerpo de Cristo. Y habiendo aceptado la sugestión, cambió de propósito y fue a la iglesia. Después, dándose cuenta -de que había sido el diablo el instigador, se enorgullecía el monje de no haber sido engañado puesto que había salido para una cosa buena, y sin embargo ya le había quitado el propósito de permanecer continuamente en la celda. Después le sugirió también que habiendo muerto su padre y dejándole muchas riquezas -que distribuir entre los pobres, fuera a la ciudad, y habiendo ido a ella, jamás volvió a la celda y murió en pecado. De aquí que es muy difícil que el hombre cuide de sí mismo, por lo cual debe recurrir al auxilio divino. Dice Job: ¿Quién le quitará la piel que le cubre? (41,4). Como si dijera: Nadie sino Dios.

En seguida indica la diferencia entre los malos y los buenos ministros, la cual consiste en que su paradero, el de los ministros de Cristo y el de los ministros de Satanás, será conforme a sus propias obras. Porque el paradero de los buenos será feliz y el de los malos será desdichado, y los buenos mueven al bien y los malos al mal. Cuyo paradero es la perdición (Ph. 3,19). Además, los buenos recibirán bienes, y los malos recibirán males. Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo (Rm 14,10).

**41**

(+2Co 11,16-21)

#### LECTIO 4: 1 Corintios 11,16-21

Demuestra la culpa de los Corintios y prosigue el encomio de su propia gloria.

16. Vuelvo a repetir (no me tenga ninguno como imprudente, o a lo menos recibidme como si lo fuese, para alabarme todavía algún tanto),

17. lo que voy a decir no lo diré según Dios, sino casi por locura, con este motivo de gloriarme.

18. Ya que muchos se glorían según la carne, también ya me voy a gloriar.

19. Gustosos soportáis a los imprudentes, siendo como sois prudentes.

20. Porque vosotros aguantáis a quien os reduce a esclavitud, a quien os devora, a quien os robe, a quien se engría, a quien os abofetee.

21. Para vergüenza lo digo, como si en este punto nos nubiéramos mostrado débiles.

Arriba indujo el Apóstol a los Corintios a soportar pacientemente su propia recomendación, mostrando que lo hacía por el celo que tenía por ellos y que su celo era racional y ordenado; y aquí consiguientemente da otra razón, por la cual muestra que concediendo que obrara imprudentemente, de todas maneras tenían que soportarlo. De aquí que en esta razón procede partiendo de la suposición de imprudencia; y en este punto hace dos cosas. Primero les enuncia su petición; luego, da la razón de sus palabras: Lo que voy a decir, etc. En su petición hace dos cosas. Porque primero pide que no lo consideren imprudente, lo cual corresponde a la razón dada anteriormente. Y por eso dice: Vuelvo a repetir que por el hecho de ser racional mi celo, racionalmente me recomiendo a mí mismo, no sea que alguno de vosotros me tenga por imprudente. En segundo lugar pide que concediendo que obre imprudentemente, sin embargo deben soportarlo, lo cual corresponde a esta razón. Y por eso dice: o a lo menos, esto es, si no me alabo racionalmente, y por esto queréis tenerme completamente por imprudente, sin embargo, recibidme, esto es, soportadme como si lo fuese. Y dice como si porque aun cuando ellos mismos lo tengan por imprudente en esto, sin embargo, en realidad de verdad no es imprudente. Recibidme, digo, como si lo fuese, para alabarme todavía algún tanto. Y dice algún tanto, por encomiarse por la gloria que es según la carne, la cual es muy poca cosa. El hombre todo podredumbre; el hijo del hombre no más que un gusano (Jb 25,6). ¿De qué se ensoberbece el que es tierra y ceniza? (Eccli. 10,9). La razón de todo ello la da diciendo: Lo que voy a decir, etc.

Ahora bien, ha dicho tres cosas. Porque primero hace la suposición de que se gloria a sí mismo imprudentemente; segundo, de que quiere gloriarse; tercero, de que lo soporten. Y da la razón de estas tres cosas. Y primero de que hace la suposición de recomendarse a sí mismo imprudentemente; segundo, de por qué quiere gloriarse: ya que muchos se glorían, etc.; tercero» de que deben soportarlo: Gustosos soportáis a los imprudentes, etc. Así es que primero dice: La razón por la que debéis aceptarme a mí, imprudente, es que lo que voy a decir sobre esta naturaleza de gloria, o sea, en alabanza de la carne, la cual es apetecida por muchos, y como si por ella deban vivir, no la da según Dios, sino casi por locura. Y lo dice hipotéticamente, como lo que arriba dijo: como imprudente. De aquí que allá dijo como, y aquí dice casi. Y como si dijera: Si no me encomiare racionalmente, entonces lo que hablo en mi recomendación no es según Dios, esto es, según la razón de la Divina Sabiduría. Y entonces con razón me recibiréis no por hablar según Dios sino imprudentemente. Pues no es aprobado quien se abona a sí mismo (2Co 10,18). La boca de otro, no la tuya, sea la que te alabe (Pr 27,2). Y muestra la razón de su encomio y gloria agregando: ya que muchos se glorían, etc. Donde hay que saber que los falsos, por ser judíos se glorían según la carne diciendo que eran hijos de Abraham, por lo cual pretendían ser reverenciados y obedecidos por los Corintios. Así es que dice el Apóstol: Concediendo que sea una imprudencia el gloriarme según la carne, sin embargo, ya que muchos, a saber, los falsos apóstoles, se glorían según la carne, también yo me voy a gloriar según la carne. Contéstale como su necedad lo merece, a fin de que no se crea él que es un sabio (Pr 26,5).

Objeción. En contra está esto que dice Séneca: La suma de los males es que se viva a ejemplo de los malos. Y en el Éxodo (23,2), se dice: No sigas a la muchedumbre para obrar mal. Así es que el Apóstol no se debe gloriar según la carne por gloriarse los falsos.

Respuesta. Débese decir que aun cuando sea la misma materia de glorificación, sin embargo no es la intención la misma ni el fin es el mismo, porque los falsos se recomendaban por su propia gloria, y para ser obedecidos como autoridad y poder lucrar; mientras que el Apóstol se gloriaba para que la palabra de Dios por él predicada fuese de mayor autoridad y peso y diera fruto en Cristo.

Ahora bien, la razón por la cual deban soportarlo la agrega diciendo: Gustosos soportáis, etc. Y primero pone esta razón de que deben soportarlo. Porque podrían decir: ¿Por qué hemos de soportarte si eres imprudente? Y dice el Apóstol que como vosotros mismos sois sabios a vuestros ojos y en vuestra consideración, gustosos soportáis, esto es, soléis soportar a los imprudentes, a los falsos. Segundo, muestra en qué soportaban a los imprudentes. E indica cinco cosas graves que les toleraban a los falsos.

La primera es el yugo de la servidumbre. Y en cuanto a esto dice: Porque vosotros aguantáis a quien -esto es, a algún falso- os reduce a esclavitud; como si dijera: Por Cristo fuisteis liberados de la servidumbre de la ley, la cual consiste en el temor, y fuisteis constituidos en la libertad de los hijos de Dios, la cual consiste en la caridad. No somos hijos de la esclava sino de la libre (Gal. 4,31). Y sin embargo vosotros soportáis a los falsos que de tal libertad os devuelven a la servidumbre de la ley, porque os obligan a guardar las observancias legales. No dejéis que os opriman de nuevo con el yugo de la servidumbre (Ps 5,1). Luego con mayor razón debéis soportarme a mí, que os quiero preservar en la libertad de Cristo, y no a los falsos, que quieren reducirnos a la esclavitud de la ley. La segunda es demasiado grave, a saber, que los falsos viven de vuestros bienes espléndidamente, y nosotros ciertamente no. No se pretende que los otros tengan holganza y vosotros estrechez (2Co 8,13). Por lo cual dice: a quien os devora ¡Ay de vosotros que devoráis! esto dice: a quien os abofetea, o sea, que en vuestra cara os ucos, vosotros fuertes; vosotros sois nobles, nosotros viles y despreciados (1Cor. 4,10).

42

(+2Co 11,22-26)

#### LECTIO 5: 1 Corintios 11,22-26

Y en cualquiera cosa de que alguno presumiere (hablo sin cordura) también yo presumo.

22. Hebreos son, yo también. Israelitas son, yo también. Del linaje de Abraham son, yo también.

23. Ministros de Cristo son, también yo (sin cordura hablo), más yo: en muchos trabajos, en cárceles mucho más, en azotes sin medida, en riesgos de muerte frecuentemente.

24. De los judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno recibí.

25. Tres veces con varas fui azotado; una vez apedreado; tres veces naufragué; una noche y un día en lo hondo del mar estuve;

26. de viaje muchas veces; en peligros de ríos; en peligros de ladrones; en peligros de parte de los dé mi raza; en peligros de parte de los gentiles; en peligros en poblado; en peligros en despoblado; en peligros en el mar; en peligros entre los falsos hermanos.

Una vez puestas las razones de su propia recomendación y las causas por las que han de soportarlo, aquí empieza a ponderarse. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero se iguala con los falsos y con otros que se alababan a sí mismos; y luego se prefiere a ellos: sin cordura hablo, etc. Se le iguala el Apóstol en gloria. Ahora bien, la gloria es doble. La una según la carne, la cual es insignificante y despreciable. Por lo cual él mismo dice: Pero estas cosas que consideraba yo como ventajas mías, me han parecido desventajas al poner los ojos en Cristo (Ph 3,7). La otra es según Cristo, porque gran gloria es seguir al Señor (Eccli. 23,38). Y ésto es ia que se debe buscar. A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gaiat. 6,14). Y por eso el Apóstol se iguala con ellos en cuanto a una y otra gloria. Y primero en cuanto a la primera; luego en cuanto a la segunda: Ministros de Cristo son, etc. Y primero se iguala con ellos en genera!, diciendo: Aceptadme imprudente, si imprudencia hay. Porque hablo por hipótesis, porque si alguien se atreve a presumir de sí mismo y a recomendarse a sí mismo, también yo puedo muy bien

atreverme a ello y a recomendarme en cuanto a lo mismo en que él se encomia, porque no hay para ellos mayor causa de su alabanza que la que hay para mí. Y esto lo digo sin cordura, esto es, digo que obro sin cordura, aun cuando él mismo obre cuerdateamente pues no hace esto por su propia jactancia sino para bajarles los humos a los falsos. Arriba dijo: Mas yo nada pienso haber hecho menos que los grandes apóstoles (2Co 2,5). Lo segundo al decir: Hebreos son, etc.: se iguala a ellos en especial, mostrando en cosa por cosa ser igual con ellos en las que los pseudoapóstoles se gloriaban. Ahora bien, la autoalabanza y la gloria de éstos en tres cosas estribaba. Primero, en cuanto a la nación y lengua, porque decían que ellos eran Hebreos; segundo, por la estirpe, porque se decían- de la estirpe de Israel; tercero, por la promesa, porque se decían partícipes de las promesas de Abraham por ser de su linaje.

Y en cuanto a estas tres cosas se iguala a ellos. Primero en cuanto a nación y lengua: Hebreos son, yo también, a saber, en lengua y nación, como si dijera soy tal como ellos son. Y débese notar que según lo que ciertamente dicen, se dicen hebreos por Abraham porque antes de él no se halla fácilmente ese nombre. Aunque se puede decir y quizá mucho mejor que se llaman así por cierto Heber, de quien se habla en el Génesis (I 1,14): Sale a los treinta años de su vida engendró a Heber. Y en seguida: Vivió Heber treinta y tres años, y engendró a Faleg. Y en su tiempo fueron divididas las lenguas, y la lengua de los Hebreos permaneció en su familia. Segundo, se iguala a ellos en cuanto a la estirpe, diciendo: Israelitas son, yo también, a saber, en cuanto al rito. Tercero en cuanto a lo tercero, diciendo: Del linaje de Abraham son, yo también. Y de estas tres cosas dice en su Epístola a los Filipenses (3,4-5): Si alguno presume aventajarse según la carne, más puedo yo, pues fui circuncidado al octavo día. En cuanto a lo tercero, del linaje de Israel de la tribu de Benjamín; en cuanto a lo segundo, hebreo; procedente de hebreos en cuanto a lo primero. Yo mismo soy israelita del linaje de Abraham y de la tribu de Benjamín (Rm 2,1). Por lo tanto es patente que no soy inferior a ellos en cuanto a gloria según la carne; pero tampoco en cuanto a la gloria que es según Cristo, porque ministros de Cristo son, o sea, dicen que lo son para engañaros, y también yo soy ministro de Cristo. A nosotros, pues, nos ha de considerar el hombre como ministros de Cristo, etc. (1Co 4,1). Y Dios es ef que asimismo nos ha hecho idóneos, etc. (2Co 3,6).

En seguida cuando dice: sin cordura hablo, etc., se\* prefiere a todos los Apóstoles y a los falsos. Y primero en cuanto a los males sufridos; segundo, en cuanto a los beneficios recibidos, y esto en 2Co 12,1: ¡Oh, si soportaseis por un poco mi indiscreción!, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero se prefiere en cuanto a los males que soportó; segundo, en cuanto a la manera como evitó los males: En Damasco, el etnarca del rey Arelas vigilaba la ciudad de los damascenos para prenderme (2Co 1 1,32). Acerca de lo primero hace tres cosas. Primero se presenta como preferible a los demás; segundo, muestra en qué debe ser preferido: en muchos trabajos, etc.; tercero, confirma algo de lo ya dicho: Si es preciso gloriarse (2Co 1 1,30). Así es que dice: Si os parezco imprudente porque me encomio a mí mismo, y me igualo con los demás, ¿cuánto más os pareceré más imprudente por cuanto me prefiero a ellos? Por lo cual dice: No sólo soy ministro de Cristo como ellos, sino que, hablando sin cordura, conforme a vuestro juicio, digo que yo soy más ministro de Cristo que ellos, y en cuanto a esto dice que debe ser preferido. He de honrar mi ministerio (Rm 11,13), anteponiendo ese ministerio al de los demás. Y muestra en qué debe ser preferido, diciendo: porque en muchos trabajos, etc.; como si dijera: En esto yo soy más, porque más manifiestamente soy ministro de Cristo. Primero-en cuanto a los males soportados, segundo en cuanto a los males espontáneamente asumidos: de viaje muchas veces. Primero indica en general los males soportados, diciendo: Yo soy más, a saber, manifiestamente ministro, en muchos trabajos, que ellos, aun cuando hayan soportado algunos trabajos. He trabajado más copiosamente que todos (1Co 15,10). Segundo, enumera estos males en especial, y primero en cuanto a las miserias de la cárcel, porque en cárceles mucho más que ellos. Y después de haberles dado muchos azotes, a Pablo y sus compañeros, los metieron en la cárcel. Segundo, en cuanto a los dolores de los azotes, porque en azotes es

manifiesto que sobre la medida de los demás, sobre medida de humana capacidad, o bien sobre la medida de la humana costumbre. Arriba dijo: De azotes, de cárceles, etc. (2Co 6,5).

Objeción. En contra está lo que dice en 1Co 10,13: Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Así es que no sobre la medida de la humana capacidad.

Respuesta. Débese decir que Dios no permite que se nos tiente sin el auxilio de la divina gracia. Por lo cual, decía el Apóstol: Mas por la gracia de Dios soy lo que soy (1Co 15,10). Ni en cuanto a los temores de muerte, por lo cual decía: en riesgos de muerte frecuentemente, esto es, en peligros y serios temores de muerte. Por lo cual decía él mismo: Somos muertos todo el día (Rm 6,36). Diariamente muero por la gloria vuestra (1Co 15,31). Pero en seguida, diciendo: de los judíos cinco veces, etc., manifiesta los dos últimos, peligros que ha soportado. Y primero el peligro de los azotes, y luego el peligro de muerte. El peligro de los azotes lo manifiesta por los que ha sufrido de los suyos, de los Judíos. Por lo cual dice: De los judíos cinco veces, etc.

Mas débese notar lo que se dice en el Deuteronomio 25,2-3: A medida del delito será también el número de azotes, con tal que no pasen de cuarenta. De lo cual se deduce que los hombres deben ser azotados por pecados menores. Pero de tal manera que el flagelado no recibiera más de cuarenta azotes. Ahora bien, los Judíos, para parecer misericordiosos, siempre ordenaban menos de los previstos por la ley, propinando mucho menos de cuarenta, según les pareciera conveniente. Pero por el odio que a Pablo le tenían, cuando lo flagelaban, del número predicho se eximían de dar los menos posibles, a saber, tan sólo uno menos, concediéndose el darle treinta y nueve. Y esto es lo que cinco veces recibió, a saber, cuarenta azotes menos uno, o sea, treinta y nueve. Lo segundo que manifiesta son los peligros sufridos por parte de los extraños, de los Gentiles, diciendo: Tres veces con varas fui azotado. Los magistrados mandaron que tras de rasgarles las túnicas los azotasen con varas (Ac 16,22). Y también: Ordenó el tribuno que lo metiesen en la fortaleza y que lo azotasen y lo atormentasen (Ac 22,24). Y pasó por peligros de muerte, y primero muestra que por peligros de muerte provenientes de los hombres, diciendo: una vez apedreado; y esto fue en la ciudad de Licaonia, donde derribado a pedradas estuvo como muerto. Apedrearon a Pablo, y lo sacaron arrastrando fuera de la ciudad, dándolo por muerto (Ac 14,18). Segundo, peligros de muerte producidos por los "fenómenos de la naturaleza, y éstos son especialmente los del mar, y se redoblan primeramente por el número, porque tres veces naufragué, esto es, los soporté ¡hasta el fin; en segundo lugar, por su continuidad, porque una noche y un día en lo hondo del mar estuve, lo cual es lo más grave, porque literalmente dice que habiendo naufragado varias veces, una de ellas permaneció bajo el agua durante un día y una noche, protegiéndolo el poder divino. Por lo cual podría decir lo que Joñas (2,4): Y arrojástemme a lo más profundo del mar, etc.

Una vez enumerados los males soportados, en seguida enumera los males buscados, diciendo: de viaje muchas veces. Y primero los males externos, y luego los internos: Fuera de estas cosas exteriores cargan sobre mí las ocurrencias de cada día, etc. (2Co 1 1,28). Expresa los males exteriores, y primero en cuanto a los males que ocurren en los viajes; segundo, en cuanto a los que surgen en las casas. En cuanto a lo primero, primero señala la multiplicidad de los viajes, diciendo: de viaje muchas veces, a saber, me mostré ministro de Cristo soportando pacientemente muchas cosas duras y graves. Desde Jerusalén hasta el ilírico, etc. (Rm 15,19). Y así anduvo por otros muchos caminos, yendo tanto a Roma como a España. Por respeto a las palabras de tus labios he seguido las sendas, etc. (Ps. 16,4). Segundo, enumera los peligros de los viajes. Y primero habla de los peligros menores, y luego del mas grave de los peligros, el que está en los falsos hermanos. Adelanta tres, según los cuales fueron muchos los peligros que sufrió. Primero los peligros según las causas. Y esto, o bien por parte de causa natural, por lo cual dice: peligros de ríos. Porque naturalmente en invierno crecen los ríos, y son rápidos y muy peligrosos, etc. O por crueles maldades, y en cuanto a esto dice: en peligros de ladrones, a quienes el diablo excitaba, hasta

quitarles los vestidos. Cuando he aquí que han hecho una excursión los sábeos, y lo han robado todo (Jb 1,15). Luego enumera los peligros causados por el miedo, y esto o bien por parte de los suyos, por lo cual dice: en peligros de parte de los de mi raza, o sea, tramados por los Judíos; o bien por parte de los extraños, por lo cual dice: en peligros de parte de los Gentiles, por la predicación de un Dios único, por lo que querían cogerlo; y así, ni con los suyos ni con los extraños tenía descanso. ¿Para qué, madre mía, me diste a luz a mí; varón de dolor? etc. (Jerem. 15,10). En tercer lugar enumera los peligros en cuanto a los lugares, y esto o bien en cuanto a la ciudad, por lo cual dice: en peligros en poblado, esto es, en los disturbios de las ciudades contra mí (tal como ocurrió en Efeso y en Corinto, como consta en Hechos 18 y 19); o bien en cuanto a lugares solitarios, por lo cual dice: en peligros en despoblado. Los cuales procedían o bien de los animales dañinos, como cuando una víbora le mordió la mano (Ac 28,3-5), habiendo recogido una porción de sarmientos, o bien por la falta de alimentos, o bien cuanto a los mares, por lo cual dice: en peligros en el mar, no por el mar como arriba, sino en el mar, como los peligros que provienen de corsarios y piratas. Que los que navegan por el mar cuenten sus peligros, y al escucharlos nosotros, con nuestros propios oídos, quedaremos atónitos (Eccli. 43,26). Pero agrega el más grave de los peligros, diciendo: peligros entre los falsos hermanos, esto es, entre falsos cristianos y herejes y entre los pseudoapóstoles. Guárdese cada uno de su hermano y nadie se fíe de sus hermanos (Jerem. 9,4).

### 43

(+2Co 11,27-33)

#### LECTIO 6: 1 Corintios 11,27-33

Prosiguen los males que por Cristo padeció.

27. En el trabajo y en fatigas, en muchas vigiliass, en hambre, en sed, en muchos ayunos, en frío y en desnudez.
28. Fuera de estas cosas que son exteriores, mis cuotidianos cuidados, por la solicitud de todas las iglesias.
29. ¿Quién enferma que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado y yo no me requeme?
30. Si es preciso gloriarse, de las cosas que son de mi flaqueza me gloriaré.
31. Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos, sabe que no miento.
32. En Damasco, el etnarca del rey Aretas tenía vigilada la ciudad de los damascenos para prenderme.
33. Y por una ventana y en una espuerta fui descolgado muro abajo, y así escapé de sus manos.

Aquí consiguientemente enumera los males libremente asumidos que se soportan en las casas. Y enumera tres males opuestos a tres bienes que son necesarios para la vida doméstica. El primer bien es el descanso del sueño, el segundo bien es la alimentación, el tercero es el alivio del vestido. Pues bien, al descanso del sueño opone trabajo y vigiliass. En cuanto al trabajo dice: en el trabajo, es claro que manual. Cuanto ha sido menester para mí y para mis compañeros, todo me lo han suministrado estas manos (Ac 20,34). Y por eso dice arriba (2Co 6,5): de trabajos, porque literalmente, como ya se dijo, con sus manos se procuraba el sustento. Lo dice también en 2Ts 3,8: trabajando de noche y de día, etc. En cuanto al desfallecimiento del trabajo dice: y en fatigas, que son los quebrantos y debilidades consecuentes al trabajo, o bien- por enfermedad natural. Revolcábame en mi miseria, etc. (Ps. 3 1,4). Y en cuanto a las vigiliass dice: en muchas vigiliass; o bien dedicándose de noche a la predicación, o bien al trabajo manual. En los Hechos 20,33 se dice que prolongaba la predicación hasta la medianoche. Aí sustento con la comida opone una doble falta de sustento: una que es por carencia, por lo cual dice: en hambre y en sed, porque literalmente carecía. a veces de comida y

bebida. Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, etc. (1Co 4,1 1). Y la otra, voluntaria, por lo cual dice: en muchos ayunos, voluntariamente llevados, tanto por dar buen ejemplo como por castigar la carne. Castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que habiendo predicado a los otros, venga yo a ser reprobado (1Co 9,27).

Objeción. En contra está lo que dice Mateo 6,33: Todas estas cosas se os añaden, a saber, las temporales. Luego ¿de dónde el hambre y la sed?

Respuesta. Débese decir que cuando conviene se nos añaden las cosas temporales, para nuestra utilidad, pero a veces nos conviene carecer de ellas.

Al alivio del vestido opone dos cosas: una por parte de la naturaleza, por lo cual dice: en frío; y la otra a causa de la pobreza, por lo cual dice: y en desnudez me muestro ministro de Cristo. Desnudos y sin domicilio, etc. (1Co 4,2). En medio de necesidades, etc. (2Co 6,4).

En seguida, cuando dice: Fuera de estas cosas, etc., enumera los males que interiormente padece, causados por penas morales por los falsos apóstoles. Ahora bien, el buen prelado doblemente se aflige por los subditos. Primero es la aflicción por la defensa de los subditos, y luego por sus desfallecimientos. Y esta doble aflicción la padeció el Apóstol. En cuanto a la primera dice: Fuera de estas cosas, que son exteriores, etc.; como si dijera: Fuera de todas las cosas que exteriormente padezco y sufro, más gravemente me angustia una interna aflicción, a saber, el cuidado de los subditos. Por lo cual dice: mis cuidados por todas las iglesias son grandes, y mucho aumentan porque mucho requieren. Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas, etc. (Luc. 10,41). El que preside, sea con solicitud (Rm 12,8). La segunda aflicción la sufre por el desfallecimiento de los subditos, y esto doblemente, a saber, por carencia en lo espiritual, por lo cual dice: ¿Quién enferma y debilita en la fe y en el bien, que no enferme yo con él? doliéndome en mi corazón por él como por mí mismo. Híceme flaco con los flacos por ganar a los flacos (1Co 9,22). ¿Quién dará agua a mi cabeza?, etc. (Jerem. 9,1). También por desfallecimiento corporal, por lo cual dice: ¿Quién es escandalizado con el mal de la pena, esto es, quién padece tribulaciones y yo no me requeme? con la llama de la compasión. Este es el fuego que el Señor vino a traer a la tierra (Luc. 12,49). Y considera que con razón usa del verbo quemarse porque la compasión procede del amor de Dios y del prójimo, el cual es un fuego que consume mientras mueve a remediar las miserias de los prójimos, y purifica por el afecto de compasión, por el cual se nos desata de nuestros pecados: porque la caridad de tal compasión cubre la multitud de los pecados. O bien de otra manera, porque a veces se mancha el hombre pecando por sí mismo, y entonces enferma; y a veces por un mal ejemplo de los demás, y entonces es escandalizado. ¡Ay de aquel hombre por quien viene el escándalo! (Mt 18,7 y Luc. i 7,1).

En seguida, cuando dice: Si es preciso gloriarse, etc., confirma algo de lo arriba dicho. O bien di que arriba se habla de los males que llevó hasta el fin de admirable manera; mas aquí en cuanto a los males que prudentemente evitó. Pero como el evitar los peligros que surgen por la fe parece ser propio de flaqueza, por eso primero adelanta que en las cosas que son de debilidad quiere gloriarse. Segundo, pronuncia un juramento para la confirmación de lo que debe decir: Dios y Padre, etc. Tercero, muestra el modo de librarse: En Damasco, etc. Así es que primero dice las cosas de que se gloria, si debe gloriarse, diciendo: Si, en lugar de porque, es preciso gloriarse, de las cosas que son de mi flaqueza me gloriaré; como si dijera: Otros se glorían de su linaje y en otras cosas mundanas. Hacen gaía de lo que es su desdoro (Ph. 3,19). Y yo también me veo obligado a gloriarme de ellas. Sin embargo, si es menester gloriarme, me gloriaré de mis flaquezas. Adelante dirá: En cuanto a mí, de nada me gloriaré sino de mis flaquezas, etc. (2Co 12,5). Segundo, agrega que no miente al invocar el testimonio divino a modo de juramento para que se le crea, diciendo: Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, etc. En lo cual hay tres cosas. Una por la que indujo al amor, pues dice:



Dios (¿Quién no te temerá?: Jerem. 9). Otra, por la que provocó al amor, por lo que dice: Padre (Toda dádiva, preciosa y todo don perfecto de arriba vienen: Sant. 1., 17). Si yo soy padre ¿dónde está la honra que me corresponde? (Malaq. 1,6). O bien, según otra versión, mi honor. La tercera, por la que mueve al respeto y la alabanza, por lo cual dice: que es bendito por los siglos (Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo: 2Co 1,3). Así es que Este tan venerable, tan amable,, tan temible sabe que no miento, en lo que dije y diré. En la palabra que os he anunciado, nada ha habido del sí y del no (2Co 1,18).

En seguida, cuando dice: En Damasco, el etnarca,, etc., muestra cuántos males evitó, y esto en cierto especial peligro. En lo cual débese saber que el Apóstol primero empezó a predicar a Cristo en Damasco, donde yendo a aprehender a los Cristianos fue derribado y convertido a la fe. Por lo cual los Judíos recurrieron al etnarca de aquella ciudad, que estaba puesto allí por el rey Aretas, para aprehender a Pablo y matarlo. Por lo cual el etnarca hacía vigilar de día y de noche las puertas de la ciudad, como se dice en los Hechos 9,24. Mas los Cristianos de allí, queriendo salvar a Pablo, en una espuerta lo descolgaron muro abajo, y así se evadió. Así es que este modo de evasión lo menciona el Apóstol diciendo: Ciertamente no miento en esto que digo, ni en cuanto al modo; porque en Damasco el etnarca, que bajo el rey Aretas gobernaba al pueblo de Damasco, hacía vigilar, inducido por los Judíos, la ciudad de los damascenos, con el objeto de aprehenderme, y preso entregarme a los Judíos, para que yo ya no predicara; pero yo por una ventana fui descolgado muro abajo, y así escapé de sus manos, de las del etnarca. Y esto fue conforme al mandato del Señor que dijo: Cuando en una ciudad os persigan huid a otra (Mt 10,23). Y así Micol descolgó a David por una ventana para que no fuera cogido por Saúl (I Rey. 19,11-12). Así Rahab descolgó con una cuerda desde la ventana a los exploradores (Js. 2,15).

Objeción. Pero aquí se le objeta al Apóstol primeramente que parece que no confiaba suficientemente en el Señor, porque huyó.

Respuesta. Débese decir que mientras se cuente con el auxilio humano no debe el hombre atenerse al auxilio divino, porque esto sería tentar a Dios, sino que debe echar mano de aquél en cuanto le sea posible. Y al Apóstol de ninguna manera le faltaba el auxilio humano.

Objeción. Se objeta en segundo lugar que en Jn 10,12 se dice: Pero el mercenario y el que no es pastor en viendo venir al lobo huyen. Por lo que se ve que

Pablo no era buen pastor.

Respuesta. Débese decir que a veces se busca tan sólo a la persona del prelado, y a veces con el prelado a todo el pueblo. Así es que cuando se busca al prelado tan sólo, debe éste encomendar el gobierno a otro y ausentarse él. Y así lo hizo Pablo. Por lo cual dice la Glosa que aun cuando huyera, sin embargo tuvo cuidado de las ovejas, encomendándolas al buen Pastor que está en el Cielo, y salvándose él mismo por la fuga para bien de ellos. Mas cuando se busca a todo el rebaño, debe entonces prevalecer el bien y la salvación del rebaño sobre el bien corporal del pastor. Nótese también que hay cierta fuga por humildad, cuando alguien huye de los honores, como Cristo huyó al ver que querían hacerlo rey (Jn 6,15). Así como Saúl al ser elegido rey se escondió en su casa (I Rey. 10,22). Hay fugas por cautela o prudencia, cuando se huye de un peligro con el fin de guardarse para cosas mayores. Por esta razón Elias huyó de Jezabel (3 Rey. 19,3); y por eso mismo escapó el Apóstol de manos del etnarca.

## Capítulo 12

LECTIO 1: 1 Corintios 12,1-2

Enumerando los bienes que divinamente se le han concedido, habla de grandes revelaciones divinas.

1. Si es necesario gloriarse (aunque nada se gana), vendré a las visiones y revelaciones del Señor.
2. Sé que un hombre en Cristo- hace catorce años (si en el cuerpo o si fuera del cuerpo, no lo sé: sábelo Dios) fue arrebatado hasta el tercer cielo.

Habiéndose encomendado en cuanto a los males sufridos, aquí se recomienda el Apóstol mostrando la preeminencia de su dignidad en cuanto a los bienes divinamente recibidos. Su primera gloriación fue por flaquezas; ésta es por sus bienes. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero se encomia por los bienes divinamente recibidos; y luego se excusa por este encomio, que hace como obligado: estoy hecho un mentecato (2Co 12,2). Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero celebra la grandeza de los dones que le han sido concedidos por Dios; luego manifiesta el remedio de la flaqueza, remedio que se le ha concedido contra el peligro de la soberbia: Y para que la grandeza de las revelaciones no se desvanezca, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero señala el bien que divinamente se le ha concedido; luego muestra de qué manera se gloria de tal bien: De semejante hombre podré gloriarme, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, mostrar que esto se le concedió divinamente en general; la segunda, que en especial: Sé que un hombre, etc. Y el bien divinamente concedido al Apóstol son las revelaciones que divinamente se le hacen, y de éstas quiere aquí gloriarse. Por lo cual dice: Si es necesario gloriarse, esto es, por ser necesario gloriarse en atención a vosotros, sin embargo en cuanto a él mismo nada gana, porque quien se gloria del bien recibido cae en el peligro de perder lo que tiene. Se abren sus tesoros, los de las virtudes, por una vana jactancia, y vuelan las nubes a manera de aves (Eccli. 43,15). Y esto se ve en Ezequías (Is 39,2), cuando muestra los tesoros de la casa de Dios a los enviados del rey de Babilonia. Y aun cuando en general no se gana nada con gloriarse, sin embargo a veces por alguna causa especial puede el hombre gloriarse, como se desprende de lo ya dicho. Y por eso dice: Por ser necesario gloriarse, dejados los encomios por las flaquezas, vendré, encomiándome, a las visiones y revelaciones del Señor. En lo cual débese notar que hay una diferencia entre visión y revelación. Porque la revelación incluye la visión, y no a la inversa. Porque a veces se ven algunas cosas cuyo sentido y significación están ocultos al vidente, y entonces sólo hay visión. Así fue la visión del Faraón y la de Nabucodonosor (Dan. 2 y Gen. 41). Pero cuando con la visión se tiene la significación de las cosas que se ven, entonces hay revelación. De aquí que en cuanto al Faraón y a Nabucodonosor la visión de las espigas y de la estatua fue sólo visión; pero en cuanto a José y Daniel, que tuvieron la significación de las cosas vistas, fue revelación y profecía. Sin embargo, una y otra cosa, revelación y profecía, a veces ciertamente las hace Dios. Hay un Dios en el cielo que revela los misterios (Dan. 2,28). Yo soy el que te hablé por los profetas haciéndote ver muchas cosas venideras (Oseas 12,10). Quita el velo a mis ojos, etc. (Ps. 118, 8). Pero a veces las hace el maligno. Los profetas de Samaría profetizaban en nombre de Baal (Jerem. 23,13). Pues bien, el Apóstol tuvo tanta visión como revelación, porque las cosas secretas que vio las entendió plenamente por Dios, no por el espíritu malo. Por lo cual dice: vendré a las visiones y revelaciones del Señor. Ahora bien, por la revelación se levanta el velo. El velo puede ser doble. El uno por parte del vidente, y entonces es la infidelidad, o el pecado, o dureza de corazón, y de esto habló arriba: y así hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, cubre un velo su corazón (2Co 3,15). El otro es por parte de la cosa vista, cuando la cosa espiritual se le presenta a alguno bajo la figura de cosas

sensibles, y este es el caso de Números 4,12, en que se dice que los sacerdotes les entregaban a los levitas los vasos del santuario envueltos en un paño, porque los más débiles no pueden captar las cosas espirituales en cuanto son en sí mismas. Por lo cual el Señor les hablaba a las turbas en Parábolas (Mt 13,35).

En seguida el Apóstol habla de tales visiones y revelaciones en especial, refiriéndose a sí mismo como si fuera otra persona. Por lo cual dice: Sé que un hombre en Cristo, etc. Y habla de dos visiones. La primera comienza aquí, y la segunda comienza en aquello: Y sé que el mismo hombre en Cristo, etc. Ahora bien, acerca de la primera visión usa el Apóstol de cierta distinción. Porque dice que acerca de la tal revelación algo sabe, y algo ignora. Pues dice saber tres cosas, a saber la condición del vidente, y de aquí que Sé que un hombre en Cristo; el tiempo de la visión, porque fue hace catorce años; y la altura de la visión, porque fue arrebatado hasta el tercer cielo. Pero dice que ignora la situación del vidente, porque si en el cuerpo o si fuera del cuerpo, no lo sé. Veamos, por lo tanto, las cosas que sabe para que de lo conocido podamos llegar más fácilmente a lo desconocido.

Y primero la condición del vidente, la cual es laudable, porque fue en Cristo, esto es, conforme a Cristo.

Objeción. En Cristo nadie está sino quien tenga la caridad, porque en 1 Juan 4,16 se dice: El que permanece en la caridad en Dios permanece. Luego sabía que poseía la caridad, lo cual es contra aquello: No sabe el hombre si es digno de amor o de odio.

Respuesta. El estar en Cristo puede entenderse de dos maneras. De una, por la fe y por el sacramento de la fe, según aquello del Apóstol (Gal. 3,27): Todos los que habéis sido bautizados en Cristo estáis revestidos de Cristo, a saber, por la fe y por el sacramento de la fe. Y el Apóstol sabía que de esta manera estaba en Cristo. De la otra, se dice que alguien está en Cristo por la caridad, y así nadie sabe con absoluta certeza si está en Cristo, si no es por ciertas pruebas y señales, en cuanto se siente dispuesto y unido a Cristo; y así, de ningún modo, ni por la muerte, consentiría en separarse de Él. Y esto lo sabía de sí mismo el Apóstol al decir: Estoy cierto de que ni la muerte, ni la vida, etc., podrá jamás apartarnos del amor de Dios (Rm 8,38). Así es que pudo tener las señales de que estaba en la caridad de Cristo.

En segundo lugar el tiempo de la visión, que fue el real, porque fue hace catorce años, porque catorce años habían transcurrido desde el momento en que viera la visión hasta el momento en que escribió esta Epístola. Porque cuando escribió esta Epístola, aún no era el Apóstol en la cárcel. Y así se ve que fue alrededor del principio del Imperio de Nerón, por el cual fue muerto después de mucho tiempo. De aquí que si computamos los años que transcurren desde el principio del Imperio de Nerón hasta los catorce años, claramente se ve que el Apóstol tuvo estas visiones al principio de su conversión. Porque fue convertido por Cristo mismo en el año en que Cristo padeció. Ahora bien, Cristo padeció alrededor del final de Tiberio César, a quien una vez muerto le sucedió el emperador Cayo, quien vivió cuatro años, después del cual fue hecho emperador Nerón. Y así, entre Tiberio y Nerón transcurrieron cuatro años. Y así, añadidos a dos años del tiempo de Tiberio, porque aún no moría éste cuando Pablo fue convertido, y ocho del tiempo de Nerón, que transcurrieran hasta el tiempo en que escribió esta Epístola, resulta que desde el tiempo de su conversión hasta el momento en que escribió esta Epístola fueron catorce años. Por lo cual algunos dicen con gran probabilidad que el Apóstol tuvo estas visiones en aquel triduo en que habiendo sido derribado por el Señor permaneció sin ver, ni comer ni beber (Ac 9,9). Y conmemora el Apóstol el tiempo de su conversión para mostrar que si en el momento de su conversión le fue tan grato a Cristo que tales cosas le mostrara, cuánto más le sería después de catorce años, habiendo adelantado tanto en autoridad en Dios como en virtudes y gracia.

Veamos en tercer lugar la altura de la visión, que ciertamente es excelsa, porque fue arrebatado hasta el tercer cielo. Pero débese saber que una cosa es ser robado y otra el ser raptado. Se roba una cosa propiamente cuando le es sustraída a alguien ocultamente. De aquí que decía José (Gen. 40,15): Furtivamente fui arrebatado. Y ser raptado se dice de lo que súbitamente y por violencia es quitado. Como un torrente a "toda prisa, esto es, súbita y rápidamente, pasa por las cañadas (Jb 6,15). De aquí es que a los salteadores despojan con violencia se les llama raptores.

Pero ten en cuenta que de un hombre se dice que es arrebatado por hombres, como Enoc. Fue arrebatado para que la malicia no alterase su modo de pensar (Sg 4,2). A veces el alma es arrebatada del cuerpo, ¡insensato! esta misma noche se te ha de arrebatar el alma, etc. (Luc. 12,20). A veces se dice que alguien es arrebatado de sí mismo, cuando por alguna causa el hombre sale de sí mismo, y esto es lo mismo que el éxtasis. Pero también sale el hombre de sí mismo tanto por una facultad de apetencia como por una cognoscitiva. Porque por la apetitiva el hombre está sólo en sí mismo cuando cuida tan sólo de lo suyo. Y sale de sí mismo cuando no cuida de lo suyo sino de ¡o que es para el bien de otros, y esto es lo que hace la caridad. La caridad no busca lo que es de uno mismo (1Co 13,5). Y de este éxtasis dice Dionisio (cap. 4 De Div. Nom.): El amor divino produce el éxtasis no dejando que el amante sea de sí mismo, sino de los amantes, o sea, de las cosas amadas. Y según la facultad cognoscitiva sale uno de sí mismo cuando fuera del natural modo del hombre se eleva para ver algo, y es de este rapto del que habla aquí el Apóstol.

Pero débese saber que el modo natural del hombre? conocimiento es que conozca a la vez por la vía mental, la cual es el entendimiento, y por la vía corporal, que es el sentido. De aquí que al conocer no tiene el hombre el libre juicio del entendimiento sino teniendo los sentidos bien dispuestos en su ejercicio sin ningún impedimento que los ligue; de otro modo, estando impedidos, también el juicio del entendimiento está impedido, como es patente en los que duermen. Así es que el hombre está fuera de sí mismo según la facultad cognoscitiva cuando es sacado de esa natural disposición de conocimiento, lo cual es para que el entendimiento, liberado del uso de los sentidos y de las cosas sensibles, se mueva a ver otras cosas. Lo cual ocurre ciertamente de dos maneras: la una por defecto de la facultad, de cualquier parte que ocurra tal defecto, como sucede con los frenéticos y otros alienados, y esta falta de los sentidos no es una elevación del hombre sino más bien una depresión, puesto que decae el poder de ellos. De otro modo por virtud divina, y entonces sí hay propiamente elevación, porque asimilándose el agente al paciente, el no uso de los sentidos que es debido a la virtud divina y que está por encima del hombre, es algo más alto de lo que sea la naturaleza del hombre. Por lo cual el rapto entendido así se define de esta manera: El rapto es la elevación por una fuerza de naturaleza superior, de lo que es según la naturaleza a lo que está por encima de la naturaleza. En esta definición distinguimos el género con la palabra elevación; la causa eficiente, porque es por una fuerza de naturaleza superior; y los dos términos de movimiento, a saber, el a quo -desde el cual- y el in quem -al cual- con decir de lo que es según la naturaleza a lo que está por encima de la naturaleza. Y esto es patente en el rapto.

De su término se colige el rapto, a saber, ad quem -hacia qué-, con decir: hasta el tercer cielo. Y débese notar que tercer cielo se entiende triplemente. De un modo, según las cosas que están por debajo del alma; de otro modo, según las cosas que hay en el alma; del tercer modo según las cosas que están por encima del alma. Por debajo del alma están todos los cuerpos, como dice Agustín en el libro De Vera Religione. Y así podemos entender un triple cielo corpóreo, a saber, el aéreo, el sidéreo y el empíreo. Y de este modo se dice que el Apóstol fue raptado hasta el tercer cielo, esto es, hasta ver las cosas que están en el cielo empíreo, "no para vivir allí, porque si así fuere sabría si estuvo en el cuerpo o si fuera del cuerpo. O bien, según el Damasceno, quien no habla del cielo empíreo, podemos decir que el tercer cielo, al cual fue raptado el Apóstol, está por encima de la octava esfera, de modo que viera claramente las cosas que están por encima de toda naturaleza

corporal. Mas si por cielo entendemos ¡las cosas que están en la propia alma, así debemos decir que el cielo es cierta altura de conocimiento, la cual excede al natural conocimiento humano.

Ahora bien, hay una triple visión, a saber, corporal, por la cual vemos y conocemos las cosas corporales; o imaginaria, por la cual vemos las semejanzas de los cuerpos; e intelectual, por la cual conocemos las naturalezas de las cosas en sí mismas. Porque propiamente el objeto del entendimiento es el ser. Y si tales visiones se tienen conforme al modo natural, por ejemplo, si veo algo sensible, si imagino algo primeramente visto, si entiendo por imágenes, no se pueden llamar cielo. Pero cualquiera de estas cosas se dice cielo cuando se da por encima de la facultad natural del humano conocimiento, por ejemplo, si ves algo con los ojos corporales por encima de la capacidad de la naturaleza, de esta manera eres raptado al primer cielo. Tal como Baltasar fue raptado viendo la mano que escribía en la pared, como se dice en Daniel 5,5. Y si eres elevado por medio de la imaginación o por la mente a algo que es de conocerse sobrenaturalmente, de esta manera eres raptado al segundo cielo. Así fue raptado Pedro cuando vio el mantel que bajaba del cielo, como se dice en Hechos 10,11-12. Pero si alguien viere esas mismas cosas inteligibles y sus naturalezas no mediante algo sensible ni mediante imágenes, así sería raptado hasta el tercer cielo.

Pero débese saber que ser raptado al primer cielo es ser desprendido de los sentidos corporales. Por lo cual, como nadie puede desprenderse totalmente de los sentidos corpóreos, es claro que nadie puede decir absolutamente que sea raptado al primer cielo, sino relativamente, en cuanto a veces ocurre que alguien sea de tal manera aplicado a un solo sentido que se le retira de la acción de los demás. Ser raptado al segundo cielo es que alguien sea apartado del sentido para ver algunas cosas imaginables, por lo que tales visiones se han efectuado siempre en éxtasis. Y por eso (Ac 10,11-12), cuando Pedro vio el mantel se dice que esto ocurrió en un éxtasis. Y Pablo dice haber sido raptado al tercer cielo porque de tal manera fue desprendido de los sentidos y elevado por encima de todas las cosas corporales, que vio las cosas inteligibles limpias y puras, de la manera como las ven los ángeles y el alma separada, y, lo que es más, al mismo Dios por esencia, como expresamente dice Agustín en su comentario sobre el Génesis y en la Glosa y a Paulino en el libro De Videndo Deum. Ni tampoco es probable que Moisés, ministro del Antiguo Testamento para los Judíos, viese a Dios, y el ministro del Nuevo Testamento para los Gentiles, y doctor de los Gentiles, estuviese privado de este don. Por lo cual dice él mismo: Porque si el ministerio de la ley de condenación fue acompañado de tanta gloria, mucho más glorioso es el ministerio de la justicia (2Co 3,9). Y consta que Moisés vio a Dios por esencia. Porque él mismo se lo pidió a Dios: Muéstrame tu rostro para que yo te conozca (Ex. 33,13). Y aun cuando entonces se le negara, sin embargo no se dice que finalmente se lo negara el Señor. Por esta razón dice Agustín que se le concedió según esto que dice el Libro de los Números (12,6-8): Si hubiere entre vosotros algún profeta del Señor Yo me apareceré a él en visión, etc. Pero no así a mi siervo Moisés, etc., porque Yo a él le hablo boca a boca, y él ve claramente al Señor, y no por enigmas o figuras. Pero ¿acaso podría ocurrirle a Pablo que sin ser raptado viese a Dios? Débese decir que no. Porque es imposible que Dios sea visto en esta vida por un hombre no enajenado de los sentidos, porque ninguna imagen, ningún fantasma es un medio suficiente para mostrar la esencia de Dios, por lo cual es necesario que sea apartado y alienado de los sentidos.

De un tercer modo débese entender la palabra cielo: según las cosas que están por encima del alma, y así un triple cielo es una triple jerarquía de los ángeles, y según esto el Apóstol fue raptado hasta el tercer cielo, esto es, para que viera la esencia de Dios tan claramente como la ven los ángeles de la superior y primera jerarquía, que de tal manera ven a Dios que inmediatamente en el mismo Dios reciben iluminaciones y conocen los divinos misterios.

Y así vio Pablo. Así es que vio la esencia de Dios como los ángeles de la jerarquía superior; luego bien se ve que el Apóstol ya era bienaventurado, y por lo tanto inmortal. Pero respondo que aun

cuando haya visto a Dios por esencia, sin embargo no fue bienaventurado absolutamente hablando sino tan sólo relativamente.

Ahora bien, es de saberse que la visión de Dios por esencia se hace por cierta luz, a saber, por la luz de la gloria, de la cual se dice en el Salmo 35,10: En tu luz veremos la luz. Pero hay luz que se comunica a alguien por modo de pasión, a otros por manera de forma inherente, así como la luz del sol se encuentra en el carbunco y en las estrellas, como forma inherente, esto es, hecha connatural; pero en el aire se encuentra como forma transitiva, y no permanente, porque pasa, salida del sol. De manera semejante también la luz de la gloria de dos maneras se infunde en la mente. De la una, a modo de forma connatural hecha y permanente, y así hace a la mente absolutamente bienaventurada. Y de este modo se les infunde a los bienaventurados en la patria, por lo cual se les llama comprensivos, y así yo les llamo también visores. De la otra manera, la luz de la gloria toca la mente humana como una pasión transitiva, y así la mente de Pablo fue ilustrada en el rapto por la luz de la gloria. De aquí que el mismo nombre de rapto muestra que éste sucede de manera transitiva; y por esto no fue absolutamente glorificado, ni poseyó la dote de la gloria, por no haber sido hecha su propiedad aquella claridad. Y por lo mismo no se derivó del alma al cuerpo, ni permaneció perpetuamente en aquel estado. Por lo cual en el rapto sólo tuvo el acto de bienaventurado, pero no fue bienaventurado. Y así por esto es claro que conoció el Apóstol en su rapto, a saber, la condición del vidente, el tiempo de la visión y la altura de la visión. Se sigue que no conoció, a saber, si estaba en el cuerpo o fuera del cuerpo, lo cual sin embargo dice que Dios lo sabía. Por lo cual dice: Si en el cuerpo o si Fuera del cuerpo, no lo sé: sábelo Dios; lo cual algunos lo quisieron entender como si el rapto se refiriera al cuerpo, pues dicen que el Apóstol dice no saber él, no si el alma estuviese unida al cuerpo en aquel rapto o no; sino si el rapto fue según el alma y el cuerpo a la vez, para a la vez corporalmente ser llevado al cielo, tal como fue transportado Habacuc a Babilonia (Dan. 14,35); o si según el alma tan sólo estuvo en las visiones de Dios, como se dice en Ezeq. 8,3: En visión me llevó a tierra de Je\* rusalén. Y así fue como lo entendieron algunos Judíos, y ¡o dice Jerónimo en su prólogo sobre Daniel, donde dice: En consecuencia nuestro Apóstol dice que no se atreve a afirmar haber sido raptado en el cuerpo, sino que dice: si en el cuerpo, etc. Pero este sentido lo reprueba sobre todo Agustín (II super Gen. ad. litt.), por no concordar con otras palabras del Apóstol. Porque el Apóstol dice haber sido raptado hasta el tercer cielo; así es que supo con certeza que aquello era el verdadero cielo. Así es que supo si aquel cielo era corpóreo o incorpóreo, o sea, cosa incorpórea. Pero aunque fuese incorpóreo, supo que corporalmente no pudo ser raptado hasta allí, porque en una cosa incorpórea no puede estar un cuerpo. Y si fue corpóreo supo que no estuvo allí el alma sin el cuerpo, porque el alma unida al cuerpo no puede estar en un lugar donde no esté el cuerpo, a no ser que cielo incorpóreo se diga a semejanza de cielo corpóreo. Pero si así es, el Apóstol no diría que sabe que fue raptado al tercer cielo, esto es, a una semejanza de cielo, porque con igualdad de razón se podría decir que fue raptado en el cuerpo, esto es, en semejanza de cuerpo.

Así es que débese decir, según Agustín, que la divina esencia nadie que esté en esta vida y que viva en este cuerpo mortal la puede ver. Por lo cual dice el Señor: No me verá hombre ninguno sin morir (Ex. 33, .20), esto es, ningún hombre me verá, a no ser que esté totalmente separado del cuerpo, de modo que su alma no esté implantada en el cuerpo como forma, o bien que si está allí implantada como forma, sin embargo su mente ciertamente en tal visión esté totalmente enajenada de los sentidos. Por lo cual débese decir que el Apóstol dice no saber si en aquella visión su alma estuvo totalmente separada del cuerpo; por lo cual dice: o si fuera del cuerpo, o bien si su alma permanecía en el cuerpo, como forma, y su mente sin embargo estaba apartada de los sentidos corpóreos. Por lo cual dice: si en el cuerpo. Y esto también otros lo conceden.

LECTIO 2: 1 Corintios 12,3-6

Enumera lo que vio en el segundo rapto, y señala la excelencia del rapto.

3. Y sé que el mismo hombre (si en el cuerpo o si fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe),
4. fue arrebatado al paraíso, y oyó inefables palabras, que no le es posible a un hombre proferir.
5. De ese tal me gloriaré, mas en cuanto a mí de nada me gloriaré, sino de mis flaquezas.
6. Y si quisiese gloriarme, no sería imprudente, porque diría la verdad. Pero me abstengo, no sea que alguien me aprecie por encima de lo que ve en mí o de lo que de mí oye.

Habiendo hablado del primer rapto, en seguida habla del segundo. Y hace dos cosas: Primero confiesa el rapto; luego señala su excelencia: oyó inefables palabras, etc. Y débese notar que la Glosa dice que este rapto es distinto del primero. Y si bien se considera, dos veces se lee acerca del Apóstol algo a lo que estos dos raptos pueden referirse. Porque en Hechos 9,9 se lee de él que tres días estuvo sin ver y sin comer nada, ni beber, y a esto se puede referir el primer rapto, a saber, que entonces fue el rapto hasta el tercer cielo. Pero en Hechos 22,17 se lee que en el templo fue arrebatado en éxtasis, y a esto se refiere este segundo rapto.

Pero esto no parece verosímil, porque cuando fue arrebatado en éxtasis, ya había sido puesto en la cárcel el Apóstol; y esta epístola la escribió el Apóstol mucho tiempo antes, de modo que primero fue escrita esta epístola que haber estado en éxtasis el Apóstol. Por lo cual débese decir que este rapto difiere del primero en cuanto a aquello a lo que fue raptado. Porque en el primero fue raptado al tercer cielo; y en el; segundo al paraíso de Dios.

Y si alguien entendiera el tercer cielo corporalmente, según la primera acepción de los cielos puesta arriba, o bien si fuese la visión imaginaria, podríase de manera semejante hablar de paraíso corporal, para decir que había sido raptado al paraíso terrenal; pero esto es contra lo que entiende Agustín, conforme al cual decimos que fue raptado al tercer cielo, esto es, a la visión de los inteligibles, en cuanto en sí mismos y en sus propias naturalezas se ven, como está dicho arriba. De aquí que según esto conviene no entender por cielo una cosa, ni por paraíso otra cosa, sino uno solo y el mismo por una y otra cosa, a saber, la gloria de los santos, pero según razones distintas. Porque cielo se llama a cierta altura con claridad, y paraíso a cierta alegre suavidad. Ahora bien, en los santos bienaventurados y en los ángeles que ven a Dios se dan excelentemente estas dos cosas, porque en ellos hay excelentísima claridad, en la cual ven a Dios, y una suma suavidad, con la que de Dios gozan. Y por eso se dice que están en el cielo en cuanto a claridad, y en el paraíso en cuanto a suavidad. Lo veréis y os regocijaréis (Is 66,14). Así es que una y otra cosa fue concedida al Apóstol, para ser levantado a aquella altísima claridad del conocimiento, y esto lo significa diciendo: al paraíso. - ¡Oh, cuán grande es, Señor, la abundancia de la dulzura que tienes reservada para los que te temen! (Ps. 30,20). Al que venciere daréle yo un maná recóndito, etc. (Ap 2,17). - Y esta dulzura es el gozo de la divina fruición, de la cual se dice en Mateo 25,21: Ven a tomar parte en el gozo de tu Señor. Así es que de esta manera se ve claro el término del rapto, porque es el paraíso, esto es, en la dulzura que sin fin reciben los que están en la celestial Jerusalén.

Sigue a continuación la excelencia del mismo rapto, porque oyó inefables palabras que no le es posible a un hombre proferir. Y esto se puede explicar de dos maneras. De la una, el a un hombre se liga con posible y proferir; y el sentido es: oyó inefables palabras, esto es, percibió con íntimo conocimiento la secreta esencia de Dios como por palabras, palabras que no le es posible al hombre decir. De otro modo, el al hombre se liga solamente con no le es posible, y entonces el sentido es:

Oyó palabras, etc., palabras que no le es posible al hombre decir, a saber al hombre imperfecto. Mas débese saber que según Agustín, Pablo fue raptado para ver la esencia divina, la cual no se puede ver mediante ninguna semejanza creada. De aquí que es claro que lo que Pablo vio de la esencia divina ninguna lengua humana lo puede decir, pues de otra manera Dios no sería incomprensible. Por lo cual según la primera exposición débese decir: Oyó, esto es, consideró inefables palabras, esto es, la magnificencia de la divinidad, la cual ningún hombre puede manifestar; mas dice oyó en lugar de vio, porque la consideración aquella fue según un acto interior del alma, en el cual lo mismo es oído y visto, según lo que se dice en Números 12,8: Porque yo a él le hablo boca a boca, y él ve claramente al Señor. Y a la consideración aquella se le llama visión, en cuanto Dios se ve en esto, y palabra, en cuanto con ella misma es instruido el hombre en las cosas divinas. Y como tales cosas espirituales no pueden ser declaradas a los simples ni a los imperfectos, sino a los perfectos, según lo que se dice en 1Co 2,6: Enseñamos sabiduría entre los perfectos; por eso de un segundo modo se explica que las cosas secretas, que allí oyó, no me es posible, no me es lícito decirlas al hombre, esto es, a los imperfectos, sino a los espirituales, entre los cuales enseñamos la sabiduría. Gloria es de Dios el cubrir con un velo su palabra (Pr 25,2), o sea que esto mismo, la necesidad de cubrir con velo las maravillas de Dios, corresponde a la gloria de Dios. Dice el Salmo según la traducción de Jerónimo: Calle para ti la alabanza, Dios, esto es: que Dios es incomprensible con nuestras palabras.

En seguida, cuando dice: de ese tal me gloriaré, etc., muestra cómo es su relación con la gloria. Y acerca de esto hace tres cosas. Primero muestra que no se gloria de tales revelaciones; segundo, insinúa tener algo tuera de aquello por lo que podría gloriarse: y si quisiera, etc.; tercero, indica la causa por la que no se gloria de todo: pero me abstengo, no sea que alguien, etc. Acerca de lo primero débese saber que el De ese tal me gloriaré, etc., se puede leer de dos maneras. De la una, el Apóstol muestra ser él mismo por el cual se gloria, por ser él mismo quien vio las dichas visiones; de la otra, muestra que fue otro quien vio las visiones.

Porque débese saber que en el hombre puédense considerar dos cosas, a saber, el don de Dios y la humana condición. Así es que si alguien se gloria por algún don de Dios, como de Dios recibido, esa es buena gloriación, porque así se gloria en el Señor, como está dicho arriba (cap. X). Pero si se gloria de ese don como por sí mismo poseído, entonces es mala tal gloriación. ¿Qué cosa tienes que no la hayas recibido? Y si lo que tienes lo has recibido ¿de qué te jactas como si no lo hubieses recibido? (1Co 4,7). Así es que según esto dice el Apóstol: Por eso, por las visiones y dones de Dios que se me han concedido, me gloriaré. Mas en cuanto a mí no, esto es, no me gloriaré por eso, como por mí recibido, porque de Dios lo tuve; pero si en cuanto a mí hay que gloriarse, de nada me gloriaré, sino de mis flaquezas, o sea, que no tengo de qué pueda gloriarme, sino es de mi flaca condición. Pero si se explica de modo que muestre que otro fue quien vio, aunque sea él mismo, entonces el sentido es como si se hablara de algún otro, diciendo: De ese tal me gloriaré, esto es, por aquel hombre que esto vio y que estos dones recibió, me gloriaré; mas en cuanto a mí, como si quisiera manifestar ser yo ese tal, en nada me gloriaré, sino de mis flaquezas, esto es, de las tribulaciones que padezco. Pero como se le podría decir: Oh, Apóstol, no es de admirar que no te gloríes, porque nada tienes de qué gloriarte, el Apóstol muestra que aun fuera de las dichas visiones tiene algo de lo que podría gloriarse, diciendo: Aun cuando de tal hombre me gloríe, y no de mí, sin embargo también por mí puedo muy bien gloriarme; porque si quisiese gloriarme, etc., o bien por tales tribulaciones, o bien por otras cosas que se me han concedido por Dios, o también por las flaquezas, no sería imprudente, esto es, no obraría neciamente. Y porque diría la verdad sobre otras cosas, de las que, fuera de las dichas visiones, podría gloriarme. Mas dice: no sería imprudente, porque se gloriaría de las cosas que tenía. Porque cuando alguien se gloria de cosas que no tiene, neciamente se gloria. Porque dices: yo soy rico, y de nada carezco, y no sabes que eres un desdichado, etc. (Ap 3,17). Y porque se gloriaba por motivos suficientes, como por lo predicho es manifiesto.



Mas en seguida, cuando dice: Pero me abstengo, etc., muestra la razón por la que no se gloría de todo lo que podría gloriarse, y la razón es que se abstiene de ello. Por lo cual dice: Pero me abstengo, etc.; como si dijera: Podría gloriarme de otras muchas cosas, pero me abstengo, esto es, me glorío sobriamente, o bien me abstengo al recomendarme a vosotros, no queriendo seros pesado. Porque tales cosas me concedió Dios, que si las supierais, me consideraríais mucho más grande, y éstas son muchos dones gratuitos que tenía el Apóstol. Por ellas las gentes de este mundo suelen alabar más a los hombres y considerarlos más grandes que si gustosos obraran. Por lo cual dice: No quiero ser recomendado por las cosas gratuitas; y por eso me abstengo, esto es, no me glorío. Y ¿por qué? No sea que alguien aprecie que me encomio o me glorío por encima de lo que ve, etc. O bien de otra manera: Al hombre se le conoce por dos cosas, por su conducta y por su doctrina; y el Apóstol no quería decir de sí mismo, aunque podría, nada que excediera o su vida o su doctrina. Y por eso: Me abstengo, no sea que alguien me aprecie, crea que soy, por encima de lo que ve en mi conducta exterior, o de lo que oye de mí, esto es, de la doctrina de la predicación, y de la exhortación, y de mis instrucciones, no fuera a ser que lo creyeran o inmortal o ángel. El varón prudente callará (Pr 2,12). El insensato habla luego cuanto en su pecho tiene; pero el que es sabio no se apresura, etc. (Pr 29,1 1). O bien dice: Pero me abstengo, etc., en atención a mis detractores, es decir, a los falsos apóstoles, que decían que él se gloriaba por arrogancia, y no con razón, ni por algo que él mismo tuviera. Y por eso dice: Pero me abstengo, esto es, sobriamente me glorío, no sea que alguno de los falsos juzgue que me excedo por espíritu de arrogancia, por encima de aquello, esto es, de aquello que ve en mí u oye de mí, esto es, por encima de lo que podría yo merecer. ¡Oh Señor, no se ha engraido mi corazón, ni mis ojos se han mostrado altivos, etc. (Ps. 130,1). Cuanto más grande fueres tanto más debes humillarte, etc. (Eccli. 3,20).

46

(+2Co 12,7-10)

### LECTIO 3: 1 Corintios 12,7-10

Habla del antídoto dado a Pablo, no fuera a ser que por el rapto se envaneciera: y fue una flaqueza en la carne, acerca de la cual, aun cuando ora, sin embargo no es oído.

7. Y para que la grandeza de las revelaciones no me desvanezca se me ha dado un aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me abofetee.

8. Por este motivo tres veces rogué al Señor que se alejase de mí.

9. Pero El me dijo: Mi gracia te basta. Pues la fuerza se perfecciona en la flaqueza. Por tanto, con sumo gusto me gloriaré en mis flaquezas, para que la fuerza de Cristo habite en mí.

10. Por cuya causa me complazco en mis flaquezas, en las injurias, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo. Porque cuando soy débil entonces soy fuerte.

Aquí trata del remedio que se le dio contra la soberbia. Y acerca de esto hace tres cosas. La primera, indicar el remedio que se le dio; la segunda, manifestar su petición de que tal remedio se le retirara: Por este motivo tres veces rogué, etc.; la tercera, decirnos la respuesta del Señor revelando la razón del remedio aplicado: Pero El me dijo, etc. Acerca de lo primero débese saber que ordinariamente el médico experto procura y permite que le sobrevenga al enfermo una enfermedad menor para curar la mayor o para evitarla; así como para curar de espasmo procura que haya fiebre; muestra que evidentemente esto ha sido hecha en él, en el bienaventurado Apóstol, por el médico de las almas, nuestro Señor Jesucristo. Porque Cristo, como máximo médico de las almas, para curar las graves enfermedades del alma, permite que sus elegidos searr afligidos por muchas y graves enfermedades del cuerpo, y, lo que es más, para curar de los pecados mayores, permite caer en los menores, y aun en los mortales. Ahora bien, entre todos los pecados el más grave es la soberbia. Porque así como la

caridad es la raíz y el principio de todas las virtudes, así también la soberbia es la raíz y el principio de todos los vicios. El primer origen de todo pecado es la soberbia (Eccli. 10,15). Lo cual es claro de esta manera: porque se dice que la caridad es la raíz de todas las virtudes porque une a Dios, quien es el último fin. De aquí que así como el fin es el principio de cuanto se puede obrar, así también la caridad es el principio de todas las virtudes. Ahora bien, la soberbia aparta de Dios. Porque la soberbia es el apetito desordenado de la propia excelencia. Porque si alguien apetece alguna excelencia debajo de Dios, si moderadamente apetece y en atención a un bien, la puede tener; mas si no es dentro del debido orden, puede ciertamente incurrir en otros vicios, a saber, el de ambición, el de avaricia, o el de la vanagloria, y otros semejantes; sin que haya sin embargo propiamente soberbia, si no es cuando alguien apetece la excelencia sin ordenarla a Dios. Por lo cual la soberbia propiamente dicha separa de Dios, y es la raíz de todos los vicios y el peor de todos, por lo cual Dios resiste a los soberbios, como se dice en Santiago 4,6.. Y como en los bienes está de manera máxima la materia de tal vicio, el de la soberbia, porque su materia es el bien, a veces permite Dios que sus elegidos ser vean privados, por alguna parte suya, por enfermedad, o por algún defecto, y aun a veces por un pecado mortal, de tal bien, para que así por este motivo se humillen cuanto por aquella flaqueza no se ensoberbezcan, y así humillado reconozca el hombre que no puede mantenerse de pie con sus solas fuerzas. Por lo cual se dice en Romanos 8,28: Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, etc., no ciertamente por el pecado de ellos, sino por la ordenación de Dios. Así es como el Apóstol tenía una grande materia por la cual ensoberbecerse, tanto en cuanto a la especial elección por la que fue escogido por Dios (Vaso de elección es, etc.: Hechos 9,15); como en cuanto al conocimiento de los secretos de Dios, porque dice que fue raptado al tercer cielo y al paraíso, donde oyó inefables palabras que no le es posible al hombre proferir; como también en cuanto al aguante de los males, porque en cárceles mucho más, en azotes sin medida, etc., tres veces con vara fui azotado, etc. (2Co ,1 1,23-25); y también en cuanto a la virginal integridad, porque quisiera que todos fueseis como yo mismo (1Co 7,7); y en cuanto a la ejecución de obras buenas, porque más que todos he trabajado (1Co 15,10); y especialmente en cuanto a la máxima ciencia en la que sobresalió, la cual especialmente infla: por todo esto Dios le proporcionó el remedio, no fuera a ser que se levantara con soberbia. Y esto lo dice así: Y para que la grandeza de la revelación que se me hizo no me desvanezca en soberbia. No te dejes llevar de pensamientos altivos a modo de toro, etc. (Eccli. 6,2). No bien fui ensalzado, cuando me vi humillado y abatido (Ps. 87,16). Y dice, para mostrar que a él le fueron hechas las predichas revelaciones: se me ha dado un aguijón, esto «es, para mi provecho y humillación. Dice Job 30,22:

Me ensalzaste, y como que me pusiste sobre el aire" para estrellarme más reciamente. Se me ha dado, digo, un aguijón que atormenta mi cuerpo con una flaqueza del mismo cuerpo, para que el alma sane; porque literalmente se dice que fue vehementemente afligido por un dolor iliaco. O bien un aguijón de mi carne, esto es, de la levantisca concupiscencia de mi carne, por la cual era duramente atacado. Cuando yo quiero hacer el bien, me encuentro con una ley, porque el mal está pegado a mí; de aquí es que me complazco en la ley de Dios, etc. (Rm 7,21-22). De aquí que Agustín dice que en sí mismo tenía movimientos de concupiscencia, los cuales refrenaba sin embargo con la divina gracia. Este aguijón, digo, es un ángel de satanás, esto es, un ángel maligno.

Ahora bien, ese ángel o es enviado de Dios o permitido, pero es de satanás, porque la intención de satanás es que se rebele; y la de Dios es que se humille y quede aprobado. Tema el pecador, puesto que siendo el Apóstol vaso de elección no estaba seguro. Ahora bien, el Apóstol trabajaba por librarse haciendo a un lado tal aguijón. Y por ese objeto oraba. Y esto lo agrega así: por este motivo tres veces rogué, etc. En lo cual débese saber que ignorando el enfermo el método del médico que aplica un mordente emplasto, le ruega que lo quite; y que sabiendo el médico la razón de su proceder, a saber, para obtener la salud, no atiende el deseo del peticionario, más cuidadoso de su provecho. Y así el Apóstol, sintiendo que el aguijón lo mortificaba demasiado, al médico único le

pidió auxilio para que se lo quitara. Por tres veces de manera expresa y devotamente rogó que el Señor lo librara del aguijón-aquel. No sabiendo lo que debamos hacer, etc. (2 Paral. 20,12). Quizá pidió esto muchas veces, pero de manera expresa y vehemente tres veces lo pidió, o bien por tres veces, esto es, muchas. Porque el tres es número perfecto. Y en verdad que se le debe rogar, porque El mismo hiere y cura (Jb 5,18). Orad para que no caigáis en tentación (Luc. 22,40). Sigue la respuesta del Señor: Pero El me dijo: etc. En lo cual hace dos cosas. Primero indica la respuesta del Señor; luego, da la razón de la respuesta: Pues la fuerza, etc. Así es que dice: Yo rogué, pero el Señor me dijo: Mi gracia te basta; como si dijera: No necesitas que la flaqueza del cuerpo se te retire, porque no es peligrosa: porque no irás a dar a la impaciencia confortándote mi gracia; ni siquiera la flaqueza de la concupiscencia, porque no te arrastra al pecado, puesto que mi gracia te protege. Siendo justificados gratuitamente, etc. (Rm 3,24). Y ciertamente basta la gracia de Dios para evitar los males, para obrar el bien y para conseguir la vida eterna. Por la gracia de Dios soy lo que soy (1Co 15,10). La vida eterna es una gracia de Dios (Rm 6,23).

Objeción. Pero en contra esté lo que se dice en Jn 15,16: Cualquiera cosa que pidieréis al Padre en mi nombre os la concederé. Así es que o Pablo pidió discretamente, y entonces debió ser oído; o indiscretamente, y entonces pecó.

Respuesta. Débese decir que acerca de una sola y la misma cosa puede el hombre hablar de dos maneras. De la una, en cuanto a sí misma y según la naturaleza de esa cosa; de la otra, conforme al orden a otra cosa. Y así ocurre que lo que es malo en sí mismo y debe ser evitado, según se ordene a otra cosa es apetecible; así como una poción en sí misma es amarga y débese evitar; y sin embargo quien la considera en cuanto está ordenada a la salud la apetece.

Así es que igualmente, el aguijón de la carne en sí mismo es de evitarse como aflictivo; pero en cuanto es el camino de la virtud y ejercicio de la virtud es de apetecerse. Ahora bien, como aún no le era revelado al Apóstol aquel secreto de la divina providencia, de que redundaría en provecho suyo, lo consideraba pernicioso en sí mismo, por lo cual pedía que se le quitara, sin que por ello pecara; pero Dios, que ordenaba aquello para el bien de su humildad, no lo oyó en cuanto a su deseo; y sabiéndolo después el Apóstol se gloriaba diciendo: me complazco en mis flaquezas, etc. Y aun cuando no lo oyera en cuanto a su deseo, lo oyó, sin embargo, y escucha a sus santos en cuanto a su provecho. Por lo cual dice Jerónimo en la epístola a Paulino: El Buen Señor, que muchas veces no concede lo que queremos, para darnos lo que preferimos.

En seguida agrega la razón de su respuesta, diciendo: Pues la fuerza, etc. Admirable modo de hablar: la fuerza se perfecciona en la flaqueza. El fuego crece con el agua. Y esta expresión: la fuerza se perfecciona en la flaqueza se puede entender de dos maneras: materialmente u ocasionalmente. Si se entiende materialmente, el sentido es éste: la fuerza se perfecciona en la flaqueza, esto es, la flaqueza es la materia de la virtud que se ha de ejercer. Y primeramente de la humildad, como arriba se dijo; y luego de la paciencia (La prueba de la fe produce la paciencia: Sant. 1,3); tercero, de la templanza, porque por la flaqueza se debilita el fomes y se hace uno moderado. Y si se entiende ocasionalmente, entonces la fuerza se perfecciona en la flaqueza, o sea, es la ocasión de alcanzar la virtud perfecta, porque sabiéndose débil el hombre, más se esfuerza por resistir, y por el hecho de resistir y luchar se hace mas esforzado, y consiguientemente más fuerte. Por lo cual se lee en el Levítico y en Jueces 3, que el Señor no quiso destruir a todos los habitantes de la tierra, sino que se reservó algunos, para que los hijos de Israel se ejercitaran luchando contra ellos. Por la misma razón Escipión no quería la destrucción de la ciudad de Carfago, para que mientras tuvieran los Romanos enemigos exteriores, no pensarán en los enemigos interiores, contra quienes es más dura la guerra que contra los exteriores, como él mismo decía.

En seguida expresa el Apóstol el efecto de la respuesta del Señor, diciendo: con sumo gusto me gloriaré, etc. E indica un doble efecto. El uno es el de la gloriación, por lo cual dice: Como mi fuerza se perfecciona en las flaquezas, por lo tanto con sumo gusto me gloriaré en mis flaquezas, las que se me han dado para mi provecho. Y eso porque más me uno a Cristo. A mí libreme Dios de gloriarme sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Gal. 6,14). Aquel que en medio de la pobreza es honrado ¿cuánto más no lo sería si llegase a ser rico? (Eccli. 10,34). Y la razón de que con gusto me gloríe es para que la fuerza de Cristo habite en mí, para que por las flaquezas inhabite y se consume en mí la gracia de Cristo. El es el que robustece al débil (Is 40,29). Otro efecto es de gozo. Por lo cual dice: Por cuya causa me complazco, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero indica el tal efecto; luego indica su razón de ser: Porque cuando soy débil, etc. Así es que indica el efecto del gozo y la materia del gozo. Dice por cuya causa porque la fuerza de Cristo habita en mí en todas las flaquezas y tribulaciones, por lo cual me complazco, o sea, mucho me deleito y gozo con las dichas flaquezas mías. Tened, hermanos, por sumo gozo el caer en varias tribulaciones (Sant. 1,2).

Ahora bien, enumera las carencias en las que por la gracia de Cristo con sumo gusto se deleita. Y primero las que se deben a causa interior, y tales son las flaquezas. Por lo cual dice: en mis flaquezas. Se multiplicaron sus miserias, y en seguida corrieron aceleradamente (Ps. 15,4) hacia la gracia. Segundo, las que son por causa exterior. Y éstas en cuanto a palabras: en las injurias que se me hacen. Los apóstoles se retiraron de la presencia del concilio muy gozosos porque habían sido hallados dignos de sufrir, etc. (Ac 5,41). Y en cuanto a hechos, y esto en cuanto a carencia de bienes, diciendo: en las necesidades, esto es, en la penuria de lo necesario y en la pobreza que me oprimía.

Y de esta manera se entiende la necesidad, diciendo: generosos para aliviar las necesidades de los santos (Rm 12,13). O bien en cuanto al sufrimiento de los males infligidos, y esto en cuanto a los exteriores (Bienaventurados los que padecen persecución, etc. Mt 5,10), diciendo: en las persecuciones, a saber, del cuerpo, que de lugar en lugar y en todas partes sufrimos.

Y en cuanto a los interiores, diciendo: en las angustias, esto es, en ansiedades del espíritu. Estrechada me hallo por todos lados (Dan. 13,22). Pero la materia de todas estas cosas que son para gozo es que son por Cristo; como si dijera: Me complazco porque por Cristo padezco. Jamás venga el caso en que alguno de vosotros padezca por homicidio, o ladrón, o maldiciente, o codiciador de lo ajeno (1P 4,15). Y la razón de tal gozo la indica diciendo: porque cuando soy débil, etc.; como si dijera: Con razón me complazco en todo ello, porque cuando soy débil, etc. O sea, que cuando por lo que ocurre en mí o por la persecución de los demás incurro en algo de las cosas predichas, se me concede el auxilio divino, con el cual soy fortalecido. Tus consuelos llenaron mi alma de alegría (Ps. 93,19). Diga el débil: fuerte soy yo (Joel 3,10). Aunque en nosotros el hombre exterior se vaya desmoronando, el interior se va renovando de día en día (2Co 4,16). Y en el Éxodo se lee (I,12) que mientras más oprimidos eran los hijos de Israel, tanto más se multiplicaban.

47

(+2Co 12,11-13)

#### LECTIO 4: 2 Corintios 12,11-13

excusándose Pablo de gloriarse de su propia gloriación, la cede a los Corintios, y al manifestarla muestra qué cosas eran buenas, por las cuales deberían con razón alabarle en contra de los pseudoapóstoles.

11. Estoy hecho un mentecato, vosotros me forzasteis. Porque yo por vosotros debí ser encomiado. Porque en nada he hecho menos que aquellos que son sobre medida Apóstoles, aunque nada soy.
12. Las pruebas de mi apostolado se cumplieron entre vosotros en toda paciencia, én señales, y en prodigios, y en poderosas obras.
13. Pues ¿qué habéis tenido de menos que las demás iglesias, no siendo el no haberos sido yo gravoso? ¡Permitidme este agravio!

Habiéndose encomiado a sí mismo, en seguida el Apóstol se excusa por lo que dijera, mostrando que forzado dijo lo relativo a su propia gloria. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, dar a conocer a los Corintios la causa de tal gloriación; la segunda, explicar claramente tal causa: Porque yo por vosotros debí ser encomiado. Así es que dice: Confieso que con todos estos mis encomios estoy hecho un mentecato, o sea, que os parece a vosotros que me he portado como un necio, pero esto no por mí, ni espontáneamente, sino que más bien lo hice obligado, y vuestra culpa estuvo en que me forzasteis y me disteis ocasión. Porque frecuentemente los subditos obligan a los prelados a hacer algo que se puede juzgar que se hace neciamente, y sin embargo se hizo sabiamente en atención al tiempo y al lugar.

Y su afirmación hecha en general de que ellos mismos fueron la causa de su propia alabanza, la explica en seguida diciendo: Porque yo por vosotros debí ser «ncomiado; con lo cual expresa que ellos mismos fueron la causa de su alabanza, primero no haciéndole bienes que deberían haberle hecho, con lo cual les hace evidente su ingratitud; segundo, portándose mal, en lo cual les condena su maldad. Temo que por desgracia haya quizá entre vosotros contiendas, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero les dice qué deberían haber hecho, mostrando la causa: Porque en nada he hecho menos, etc.; segundo, hace a un lado la excusa de ellos mismos: Pues ¿qué habéis tenido de menos? etc. Así es que dice: Verdaderamente me forzasteis, porque deberíais hacer lo que yo hice. Por lo cual dice: Porque yo por vosotros debí ser encomiado, cosa que no hicisteis cuando fue necesario, a saber, cuando los falsos, vilipendiándome y prefiriéndose a sí mismos envilecían la doctrina y el evangelio de Cristo por mí predicado. Así es que por no haberme encomiado vosotros, para que no pereciera en vosotros la fe de Cristo prorrumpí en mi propia alabanza.

Objeción. Pero en contra está lo que arriba dijo (2Co 3,1): ¿Necesitamos como algunos cartas de recomendación para vosotros? ¿Por qué pues quiere ser alabado por éstos?

Respuesta. Débese decir que por sí mismo no necesitaba el Apóstol de ninguna recomendación, sino por los demás, para que siendo recomendado cobrara su doctrina mayor autoridad y fueran confundidos los falsos apóstoles. Pero como podrían éstos decir: No te recomendamos porque nada hay en ti que sea digne de recomendación, les demuestra el Apóstol que muy bien podrían recomendarlo diciéndoles: Porque en nada he hecho menos, etc., mostrando que hay en él muchas cosas dignas de recomendación. Y primero en cuanto a los bienes que ha hecho; segundo, en cuanto a los bienes que desea hacer en adelante: He aquí que es ésta la tercera vez que me dispongo para ir a veros, etc. Ahora bien, muestra hechos pasados recomendables que hizo primero en genera!, en cuanto a todas las iglesias; segundo, en especial, en cuanto a las cosas que hizo entre ellos: aunque nada soy, etc.; tercero, hace a un lado la objeción: Pues ¿qué habéis tenido de menos? etc. Así es que dice: Con razón debí ser recomendado por vosotros, porque hay en mí muchas cosas dignas de encomio. Porque en nada he hecho menos que aquéllos, a saber, Pedro y Santiago y Juan, que son sobre medida Apóstoles, o sea, que por algunos son considerados como Apóstoles más dignos de lo que yo lo soy. Porque los falsos decían que ellos habían sido adoctrinados por Pedro y por Juan, quienes a su vez fueron adoctrinados por Cristo, y que Pedro y Juan guardaban las observancias legales, por lo cual también ellos debían guardarlas. Pero como en nada he hecho menos que ellos, ni en cuanto a predicación, ni en cuanto a conversión de los fieles, despliegue de milagros y sufrimiento de trabajos, y todavía más, porque mas que todos he trabajado (He trabajado más

copiosamente que todos: 1Co 15,10); por lo mismo, soy más encomiable. O se les llama sobre medida Apóstoles a Pedro, Santiago y Juan porque fueron los primeros que se convirtieron a Cristo. Finalmente, después de todos se me apareció a mí (1Co 15,8). Si conforme a esto se entiende todo, en nada sin embargo hice menos que ellos, porque en poco tiempo, y luego que fui convertido, trabajé más. Y que nada haya hecho en cuanto a las iglesias por lo que pudiera yo ser recomendado, sin embargo fueron muchas las cosas que en especial hice entre vosotros, por las cuales podríais recomendarme: Y por eso dice: aunque nada soy, esto es, concedido que nada haya hecho en comparación con ellos, sin embargo los efectos de mi virtud claramente se ven en vosotros, y primero en cuanto a nuestra predicación, por la cual os convertisteis a la fe. Y soy yo vuestro Apóstol. Por lo cual dice: Las pruebas de mi apostolado, o sea, de mi predicación, se cumplieron entre vosotros, por Dios, en cuanto habiendo creído os convertisteis. Vosotros sois el seilo de mi apostolado (1Co 9,12). Yo soy el que os he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio (1Co 4,15). Segundo, por la conversión por la cual se confirma la fe, porque cuando la vida concuerda con la doctrina, de mayor autoridad es la doctrina. Y la virtud del predicador se ve mejor en la paciencia. La doctrina del hombre se conoce por la paciencia (Pr 19,2). Por lo cual dice: en toda paciencia. Tercero en cuanto a los milagros que hizo. Por lo cual dice: en señales, etc. - Y sus discípulos fueron y predicaron en todas partes, cooperando el Señor, y confirmando su doctrina con los milagros que la acompañaban (Mc 16,20). Y estas tres cosas se diferencian, porque la virtud es común a todos los milagros. Porque la virtud es lo mayor en poder. Y así se dice que alguien es virtuoso por ser de gran poder. Así es que como los milagros se hacen por un gran poder, por el poder divino, por eso se dice que son obras poderosas. Y la señal, en cambio, indica un milagro menor. Los prodigios indican el máximo. O bien se dicen señales los milagros hechos en lo presente, y prodigios los milagros en cosas futuras. O bien señales y prodigios indican los milagros que se hacen contra natura, como el darle vista a un ciego, la resurrección de un muerto, etc. Y obras poderosas se llaman las que son conforme a la naturaleza, pero no de la manera como la naturaleza obra, como cuando por la imposición de las manos al instante sanan los enfermos, cosa que también la naturaleza opera pero de manera sucesiva. O bien las obras poderosas son los poderes del espíritu, como la castidad y otras cosas semejantes.

En seguida excluye la objeción diciendo: Pues ¿qué habéis tenido de menos, etc. Porque podrían los Corintios contestar a lo ya dicho diciendo: Verdad es que hiciste muchas cosas buenas y grandes, y sin embargo otros hicieron más cosas y mayores que tú, por lo cual entre ellos y en comparación con ellos no queremos recomendarte. Y por eso excluye esto mostrando que en nada hizo menos que aquéllos, sino más. Por lo cual dice: Pues ¿qué habéis tenido de menos que las demás iglesias, o sea, que las otras iglesias de Cristo recibieron de aquéllos en lo espiritual? Como si dijera: Nada, porque si ellos predicaron la fe, también Pablo la predicó; ellos obraron señales y obras poderosas, y Pablo hizo también cosas semejantes. Y no sólo no tuvisteis, menos, sino que tuvisteis más, porque los demás Apóstoles vivían de los bienes de aquellos a quienes les predicaban; y el Apóstol no, porque nada recibió de los Corintios. Por lo cual dice: No siendo el no haberos sido gravoso viviendo de vuestros bienes; como si dijera: Nada tuvisteis de menos, a no ser que reputéis como desventaja vuestra el que nada haya yo recibido de vosotros, lo cual sin embargo viene siendo algo más. Cuanto ha sido menester para mí y para mis compañeros todo me lo han suministrado estas manos (Ac 20,34). Trabajando de noche y de día, etc. (2Ts 3,8). Aquel, que tiene limpias sus manos, etc. (Is 33,15). Y si esto mismo lo consideráis como una injuria, el no haber querido recibir nada vuestro, y que lo hice por no amaros, y os parece que hice mal, perdonadme. Por lo cual dice hablando irónicamente: Permitidme, esto es, perdonadme esta injuria. De este modo se entiende permitir en Efesos 4,32: Dándoos mutuamente, así como también Cristo os dio.

(+2Co 12,14-19)

### LECTIO 5: 1 Corintios 12,14-19

Por la semejanza de los padres para con los hijos, manifiesta los bienes que en el futuro está dispuesto a hacerles, por la caridad que les sigue profesando.

14. He aquí que es esta la tercera vez que me dispongo para ir a veros, pero no os seré gravoso. Porque yo no busco vuestros bienes, sino a vosotros. Porque no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos.
15. Pues yo muy gustosamente gastaré, y a mí mismo me gastaré todo entero por vuestras almas, aunque, amándoos más, menos sea amado.
16. Sea, pues. Yo no os fui gravoso; mas como soy astuto, os prendí con dolo.
17. ¿Acaso mediante alguno de los que os he enviado os exploté?
18. Rogué a Tito, y envié con él al hermano. ¿Acaso Tito os explotó? ¿No procedimos con el mismo espíritu? ¿No en las mismas pisadas?
19. Desde hace tiempo pensáis que nos venimos defendiendo ante vosotros. En presencia de Dios hablamos en Cristo. Y todo, carísimos, para vuestra edificación.

Aquí demuestra ser encomiable por los bienes que en adelante piensa hacer. Y hace tres cosas. Primero muestra su propósito de hacer el bien en el futuro; segundo, indica la razón de tal propósito: Porque yo ni busco vuestros bienes, etc.; tercero, echa mano de una semejanza: porque no son los hijos los que deben, etc. Acerca de lo primero débese saber que a veces sucede que algunos no aceptan nada en determinado momento por reservarse para otro momento, en el cual puedan recibir más y más atrevidamente. Así es que para que éstos no crean algo semejante del Apóstol, que la primera vez no quiso recibir nada de ellos, para después recibir más, dice que no sólo hizo eso en aquel tiempo, sino que también está dispuesto a hacerlo en el futuro. Por lo cual dice: He aquí que es esta la tercera vez que me dispongo para ir a veros, pero no os seré gravoso; como si dijera: Tampoco entonces os seré gravoso aceptando ayuda vuestra. Y en todas ocasiones me guardé de ser una carga, y me guardaré en adelante (2Co 2,9). No abandonaré la justificación que he comenzado a hacer (Jb 27,6). Y dice: por tercera vez me dispongo para ir a veros, y no dice por tercera vez voy, porque ciertamente por tres veces estuvo dispuesto para ir a verlos, y sin embargo sólo dos veces fue. Porque se dispuso a ir a verlos la primera vez, y entonces fue, y se convirtieron. La segunda vez que se preparó a ir, se lo impidió el pecado de ellos, y entonces no fue, de lo cual se excusa al principio de esta epístola. Ahora está preparado para ir por tercera vez, y fue, por lo cual fue dos veces, y por tres veces estuvo dispuesto a ir.

Y agrega la razón de tan buen propósito diciendo: Porque yo no busco vuestros bienes, etc.; y es ésta: Sabido es que el artífice dispone su obra según el fin que intenta. Ahora bien, de los predicadores, algunos al predicar buscan la paga y los bienes temporales, por lo cual toda su predicación la ordenan y disponen a esto. Pero otros desean la salvación de las almas, por lo cual disponen su predicación de la manera más conveniente al provecho de aquellos a quienes les predicán. Así es que como el Apóstol lo que pretendía con su predicación era la salvación de los Corintios y veía que era inconveniente el recibir de ellos el sustento, tanto para confundir a los falsos apóstoles como porque aquéllos eran avaros, no quiso recibirles nada. Por lo cual da esta razón, diciendo: No os seré gravoso recibiendo ninguna paga, porque yo no busco vuestros bienes con mi predicación, sino a vosotros mismos, y lo que deseo es procurar vuestra salvación. No quiero dádivas sino el provecho (Ph. 4,17). Por lo cual dijo el Señor a los Apóstoles: Haré que seáis pescadores de hombres, no de dinero. Esto mismo está figurado en el Génesis 47,20-21, donde se lee que José compró todas las tierras de Egipto con todos sus pueblos para el servicio del rey, porque el buen predicador debe trabajar por que los infieles se conviertan al servicio de Cristo. Y

acomoda la semejanza de tal razón diciendo: Porque no son los hijos los que deben, etc. Y primero pone la semejanza; luego la adapta: pues yo muy gustosamente gastaré, etc.; tercero, les echa en cara su ingratitud: aunque, amándoos más, etc. Así es que dice: Que yo no busque vuestros bienes se esclarece por el símil. Porque sabido es que los padres carnales deben atesorar para sus hijos carnales, porque no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. Así es que como yo soy vuestro padre espiritual, y vosotros sois mis hijos, no quiero que vosotros atesoréis para mí, sino yo para vosotros.

Objeción. Pero aquí se trata de los padres carnales. Porque en Éxodo 20,12 se dice: Honra a tu padre, etc. En lo cual también se nos preceptúa que les suministremos lo necesario. Por lo tanto, los hijos deben atesorar para los padres.

Respuesta. Débese decir que es de precepto que los hijos están obligados a atender y servir a los padres en lo que les sea necesario, mas no el ahorrar y atesorar para ellos. Porque el atesoramiento y el ahorro se hacen para el futuro. Y vemos que conforme a la naturaleza los hijos suceden a los padres y no al contrario, si no es por algún desgraciado accidente; y por eso naturalmente el amor de los padres es para que ahorren para los hijos. Y de esta manera habla el Apóstol. Y en el Éxodo 20 habla el Señor de la atención en las necesidades.

Objeción. Pero además la cuestión nace de esto que dice: los padres para los hijos, etc. Así es que como los prelados son nuestros padres espirituales, es claro que mal harían los príncipes y otros proporcionando riquezas a los prelados.

Respuesta. Débese decir que no les dan a los prelados por ellos mismos, sino en atención a los pobres. Por lo cual no les dan a ellos sino a los pobres. Y esto lo amonesta el Señor: Atesorad tesoros para vosotros en el cielo, etc. Mt 6,21). Así es que a los prelados se les da como a dispensadores de los pobres.

En seguida acomoda la semejanza puesta. Una cosa es que los hijos no deben atesorar para los padres, y esto ya se ve claro; y otra cosa es que los padres deban atesorar para los hijos, y cuidar de ello. Y en cuanto a esto dice: Así es que como yo soy vuestro padre, dispuesto estoy a daros a vosotros. Y esto es lo que dice así: Pues yo muy gustosamente gastaré en vosotros mis bienes, no sólo los espirituales predicando y dándoos ejemplo, sino también los temporales, cosa que ciertamente también hacía en cuanto les predicaba y servía con las aportaciones de otras iglesias. Estas tres cosas debe suministrar cada prelado a sus subditos. Por lo cual tres veces dijo el Señor a Pedro (Jn 21,17): Apacienta mis ovejas: apacientálas con la palabra, apacientálas con el ejemplo, y apacientálas con el auxilio temporal. Y no solamente estas cosas gastaré en vosotros, sino que estoy dispuesto a morir por la salvación de vuestras almas. Por lo cual dice: y a mí mismo me gastaré todo entero por vuestras almas. - Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos (Jn 15,13). Así como Cristo dio su vida por nosotros, así nosotros debemos dar la vidas por nuestros hermanos (1Jn 3,16). El buen pastor sacrifica su vida por sus ovejas (Jn 10,1 1). - En seguida les echa en cara su ingratitud, diciendo: aunque, amándoos más, menos sea amado; como si dijera: muy gustosamente gastaré por vosotros, aunque seáis ingratos, porque mientras más os amo, etc. Y esta comparación se puede explicar de dos maneras. De la una, diciendo: Aun cuando más os ame yo que los falsos, sin embargo menos soy amado por vosotros que lo que son amados los falsos, a quienes amáis más que a mí. Y así es patente que yo os amo más que ellos; porque lo único que yo busco es vuestro bien, y ellos en cambio únicamente vuestros bienes. Y de la otra manera así: Aun cuando yo. ame más a vosotros que a otras iglesias, sin embargo, soy menos amado por vosotros que por las otras iglesias. Dios me es testigo de la ternura con que os amo (Ph. 18,8). Y que amara más a los Corintios que a las otras iglesias es claro porque por ellos trabajó más. Porque lo que más nos cuesta es lo que solemos amar más.



En seguida, cuando dice: Sea, pues. Yo no os fui gravoso, hace a un lado toda desconfianza. Y primero indica la desconfianza misma; luego la excluye, diciendo: ¿Acaso mediante alguno de los que os he enviado? etc.; tercero, da la razón de la exclusión: Desde hace tiempo pensáis, etc. Ahora bien, la desconfianza de éstos podría consistir en pensar que no recibiera nada él mismo por sí mismo, para mediante otros dolosamente recibir de ellos. Por lo cual dice, esto supuesto: Sea, pues, o sea, dado y concedido que yo en mi persona, y la de aquellos que conmigo están, no os fui gravoso recibiendo algo, sino que (según creísteis) como soy astuto, os prendí con dolo. O sea, que mediante otros os quité vuestros bienes muchas veces; pero esto es falso, porque nada hice con dolo. No os hemos predicado ninguna doctrina de error, ni de inmundicia, ni con el designio de engañaros (1Th 2,3). Porque él mismo era un verdadero israelita, en el cual no cabía el engaño (Jn 1,47).

Así es que excluye esa desconfianza diciendo: ¿Acaso mediante alguno de los que os he enviado? etc. Y primero en general, luego en especial. En general de esta manera: Si mediante otros quisiera quitaros vuestros bienes, os enviaría a otros que eso tratasen de hacer con vosotros. Pero ¿acaso mediante alguno de los que os he enviado os exploté, despojándoos mediante ellos? Como si dijera: No. Nosotros a nadie hemos engañado (2Co 7,2). Nadie engañe a su hermano en ningún asunto (1Th 4,6). Y de manera especial excluye la dicha desconfianza diciendo: Rogué a Tito, etc. Como si dijera: Ninguno en especial de los que os envié os explotó. Porque con súplicas os envié a Tito. Y esto lo dice así: Rogué a Tito, etc. De este se dice arriba (2Co 8,22): Con él os enviamos también a otro hermano nuestro, a saber, Bernabé, o Lucas. Dice también arriba (2Co 8,18): Os enviamos» con él, con Tito, al hermano (otro de los dichos) que se ha hecho célebre por el Evangelio. Pero ¿acaso Tito os; explotó?; como si dijera: No. Dice arriba (2Co 8,16):, Gracias a Dios que ha inspirado en el corazón de Tito este mismo celo por vosotros. Y que Tito no los explotara lo prueba por la semejanza de Tito con el propio Apóstol, e indica una doble semejanza o conformidad del corazón. Por lo cual dice: ¿No procedemos con el mismo espíritu? Esto es: ¿No tenemos la misma voluntad? ¿No nos movemos con el mismo espíritu a obrar bien y rectamente? Dijo arriba (2Co 4,13): Teniendo un mismo espíritu. Asimismo conformidad en el obrar..

Por lo cual dice: ¿No en las mismas pisadas? O sea, ¿no coincidimos en las obras, en las pisadas de Cristo? Porque yo sigo las pisadas de Cristo. Sus huellas, las de Cristo, han seguido mis pies (Jb 23,1 1). Cristo padeció por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas (1P 2,21). Y Tito sigue mis pisadas. Sed, pues, imitadores míos (1Co 2,1 1). Y así es claro que si se identifica conmigo en el querer y en el obrar, ni yo os exploté, ni trato de explotaros; y que iampoco él mismo os explotara se ve claro por lo que se dice en Mateo 7,16,20: Por sus frutos los conoceréis. Y agrega la razón de la exclusión de la desconfianza, diciendo: Desde hace tiempo, u otra vez, pensáis, etc. Y primero pone la suposición de ellos, y luego la excluye.

Ahora bien, la suposición de ellos era que el Apóstol, como si fuera reo y culpable, todas estas palabras de la epístola las podía decir como excusa suya, no porque fuesen verdaderas sino para justificar todo lo descubierto; por lo cual, poniendo esta suposición de ellos mismos, dice: Desde hace tiempo pensáis, esto es, desde el principio de esta epístola, que nos venimos deteniendo ante vosotros, o sea, que estas palabras no ;son verdaderas, sino que no tienen más fin que justificarme. Pues bien, esto lo excluye de esta manera: quien así se excusa demuestra dos cosas. La primera, que no habla palabras verdaderas sino amañadas. La otra es que no quiere sufrir detrimento en su fama y gloria. De aquí que algunos especialmente por la pérdida de la fama se excusan. Pero ni una ni otra cosa hay en nosotros; y por lo tanto no juzgáis rectamente. Y es paciente que ninguna de estas dos cosas hay en nosotros. Porque no decimos nada falso, cosa que pruebo, primero por el testimonio de Dios, porque en presencia de Dios hablamos. Como si dijera: Pongo por testigo a Dios de que digo la verdad. Mira que mi testigo está en el cielo (Jb 16,20). Segundo, por el testimonio de Cristo,

porque hablamos en Cristo, esto es, por Cristo, en quien no hay falsedad alguna. La palabra de Dios la predicamos con sinceridad, como de parte de Dios, en la presencia de Dios, y según Cristo (2Co 2,17). Además, no buscamos nuestra gloria ni tememos el descrédito, porque todo lo que he dicho, tanto de revelaciones como de tribulaciones, lo he dicho para vuestra edificación, esto es, para que permanezcáis en la virtud y ahuyentéis a los falsos. Observemos las cosas que pueden servir para nuestra mutua edificación (Rm 14,19). Hágase todo para edificación (1Co 14,26). Esta voz no ha venido por mí sino por vosotros (Jn 12,30).

**49**

(+2Co 12,20-21)

#### LECTIO 6: 1 Corintios 12,20-21

Censura la malicia de los Corintios por aquello en que deberían evitar las cosas malas, mostrando que otra causa de su propia recomendación proviene de lo que ellos mismos han hecho.

20. Pues temo que al llegar, no os halle tales como yo quiero, y a mí me veáis cual no queréis; que haya quizá entre vosotros contiendas, envidias, animosidades, discordias, detracciones, chismes, hinchazones, sediciones.

21. Y no sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios entre vosotros; y llore a muchos de los que antes pecaron y no han hecho penitencia de la impureza, y fornicación, y deshonestidad que practicaron.

Habiendo indicado una causa de su propia recomendación, la cual se debió a omisión de los Corintios, en cuanto a las cosas buenas que deberían hacer, en lo cual se detesta la ingratitud de ellos, en seguida pone aquí otra causa, la cual proviene de lo que ellos mismos han hecho, en cuanto a los males que deberían evitar, en lo cual les muestra toda su malicia. Y acerca de esto hace dos cosas. Primero les indica su culpa en general; luego la explica en especial: no os halle, etc. Así es que dice: No sólo me alabé a mí mismo por haber omitido vosotros el alabarme, sino también en atención al peligro que corréis, consistente en que os adheriréis a los falsos, porque mientras os consienten con vuestros pecados, os ponen en el mayor peligro, por lo cual dice: Temo que al llegar a veros personalmente, no os halle tales como yo quiero, a saber, justos, sino pecadores y descomedidos, y me disgustéis, y yo a vosotros porque al justo no le agradan los pecadores en cuanto pecadores, y a mí me veáis, contristado y castigador, cual no queréis verme. Porque los perversos odian la corrección y la verdad (¿Con que por deciros la verdad me he hecho enemigo vuestro?: Gal. 4,16). Y así es clara la malicia de ellos en general, por el temor que él tenía de que aún no se hubieran arrepentido plenamente. Y también en especial les pone de manifiesto su malicia, diciendo: que haya quizá entre vosotros contiendas, etc. Y acerca de esto hace dos cosas. Porque primero les enumera sus maldades actuales y luego les recuerda sus maldades pasadas, de las cuales aún no se arrepienten: Y no sea que cuando yo vaya, etc.

Pues débese saber en cuanto a lo primero que después de su conversión cayeron los Corintios en el pecado carnal, como consta por el que tuvo la mujer de su propio padre, y de esto en esta parte fueron corregidos por la primera epístola, aunque no plenamente, sino que algo permaneció todavía en ellos, y aparte de esto permanecieron en ellos muchos pecados espirituales que se oponen propiamente a la caridad. La caridad obra doblemente. Porque primero hace que los corazones de los hombres se pongan mutuamente de acuerdo; y, segundo, lleva a los hombres al mutuo progreso. Y por lo mismo, los pecados espirituales, al contrario, primero hacen a los hombres mutuamente opuestos; y segundo hace que mutuamente se ofendan. Por lo cual primero enumera los pecados espirituales que corresponden a la disensión; y, segundo, los que corresponden a la ofensa: detracciones, etc. Ahora bien, en las disensiones procede en orden retrógrado. Porque según el recto

orden los hombres primero disienten, en cuanto que uno quiere una cosa, y otro quiere lo contrario; luego proceden a presentar pruebas, por cuanto cada quien quiere salirse con su propósito; en tercer lugar, el que no puede salirse con la suya sino que pierde, se enciende en sentimiento de envidia; en cuarto lugar prorrumpen en una lucha de palabras, y con esto último empieza el Apóstol diciendo: quizá entre vosotros contiendas, etc. Como si dijera: No sólo temo por vuestras malas acciones en general, sino en especial!, no sea que haya quizá entre vosotros contiendas sobre los méritos de los preladados y de los que bautizan, etc. Es honor del hombre el huir de contiendas (Pr 20,3). Dice Ambrosio: La contienda es la impugnación de la verdad con la presunción de la injuria. Y tal contienda proviene de la envidia; por lo cual dice: envidias, por las cosas en que se es menos y se tiene menos. Donde hay envidia y contienda, allí hay desorden, etc. (Sant. 3,16). Al apocado lo mata la envidia (Jb 5,2). Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo (Sg 2,24). Y la envidia proviene de la animosidad. Por lo cual dice: animosidades, para venganza y consecución del daño. No te acompañes con un hombre temerario (Eccli. 8,18). Y la animosidad proviene de las discordias. Y por esto dice: discordias, esto es, odios, y contrariedad de los ánimos. Os ruego que os recatéis de aquellos que causan entre vosotros disensiones y escándalos, etc. (Rm 16,17). Os ruego que todos tengáis un mismo lenguaje y que no haya entre vosotros divisiones (1Co 1,10).

En seguida les enumera sus malas acciones presentes en cuanto a ofensas. Y como éstas son especialmente malas por el daño de palabra, y no de hecho, haciendo a un lado los daños de hecho, enumera los de palabra, en los cuales procede también en orden retrógrado, empezando por el último. Y esto se da cuando alguien de manera expresa dice algo malo de otro, y si lo hace de manera manifiesta es un detractor. Por lo cual dice: Detracciones (Detractores, a Dios odiosos, etc.: Rm 1,30); y si es ocultamente, entonces es un murmurador o un chismoso. Por lo cual dice: chismes. Porque hay chismosos que ocultamente siembran discordias. El murmurador y el hombre de dos lenguas es maldito (Eccli. 28,15). Y estas dos cosas proceden de la soberbia, que hace que el espíritu hinchado prorrumpa en malas palabras contra otros. Por lo cual dice: hinchazones (Como si yo nunca hubiese de volver a vosotros, algunos están ya hinchados: 1Co 4,18). Y tales hinchazones vienen de las sediciones que disponen a las partes para la contienda porque entre los soberbios siempre hay riñas (Pr 13,10). Por lo cual dice: sediciones, esto es, alborotos para pleito. El malvado anda siempre armando pendencias (Pr 17,2).

Por lo tanto así es evidente la maldad de ellos por las malas acciones presentes, que son muchas, tanto en discordias como en daños. Les hace patente también su maldad en cuanto a las malas acciones pretéritas, de las que no hicieron penitencia, diciendo: No sea que cuando yo vaya me humille de nuevo Dios, esto es, antes de la primera Epístola, y no han hecho penitencia plenamente después de la primera Epístola. Y con razón lloraré, porque así como la gloria del padre es la gloria de los hijos, así también la vergüenza del padre es la vergüenza de los hijos. Y así Samuel lloraba por Saúl (I Reyes 15,35). ¿Hasta cuándo has tú de llorar a Saúl?, etc. (I Reyes 16,1). Y esto porque no se arrepintieron, ni hicieron penitencia de los pecados carnajes predichos, de los cuales algunos fueron contra natura. Por lo cual dice: de la impureza, esto es, de la lujuria contra natura. Algunos los cometieron con mujeres de mala vida, o viudas o consanguíneas. Por lo cual dice: y fornicación. Y algunos se cometieron prostituyendo a vírgenes. Por lo cual dice: Y deshonestidad que practicaron. - Bien manifiestas son las obras de la carne, las cuales son: adulterio, fornicación, deshonestidad, lujuria, etc. (Ps 5,19).

## Capítulo 13

LECTIO 1: 1 Corintios 13,1-4

increpa a los seducidos, asegura la severidad de la sentencia, muestra su poder judicial y manifiesta la inminencia y la forma del juicio.

1. Por tercera vez voy a vosotros. Por el testimonio de dos testigos, o de tres, se decidirá toda cuestión.
2. Porque ya lo dije y lo digo de antemano, como presente entre vosotros y ahora ausente, a los que antes pecaron y a todos los demás, que si voy otra vez no perdonaré.
3. ¿O buscáis la prueba de aquel que en mí habla, Cristo, que entre vosotros no flaquea sino que es fuerte entre vosotros?
4. Porque si bien fue crucificado por flaqueza, no obstante vive por el poder de Dios. Así también nosotros somos débiles en El, pero viviremos con El por el poder de Dios en orden a vosotros.

En todo lo precedente dice muchas cosas el Apóstol en detestación de los falsos; consiguientemente aquí habla contra aquellos que por los falsos han sido seducidos. Y acerca de esto hace dos cosas. La primera, increpar a los seducidos; la segunda, consolar a los firmes: Por lo demás, hermanos, estad alegres, etc. (2Co 13,2). Acerca de lo primero, desde luego anuncia la severidad de la sentencia; luego muestra su poder judicial: ¿O buscáis la prueba, etc.; en seguida amonesta la corrección: Examinaos a vosotros mismos, etc. (2Co 13,5). Acerca de lo primero, primero promete su visita; luego indica cuál será la forma de su juicio: Por el testimonio de dos testigos o de tres; finalmente, anuncia la severa sentencia: Porque ya lo dije y lo digo de antemano, etc. Así es que primero promete su visita, diciendo: ya voy, estad ciertos de que voy a veros. Y por lo tanto tened cuidado de que no os encuentre impreparados; y dice por tercera vez, no porque fuera a ser la tercera vez que los visitara, sino porque por tercera vez se preparaba a ir, aunque no había ido sino una sola vez, impedido en la segunda preparación. Bien pronto pasaré a veros (1Co 4,19). Digo que iré y juzgaré a los malos, ordenadamente sin embargo, de modo que por el testimonio de dos o de tres testigos que acusen o testifiquen contra alguien se decidirá toda cuestión de acusaciones, conforme a Deuteronomio 17,6: No se le hará morir por declaración de un solo testigo; y también: Un solo testigo no es suficiente, etc. (Deut. 19,15). O de otra manera: Por el testimonio de dos testigos, etc. Como si dijera: Lo que digo de mi ida a veros es tan cierto como el testimonio de dos o tres. Así es que de esta manera se ordenará el juicio. Pero la severidad de la sentencia la anuncia diciendo: Porque ya lo dije, etc. En lo que primero indica el orden que se ha de observar en los juicios, por el cual se exige que precedan tres admoniciones. Y en cuanto a esto dice: Porque ya lo dije como presente, dos veces, a saber, cuando estuve entre vosotros y ahora ausente lo digo de antemano, para que sea así por tercera vez su admonición: digo de antemano a los que antes pecaron y a todos los demás; como si dijera: amonesto a todos. Segundo, puesta la admonición, se conmina la sentencia. Por lo cual dice: que si voy no perdonaré otra vez; como si dijera: A los que pecaron los perdoné la primera vez, pero si pecaren por segunda vez, o si no han hecho penitencia, no los perdonaré de nuevo. Y obra así justamente, porque aquel a quien una vez se le perdona, y de nuevo peca, si otra vez se le perdona crecería en maldad y se volvería insolente. Por lo cual dice el Sabio en el Libro de los Proverbios (13,24): Quien escasea el castigo quiere mal a su hijo; mas quien le ama le corrige continuamente. Así es que en la Iglesia está ordenado que precedan tres admoniciones antes de que se fulmine sentencia de excomunión; porque ocurre que algunos, aun cuando estén en pecado y causan daño, sin embargo con una sola palabra de admonición se corrigen y satisfacen. Y además siempre hay que empezar por los más leves; y para que no sea que si no se

hace la corrección, aumente más la insolencia, débese aplicar la severidad de la sentencia. Los hijos de los hombres, viendo que no se pronuncia luego la sentencia contra los malos, cometen la maldad sin temor alguno (Eccle. 8,2).

En seguida, para que no puedan criticar con razón al Apóstol, muestra Pablo su poder judicial, diciendo: ¿O buscáis la prueba, etc. En lo cual hace tres cosas. Primero muestra tener de Cristo la legación y el poder de juzgar; segundo, muestra el poder de Cristo: que entre vosotros no flaquea, etc.; tercero, muestra que el poder de Cristo también se deriva a otros: Así también nosotros somos débiles en El. Así es que dice: si voy otra vez, no perdonaré, y aun severísimamente juzgaré, cosa que muy bien puedo hacer, porque tengo la autoridad de Cristo para castigar y para perdonar. Lo que vosotros le concediereis por indulgencia, yo se lo concedo también, etc. (2Co 2,10). Somos, pues, embajadores en lugar de Cristo (2Co 5,20). Por lo cual dice: ¿O buscáis la prueba, etc.; como si dijera: No hay que dudar de mi poder, porque sea lo que sea lo que yo diga, o bien pronunciando sentencia, o bien perdonando, o bien predicando, hablo por Cristo. Anda, pues, que Yo estaré en tu boca (Ex. 4,12). Pues Yo pondré las palabras en Vuestra boca y una sabiduría a o que no podrán resistir, etc. (Luc. 21,15). Así es que las cosas que el hombre hace impulsado por el Espíritu Santo se dice que el Espíritu Santo las hace; por lo cual, como el Apóstol decía todo esto impulsado por Cristo, a Cristo lo atribuye como a la causa principal, diciendo: que en mí habla Cristo, etc. Pero para que no se dude del poder y de la virtud de Cristo, muestra en seguida el Apóstol la virtud de Cristo, diciendo: que entre vosotros no flaquea, etc. En lo cual primero muestra la virtud de Cristo en cuanto a las cosas que en ellos se ven; segundo, en cuanto a las cosas que en Cristo son: porque si bien fue crucificado, etc. Así es que dice: Tengo poder judicial de Cristo, quien en mí habla, quien es de grande poder entre vosotros dando los dones de las gracias, diferencias de espíritu y otras muchas cosas de las que tenéis experiencia, y no sólo no flaquea, sino que es fuerte entre vosotros, porque poderosamente os libró del pecado, poderosamente os convirtió al bien. El Señor fuerte y poderoso, etc. (Ps. 23,8). Dice el Libro de la Sabiduría (12,18): Con sólo quererlo lo puedes todo. Y poco antes (12,17): Ostentas tu fuerza con los que no creen en tu soberano poder. Y no sólo en vosotros aparece el poder de Cristo, sino también en El mismo, en cuanto que de la muerte de cruz, que sufrió por debilidad humana, la cual asumió debilitada en pobreza, resucitó, y vive por el poder de Dios, poder que es el mismo Dios. Porque de tal manera fue aquella compenetración que Dios se hizo hombre, y el hombre se hizo Dios. La debilidad de Dios es más fuerte que los hombres (1Co 1,25). O bien, por el poder de Dios, a saber, del Padre, que es también el poder de Cristo, porque la misma es la virtud del Padre y la del Hijo. Fui muerto, y he aquí que vivo, etc. (Ap 1, i8). Este poder de Cristo se deriva también a nosotros. Así también nosotros somos débiles, etc.; como si dijera: También a nosotros nos pertenece ese poder, porque nosotros también somos débiles en El, esto es, por su intención, en cuanto por El mismo padecemos muchas cosas, y nos mortificamos nosotros mismos, y nos humillamos. Nosotros somos flacos por Cristo, etc. (1Co 4,10). El aspecto de la persona es ruin (2Co 10,10). Traemos siempre en nuestro cuerpo por todas partes la mortificación de Jesús (2Co 4,10). Y por eso viviremos, esto es, seremos vivificados por el poder de Dios juzgándoos. Quien resucitó a Jesucristo, etc. (Ps 1,1). Y el sentido es éste: Por el poder por el que Cristo vive resucitaremos nosotros; y por ese poder tenemos también el poder de juzgaros, o bien viviremos en bienaventuranza semejante con El; y esto por el poder de Dios, poder de Dios que está en vosotros, esto es, en vuestras conciencias.

**51**

(+2Co 13,5-10)

LECTIO 2: 1 Corintios 13,5-10

Amonesta a los Corintios para que por sí mismos vean si son reprobos o elegidos, y lo harán si cada quien examina su propia fe y sus obras, y ora para que no sean reprobados.

5. Probaos a vosotros mismos si permanecéis en la fe: vosotros mismos examinaos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos como que Jesucristo está en vosotros? A no ser que estéis reprobados.
6. Espero conoceréis que nosotros no estamos reprobados.
7. Rogamos a Dios que no hagáis ningún mal, no para que nosotros aparezcamos aprobados, sino para que vosotros hagáis el bien, aunque nosotros pasemos por reprobos.
8. Porque nada podemos contra la verdad, sino en favor de la verdad.
9. Porque nos regocijamos por ser nosotros flacos, siendo vosotros fuertes. Por lo que oramos es por vuestra consumación.
10. Porque por eso escribo estas cosas ausente, para que presenté no sea yo más duro conforme a la potestad que el Señor me dio para edificación y no para destrucción.

Tras de la conminación del severo juicio de Dios, agrega el Apóstol una admonición como preparación para que no sufran el severo juicio; y primero pone la propia admonición, y luego indica la razón de ella: Porque por eso escribo estas cosas ausente, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. Primero pone la admonición; luego excluye la falsa suposición: Rogamos a Dios, etc. Acerca de lo primero hace dos cosas. La primera, amonestar, para que se examinen; la segunda, indicar a qué pueden llegar por tal examen: ¿O no os, conocéis a vosotros mismos? etc. Acerca de lo primero débese saber que quien quiera comparecer tranquilamente en juicio, debe primero examinarse en cuanto a sus acciones, y así podrá saber que comparece con seguridad. Por lo cual los amonesta el Apóstol para que antes de presentarse en juicio, lo que será al visitarlos él, se examinen, diciéndoles: Probaos a vosotros mismos, esto es, examinad y considerad vuestros actos. Examinad todas las cosas, y retened lo bueno, etc. (1Th 5,21). Ahora bien, los amonesta para que se examinen sobre dos cosas, a saber sobre la fe. Por lo cual dijo: si permanecéis en la fe, la que os prediqué, y que por mí recibisteis de nuestro Señor Jesucristo, o si os olvidasteis de ella para caer redondos en otra. Y esto es necesario porque en 1Co 11,31 se dice: Si nosotros entrásemos en cuentas con nosotros mismos, ciertamente no seríamos juzgados. Mira tu conducta (Jerem. 2,23). Y también sobre las obras. Por lo cual dice: vosotros mismos examinaos, a saber, si permanecéis en el bien obrar y no os remuerde la conciencia por haber hecho algo malo. Lo cual es provechoso, porque en 1Co 1 1,28 se dice: Por lo tanto, examínese a sí mismo el hombre, etc.; y en Sálatas 6,4: Examine cada uno sus propias obras.

En seguida, al decir: O no os conocéis a vosotros mismos, etc., muestra lo que podrían encontrar mediante tal examen. Y primero lo que en sí mismos hallarían; luego, lo que en el Apóstol encontrarían: Espero conoceréis, etc. Ahora bien, en sí mismos dos cosas podrían encontrar mediante el examen, porque o sabrían que se mantienen en la fe, y así podrían descubrir y conocer que Cristo está en ellos, y esto lo expresa así: ¿O no os conocéis a vosotros mismos como que Jesucristo está en vosotros?, esto es, ¿si os examinarais sabríais que conserváis la fe y conoceríais que Cristo está en vosotros? Como si dijera: ciertamente, porque donde está la fe de Cristo, allí está Cristo. Que Cristo habite en vuestros corazones, etc. (Ep 3,17). ¿No sabéis que vuestros cuerpos son templos del Espíritu Santo, que habita en vosotros? (1Co 6,19). O sabrían que no permanecen en la fe, y así descubrirían que están reprobados. Por lo cual dice: A no ser que estéis reprobados, esto es, que verdaderamente descubráis que poseéis a Cristo, a no ser que hayáis abandonado la fe y seáis reprobados por Aquel que primero poseístes por la fe. Tú me abandonaste, dice el Señor, y me volviste las espaldas (Jerem. 15,6). No han sido consumidas las maldades de aquéllos, plata espuria, etc. (Jerem. 6,29-30).

Objeción. Pero aquí se trata literalmente de lo que dice así: ¿O no os conocéis a vosotros? etc. Porque Cristo permanece únicamente en los que poseen la caridad, como se dice en 1 Juan 4,8: Dios

es caridad, etc. Así es que si conocemos que Cristo permanece por la fe en nosotros, es forzoso que esto sea por la fe formada. Así es que conociendo de este modo que Cristo está en nosotros, sabremos que poseemos la caridad por la que se informa la fe, lo cual es contra aquello del Eclesiastés 9,1: Nadie sabe si es digno de amor o de odio.

Respuesta. Débese decir que el habitar Cristo en nosotros se puede entender de dos maneras: o bien en cuanto al entendimiento, o bien en cuanto al afecto. Si en cuanto al entendimiento^ de esta manera habita 1 en nosotros por la fe inforñe. Y de esta manera nada nos impide conocer con certeza que Cristo habita en nosotros, sabiendo que conservamos la fe que la Iglesia Católica enseña y conserva. Mas si es en cuanto al afecto, de esta manera vive Cristo en nosotros por la fe formada, y de esta manera nadie puede saber que Cristo inhabite en nosotros, o bien que poseamos la caridad, si no es por revelación y especial gracia concedida a alguno con certeza; aunque nada nos impide poder saber por cierta conjetura que permanecemos en la caridad, a saber, cuando alguien se encuentra de tal manera preparado y dispuesto, que por nada temporal querría hacer de ninguna manera algo contra Cristo. Si nuestro corazón no nos redarguye, podemos acercarnos a Dios con confianza (1Jn 3,21). Y es claro que el Apóstol habla del primer modo. O bien se habla también del conocimiento que se tiene por cierta conjetura, como se ha dicho. Ahora bien, la prueba procede en cuanto al segundo modo, y del conocimiento que se tiene por certeza. Ahora bien, qué es lo que podrían encontrar en el Apóstol lo agrega diciendo: Espero conoceréis, etc. Porque como estos Corintios podrían decir: nosotros no estamos reprobados, y por eso no presentamos tus pruebas, porque no son rectas sino dignas de reprobación, dice en consecuencia: Sea de vosotros lo que sea, espero, sin embargo, que por nuestra vida y doctrina, que os he mostrado, conozcáis que no estamos reprobados, pues no hemos enseñado nada malo, ni hemos sido excluidos de la potestad que decimos tener. Por el semblante es conocido el hombre (Eccli. 19,26). Por sus frutos los conoceréis (Mt 7,16).

En seguida, cuando dice: Rogamos a Dios, etc., excluye una suposición. Porque íes había anunciado un severo juicio, mostrándoles su poder para juzgar, e indicándoles que se examinaran, si creían que Cristo estaba en ellos, a no ser que estuviesen reprobados. Sin embargo, pone en duda que Cristo esté con ellos. Y como podrían ellos mismos creer y suponer que el Apóstol se alegraba de que estuviesen reprobados, para en comparación con ellos quedar él como superior y poder ejercer sobre ellos un juicio severo, el Apóstol hace aquí a un lado tal suposición: primero, por la oración que por ellos le dirige a Dios; luego, por el gozo que por ellos experimenta: porque nos regocijamos, etc. Ahora bien, ora porque ellos resulten inocentes y no sean examinados con severidad de juicio. Por lo cual dice: Rogamos a Dios que no hagáis ningún mal; como si dijera: no creáis que deseamos que seáis reprobados, sino que oramos para que ningún mal hagáis. También ruega que él mismo aparezca flaco, con lo cual excluye el apetito de excelencia del Apóstol en comparación con ellos. Por lo cual dice: no oramos para que nosotros aparezcamos aprobados, esto es, no para presumir de aprobados en comparación con vosotros, sino más bien para que vosotros hagáis el bien (No nos cansemos de hacer el bien: Gal. 6,9; Pórtate varonilmente y cobre aliento tu corazón: Ps. 26,14); aunque ¡nosotros pasemos por reprobos, prescindiendo de la potestad de castigar y juzgar, porque donde no hay culpa todos somos iguales, y ninguno tiene sobre los demás el poder de juzgar. Así es que más bien quiere el Apóstol que sean buenos y no que estén bajo su poder de juzgar. Y que no tenga el poder de juzgar si son buenos lo muestra diciendo: Porque nada podemos contra la verdad; como si dijera: Nosotros no trabajamos ;sino por la verdad, y por ella misma nos mantenemos. Mas es claro que si castigáramos a inocentes obraríamos contra la verdad y contra la justicia. Por lo cual como el Apóstol no podría obrar contra la verdad, sino a favor de la verdad, esto es, a favor de la justicia, claro es que no castigaría a inocentes. Débese notar (según Agustín en la Glosa) que para evitar los pecados se requieren dos cosas, a saber, el libre albedrío y la gracia de Dios. Porque si el libre albedrío no fuese necesario, jamás se le darían al hombre ni preceptos, ni prohibiciones ni exhortaciones. En vano también se fijarían penas. También la gracia es necesaria, porque si no

rigiera Dios a todos por su gracia no podría el hombre mantenerse en pie. También le pediríamos en vano que no nos deje caer en tentación. Por lo cual, mostrando el Apóstol que una y otra cosa son necesarias, ruega para obtener la gracia de Dios y amonesta para que por el libre albedrío se aparten del mal y hagan el bien. Por lo cual dice: Rogamos, en cuanto a lo primero; que no hagáis ningún mal, en cuanto a lo segundo.

En seguida, cuando dice: Nos regocijamos, etc., hace a un lado la falsa suposición por el gozo que experimenta por el bien de ellos mismos. Y primero pone el gozo que experimentó por la inocencia de ellos; luego, la oración que hace por la perfección de ellos mismos: por lo que oramos es por vuestro perfeccionamiento. Así es que dice: oramos por que aparezcáis aorobados, y nosotros flacos, y esto se ve por nuestros sentimientos, porque nos alegramos de que entre vosotros haya algunos buenos e inocentes, por lo cual no fungona en nosotros la potestad de juzgar, y aparecemos flacos. Y esto lo dice así: Nos regocijamos por ser noso"ros flacos, esto es, no ejerciendo nuestra potestad sendo vosotros fuertes, esto es, de tal manera obranco el bien y venciendo a los vicios, que quedéis substraHos a nuestra potestad de juzgar. Porque cuando alguien obra mal, se somete a la potestad del juez, y en cambio obrando bien la aparta de sí. ¿Quieres no tener que temer al Poder? Pórtate bien (Rm 13,3). Nosotros flacos, vosotros fuertes (1Co 4,10). De este gozo se dice en FiTipenses 2,17: Me gozo y me congratulo con todos vosotros. Y no sólo nos alegramos por estas cosas, sino que también, por encima de esto, oramos por vuestra consumación, esto es, por vuestro perfeccionamiento. Porque en las cosas naturales vemos que cada cosa natural tiende naturalmente a su perfección, por la que tiene un deseo natural. Por lo cual a cada cosa se le da una virtud natural para que pueda alcanzar su perfección natural. Ahora bien, la gracia se le da al hombre por Dios, por la cual alcance el hombre su última y perfecta consumación, o sea, ia bienaventuranza, por la cual tiene un natural deseo. De aquí que cuando alguien no tiende a su perfección, es señal de que no tiene la suficiente gracia de Dios. Por jo cual, para que éstos pudieran crecer en gracia, el Apóstol ruega que sean perfeccionados. Lo que pido es que vuestra caridad crezca más y más (Ph. 1,9). Tomad las armas todas de Dios, para poder resistir en el día aciago, etc. (Ep 6,13).

Habiendo dado la admonición, indica su causa, diciendo: Porque por eso escribo estas cosas ausente. etc., esto es, por eso estando ausente os escribo estas cosas, amonestándoos, no sea que alguien me obligie a obrar contra mi voluntad, que consiste en no hacer nada con dureza contra vosotros, mientras no sea "orzado por vosotros. Por lo cual dice: para que pres«nte no sea yo más duro contra vosotros de lo que ye quisiera o vosotros quisierais. Verdaderamente que a los unos los probaste como padre que amonesta (Síb. 1 1,2). Que no me vea obligado, cuando esté enfe vosotros, a obrar con la osadía que se me atribuye, etc. (2Co 10,2). Pero como los Corintios podrían decir: ¿Por ventura, oh Apóstol, aun cuando nos portáramos bien, no podrías obrar duramente contra nosotros?, contesta diciendo: No; porque no quiero ni puedo obrar sino conforme al poder que recibí de Dios. Y Dios me dio esta potestad, de ligar y desligar, para edificación, no para destrucción, esto es, para edificaros, no para destruirlos. Y si os corrigiera duramente, no edificaría sino que destruiría. Aun cuando yo me gloriase un poco más de la potestad que el Señor nos dio para vuestra edificación, etc. (2Co 10,8). Ahora bien, fue esta potestad la que Dios le dio a Pablo (Ac 9). Separadme a Saulo y a Bernabé para la obra (Ac 13,2).

**52**

(+2Co 13,11-13)

LECTIO 3: 1 Corintios 13,11-13



Los exhorta a permanecer en los bienes espirituales, sobre todo en el gozo y en la paz, y finalmente, con su saludo de costumbre, termina la epístola.

11. Por lo demás, hermanos, alegraos, sed perfectos, exhortaos, tened un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios de la paz y la caridad será con vosotros.
12. Saludaos recíprocamente con el ósculo santo. Todos los santos os saludan.
13. La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo sean siempre con todos vosotros. Amén.

En lo que precede increpó el Apóstol a los seducidos por los seudos; aquí consuela a los que permanecen en la fe y en su doctrina. Y primero hace la admonición; luego agrega un saludo: saludaos recíprocamente con el ósculo santo. Acerca de lo primero, primero da la admonición; luego indica el premio de la admonición cumplida: y el Dios de la paz, etc. Amonesta respecto a tres cosas. La primera, de qué manera deben ser respecto a sí mismos; la segunda, de cómo deben ser para con el prójimo; la tercera, de cómo deben ser todos mutuamente. Ahora bien, en cuanto a sí mismos, dos cosas buenas deben tener. La primera, el gozo del bien que se posee, y en cuanto a esto dice: Por lo demás, hermanos, que fuisteis constantes, alegraos por las cosas que hacéis para el servicio de Dios. Y esto es necesario para que seáis justos y virtuosos, porque nadie es virtuoso o justo si no goza con la obra justa y virtuosa. Por lo cual dice el Salmo 99,2: Moradores todos de la tierra, cantad con júbilo las alabanzas de Dios; servid al Señor con alegría. Y en Filipenses 4,4 leemos: Vivid siempre alegres en el Señor; vivid alegres, repito, etc. Y en verdad siempre hay que alegrarse, porque el gozo conserva al hombre en el buen hábito, porque nadie puede permanecer mucho tiempo en lo que contrista. La segunda cosa que los buenos deben tener en sí mismos es el celo o emulación de la perfección, y en cuanto a esto dice: Sed perfectos, esto es, tended siempre a adelantar. Dejando a un lado las instrucciones para los que comienzan a creer en Jesucristo, elevémonos a lo que hay de más perfecto (Hebr. 6,1). Ahora bien, el precepto que aquí se da no es que el hombre sea perfecto, sino que siempre tienda a la perfección, y esto es necesario, porque quien no trabaja en adelantar está en peligro de desertar. Porque vemos que si los remeros no se esfuerzan por ascender, la nave siempre retrocede. Por lo cual decía el Señor: Sed perfectos (Mt 5,48). En cuanto a los prójimos, se les debe exhortar al bien. Y en cuanto a esto dice: exhortaos, etc. - Y mandó a cada uno de ellos el amor de su prójimo (Eccli. 17,12). El que ha recibido el don de exhortar, exhorte (Rm 12,8). Diga también quien escucha: ven (Ap 22,17). - Y dos cosas deben ser comunes a todos, para que tengan el mismo sentir, por lo cual dice: tened un mismo sentir, y para que estén en paz dice: vivid en paz. Y estas dos cosas de tal manera se relacionan, que la una es exterior y la otra interior. Porque consta que los cuerpos no se pueden conservar ni ordenar si los miembros no están entre sí ordenados. De manera semejante, tampoco la Iglesia ni los miembros de la Iglesia si no están ordenados y unidos mutuamente.

Ahora bien, es doble la necesaria unión para unir los miembros de la Iglesia. La una es interior, para que tengan el mismo sentir por la fe, en cuanto al entendimiento, creyendo lo mismo, y por el amor, en cuanto al afecto, amando lo mismo. Por lo cual dice: tened un mismo sentir, esto es, coincidid en la fe y amad lo mismo con el afecto de la caridad, porque la verdadera sabiduría la hay cuando la operación del entendimiento se perfecciona y consuma con quietud y delectación del afecto. De aquí que se dice sabiduría como quien dice gustosa ciencia. A fin de que teniendo un mismo corazón y una misma boca, glorifiquéis a Dios, etc. (Rm 15,6). Que todos tengáis un mismo lenguaje, etc. (1Co 1,10). Sintiendo todos una misma cosa, etc. (Ph. 2,2). La otra es exterior, a saber, la paz, por lo cual dice: vivid en paz entre vosotros. Procurad tener paz con todos, etc. (Hebr. 12,14). Busca la paz y empéñate en alcanzarla (Ps. 33,15). El mismo Señor de la paz os conceda siempre la paz en todas partes (2Ts 3,16).

En seguida, cuando dice: y el Dios de la paz y la caridad será con vosotros, indica el premio que se les da» a los que cumplen la predicha admonición; como si dijera: si conserváis la paz entre vosotros, el Dios de la., paz y de la caridad estará con vosotros. Acerca de lo cual débese notar que entre los Gentiles se acostumbó llamar dioses a algunos de los dones, porque aun\* cuando no haya sido sino un solo Dios, sin embargo a cada uno de sus dones los llamaban dioses de esos dones, y así por el don de la paz lo denominaban dios de la paz, y por el don de la salud, dios de la salud. Teniendo en cuenta este modo de hablar, dice el Apóstol: el Dios de la paz, etc. No porque la paz sea un dios, como aquéllos decían, sino que a Cristo se le llama Dios de la paz porque es el dador y amador de la paz.. La paz mía os doy (Jn 14,27). Dios no es de desorden sino de paz (1Co 14,33). La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones (Rm 5,5). Y El mismo es también el autor de la paz. Estas cosas os he dicho con el fin de que halléis en Mí la paz (Jn 16,33). Y su morada es de paz. Fijó su habitación en la paz (Ps. 75,3). Además, no sólo es el Dios de la paz, sino también de la caridad. Por lo cual dice: el Dios de la paz. y de la caridad será con vosotros; y esto es así porque quien está en la verdadera paz del corazón y del cuerpo, vive en la caridad; y quien permanece en la caridad, en Dios permanece, y Dios en él, como se dice en 1 Juan 4,16, y porque el hombre no merece sino por la paz y la caridad. Cualquiera que me ama observará mi doctrina (Jn 14,23).

En seguida, cuando dice: saludaos recíprocamente con el ósculo, etc., hace un saludo, y acerca de esta primero les aconseja un mutuo saludo; y luego los saluda por parte de los demás. Os saludan, etc.; tercero, los saluda de su parte: la gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc. Les dice que el saludo mutuo se haga con un ósculo, pues dice así: saludaos recíprocamente vosotros mismos con el ósculo santo. En lo cual débese notar que el ósculo es señal de paz. Porque por la boca, con la que se besa, se respira. Por lo cual cuando dos personas se besan mutuamente, esto es señal de que unen su espíritu para la paz. Ahora bien, hay paz fingida, y ésta es la de aquellos que hablan de paz con su prójimo y de males en sus corazones, como se dice en el Salmo 27,3. Males que se hacen por el engaño del ósculo. Mejores son las heridas que vienen del amigo que los besos fingidos del enemigo (Pr 27,6). Y hay una paz mala y torpe, cuando por ejemplo hay acuerdo para hacer el mal. Viviendo sumamente combatidos de su ignorancia, a un sinnúmero de muy grandes males les dan el nombre de paz (Sg 14,22). Y este es el caso del ósculo libidinoso. En Proverbios 7,13 se habla de la mala mujer que abraza al joven, lo besa, etc. Pero hay una paz santa, que es la que Dios da. Y la paz de Dios, que sobrepuja a todo entendimiento, sea la guardia de vuestros corazones (Ph. 4,7). Y ésta es la que se hace por el ósculo santo, porque une los espíritus en la santidad. Y de este ósculo se habla aquí: con el ósculo santo. Y con esto arraigó la costumbre de que los fieles y los varones sagrados en señal de caridad y unión se den mutuamente el ósculo de paz; y en las iglesias se da la paz con el ósculo santo.

De parte de los demás los saluda, diciendo: Todos Vos santos os saludan, porque todos los santos y fieles esperan y desean, y con oraciones procuran nuestra salvación; por lo cual todos los fieles de Cristo recíprocamente esperan y desean la salud, Hazme partid\* pe, Dios, etc. (Ps. 118). ; 1

Y por su parte los saluda el Apóstol, diciendo:- La gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc. En lo cual débese saber que es doble el modo de apropiarse algo a las Personas divinas. El uno es esencialmente; el otro, causalmente. Ahora bien, esencialmente se les apropia. a las divinas Personas: al Padre el Poder, porque El mismo es el Poder esencialmente en cuanto es el principio; al Hijo la Sabiduría, en cuanto es el Verbo; al Espíritu Santo el amor, en cuanto es la Bondad.

Mas aquí el Apóstol no apropia estas cosas de este modo, a saber, por esencia, porque así todas las cosas se apropiarían al Espíritu Santo, sino que apropia causalmente. Por lo cual, como la gracia es un don, por el que se nos perdonan nuestros pecados (Siendo justificados gratuitamente, etc.: Rm 3,24), y la remisión de los pecados se nos hace por el Hijo, porque habiendo asumido nuestra carne,

satisfizo por nuestros pecados (La gracia y la verdad han venido por Jesucristo; Jn 1,17), en consecuencia el Apóstol atribuye la gracia a Jesucristo. Por lo cual dice: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, etc. Y la caridad nos es necesaria porque debemos unirnos a Dios. El que permanece en la caridad, en Dios permanece, etc. (1Jn 4,16). Y como esto proviene de Dios Padre, en cuanto El mismo de tal manera amó al mundo que dio a su Hijo Unigénito, como se dice en Jn 3,16 y en Romanos 5,8: Lo que hace brillar más la caridad de Dios para con nosotros; en consecuencia, a El mismo, como a principio de esta caridad, se atribuye la caridad, diciendo: y la caridad de Dios, es claro que del Padre.

Mas la comunicación de las cosas divinas se hace por el Espíritu Santo, porque El es el distribuidor de los dones espirituales. Mas todas estas cosas las causa el mismo indivisible espíritu (1Co 12,1 1). Y por eso al Espíritu Santo le atribuye la comunicación, diciendo: y la comunicación del Espíritu Santo. O bien le atribuye esto por ser El mismo común a las otras dos Personas. Así es que de esta manera en su salutación pide el Apóstol todas estas cosas necesarias, diciendo: La gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo sean siempre con todos vosotros. Amén. La Gracia de Cristo, por la que nos justificamos y salvamos; la caridad de Dios Padre, por la que nos le unimos, y la comunicación del Espíritu Santo que nos distribuye los dones divinos. Amén.

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI